

ALEJANDRO ANDRÁDE COELLO

Maldonado, Mejía, Montalvo

MOTIVOS NACIONALES



TOMO PRIMERO

QUITO - ECUADOR
Imp. y Encuadernación Nacionales,
1911



PROLOGO



ESTOS frutos quizá en agraz, pero que saben dulcemente á patria, quiero dedicarlos á los escritores de afuera, á los que en Hispano-América poco ó nada conocen intelectualmente de los mejores hombres de la repúblicas hermanas, no por ignorancia, sino por falta de fuentes de información, por escasez de propaganda. Sucede que vivimos como á cien leguas de la civilización en esto de la vida mental americana, pues muchos nombres célebres de las naciones vecinas no los hemos oído pronunciar jamás, ni sus obras las hemos podido hojear en las bibliotecas públicas menos en las particulares. Y lo que nos pasa á multitud de ecuatorianos, acontece también á gran parte de escritores ilustrados, desde México á Buenos Aires. Inútil sería hablar de países más lejanos. Aun sabios europeos entienden tanto de la América Latina como un salvaje de filología.

PUDE cerciorarme de esta lastimosa ignorancia en el servicio de canjes, cuando fundé *La Ilustración Militar*. Durante sus seis años de vida

normal recibí revistas de las más apartadas regiones del Viejo Mundo — pues fuí escrupuloso en inquirir las publicaciones análogas de una porción del globo,— y sonreía al notar los errores de información americana que contenían. Cierta ocasión me llegó de Italia importante revista militar con esta dirección: “*Quito, en la América Central*”. Y así continuó visitándome la científica *Rivista di Artigleria e Genio*. No tienen la culpa en Europa de este triste desconocimiento, sino en América, en especial en algunas republiquetas, por la ninguna labor de ilustración y esparcimiento que se hace en el extranjero para que no pasemos inadvertidos.

ALGUNAS son conocidas sólo comercialmente; pero ya es algo. Después vendrá el cruzamiento de ideas con la obra de difusión intelectual.

ESTE libro de propaganda nacional debió publicarse en un sólo volumen, pues tal era al menos la intención de su autor; pero como uno piensa el bayo y otro el que lo ensilla, he aquí que, á última hora, hubo necesidad de dividirlo en dos secciones, á fin de que no se retardase más lo que siquiera ha podido imprimirse, dejando en primera línea para el segundo tomo un estudio sobre Rocafuerte, al que seguirán breves análisis de las obras literarias de Dn. Abelardo Moncayo, de la novela *A la Costa* de Dn. Luis Martínez, de las poesías del Dr. César Borja, de los sentimentales cantos de la Sra. Dña. Mercedes González de Moscoso, etcétera, etcétera; todos temas nacionales. Y la urgencia de que se concluyese pronto la primera parte — el pliego en que me sorprendió la paralización del libro, á causa de las abrumadoras labores de los talleres tipográficos en que se editó, reduplicadas con los trabajos previos á la reunión del Congreso — era porque en ésta doy á luz algunas cariñosas páginas dedicadas á Montalvo, y quería conmemorar con ellas, siquiera de este modo, la apoteosis que le prepara el Ecuador, con motivo de la estatua que después de pocos días sus compatriotas le van á consagrar en la célebre y sonriente ciudad de su nacimiento — la pintores-

ca Ambato - cuna de egregios varones. Vaya, pues, este libro á unirse al regocijo popular por el acto de justicia para el genio, cuya admiración y gratitud se grabarán pronto en el bronce.

DIFICULTADES de imprenta son moneda corriente entre nosotros. Cualquiera edición, por nimia y breve que parezca, es obra de romanos por los sudores que cuesta; pero el premio que la espera, con creces recompensa todos los sacrificios: el libro termina y es saludado por la indiferencia, por la conspiración del silencio, en homenaje al odiado autor, cuando no por la crítica, *al oído*, de los eruditos á la violeta que, con mueca despectiva, pronuncian su fallo inapelable, sin haberse tomado siquiera la molestia de cortar con la plegadera las hojas que censuran: el libro es solemnemente tonto. Otras veces los periódicos, en vergonzante nota bibliográfica ó en mísero suelto de crónica, *agradecen por el envío, felicitando al autor y ofreciéndole ocuparse detenidamente de la obra tan pronto como el tiempo lo permita*. Pero el tiempo, que es de suyo llovioso é insoportable en estas latitudes, jamás *lo permite*, y este es el único galardón para la obra que no adula á nadie, ni insulta, ni revela superficialidad de vistoso barniz.

COMO existe una sola aristocracia, la única quizá: la del talento encaminado á la belleza y al bien, de igual manera, hay una sola turbamulta que se ramifica en dos partidos, á cual más desconsoladores: el populacho ignorante que vegeta como en el limbo, y el vulgo de levita que algo, y mucho, cree saber, pero que desbarra lastimosamente en todo. Esta plebe *distinguida* es más perjudicial que la primera - capaz de redención alguna vez é instintivamente de sanos sentimientos; - más hostil y, por desgracia, la más abundante en ciertos centros sociales.

EN los teatros habréis notado que no sólo la gente del paraíso ó *gallinero* sino también individuos de la platea hacen coro á los de la *cazuela* y se ríen de los actos más culminantes, más patéticos. Recuerdo haberme horrorizado de las sonrisas y cu-

chicheos festivos en el espeluznante cuadro final de *Los Aparecidos ó Revenants* de Ibsen, cuando Oswaldó inmóvil grita: "¡ El sol! ¡ El sol!", en presencia de su desesperada madre, la señora Alving. Si algunos burgueses no llegan á este extremo, al menos osan burlarse de cosas que, si no veneración, algún respeto merecen.

CAUSA pena escuchar los erróneos comentarios de muchos jovencitos elegantes y al parecer leídos—quizá bachiller alguno de ellos,—los que *sueltan* magistralmente, acerca de la más subida demostración artística ó científica, cada barbaridad que tiembla el misterio. A la salida del coliseo, en el vestíbulo de la universidad, en el seno de las asociaciones y tertulias, después de torneos literarios y conferencias disparatan de lo lindo. Hay quienes olímpicamente, con solo un epíteto, *aplantan* al que algo sabe ó al hombre de letras que tuvo la ocurrencia de no decir *haigan* ni *habrán* toros, ni *hubieron* sandios, ni *pasar desapercibido*, ni *decepción* por desencanto, ni *bajo* las bases, ni *emprender en*, ni el *abajo suscrito* ni otras bellezas; que cometió la estupidez de quemarse las cejas á fuerza de manos en el estudio, y que se privó de tantos placeres, codiciables aunque fugitivos, *por amor al arte*.

LIBROS que suponen algún esfuerzo mental, que se inspiraron en la belleza y corrección, que revelan alguna idea investigadora, son arrumbados con desprecio en el fondo de las empolvadas librerías ó tratados con la punta del pie por quienes — ¡ oh, zampatortas de aristocrática apariencial — prefieren hablar de caballos y vacas, discutir acerca del coste de los paños tramados y de las apolilladas *telas de cebolla* que duran menos que el *diablo fuerte* ó *pana*, y entusiasmarse con la resistencia del casimir inglés. La ola de la ruin desestimación sube de punto. Luego las despampanaduras sociales: ¿"Qué mérito hay en Fulano de Tal? *Para* un tomito de vaciedades y rapsodias que ha publicado, copiando aquí y allá [si no le dicen que plagiando], por dár-selas de escritor, cuando es un pobre diablo. ¡ C6-

mo se viste ahora, sin recordar que ayer ni zapatos tenía! Que campante anda, el infeliz que pasaba anteriormente encorvado y astroso. Si del barrio no más es, pues. No ha de ser ni siquiera *hecho por él* lo que publica; le han de haber dado escribiendo".

ENTRE tanto, ni lo han leído siquiera; mas la campaña de oídas, con acompañamiento de folijones y castañuelas, sigue abriéndose paso por entre las multitudes; el descrédito sin fundamento ruge como levantino huracán, especialmente entre cierta plebe de paletó á la moda, sombrero hongo y orquídea al ojal que de todo pica en corrillos y cafetines y no entiende en verdad de nada.

¡Y mal rayo le parta al que con frases geniales, con atrevimientos en la idea, se sale del trillado sendero, en su afán de dar alas á sus creaciones! Públicamente ó á lo somorgujo, en un tris estará de que le llamen loco, por haber dejado vagar por mundos desconocidos y en hermosa é irreverente forma su pensamiento; por haber impreso sello nacional á la literatura, dado más flexibilidad á la palabra, enriqueciendo el lenguaje con voces no manoseadas ó introduciendo términos neológicos de necesidad, belleza y colorido, que traducen con algo más de fuerza y armonía imitativa las modernas concepciones del espíritu y las conquistas de la ciencia, para explicar las cuales resultan pobres muchos arcaicos vocablos, romos ya por el uso. Con la profunda contemplación de la naturaleza, los giros y tropos literarios son más originales, más brillantes las figuras y alegorías, los símiles más hondos y encantadores, la poesía más propia, elocuente y humana.

Todo evoluciona por ley universal. El arte ha recorrido regiones inexploradas, en una odisea superior á la estética helena, investigadora también del primor natural y que supo pulir las colosales deformidades egipcias. El rebelde orden arquitectónico moderno muy poco tiene del meticuloso clacismo á las veces empalagoso de antaño, porque el alma quimérica de las gigantes y estéticas construc-

ciones se ha depurado con nuevos ensueños y tanto inquirir los misterios que guardan los reinos animal, vegetal y mineralógico. Hasta la simple casa moderna hace gala hoy de mayores aspiraciones arquitectónicas, en su sed de comodidad y esplendor decorativo. Las maravillas de la fábula son en el día prosopopeyas del talento en el mármol y en el bronce. Desconsolador sería suponer que la humanidad, como detenida por dique de castores, se estancase cobardemente ante el adobe, el ladrillo y la piedra, obscecada en no emplear en sus exóticas construcciones el pórfido, el hierro, el papel endurecido, el concreto, y el radio para iluminarlas.

LA música, esta divina maga de los nervios, se ha vuelto más espiritual y filosófica: hoy es como un gabinete de la recóndita psicología de las naciones, la gran lira de la emoción y el heptacordo más vibrante de la esotérica pasión humana. Los griegos fueron sublimes músicos: cantaban al són de otras notas superiores al *forminge* de Terpandro y la lira de Anfión: las que levantaron en los acrópolis y religiosamente encerraron en el Partenón, gracias á las dulzuras de Ictino y Fidias. Si el pastoril Pan con su caramillo ó *syrinx* conseguía los hechizos del amor de las ninfas; si Orfeo al pulsar su músico instrumento domaba la perfidia de las fieras y el rencor de las divinidades infernales, y si los *nomos* caprichosos fueron el cimiento de la melodía religiosa; Mozart en lo moderno era también el brujo del violín que enloquecía femeninos corazones; Wagner arrancaba de la fiera oposición el drama musical y Perosi con sus *oratorios* innovaba la música sagrada. ¿Cuántos revolucionarios Beethóvenes se prepararán mañana á lanzar sus teorías musicales y acordes inauditos?..... En la escultura pasman los gestos de Luzbel, las posturas que en la Grecia misma no serían comprendidas, concepciones que, como las de Querol, necesitaban las *Trompetas de órgano* de Salvador Rueda. También el alma plástica es la que ha salido de su estado latente para exteriorizarse en el molde audaz que forjó la rauda fantasía. Turquesas nue-

vas para ideales más encumbrados, para labor de orfebres, para insaciables producciones de belleza, que saben más de la existencia de los mundos físicos y suprasensibles. Aun á Apeles, Zeusis y Parrasio parecerían hereciarcas las pinturas modernas que reproducen las inverosimilitudes de la naturaleza,—ubérrima y abrumadora por su dinamismo sublime, sobre todo aquí en la América virginal de los Pintos, Salas, Martínez, Medinas, Troyas, Manosalvas, Salgueros y Cevallos—en el abismo de sus bosques, en el deliquio de sus ríos y en el vértigo de sus montañas como el Chimborazo. En la Hélade entonaron ditirambos, con la poesía, la oratoria y el pincel, á cimas pigmeas como el Olimpo, el Pindo y el Yelmos y á riachuelos como el Eurotas. ¿Qué habrían hecho ante el Amazonas, Marañón, Morona, Napo, Daule, Guayas y al saludar la oscura mole del Pichincha y la argéntea del Cayambe? Y no sólo la pintura moderna arranca de la paleta la magnificencia de la natura, sino también la del espíritu. ¡Qué salmo y que poema no compone el alma conmovida ante el *Dies Irae* de Joaquín Pinto! La psiquis del artista y el alcázar interior del objeto pintado resaltan por medio de este lenguaje de colores. Surgen los desconocidos Polignotos, Apolodoros y Evenores que han reemplazado las pinturas licenciosas que representan sacerdotes de Cibeles, espantables hipocentauras y legendarias hazañas de Hércules, con tersas acuarelas, sugestivos pasteles y marinas de infinita variedad. No son cuadros para engañar á las aves del cielo ni velos que encubren el dolor los de las nuevas escuelas, sino decoraciones capaces de rivalizar con las estrellas, insondables perspectivas morales y fieles reproducciones de la lujuriente naturaleza. El baile, con la cadencia y finura de sus movimientos, es un madrigal en acción, y en sus seductores contoneos cantan las catorce voces del soneto una armonía indescriptible. En la patria del bello Sófocles se danzaba primorosamente. El mismo, él, en la desnudez apolínea, bailó el Poean. Sabían más de doscientas danzas. Tenían esmerados profesores como Alcman, Stesichoro y Stymphaliôn Eneo. En las

ceremonias religiosas el clásico ditirambo entusiasmaba; el épodo causaba delirio. No tenemos idea de la mímica de Píndaro, de su divino gesto. Pero el renacimiento moderno, junto á la música de Wagner, posee los vaporosos coros de la ópera, el redondo movimiento del valse, la coquetona jota riojana, los bailes de Andalucía, de la que gorjeó Zorrilla en la "Leyenda de Dn. Juan Tenorio":

Gran tierra es Andalucía,
y la flor de aquella tierra
es Sevilla, porque encierra
la flor de cuanto Dios cría.

Los moros sobre Granada
pusieron su paraíso,
mas nadie en él entrar quiso
si hizo en Sevilla jornada.

Quien á Sevilla no vió
no vió nunca maravilla,
ni quiso irse de Sevilla
nadie que en Sevilla entró.

« ¡ Ver Nápoles y morir ! »
dicen los napolitanos ;
mas dicen los sevillanos
« ¡ Ver Sevilla, y á vivir ! »

LA poesía, en la prometeica soberbia de su lirismo, va descubriendo secretos palacios encantados, como los que en el interior de la tierra, circuidos de jardines de piedras preciosas, guardaban la codiciada lámpara de Aladino, á cuya evocación se realizaban los caprichos de la fantasía. El siglo de oro de la lírica española agitó las delicadas cuerdas de Garcilaso de la Vega, frey Luis de León, Gutierre de Cetina, Argote y Góngora; el de las luces, el décimo nono, vibró sus íntimas cuerdas con Núñez de Arce y Campoamor, y el veinte, cuántas sorpresas nos espera, ultra de Rubén Darío y Salvador Rueda. El drama del día no puede igualarse al de la trilogía esquiliana y eurípidea, que no son ni una sombra del esplendor danunciano, rostánico y de la fuerza de acción catalana con Angel Guimerá, Santiago Rusiñol, Ignacio Iglesias. Por allá palpita el cora-

zón humano en Jacinto Benavente y Joaquín Dicenta. En la lejana Noruega levantan sus radiosas cabezas Henrik Ibsen, Björnstjere Björnson y Jonás Lie, el insigne novelista.

TAL es el movimiento progresivo de las bellas artes y la literatura, tal el arranque majestuoso de las entidades, impulsadas cada una por el alma moderna de sólita energía, que ya va traduciendo sus arcanos y abriendo sus florestas á la más consoladora esperanza.

No se trata de falacias literarias, de la hipérbole destructora del sentimiento y la naturalidad; no se trata de lo extravagante ni de lo deforme, sino de la inagotable armonía, de la hermosura reproducida más á conciencia, de lo que cada día avanzamos en la estética, por el camino de la ciencia, del arte y de la antropología. Esta gloriosa trinidad cada momento compone sus antífonas y se muestra desde nueva faz, como las películas del cinematógrafo que rápidamente nos transportan de los mundos de la realidad á los del ensueño, de la tierra al infinito, de lo sublime á lo ridículo.

PERO esto ¿qué les importa á los mozalbetes presumidos de mi cuento? Para ellos también hay una literatura barata, disparatorios policiales por entregas, con monografías encanalladas y á colores, cuentos detestables en un galimatías peor que el de los apaches de la aterradora hampa de París.

PARA todos los gustos el mercantilismo literario amontona novelas y versos, de los cuales el motivo nacional ó la belleza sin desmayo, propia y ennoblecadora, son expulsados, inclusive gramática, estilo pulcro y lenguaje puro.

¡QUÉ este libro que enderezo á la juventud intelectual hispano- americana, sirva para *popularizar* asuntos de la patria, genios nacionales, cosas nuestras! No sea intencionalmente olvidado por los cofrades del silencio y reciba, como estímulo, la razonada crítica de las personas ilustradas, porque, más que bombos y platillos, aprovecha la censura con

fundamento, el juicio sincero, los sólidos reparos que son los mayores beneficios para el arte y para la perfección humana, como los bienes de la higiene pública ó los servicios de la policía de aseo, orden y seguridad.

Y que particularmente Ambato, cuyo baluarte en lo físico es el Tungurahua y en lo moral Montalvo; el pueblo de las aromosas vegas y poéticos alcores, numen de las nítidas páginas del Maestro, vea en el estudio que le ofrendo, todo el afecto y admiración que exterioriza mi alma, empeñada en deshojar sus rosas y violetas para derramarlas al pie de la estatua del Cosmopolita, monumento que se inaugura como emblema de la material inmortalidad del bronce y del granito que sigue á la de la gloria y de la gratitud, santo óleo con que, tarde ó temprano, ungen las naciones á sus mejores hijos, á los mártires y confesores de la patria, que padecieron y sufrieron por la verdad y el bien. Las nuevas generaciones ecuatorianas están empeñándose en honrarlos, lo que prueba el resurgimiento del espíritu nacional, auspiciador de magnas empresas, después de que el genio de Bolívar concibió la libertad del Mundo de Colón, gracias al primer himno rebelde que desde Quito fué á resonar por todo el Continente.

Al cerrar la portada de este libro en una fecha clásica como la de hoy - 5 de Julio de 1911, primer Centenario de la Independencia de Venezuela - reciba la fecunda madre de libertadores como Bolívar y Sucre, el testimonio de simpatía de quien ofrece en este libro algunas líneas al épico cantor del heroísmo americano - á Olmedo - que con voz de trueno llamó al inmortal espartano de Caracas "Arbitro de la paz y de la guerra."

Quito, á 5 de Julio de 1911.

Alejandro Andrade Coello.

magnánimo, amante de su patria como ninguno. dotado de ingenio sobresaliente, aprende por sí mismo ciencias que entonces en su país nativo no eran cultivadas, y llega á ser en ellas no sólo instruído sino sabio, y sabio hasta el punto de merecer que la Academia de Ciencias de París y la Sociedad Real de Londres le honraran, reconocieran su mérito y le condecoraran con el título de miembro honorario de ellas». (1)

RIOBAMBA, provincia de risueño porvenir, tiene un eterno atalaya, el Chimborazo, gigante de los Andes; tiene también una alta montaña, Maldonado, coloso de la ciencia.

SORPRENDE en este héroe del estudio y de la reconcentración la manera como ganó las batallas de la sabiduría. Modelo de carácter, su alma de hierro, su vastísima inteligencia, su gran fortuna consagró de corazón al servicio de la patria y de las ciencias.

Y pensó y, lo que es más, realizó ya, casi en los albores del siglo XVIII, lo que todavía los ecuatorianos en el siglo XX no podemos: abrir un camino de herradura desde Quito á la provincia de Esmeraldas. Data de 1740 el informe favorable que D. José de Astorga, comisionado de examinar la útil senda concluída por el infatigable Maldonado, dió después de peligrosa odisea de siete meses á través de las selvas esmeraldeñas. Maldonado, noble y rico, con perseverancia de acero, con laudable espíritu de sacrificio, trabajó hasta como humilde jornalero, empuñó el hacha y el machete que arrancan de raíz la maleza, desafió las terribles enfermedades de los climas calientes y pantanosos, no tuvo en nada su vida, en el anhelo de coronar la obra benéfica para su patria: «vestido como todos los demás peones, descalzo, se lo veía empapado en sudor, haciendo descuajar la selva para tender el hilo conductor con que delineaba el camino: á los siete años de un trabajo constante, la obra estaba acabada y el camino de herradura abierto, desde el pueblo de Cotocollao hasta el embarcadero, en el río Santiago». (2)

(1) Dr. Federico González Suárez.

(2) Historia General de la República del Ecuador escrita por Federico González Suárez, Presbítero.—Tomo V.

LA educación del sabio D. Pedro Vicente Maldonado puede servir de saludable modelo á la juventud ecuatoriana, que, si le imitara de todas veras, diríamos que ha llegado la hora de la legítima palingenesis de este pueblo. Necesitamos de regeneración científica.

MALDONADO se instruyó por sí mismo, con la poderosa fuerza que se llama carácter. Su alma, de temple de acero y de consistencia de diamante, buscó las fuentes del saber, vencíéndolo todo: las preocupaciones de aquella centuria en América, el medio ambiente, los intereses de fortuna, las trabas de la familia, la inopia científica reinante, las vacilaciones, los temores de conciencia, las resistencias de la abrupta naturaleza, todo lo que le cerraba el paso y detenía en su camino de progreso. ¿Dónde las facilidades, dónde los libros, dónde los útiles científicos, dónde las lecciones que encarrilan el entendimiento, y los buenos consejos que pulen el corazón?

LA noche era tenebrosa cuando nació el hombre que más tarde llenaría de asombro á eminencias mundiales de la talla de Alejandro Humboldt, La-Condamine y Bomplandt. No exagera la historia al pintarnos cuáles fueron las ideas y cuáles las fuentes de ilustración de entonces.

BASTA consignar, para colmo de aquel atraso intelectual y moral, que el Presidente D. Pío Montúfar, Marqués de Selva-alegre, y el Virrey D. Sebastián de Esclaba, como razón de peso para oponerse á la magna empresa de Maldonado, el camino á Esmeraldas, daban la de que, con la apertura de este sendero, se había de propagar el contrabando; argumento ridículo y risible que entonces se engendró en la mente de altos personajes como observación perspicaz y abrumadora. No quiero acordarme, por ejemplo, de que hubo gente racional que, en aquellos siglos, creyó á pie juntillas en las fantásticas historias del indio Cantuña, á quien para perseguirle alegaban se entendía secretamente con el diablo; ni mencionar lo que en Riobamba hicieron con el luterano misterioso que, cosido á puñaladas en el templo, dizque no derramó una sola gota de sangre en el sagrado recinto.

«MALDONADO estudió en el Colegio Seminario de San Luis de Quito; pero ¿qué aprendió allí?, pregunta el Sr. Dr. Federico González Suárez. Lo único que en-

tonces se enseñaba en ese establecimiento de instrucción pública, á saber: el idioma latino y la filosofía escolástica: cursó la Física, dictada entonces, es decir lo que entonces se llamaba Física, que era lo que sobre la *generación* y la *corrupción* habían dicho los escolásticos, siguiendo á Aristóteles. Maldonado aprendió, pues, las matemáticas por sí mismo, y él mismo fué para sí su propio maestro».

Y en medio de tantas sombras, una luz empuñándose en rasgarlas: Maldonado, que penetró los secretos de las ciencias naturales, que profundizó las matemáticas, que aplicó á la agricultura reglas provechosas y práctica alhagadora, llegando á propagar las plantaciones de gamaloté allí donde más se había menester, fundando poblaciones como la Tola y Limones, estudiando la naturaleza de la región oriental ecuatoriana, trazando dibujos y mapas, escribiendo la descripción de la provincia de Esmeraldas.

ESPÍRITU eminentemente observador, nada se escapó á su penetración. Si ingeniero, Maldonado el más entendido; si geógrafo, el más excelso; si naturalista, el más concienzudo; si gobernante, el de más acción; si agricultor, el de resultados más positivos; si sabio en toda forma, Maldonado el primero.

EL sabio, patriota y mártir D. Francisco José de Caldas y Tenorio, fundador de *El Semanario* é infatigable herborizador de la flora ecuatoriana, en especial de la región de Loja, analiza la obra geográfica de Maldonado, y anota: «He visto la gran Carta del ilustre Maldonado. Es sin contradicción el más bello trozo de nuestra Geografía y el más sólido monumento de la gloria de este americano». El amigo de Mutis fué autoridad respetabilísima en el mundo de la ciencia.

AL hablar de los hombres más ilustres del reino de Quito, dice el Coronel D. Antonio de Alcedo en su *Diccionario geográfico-histórico de las Indias Occidentales*, que lucía «D. Pedro Maldonado y Sotomayor, joven de tan sobresaliente instrucción en las Matemáticas y la Física que mereció que la Academia Real de las Ciencias de París y la Sociedad Real de Londres le nombrasen individuo de estos Cuerpos; Gentil hombre de Cámara de S. M. y Gobernador de Esmeraldas, que murió en Londres en la flor de su edad».

VEÁSE lo que eran estas grandes asociaciones europeas, en la época que solicitaban su correspondencia y le concedían el derecho de asistir á las sesiones, informados «por los señores Bourguer y de La-Condamine y por las cartas del Sr. José de Jussieu del saber y de la capacidad del Sr. D. Pedro Maldonado, Gobernador de Esmeraldas y caballero de la llave de oro de Su Majestad». (1)

«En el año 1645, Wallis, Wilkins, Glisson y otros doctos ingleses, quisieron procurarse, en medio de las agitaciones sangrientas de su patria, un asilo sagrado y tranquilo para el estudio, reuniéndose semanalmente en una casa de Londres con objeto de ocuparse en el estudio de la filosofía natural, especialmente en observaciones. Una parte de ellos se establecieron en Oxford, como lugar más tranquilo, constituyéndose de este modo dos pequeñas sociedades con relaciones mutuas. «Nuestro objeto era, dice Wallis, dejando á un lado la teología y la política, discutir las investigaciones filosóficas... la circulación de la sangre, las válvulas de las venas, los vasos linfáticos, la naturaleza de los cometas y de las nuevas estrellas, los satélites de Júpiter, la forma oval de Saturno, las manchas del Sol y el girar sobre su eje, así como también las desigualdades de la Luna, las faces de Venus y de Mercurio, el perfeccionamiento de los telescopios y sus vidrios, el peso del aire, la posibilidad del vacío, el horror de la naturaleza á éste, los experimentos de Torricelli, acerca del mercurio, la caída de los graves y su celeridad, con otras cosas de tal naturaleza, algunas de las cuales eran descubrimientos nuevos, otras no se conocían aún y otras formaban parte de lo que se llamaba *filosofía nueva*». Habiendo vuelto al poder los Estuardos, se reunieron ya regularmente, bajo el título de Sociedad Real, verdadera sociedad de filósofos que, obrando sistemáticamente y de común acuerdo, distribuyeron entre cada uno de sus miembros los trabajos, y discutieron progresivamente acerca de los conocimientos. Uno de los primeros veinte miembros fué Holdemburgo, editor de las *Philosophical transactions*, en cuyo volumen en folio se expusieron los hechos, producto de la unión y de la experiencia».

«Los primeros individuos de la Academia de Ciencias de París fueron matemáticos; después entraron

(1) Palabras tomadas del Título que la Academia de Ciencias de París discernió á Maldonado.

Carlos de Secondat de Montesquieu, el del *Espíritu de las leyes* y las *Cartas persianas*. Cuando el sabio D. Pedro Maldonado visitó París por segunda vez, contaba Voltaire, que llegó á edad muy avanzada, sólo 44 años, de manera que nuestro compatriota conoció en el vigor de la vida al que con su robusto pensar transformaríá el mundo, al genio excelsamente cantado por Víctor Hugo, por más que al parcial Guillermo Júnemann le parezca que Arouet es un escritor de «crasa ignorancia». Más joven aún era el filósofo de Ginebra: Rousseau, pues, frisaba en los 36 años, en los 41 el Conde de Buffon, en los 78 el precoz Lagrange-Chancel y en los 91 Fontenelle. En la más bella época de la existencia estaban Dalember, Diderot, Condillac y Helvetius. Joven de 16 años era, entre otros talentos parisienses, Beaumarchais y quizás no soñaba todavía con el plan de sus comedias, el *Barbero de Sevilla* y las *Bodas de Fígaro*; niño de 11 abriles el puro y sentimental Bernardino de Saint Pierre. El titán de la tribuna, Mirabeau, había de nacer al año siguiente del fallecimiento de Maldonado.

En el día, que hay facilidades para todo, hasta para el reclamo y la gloria barata, viajan suramericanos de muchas campanillas por Europa, derrochando á manos llenas su dinero; y, á pesar de sus millones, pasan tan inadvertidos, como el vuelo de una mariposa en el espacio ó la aparición de un insecto en el océano. Nada de honores de parte de los hombres de letras ni de ciencias, ninguna mención digna: silencio é indiferencia marmóreos.

¿Y llamar la atención Maldonado en Londres y París? Sólo este hecho pinta la grandeza del hombre, que, saliendo de los estrechos límites de un pueblo, levanta su vuelo majestuoso para espaciarse por regiones infinitas.

Lo mejor que, en el terreno de la inteligencia, pudo conocer Maldonado en Inglaterra fué nada menos que á Eduardo Burke, á William Temple, á Samuel Johnson, á Daniel Defoé, á Oliverio Goldsmith, jovencito á la sazón; al dramaturgo Fielding, á Swift, á Smollet, á Sterne, á las falanges de científicos y literatos que salían de las Universidades de Oxford y de Cambridge, en especial de aquélla que, desde la mitad del siglo XIII, era considerada como la segunda del globo. Hoy

es Oxford «la más hermosa ciudad universitaria del mundo», según Douglas Storny.

MALDONADO fué miembro de meritísimas corporaciones. ¡Con cuánto alborozo recibirían aquellas eminencias al modesto sabio que venía de tierras casi ignoradas, semibárbaras, intransigentes, envueltas en la niebla del error.

MALDONADO murió en Londres en 17 de Noviembre de 1748, cuando todavía el poderío de la nación inglesa no se ponía á prueba ni se minoraba un tanto con las guerras de los siete años y más tarde con las atenciones á la América del Norte, que proclamó su independencia en 1783, después que en Jork-Town había capitulado el general inglés Cornwallis, al resplandor de la espada de Lafayette.

PERO no sólo fué Londres punto de residencia de Maldonado. Vivió también en París y se paseó por las principales capitales europeas.

SU temprana muerte, lejos de su tierra natal, de su esposa doña Josefa Guerrero y Ontañón y de su única hija Juana, fué imponderable desastre, no sólo para la entonces presidencia de Quito sino, muy especialmente, para su patria, la ciudad de Riobamba. También lloró el infausto suceso la América en general, y, lo que es más, el intelecto de Europa, pues la Sociedad Real de Londres vistió luto, después de haber agotado su ciencia por arrancarle de las manos de la Parca. † «Los señores Folkes, Watson, Coolebroke y Montaudoin, miembros de aquel ilustre cuerpo, no se cansaron de darle las mejores muestras de estimación é interés por salvarle; y el último, cuyos afectos por el enfermo le mantuvieron día y noche al lado de su cama, fué quien recogió el último suspiro». (1)

EN temprana hora, á los 44 años, despiadada fiebre arrastró á la tumba al riobambeño de tantos honores, á quien el calavera Luis XV estrechó la mano con veneración, rindiendo parias al glorioso americano.

DIJE que su muerte consternó á la Europa. Si la solicitud de los sabios londinenses no es suficiente prueba, he ahí otra no menos elocuente:

(1) Pedro Fermín Cevallos.

«CUANTOS hombres distinguidos le conocieron en España, Portugal, Francia, Holanda é Inglaterra fueron sus amigos; y, para el completo de su fama, la Academia de Ciencias de París, sintiendo la pérdida de un corresponsal de la suposición de Maldonado, mandó que el historiador de ella rindiese homenaje á la memoria de nuestro compatriota». (1)

A Maldonado se le debe una carta geográfica que es lo más perfecto que en cuanto á mapas conoce el Ecuador. Este trabajo, luminoso hasta hoy, y más aún en aquellos tiempos, fué elogiado por los hombres más eminentes que en el siglo XIX fatigaban la atención del mundo, como Caldas, como Humboldt, llamado por antonomasia el Aristóteles moderno, que recorrió algunos continentes y ha dejado riquísima herencia á la humanidad.

HABLA Humboldt: «A excepción de los Mapas de Egipto y de algunas partes de las Grandes Indias, la obra más cabal que se conoce respecto de las posesiones ultramarinas de los europeos, es sin duda el «Mapa del Reino de Quito», hecho por Maldonado».



* * *

La idea es fecunda, el trabajo es bienhechor y el resultado es el sinónimo de victoria. Con un puñado de sabios que pongan inquebrantablemente en ejecución sus nobles pensamientos, la patria sería feliz. ¡Cuán pocos hombres de ciencia hemos tenido! Por cada sabio de verdad y pensador ilustre, por cada bardo excelso y escritor de alto vuelo, por cada embrión de carácter y de sabiduría, centenares de soñadores infecundos, charlatanes insoportables, glorias falsificadas, aduladores miserables, magistrados corrompidos y soldadotes intonso-
sos....

LA ciencia es paz, salud y luz: mejora á la humanidad, le presta comodidades para la vida y no la envuelve en ola de sangre después de alborotar el cotarro....

(1) Pedro Fermín Cevallos.

JUVENTUD, sigamos por la vía que escogió Maldonado, el sintetizador de la acción, de la disciplina del espíritu, de la enseñanza de la filosofía y del apostolado del saber.

EL Instituto Nacional Mejía no ha podido ser indiferente al regocijo y florecencia de recuerdos del Ecuador entero, — y especialmente del entusiasta pueblo iniciador, Riobamba — con motivo del segundo aniversario del geógrafo Maldonado.

HE aquí explicado el objeto de la presente sesión solemne y la causa de esta conferencia de la que, á nombre de la Junta Administrativa del Plantel, dejo constancia, como sincero tributo al sabio D. Pedro Vicente Maldonado, de parte de la Enseñanza Secundaria de la capital. (1)

(1) Esta disertación salió á luz el 1.º de Julio de 1909 en la revista quiteña *El Educador*, N.º 2.º El Instituto Nacional Mejía dirigió un telegrama de felicitación al Colegio Nacional Maldonado, con motivo del segundo aniversario del nacimiento del ilustre riobambeño y envió, por Secretaría, la conferencia dada en Quito.

Del N.º 1.005 del diario de la capital del Ecuador, *El Comercio*, tomamos el siguiente oficio, cuyo original existe en el archivo del primer establecimiento de enseñanza secundaria de la República:

"D. Pedro Vicente Maldonado y el Instituto Nacional Mejía.—República del Ecuador.—Rectorado del Colegio Nacional Maldonado.—Número 144.—Riobamba, á 7 de Julio de 1909.—Sr. Rector del "Instituto Nacional Mejía".—Quito.—Señor:—La Junta Administrativa del Instituto dignamente regentado por usted, me ha favorecido con la representación designada en las fiestas dedicadas á conmemorar el segundo aniversario del nacimiento del sabio D. Pedro Vicente Maldonado. Agradecido por tan honroso cargo, desempeñé la comisión en la forma acordada por el Comité Central Maldonado. Tengo la satisfacción de poner en conocimiento de Ud. y de todo el personal de ese Establecimiento, que el contenido del telegrama de fecha 29 del mes anterior y la Conferencia dada por el Sr. D Alejandro Andrade Coello, además de dar á conocer al Comité Central en el acto público presentado el cuatro de los corrientes, en honra de Maldonado, por el "Ateneo Chimborazo", en sesión de la Junta General de este Colegio, sometí á consideración tanto el telegrama como la citada Conferencia; y después de detenida lectura, quedé recomendado por la Junta para agradecer á usted y á todo el Profesorado del "Instituto Nacional Mejía", por la labor acertada y patriótica que se ha desplegado en ese Plantel de Educación, manifestando las simpatías por Riobamba y haciendo propias sus fiestas. Se ordenó por la Junta General que la disertación del Sr. D Alejandro Andrade Coello forme parte de la Biblioteca de este Colegio, por contener documentos importantes, y tan luego como sea posible, se publique juntamente con las mejores obras que se han presentado con ocasión del segundo Centenario del Geógrafo riobambeño. Todo lo que me es honroso poner en conocimiento de Ud.—Dios y Libertad.—Alejandro Salgado". N. del E.

perimental de sus obras era novedad pecaminosa: la crítica debía purificarlas. Su amor al estudio fué interpretado mal: era sólo sed de heregía. El sabio, á la cárcel. ¿Dónde el estímulo? Ah! cuán terribles sufrimientos para el profundo anciano que al morir maldijo á la humanidad latebrosa, arrepintiéndose «de haber trabajado tanto en interés de la ciencia». Felizmente tal frase de hondo desaliento no podía dirigir sino á los malos é ignaros.

FECUNDA fué su labor. Su ejemplo no cayó en terreno estéril. Batallón de esforzados pensadores, que emitían sus ideas sin temor al fuego ni á los grillos, le sigue, arrostrando con brío todo, hasta la muerte.

POR lo luminoso de sus ideas Francisco Eugenio Espejo alcanza la prisión y el ostracismo; Pedro Montcayo, Pedro Carbo, Lorenzo R. Peña, Constantino Fernández son aventados fuera del país. Carácter y altivos pensamientos son signos de tormenta, son cosquillas que irritan á verdugos.

MONTALVO, por su espíritu acerado, fué al destierro y murió lejos de la Patria.

JUAN de Padilla fué condenado á muerte, pues cayó prisionero en la batalla de Villalar. El pregonero decía por calles y plazas que había sido sentenciado por traidor. «Mientes, le dijo el caudillo Juan Bravo, y mienten los que te han mandado hablar así. No digas traidores, sino defensores de la libertad». La cabeza del patriota *Comunero* de Castilla rodó por los suelos y con ella la hegemonía de un pueblo independiente y viril. «Con Padilla murió la libertad de España, y vencida la nación, se dejó llevar pacientemente á las expediciones de Italia, Flandes y América, y siguiendo los pasos de algunos capitanes afortunados, ella misma se extravió de su objeto noble y glorioso, tomando

El altar de la Victoria
Por el de la Libertad". (1)

PEDRO Ramus entrega sus vísceras á la furia de la muchedumbre, como Giordano Bruno su cuerpo á las llamas, atizadas por el vulgo fanático. Al primero, como

(1) Historia de las Asambleas Nacionales de España por Mr. Luis Viardot.

antes á Bacón los franciscanos, le censura la Universidad de París y al segundo la Santa Inquisición. «Bruno no puede ni quiere negar lo que sabe que es cierto, y dice á sus jueces que ellos también en sus corazones tienen la misma creencia. ¡Qué contraste entre esta escena de honor varonil, de firmeza inquebrantable, de apego inflexible á la verdad, y aquella otra que se verificó más de quince siglos antes en el atrio de Caifás, el príncipe de los sacerdotes, cuando cantó el gallo. «Y volviéndose el Señor, miró á Pedro!» (San Lucas, XXII, 61). Y sin embargo, sobre Pedro ha fundado la Iglesia su derecho para obrar contra Bruno». (1)

¡SALVE, apóstoles de la idea, sin vendas ni ligaduras! El pensador de Cuth, es atravesado de estocadas é impelido desde una ventana, estréllase contra las piedras de la calle. Retrógrados estudiantes, azuzados por maestros no menos retrógrados, le arrancan en seguida las entrañas, profanan su cadáver y lo pasean por la vía pública, volviéndole fragmentos.

EL valiente pensador de Nola escucha de rodillas, en Roma, la sentencia que le condena á ser quemado vivo. ¿Cuáles sus delitos? Haber emitido sus ideas con desenfado y racionalmente. No es posible negarle cierto genio, en frase de Cousin, quien agrega: «Si no ha logrado establecer un sistema duradero, al menos, ha dejado, en la historia de la filosofía, estela luminosa y sangrienta».

CRUEL suplicio para el materialista Vanini: córtale la Inquisición la lengua por sus doctrinas filosóficas, que moteja de ateas. Partidario de la eternidad de la materia, asusta con sus libérrimos escritos. Amordazado por aquel temible tribunal, le estaban reservados, además, la horca y el fuego.

PENSAR, hablar son crímenes imperdonables para aquellos que en el cerebro tienen aire ó ceniza. La idea atrevida, voz sinónima es de sentencia de muerte. Siempre el hombre ciego empeñado en que nada vea quien no ha nacido en noche tenebrosa.

(1) Conflictos entre la religión y la ciencia por Juan Guillermo Draper.

† EL filósofo Campanella, de prisión en prisión y de angustia en angustia, va difundiendo las luces del saber. Se le arranca las arterias, abriéndolas á fuerza de ligaduras; pero no desmaya un punto en la noble campaña de independizar la razón humana. «He estado encerrado, dice, en cincuenta calabozos y sometido siete veces á los más horribles tormentos. La última vez duró la prueba cuarenta horas. Amarrado con cuerdas muy apretadas que me rompían los huesos; colgado con las manos detrás de la espalda encima de aguzada punta de madera que me arrancó la décima sexta parte de mi carne, y me hizo verter diez libras de sangre; curado por milagro, después de seis meses de enfermedad, me arrojaron en un subterráneo». Gráfica y elocuente respuesta solía dar á sus verdugos, que miraban como obra de Satanás la ciencia de Tomás Campanella. «¿Cómo sabéis lo que no habéis aprendido nunca?», preguntábanle. Campanella respondía: «Para aprender lo que sé, he empleado más aceite que vino habéis bebido vosotros».

¡ADMIRABLE constancia de los que sobre la razón levantan el incommovible edificio de la filosofía! Ante el firme convencimiento, nada es capaz de producir desmayo: el peligro es acicate, estímulo la dificultad, ditirambo la muerte, y este conjunto, una Musa de Picault.

A semejanza de Bacón y de los demás pensadores, Bernardo Palissy inspírase también en la naturaleza. Geólogo y artista, aplica sus observaciones del reino natural tanto á la ciencia como al arte: decora las Tullerías y abisma á los doctores de París. Son de gran mérito sus diálogos entre el *Teórico* y el *Práctico*, acerca de problemas de ciencias naturales. Diserta con maestría sobre el origen de las aguas y de las fuentes, la constitución de las montañas, la formación de los terrenos, la naturaleza de los minerales, y sobre diversos tópicos de reconocida utilidad. ¿Sabéis cómo se premia su afán de observaciones químicas, físicas y agronómicas? Con la Bastilla. En tan sombría morada, rinde Palissy el último tributo, prefiriendo el sacrificio de su vida á la mancilla de la débil retractación, que Enrique III y los suyos llamaban conversión milagrosa. Había abrazado el calvinismo, origen de innumerables amarguras para sabio artista de tanto vuelo: fiel á su credo, bajó á la tumba. Antes de sucumbir, Palissy, en presencia del

conde de Mauleorier, reta al Monarca así: «Ni vos mismo, ni los que os obligan—los Guisas y el pueblo—podrán jamás obligarme á nada indigno, porque yo sé morir».

CON la historia en la mano, si no fuese larga la enumeración, sería muy fácil ir citando ilustres nombres que han inmortalizado el pensamiento y han dado libre vuelo á la palabra. No son meras ficciones de verdad relativa, los indiscutibles hechos que he apuntado, en los que sobresalen el carácter y el dón de persuadir de hombres excelsos que se sacrificaron por el ideal. A torrentes cayó sobre ellos el insulto; sobre ellos también hincó la calumnia su agudo diente; pero—notad el fenómeno—el agua lodosa, en vez de mancharlos, más limpios les pone ante la posteridad y más animosos en su tiempo para continuar el difícil apostolado.

INICUO, malvado español, llamábanle sus enemigos á Miguel Servet. ¿Cuál la causa? Haber, en sus *Diálogos*, investigado los problemas religiosos. Otra vez las garras de la Inquisición irán á cebarse en los hombres libres. El notable médico y cooperador para el incremento de la imprenta, muere en la hoguera, firme, leal, sin desmayar un punto. Creerfase esbozo de fantástica novela el fin trágico de los grandes hombres; pero no hay la menor exageración, ni la pluma extraordinaria de Edgard Poe ha dado vida á tan sombrías pinceladas. Todo está comprobado hasta la evidencia en el gran libro de la Humanidad.

LAS nuevas y atrevidas teorías filosóficas—imperdonable escándalo á mediados del siglo XVI—costaron la vida al pensador y naturalista francés Pedro Belón: mano aleve, oculta en el bosque de Boulogne, le hundió en las entrañas el arma asesina.

DESCARTES fué acusado de ateísmo y Francisco Bacon de falta de probidad. Sin embargo, con fulgores perennes, brillan el *Discurso sobre el método* y el *Novum organum*, de estos pensadores, francés el uno, inglés el otro, respectivamente.

II

AL recorrer, á grandes rasgos, el calvario de los genios, vengo á dar con el hijo del Dr. D. José Mejía del Valle y de doña Manuela Lequerica y Barrotieda; con el filósofo ecuatoriano D. José Mejía, que fué cual limpia antorcha del siglo XIX. El también, como sus ilustres predecesores, se sacrificó por el triunfo de la idea libre. No os admiréis de que le llame filósofo, si todos le conocéis como orador, al gran quiteño que, sin frases de sofisma y decépcion, emprendió la defensa de la América. El perfecto orador debe ser filósofo: lógica para discutir es filosofía; conocimiento del corazón humano, filosofía es; mirada de águila para hacerse cargo de los impulsos psicológicos del auditorio, es filosofía; producirse en público con serenidad y dominio de sí mismo, — al través de hondas preocupaciones y arrojanzas de conquista propias de la alborada de aquel siglo, — como se produjo el orador quiteño, es filosofía.

EL se sacrificó por el ideal. En plena juventud, cuando recientemente le sonreían las esperanzas que su claro talento iba convirtiendo en realidades, la muerte cortó las alas del genio nacional. Largas sesiones, de día y de noche; múltiples comisiones, en las que él era el alma de una innovación regeneradora; atención prolija á los intereses de la querida América; estudio de asuntos religiosos, militares, filosóficos, políticos y económicos, dieron al traste con su juvenil salud. Su pasmosa actividad, sus excesivas labores parlamentarias, sus desvelos, le llevaron á la tumba, á la edad en que otros genios no precoces nada son todavía. Trabajaba hasta el alba, preocupándose de todo, poniendo en todo su inteligencia organizadora é infatigable.

A la sazón, era terrible flajelo en las costas españolas del Atlántico la fiebre amarilla. Con todo, rendirle la fatiga, jamás; acobardarle la peste, menos. Tánta su fe en el cumplimiento de los deberes para con la gran patria americana, que Mejía se empeñó en negar que se hallaba tan terrible mal en territorio hispano. A los que le aconsejaban el descanso, respondíales con abnegación que el peligro se hallaba distante. Este su parecer

consolador lo manifestó varias veces en público, en el seno de las cámaras, para alentar á sus compañeros. Tanta constancia, tantas privaciones aniquilaron su organismo. A la temprana edad de treinta y seis años, pues había nacido en 1776, la fiebre amarilla, que desolaba Cádiz, rindióle en 1813. Un lustro antes, Mejía había recibido en la Universidad de Quito el título de doctor en medicina y en filosofía. En este último ramo, fué aprobado, en 11 de Julio de 1802, con el grado de maestro.

EL parlamento fué su principal escenario. De todos los géneros de oratoria, el político es el más complejo, hasta por la calidad del auditorio. El del sagrado es uniforme: está correspondido con el nexo de la fe; el lugar es de respeto, y la majestad del templo, lo solemne de las naves, el recogimiento de los espíritus, todo contribuye para el triunfo ó siquiera el acatamiento del orador, por más que éste no fuese un González Suárez con sus magníficas oraciones fúnebres. El orador forense, ante jurados de alguna ilustración ó ante jueces competentes, canta victoria con la acumulación de pruebas, con los testigos y por fin con la elocuencia de los hechos. No se necesita ser á las veces un Luis Felipe Borja, honra del foro americano. El orador académico, ante un público de sabios ó por lo menos de gente educada, sale á flote, porque siquiera le escuchan con atención y lleva su tesis preparada con sosiego, cuando no la lee, en frases pulidas, de razonamiento y forma clásicos, cual acontece con los discursos de incorporación á los centros literarios y científicos.

PERO el auditorio del orador político está animado de pasiones encontradas: arde en su seno el odio, el prejuicio, la contrapuesta opinión de los intereses, del modo de ver de ese gran censor — el público, — que se compone de diversas capas sociales, cual acontecía en las Cortes de Cádiz, en las que hubo realistas, republicanos en germen, enciclopedistas que seguían las huellas de la revolución francesa, aristocracia, pueblo indisciplinado, estadistas, sabios, señoras distinguidas, ignorantes, amigos y enemigos; auditorio heterogéneo. Resalta, por lo mismo, la habilidad del orador, que debe estudiar la psicología de esa alma ó monstruo de múltiples y deformes cabezas. De Arago, refiérese que acostumbraba mirar en público al de menos comprensión, tratando de descubrir algún signo de inteligencia en sus ojos. Esto me parece un símbolo de la plebe, á la que el menos listo

puede arrastrar en contra del orador. En lo moderno, se ha estudiado mucho la psicología de la multitud. Max Nordau hace observaciones muy acertadas. Cuánto tino, por lo mismo, para salir airoso en el papel de conductor por medio de la palabra en público, y sugestionar así á la muchedumbre. Se necesita ser un Mejía; ir cobrandoprestigio — el prestigio es sinónimo de victoria, — exhibirse rodeado de una como aureola; dominar á las masas populares con rasgos de genio. (1)

No he olvidado, á propósito, lo que el Sr. Guillermo Prieto cuenta del célebre orador Gómez Pedraza, que con su palabra salvó la vida de un hombre que había caído en brazos de una población ciega de ira. Veamos de qué manera procedió el tribuno. Un tal Sr. Haro obtuvo de la revolución mexicana perfecto salvo conducto para

(1) La importancia oratoria de Mejía ha sido últimamente reconocida en la capital española por un respetable cuerpo científico: el Ateneo de Madrid. Léase el siguiente artículo:

"LA MEMORIA DE UN DOCEAÑISTA

En el Ateneo de Madrid, se ha firmado, por número considerable de ateneístas, una razonada exposición á nuestro Ayuntamiento para que dé á una de las calles de esta ciudad el nombre del diputado americano doceañista D. José Mejía Lequerica. Fueron éste y D. Agustín Argüelles los dos primeros oradores de las Cortes gaditanas, y Mejía y Muñoz Torrero los primeros diputados que hablaron en aquella asamblea. Aquel nació en el Ecuador y lo representó en las Cortes desde 1810 á 1813, en cuyo mes de Octubre falleció en Cádiz, víctima de la fiebre amarilla, sin que se sepa dón le reposan los restos del insigne varón, abogado, médico, catedrático, periodista y jefe del numeroso y fuerte grupo de diputados americanos.

Mejía vivió algún tiempo en Madrid y fué oficial del ministerio de Gracia y Justicia, donde consta su brillante hoja de servicios. Por efecto de la reacción absolutista española y de la separación de América, la memoria del elocuente y popular Mejía quedó borrada de nuestra historia contemporánea; pero en el curso último de conferencias de la sección de Ciencias históricas del Ateneo madrileño se ha dado un gran realce á la figura del olvidado diputado americano. El mismo Ateneo pretende ahora que en la persona de Mejía se salude al grupo de los 55 diputados americanos de las Cortes de Cádiz, y, en éstos, á toda la América española, en la iniciación de su vida contemporánea. Esto podría hacerse en Septiembre ú Octubre próximo, coincidiendo con las fiestas del centenario gaditano y con otras manifestaciones análogas que se proyectan en Barcelona, Málaga, Cádiz y Valencia.

Una Comisión de ateneístas, presidida por el Sr. Lalra, será recibida en estos días por el alcalde Sr. Francos Rodríguez, que gustosamente ha ofrecido apoyar la pretensión de nuestros ateneístas en el Ayuntamiento".

(De *El Imparcial* de Madrid)



entrar en la capital. Amparado así, introdujo cartas que delataban á los revolucionarios; pero fué sorprendido en este acto de felonía. El pueblo, justamente indignado, trataba de linchar al traidor, quien huyendo va despavorido, sin encontrar asilo seguro, hasta que, con el alma en un hilo, entra á refugiarse en la cámara de diputados. Allá le sigue la muchedumbre, rugiendo de cólera. Entonces Gómez Pedraza, sublime como un dios, toma la palabra, cual en otro tiempo la tomaban los héroes de Homero y los varones de Plutarco. El airado pueblo calla como por ensalmo, y se abre en anchas alas para dar paso al Sr. Haro que, cual una figura macabra, pálido y desconcertado, sale del recinto de las leyes. Pedraza le maldijo; pero le aseguró la vida. Es un cobarde, un traidor, execrado por el pueblo; pero va amparado con un salvo conducto de la revolución y es inmune para nosotros, había dicho Pedraza, con sonoras é hipnóticas frases.

PARA tales rasgos se ha menester la presencia de ánimo que llevó en la masa de la sangre Mejía; su poderosa dialéctica que sugestiona. Supo huir de los sofismas de que tanto se burlaba Sócrates. Fué filósofo, hago hincapié en esto. Filosofía es amor á la verdad, entereza de ánimo, abundancia de principios morales, de conocimientos de ética, resignación ante las tribulaciones, sed de investigación, patriotismo y espíritu de sacrificio, cualidades que distinguieron á Mejía.

PROPAGÓ sus ideas filosóficas por medio de dos órganos poderosos de publicidad, que en el terreno de las letras humanas se dan la mano: la prensa y la tribuna. (Muchos tratadistas consideran el periodismo como género oratorio que limita con el didáctico).

IMAGINÁOS qué arma tan formidable la elocuencia de Mejía, difundida filosóficamente en artículos de periódico y en discursos parlamentarios, é impresionando á la vez á dos entidades que se abrazan y confunden con el nombre de público: el lector y el auditorio.

EL primer periódico político «que anunció ó abrió más bien el camino de las nuevas instituciones», fué «El Semanario Patriótico», que lo redactaban Manuel José Quintana, que estuvo seis años preso, y Eugenio Tapia. Apareció en 1808, y fué reemplazado después por el periódico, también liberal, y por consiguiente de reforma, fundado por el célebre literato Alberto Lista. Pero ninguno de más avances liberales y revolucionarios que

«El Conciso», superior á «El Espectador Sevillano» de Lista. En «El Conciso» escribió Mejía. «El Conciso» encarrilaba, por decirlo así, las discusiones de las Cortes y daba la nota alta en cuanto á reformas. Porque las querían lentas y calmadas, atacó rudamente á «El Observador» y al «Diario Mercantil». Fué «El Conciso», verdadero órgano de revolución, estallido á la francesa. La dirección y redacción del valiente periódico «La Triple Alianza» se le atribuyó á Mejía. Causó sensación en las Cortes: varios diputados pidieron que se le mandase quemar por medio del verdugo, á causa de sus ideas heréticas, con tanto brío defendidas por Mejía en el seno de la Asamblea. «La Triple Alianza» dilucidó acerca del alma con algún desenfado, lo mismo que sobre la serenidad de la muerte. El artículo de polémica no podía ser de otro filósofo que de Mejía Lequerica.

COMO orador fué héroe; como filósofo, mártir. ¡Cuánta grandeza de alma para atreverse á sostener en aquellos tiempos ideas que hasta ahora traen retos sociales y dificultades en algunas republiquetas americanas que no saben todavía de la libertad de pensamiento y de conciencia! La tolerancia aún no impera en el globo, con la majestad que anhela el sublime Voltaire.

III

LOS que estudien á Mejía admirarán su libre y noble pensar. Cedo la palabra al erudito D. Juan Rico y Amat, que aunque católico de buena cepa y español de pura sangre, hace justicia al americano excelso. «Entre los diputados de la primera época constitucional, dice, descuella indudablemente el americano D. José Mejía como orador más fogoso, más elocuente, más parlamentario de la cámara popular de 1810.

«JEFE de los liberales americanos, como lo era Argüelles de los españoles, dirigía con suma sagacidad y acierto las opiniones y la conducta de su parcialidad y auxiliaba con sus votos á la de los reformadores en las resoluciones que podían convenir de algún modo á los intereses y aspiraciones de la América.

«HOMBRE de mundo, y conocedor como nadie de las personas y de las circunstancias, preveía los acontecimientos y explotaba su posición en beneficio de su país. Apreciábanle los liberales españoles como liberal, pero le temían como americano, porque sabía muy bien cómo se iba y venía de América por las discusiones, sin que lo notasen los diputados que respecto á este asunto andaban allí muy alerta.

«CON una habilidad portentosa, con admirable ingenio sabía torcer el curso de los debates, y de la discusión más nacional y más española en su fondo, hacía él una discusión americana que fuera preparando la proyectada independencia de aquella parte del globo. Los argüellistas viéronse burlados más de una vez por la sagacidad de Mejía, pues creyendo decretar en sus acuerdos el bien de España, decretaron el de América, á pesar suyo.

«EN las réplicas era donde mostraba Mejía sus cualidades de orador parlamentario, de argumentador ingenioso, discutiador atinado y profundo. Afectando generalmente en sus discursos indiferencia y frialdad, no podía comprender su contrincante á donde iban á parar sus consideraciones, vagas y confusas, ni cuál era el objeto á que se encaminaban sus peroraciones. Valiéndose de esta táctica insidiosa, preparaba astutamente una emboscada á su contrario, y en las réplicas que se le hacían se aprovechaba por sorpresa de la imprevisión ajena, y era imposible resistir á la lógica de sus argumentos, á la exactitud y fuerza de sus raciocinios». (1)

No menos respetable es el parecer del eminente crítico español D. Marcelino Menéndez Pelayo: «Desde sus primeros discursos, Mejía, dice, arrebató á todos los diputados americanos la palma de la elocuencia, y si su prematura muerte no hubiese agotado tantas esperanzas, sería hoy mismo venerado como una de las glorias de nuestra tribuna, puesto que á ninguno de nuestros Diputados reformistas cedía en brillantez de ingenio y rica cultura, y á todos aventajaba en la estrategia parlamentaria, que pareció adivinar por instinto en medio de aquel Congreso de Legisladores inexpertos». (2)

(1) Juan Rico y Amat.—El libro de los Diputados y Senadores.—Tomo I.

(2) M. Menéndez y Pelayo —Antología de Poetas Hispano - Americanos.—Tomo III.

HÁBIL y honrado, Mejía ilustró su facundia y trabajó con calor por el bien de la patria, teniendo sin duda presente lo que escribió Cicerón: que la sabiduría sin la elocuencia de poco sirve y de nada la elocuencia sin la sabiduría, razón por la cual dudaba si la elocuencia había traído bienes al mundo. Sin la honradez, sobre todo en el parlamento, la facundia es de funestos resultados: germen de vanidad, de pretensiones, gasto de tiempo, derroche de energía, origen de mil males. Algunos hablan sólo por exhibirse, ayunos de lógica y oportunidad, usando fofa palabrería, deslumbradores sofismas.

Así como no se puede imaginar historia sin filosofía, de la misma suerte, no habrá oratoria sin la ciencia propia de los amantes de la sabiduría. Las fuentes de certeza, el testimonio humano, los monumentos, el criterio, sirven al historiador como otras tantas fuentes filosóficas para su imparcial narración. Al orador le auxilia eficazmente la filosofía, en forma de prudencia, de abstracción de su persona, de sacrificio de su soberbia, de silencio moderado, de lógica, de asociación de ideas, de memoria, de imaginación, de silogismos, de sentimientos, etc., etc.

DE aquí que, antes de analizar á Mejía, aludí de preferencia á sus nociones filosóficas, citando; de paso, el progreso humano de la razón pura.

EL testimonio de sus contemporáneos, el de historiadores y críticos de renombre y, por último, las piezas oratorias de Mejía, son las únicas fuentes de que me he servido para tratar del importante papel de nuestro orador quiteño en las memorables Cortes de Isla de León y de Cádiz; pero me falta lo principal para hacer el estudio á conciencia: haberle conocido.

JUZGO indispensable este requisito, siempre que se trate de analizar á los que se han empapado en las leyes de la elocuencia dictadas por Aristóteles, Cicerón y Quintiliano.

4 VOZ, correcta pronunciación, presencia de ánimo, dulzura de la faz y de la entonación, mirada penetrante, gesto que persuade, son prendas que no puede estimarlas sino el testigo que, en este caso, es el auditorio.

¡CON cuánto entusiasmo hablan del padre Salcedo los afortunados que le conocieron! Majestuoso como un león aparecía en el púlpito, ponderan sus contemporá-

neos. No hay palabras que puedan pintarle. Canta así un clásico poeta nacional que oyó al gran Salcedo:

“En el púlpito está: los negros pliegues
De su ancha vestimenta, cual las nubes
Que imprimen al volcán respetuosa
Solemne majestad, cubren los miembros
Del mágico orador; y su melena,
Cual la del rey del bosque, suavemente
Flota (1)

SU voz es un trueno, y retumba tempestuosa, al decir del citado vate. Continúan los toques magistrales que sólo la inspiración pudo trazar, ante las emociones que producían la presencia del ilustre latacungueño, que desde la cátedra sagrada alumbró la tierra del magnánimo Vicente León.

EL orador deja sólo recuerdos. Abismos de diferencia descúbreanse entre los discursos que se publican después y los que el auditorio escucha de labios del verbo-motor. Como la improvisación es cualidad esencial de éste, las frías preparaciones ó las marmóreas ajenas lecturas desfiguran la índole del discurso, enervan su nervio y hielan la frase, por no haberse lanzado en el momento psicológico y en determinadas circunstancias.

DE aquí que muchos oradores han tenido horror á la escritura. Pluma y palabra, don de unos pocos inmortales, como Castelar y Mejía. Los más, como Vergniaud, no han escrito ni siquiera cartas. Imaginaos cuánto se habrá perdido de la prodigiosa labor oratoria de Mejía, hija del numen del instante, de la réplica al vuelo, de la facundia apropiada á la repentina polémica, al fuego de los debates.

ENTONCES no existía el fonógrafo, invento que data de nuestros días, gracias á Edison, que, en 1877, lo concibió maravillosamente, para modificarlo después en 1888.

EN los primeros meses de sesiones, ni siquiera taquígrafos hubo en las Cortes. La palabra de Mejía debió á las veces haberse fijado en el papel no con religiosa exactitud.

(1) A. Moncayo.

AHORA lo he leído incompleto, cosa muy distinta de si me hubiera sido dado escucharle. No existe tampoco una colección de sus discursos, sino chispazos de ingenio y elocuencia esparcidos en las actas, entre diversidad de asuntos y muestras oratorias.

EL Castelar leído á solas, en el silencio del gabinete, á pesar de su frase sonora y de su verba musical, no es el mismo del oído en el parlamento ó en las tertulias de doña Emilia Pardo Bazán, hoy condesa.

AUTOR contemporáneo, testigo fiel, don Luis Orrego Luco, refiere la impresión que le causó la presencia de Castelar y el asombro que le produjo el timbre de su voz. Es en casa de la incomparable crítica de la novela en Rusia. El gran tribuno va á pasar. Hay emoción en la concurrencia. «La llegada de un hombre como Castelar, á pesar de que todos le conocemos, tiene siempre algo de nuevo. Los americanos, especialmente, hallan en su nombre un prestigio secreto, una faz completa de la historia de España, la República con sus agitaciones incesantes, sus desbordes, sus derroches de elocuencia y de sabia moral que fueron á complicarse en tempestades ahogadas en el golpe de Estado de Pavia.

«¿Quién es Castelar? Una frase de un político chileno, el primero y quizá el último de los atenienses de la América, nos le pintará dándole su valor exacto.

«PREGUNTÁBALE una dama andaluza qué era lo que más había llamado la atención en España: — «Los ojos de las españolas, señora, con perdón de D. Emilio Castelar . . . »

ELEGANCIA, buenas maneras, rostro simpático, todo distinguía al célebre tribuno. A su paso, «toda una época desfilaba ante nosotros», añade el compatriota de Vicuña Mackenna. Y al ponderar la memoria del genio de los «Discursos Parlamentarios», pone en su boca esta reminiscencia: «Allá en mis mocedades gozaba de ella (de la memoria, discurre Castelar) y de tal manera, que en más de una ocasión me aconteció el acudir á las Cortes y recitar de seguida, en la noche misma, á personas que me interrogaban sobre la sesión, el discurso entero que acababa de oír. Recuerdo, por ejemplo, uno que oí á Ríos Rosas y que nos conmovió á todos hondamente».

«SIN más ni más, el gran tribuno se puso á recitar trozos enteros del discurso que Ríos Rosas había pro-

nunciado treinta años antes. Todos estábamos sobreco-
gidos, no tanto por su prodigiosa memoria, como por
aquella manera inimitable de cortar las frases, por aque-
llos silencios que hablan; por las entonaciones que revi-
vían apasionadas con el calor de las tempestades de
otro tiempo; y por aquella pasmosa manera de agrupar
las ideas más complejas, reuniéndolas y condensándolas
en una armonía que termina á media voz, levantando en el
alma recuerdos de cosas soñadas que ignorábamos exis-
ten en nosotros». (1)

DICEN, los que tuvieron la suerte de regalarse con
la música de sus palabras, que Castelar no movía un
pie sin arte: presencia agradable, voz sonora, acción
académica, gesto majestuoso y elocuente, mirada suges-
tionadora, retiscencias efectistas, todo poseía este feliz
mortal.

FIGURAOS ahora lo que debió ser Mejía. Joven, sim-
pático, de ojos de fuego cual le pintan comunmente, de
cabellera que caía en anillos sobre sus hombros, como
en explosión de azabache, que diría Montalvo; de dulce
fisonomía que respiraba animación, vida, seducción ju-
venil, el orador quiteño seguramente hubo de hipnotizar
á las multitudes, y su palabra, tomando las proporciones
de un torrente, se extendería arrebatadora, sublime.
Tal consignan, por otra parte, los historiadores; mas
¿qué puede hacer el crítico moderno que no alcanzó la
fortuna de oírle? Contentarse con leerle y aplaudirle,
después de un siglo, en teatro distinto y con otros per-
sonajes educados en atmósfera más libre y con elementos
perfeccionados. ¿Qué análisis posible, si el orador ha
desaparecido casi con su obra? Datos aproximados, y
nada más. Los eruditos dicen lo mismo de aquellos ora-
dores griegos, émulos quizá de Demóstenes. El verbo
de Mejía, como el de Rocafuerte, no ha quedado reso-
nando: apagado está. Con muda elocuencia, consta en
las páginas de libros tal vez olvidados. ¿Cómo formar
el juicio, siquiera aproximado, de su timbre de voz, de
sus ojos relampagueantes al calor de la polémica, de su
animosa actitud en bien de la América, al emprender la
conquista de sus libertades; del gesto y declamación, al-
mas del discurso?

INCOMPLETO es, por tanto, mi estudio oratorio, al
través de los tiempos y ya en frío.

(1) Pandereta.—Luis Orrego Luco.



IV

DEJO sentado el principio de que al orador, para los inmediatos efectos del convencimiento y de la persuasión, es menester primero *verle* hablar, oírle con los ojos, que diría Nietzsche, y en seguida, escuchar el raudal de armonía que brota, no simplemente de los labios, sino del fondo del corazón. Si sólo, para analizar al orador, se saborean aquellas páginas trasladadas del calor de la improvisación á la helada escritura, al libro sin vida y callado, es como si se las mutilara. Livio Andrónico más hacía con la pantomima que con las áticas frases, como que no ignoraba la importancia del gesto, que en el ágora ó en el foro transfiguraba á los tribunos, aun á los feos y cojos como Tirteo.

EL defensor de la afortunada reina María Antonieta, —ilustre dama, blanco de calumnias y denuestos,— Mirabeau, se transformaba en la tribuna revolucionaria. Carecía de belleza este famoso libertino; pero cuando hablaba en público, su fisonomía se iba cambiando por encanto, hasta presentar aspecto tan distinto, que le convertía en hombre simpático, seductor. No era entonces el simple Riquetti el mayor: era Mirabeau. La misma reina austriaca, impresionada por la fama de este hombre raro, le murmura así, en su jardín particular de Saint-Cloud: «Cerca de un enemigo ordinario, cerca de un hombre que hubiese jurado la pérdida de la monarquía, sin apreciar lo útil que es para un gran pueblo, daría yo en este momento el paso más impropio, pero cuando se habla á un Mirabeau...». (1)

COMO en las Cortes españolas de la alborada del siglo XIX la revolución política y social comenzó con la palabra de Mejía, de igual manera, en el crepúsculo del siglo XVIII, la revolución francesa principió sus improvisaciones en la oratoria política con Mirabeau, gigante de la palabra, según le apellida Reinach.

¡ CUÁNTA disparidad notamos entre su ardiente dicción, lanzada entre las multitudes parisienses —dicen sus

(1) María Antonieta íntima, por Juan B. Enseñat.

contemporáneos, — y sus discursos, ora leídos, ora escritos, que no son partos inmortales del momento, brotes fugitivos del alma que va impresionándose con los aplausos del auditorio electrizado!

LA pluma se le caía de las manos; penosamente trazaba sus líneas y notas oficiales, como lo da á entender Aulard. Lo mismo cuentan de Danton, rival de Mirabeau en elocuencia.

«LA escritura, pues, congela la palabra». ¿Cómo saber de los arranques triunfales de Mejía? El orador pasó, dejando huella imborrable. Queda sólo la mitad de su obra. Tal es el fin de los que fatigan el arte que los antiguos llamaron retórica. Os convenceréis leyendo los más inspirados trozos de Bossuet, Bortaloue, Fenelón. ¡Qué movimiento en el ánimo debió causar, oída de sus labios, la célebre frase de Massillon, cuando su elogio fúnebre del imperecedero Luis XIV, «el Grande y el Ilustre»! Repetida ahora, nos parece fría: otro escenario, ajeno protagonista, desvirtuando están al orador sagrado y volviéndole quizá un farfantón.

Los ecuatorianos que en el templo de San Francisco de Quito oyeron al Padre José María Aguirre y ojearon después sus panegíricos y oraciones fúnebres, sus sermones y pláticas, que posteriormente se han publicado por la prensa, pueden confesar la enorme diferencia que hay entre lo leído y lo escuchado de los labios impolutos del orador de unción, que tanto sabe impresionar al pueblo con bíblicas y sencillas comparaciones, llenas de adorable ternura y de gráfico santo deleite.

MARCADA la aversión á la escritura en Berryer, sin duda comprendiendo lo que demostrado queda. Sus amigos le suplicaban que trazase sus memorias; pero no les dió gusto. En cambio, qué de ditirambos lanzan los que oyeron á Berryer, músico, no solamente de la palabra en su metafórica acepción, sino artista, en su verdadero sentido.

CASTELAR, á los quince años, desafiaba á las multitudes en magnífico estreno juvenil. ¡Imagináos el reto por medio de volantes hojas impresas que hubieran propagado su discurso! Suponed el fiasco, si otro se hubiera encargado de recitar lo pronunciado por el célebre orador español.

LA preparación de los discursos de Thiers no consistía en estereotiparlos en el papel.

¿DE qué modo se preparaba Mejía? Estudiando anticipadamente el asunto, merced á su pasmosa erudición y laboriosidad, é improvisándolo después *sobre el terreno y á medida de las circunstancias*. Tal hacen los genuinos oradores, como practican también los buenos militares, los estratégicos. Solamente los que no son oradores, los falsos tribunos, ganan cuando se les lee, con la lima posterior de las cláusulas, pues oírlos desespera.

EL sagaz orador y primer presidente de la República francesa, meditaba sus planes oratorios, hablando á solas ó entre sus íntimos amigos. Pero nada de fiarse de la estoica frialdad de los renglones. Mejía, en el calor de la polémica, al vuelo tomaba las armas de sus contrincantes y las devolvía con pólvora persuasiva. ¿Qué tiempo para la obra muerta de escribir líneas y más líneas?

LAS prontitudes de elocución de Lachaud no eran para escribirse: estallaba como la bomba de dinamita. De este género, las victorias en los procesos, porque tan ilustre abogado conocía á fondo las materias que tomaba sobre sus hombros. De aquí que sus mejores defensas se hayan confundido en la noche del recuerdo.

FEO era, pero qué mirada la de D. Agustín Argüelles, diputado por Asturias, que en las Cortes no iba á leer sus discursos ni los fijaba con caracteres! En ocasiones ni la materia palpitante preparaba. Asombrosa era su improvisación, aun cuando fué enfriándose con los años y de académica pasó á ser difusa. Este tribuno liberal, que se había empapado en las ideas de los enciclopedistas, bajó á la tumba á los 68 años. «Lo elevado de su estatura, la viveza de sus ojos, lo suelto de sus ademanes, lo noble y expresivo de su figura y hasta su poco agradable rostro, daban mayor realce á sus cualidades oratorias, prestando á sus discursos la expresión y la elocuencia de que esencialmente carecían». (1)

JAMÁS, en el calor de la guerra, escribió sus discursos Gambetta.

(1) El libro de los Diputados y Senadores por D. Amat.



AH! sí: una ocasión, en Grenoble. ¿Qué escribió el patriota y hombre de Estado? Ni una docena de palabras, que, consignadas en mortaja de papel, poseían la elocuencia de la proposición en un discurso: guerra, mariua, justicia, etc.; es decir, otros tantos temas para desarrollarlos de súbito. Entónces habría sido de escuchar al tribuno.

No se escriban las conferencias, ni se lleven nunca notas, aconsejaba Sarcey. «Recordad, decía, que el público es un monstruo de mil cabezas y que no lo domaréis si no tenéis constantemente vuestra mirada fija en la suya». Al orador que improvisa, al verdadero orador, hay que perdonarle ciertas incorrecciones del momento, como acontece con Mejía. El mismo desaliño le vuelve más natural, observa Timón. «Si gesticula con violencia, si sus ojos chispean, si su palabra se halla preñada de llamas y torbellinos, es porque la misma asamblea lo inspira. Si en un punto es prolijo y difuso en demasía, y seco y quebrado en otro, es porque aparentemente quiere la asamblea que sea lacónico en tal materia é insista en otras. Así, no hay que juzgarlo según las reglas y método de un discurso escrito y premeditado; en otros términos, hay que oírlo y no leerlo. En efecto, para emitir un fallo adecuado sobre el improvisador, no hay que leerlo, ó bien, al leerlo, figurarse colocado en los bancos de los oyentes, cuyos pensamientos expresa, cuyas pasiones respira, cuyas voluntades declara. Hay vida en su palabra, porque hay realidad; hay fuerza, porque la saca de cuanto le rodea; hay oportunidad, porque habla á hombres del momento». (1)

SU cerebro es volcán activo: arroja fuego; produce en nosotros la imagen de lo sublime. No nos acordemos de la catástrofe, si á veces despidе también humo. Sus vocablos son filásticas que atan al auditorio.

AHORA bien, no nos fué dado oír á Mejía; ¿cómo juzgaremos al insigne orador? Poco, relativamente, existe de su obra oratoria. Las actas de las sesiones de las Cortes de Cádiz registran sus discursos. Imprescindiblemente hay que acudir á tal testimonio, frfo trasunto de otro siglo. Lo que sabemos positivamente, para honra ecuatoriana, es que sobrepujaba al mejor orador

(1) Libro de los Oradores por Timon.

del año 10, á Argüelles. No nos ciega el patriotismo para esta confesión, tomada casi de los mismos enemigos en ideas. «Era preciso haber oído al monstruo», dan á entender, repitiendo la famosa frase de Esquines al hablar de Demóstenes. ¡Tan pobre fuente para analizar á Mejía! ¿Y el juicio de los diarios? Fíese uno de esas cosas. Cormenin se arrepentía de haber inventado la reseña de las sesiones y se burlaba de su exactitud, formando conceptos diametralmente opuestos acerca de un mismo orador y asunto. Hace hablar á los periódicos ministeriales y á los de la oposición, probando que todos guachapean.

LEYENDO los discursos de Mejía, conocemos sus opiniones filosóficas acerca de la religión, de la conciencia, de la sociedad, de las leyes, de la libertad de imprenta, del régimen constitucional, de la abolición de la tiranía inquisidora y de la esclavitud.

CONTESTANDO nuestro orador al diputado eclesiástico Sr. Morros que sostenía que la libertad de imprenta era detestable institución opuesta al catolicismo, discursó fervorosamente, y demostró «que en las naciones en donde no se permitía la libertad de imprenta, el arte de imprimir había sido perjudicial, porque había quitado la libertad primitiva que existía de escribir y acopiar libros sin particulares trabas; y que si bien entonces no se esparcían las luces con tanta rapidez y extensión, á lo menos eran libres. Y más vale un pedazo de pan comido en libertad, que un convite real con una espada que cuelga sobre la cabeza, pendiente del hilo de un capricho».

D. Juan Nicasio Gallego probó lo que era libertad y lo que era esclavitud, de modo que la imprenta no podía ser libre sujeta al antojo y pasiones de otro. Su defensa es luminosa.

D. Diego Muñoz Torrero, ex rector de la Universidad de Salamanca, notable más que por su oratoria, por sus ideas de libertad, y al que se le ha comparado con el reformista y hombre público francés Joaquín Sieyès, se lució también, expresando que las prerrogativas de imprenta eran hijas de la justicia. «La libertad sin la imprenta libre, aunque sea el sueño del honrado, será siempre un sueño.....»

HABÍA entonces tres bandos que agitaban los debates: el liberal español, el liberal americano y el servil,

bautizado así por Eugenio de Tapia. El segundo «compañante los americanos, capitaneados por D. José Mejía, que solían votar con los liberales, menos en las cuestiones de Ultramar relativas á vigorizar el poder centralizador de la metrópoli».

CUANDO las Cortes vigilaban por la emancipación del cautivo Fernando VII y porque el monarca oprimido por bayonetas extranjeras no firmase ningún tratado (pues debía primero consultar á la nación, en bien de sus súbditos) que menoscabara el derecho público, haciendo abstracción de las Cortes, Mejía desplegó tanta elocuencia, que su discurso es admirable por la energía, por las imágenes patéticas y por el conocimiento de la historia.

TRIUNFÓ el patriotismo de las Cortes. El 1º de enero de 1811, votaron 118 diputados un decreto por medio del cual «declaran que no reconocerán y antes bien tendrán y tienen por nulo y de ningún valor y efecto todo acto, tratado, convenio ó transacción de cualquiera clase y naturaleza que haya sido ó fuere otorgado por el rey, mientras permanezca en el estado de opresión y falta de libertad en que se halla, ya se verifique su otorgamiento en el país enemigo ó ya dentro de España, siempre que en ésta se halle su real persona rodeada de las armas, ó bajo el influjo directo ó indirecto del usurpador de la corona; pues jamás le considerará libre la nación, ni le prestará obediencia hasta verle entre sus fieles súbditos, en el seno del Congreso nacional, que ahora existe ó en adelante existiese, ó del gobierno formado por las Cortes».

«En los debates que promovió aquel decreto, dice Rico y Amat, se pronunciaron notabilísimos discursos que honrarán siempre nuestra elocuencia parlamentaria. Elevóse sobre todos los oradores el Sr. Mejía, quien conquistó en aquella ocasión el título de elocuente y erudito. Su discurso, tan vehemente como los de Danton, y tan patriótico y elevado como los de Mirabeau, es sin disputa uno de los mejores que en ese género de elocuencia deslumbradora se han pronunciado en nuestros parlamentos». (1)

(1) Historia Política y Parlamentaria de España, desde los tiempos primitivos hasta nuestros días, por D. Juan Rico y Amat, abogado de los Tribunales del Reino, etc., etc.

V

EL 24 de febrero de 1811 comenzaron las sesiones de Cádiz. Instaláronse las Cortes en la iglesia de San Felipe Neri, que se la transformó en parlamento, con galerías para el caso. El templo era, arreglado de esta manera, un lujoso salón á propósito para los oradores políticos. Mejía, haciendo resonar por las que fueron naves su robusta voz, debió parecer un sacerdote de la reforma que se inspiraba en un nuevo evangelio.

CUANDO el diputado Sr. González hizo la pintura del heroico capitán que pertenecía al regimiento de infantería 1.º de Málaga, D. Vicente Moreno, quien murió en Granada en el patíbulo por haberse negado á reconocer á Bonaparte como rey, Mejía habló así:

«ES necesario que las leyes se observen; pero claro es que si con algunos pudieran dispensarse, debía ser con los héroes. Y no son éstos los que hacen grandes conquistas, sino los que tienen bastante virtud para sojuzgar el imperio de la naturaleza, y sacrificarla á los pies de la ley. Esto es lo que este español (Moreno) hizo; porque esto es lo que saben hacer los españoles cuando se trata de la patria». Terminaba Mejía pidiendo una subvención para la familia del sublime soldado que entregó gustoso su vida por la honra de la nacionalidad. «Se le hicieron varias insinuaciones, dice el Sr. González, por diferentes individuos para que se prestase al juramento del rey intruso, ó cuando menos á una fórmula aparente de él, ó tan siquiera á una simple indicación de que quería prestarle, que de este modo se le perdonaría la vida. Nada. Moreno se mantiene inflexible, imperturbable; y aquella alma grande no titubea un momento en preferir la muerte á la ignominia que podía resultarle de aquel acto. Hace Sebastiani la última tentativa: preséntale á su mujer y á sus hijos en el mismo acto de colocarlo en el cadalso. . . . *Sepárate de ahí*, dijo Moreno á su esposa, *sepárate de ahí: mi gloria la cifro en morir por mi patria: recuerda á tus hijos este ejemplo, para que aprendan de su padre á servirla con honor. . . .* ¡Alma verdaderamente grande y heroica!»

A grandes pasos voy á seguir á Mejía en su labor de diputado á Cortes, en la que puso de relieve su elocuencia política.

AMANECIÓ el 24 de septiembre del año 1810, día de gala y emoción. Acontecimiento que hará eco en los anales de la historia debía desarrollarse en la mañana de este día en la real Isla de León, que se hallaba engalanada. El ir y venir de las gentes regocijadas, el aglomerarse á las puertas del palacio de la Regencia, todo anunciaba que las Cortes estaban á punto de abrirse. Efectivamente, á las nueve de la mañana, se reunieron. La ceremonia del juramento fué imponente. La presidencia ocupó en el interin el Sr. D. Benito Ramón de Hermida y la secretaría el Sr. Evaristo Pérez de Castro. En propiedad fué elegido para el primero de los cargos el Sr. Ramón Lázaro de Dou por 50 votos, contra 45 que obtuvo el Sr. Hermida. Secretario, por 56 votos, fué el mismo Sr. Pérez. Pasada la media noche, levantóse la sesión inaugural. En la siguiente, después de elegir al Sr. Ramón Power Vicepresidente, por 63 votos, y de crear otra secretaría, la que por 68 votos la ocupó el Sr. Manuel Luxan, D. José Mejía pidió se discutiese acerca del tratamiento que debía darse á las Cortes. Se acordó que en lo sucesivo á las Cortes se llamara *majestad*, y al Poder Ejecutivo, durante la ausencia de Fernando VII, lo mismo que á los Tribunales Supremos, *alteza*. Figura en primera línea nuestro orador en la comisión que se nombró para que estudie la manera más apropiada de publicar en América la instalación de las Cortes. Mejía, Lisperguer, Leyva, Inca, marqués de San Felipe, Conto, Palacios, Power, Llano y Toledo, formaban la expresada comisión. Por la noche, ó sea en el 2º acto de la misma jornada, pidió Mejía que se tratara, en sesión secreta, de cómo se ha de hablar á la América de su igualdad de derechos con los españoles europeos. Él no abandonó nunca la idea de libertad de imprenta, y hasta que se la reglamentara, y para suplir la claridad que ella despide, solicitó que mientras tanto la Secretaría recibiese todas las memorias y escritos que sus autores presentasen. Quería amplia libertad en todo, «sin previa censura». Por esto apoyó, con los señores Oliveros y Gallego, el proyecto en referencia, el 15 de octubre del mismo año. Su asombrosa actividad no descuidaba nada. Formó parte de complejas y diversas comisiones de hacienda, de milicia, de legislación, de ciencias, etc. D. José Antonio de Capdevilla somete atinado memorial para crear un «Colegio de Cirujía mé-

dica» en Mallorca, Mejía se dedica á estudiar el proyecto en unión de D. Manuel Llano y de Zauzo; D. José Fuelles ofrece á las Cortes una estatua de oro de Fernando VII, Mejía encárgase con los señores Laguna y Santa Cruz de ver la conveniencia ó inconveniencia del obsequio, y, en caso favorable, la inscripción oportuna que pudiese llevar; nota que el pueblo carece de espectáculos, Mejía pide se abra el teatro de Cádiz, previo nombramiento de director y un reglamento de teatro, para que «sea verdaderamente una agradable escuela de ilustración y costumbres nacionales». Solicita, además, que se premien las obras sobresalientes en mérito literario y político y que parte de los fondos que rindan los espectáculos se destinen á estimular las acciones distinguidas del ejército de la Isla y de Cádiz.

Sus palabras, muchas veces sencillas, iban encaminadas siempre al bien. Su estilo natural, ajeno por lo común á las flores literarias, á la ampulosidad y amaramiento, aunque no muy elegante en la forma, resplandecía por su fondo sentencioso. «No, hemos venido á este Congreso á hacerle un Arcópagó en la elocuencia, como lo será seguramente, decía: no hemos venido á poner cátedras». En cambio, sus máximas menudeaban. «A nadie le gusta que le quiten el honor; en el día y siempre vivimos por él», proclamaba con brío.

EN la sesión del 29 de diciembre por la mañana, su elocuencia se desencadenó en frases fogosas, llenas de rasgos patéticos y de conocimientos de la historia. Escuchémosle cómo pide la libertad de Fernando VII, su inmediata restitución al seno de su país y la declaratoria de guerra á Napoleón: «Oiga V. M. por fin á la América. Señor: sé muy bien donde hablo, quien es el que viene á hablar y á quien estoy hablando. Hállome en la tribuna del Congreso Nacional de la poderosa monarquía española, en medio de todas las clases del Estado, y delante de los respetables ministros de las potencias aliadas, atentos ahora todos á mi balbuciente voz. Quisiera aun figurarme otro género de agentes, un nuevo orden de circunstancia pública, que, soterrado bajo de este salón, sufriese el ardor y peso de los sentimientos, que la grandiosidad de la causa y los discursos me han inspirado. Si rodeado de sus armados satélites el soberbio Bonaparte sacase bajo mis pies su amenazadora cabeza, con la misma serenidad, sí, señor, y acaso con más valentía: «*Coronado maquiavelo!* (le dijera): tiembla

sobre tu enorme, pero vacilante trono : cuando el último de los españoles te habla así ; ¿ qué te resta que esperar de la nación entera ? »

IDEAS revolucionarias, nobles ideales de libertad animaban al inmortal orador quiteño. Sabía que los aluviones incontenibles de la masa popular cuando se ha llenado la medida de su paciencia y sufrimiento ; ese despertar brusco y formidable de millares de ciudadanos que, cansados de la sombra, piden luz, luz en América ; el grito ensordecedor de las multitudes ; el despertar de Quito la iniciadora de la protesta magna ; la voz robusta de la conciencia nacional, todo esto se llamaba revolución en las prístinas claridades del siglo XIX.

EN Rusia la bota del cosaco y el *knut* tártaro del déspota caían sobre las espaldas de los mujiks : éstos, humildemente, debían besar ese tacón y ese látigo malditos. Al fin, el ratoncillo sopló de coraje y, estirándose como pudo, se encaró con el oso blanco de Siberia, sucesor de Iván, el terrible. Rugió aterrizado el inmenso animal. No tembló la musaraña popular ante las amenazas de fuerza mayor : reunió á sus hermanos : cientos, miles, millones acudieron á la cita. El zar, con sus bayonetas y cañones, se declaró impotente. Hé aquí la revolución. Su magnitud asombra, cual asombró la de América, en la que tuvo fe Mejía. Sus palabras levantaban los ánimos, producían alarmas, por la energía de la protesta. Oyense murmullos de desaprobación cuando Mejía fulmina olímpico : « Es evidente que por los casos particulares se establecen las leyes generales. Me intereso tanto más (en presentar sus quejas contra el Consejo de la Regencia) cuanto que el Sr. conde de Puñonrostro y yo somos apoderados de Quito, de esa ciudad contra quien se han ensangrentado, aunque injustamente.... »

Nuevas conmociones en las Cortes cuando Mejía truena : « Se habla de revolución Señor, yo siento, no el que haya de haber revolución, sino el que no la haya habido. Las palabras *revolución, libertad é independencia* son de un mismo carácter : palabras que los que no las conocen las miran como aves de mal agüero, pero los que tienen ojos juzgan ; yo juzgando digo que es un dolor que no haya en España revolución. La revolución se reduce » La alarma y alboroto fueron tales, que Mejía, que quiso definir lo que es revolución, tuvo que sentarse indignado del zambuco político.

VI

MEJÍA, redactor de *La Abeja Española*, ganó campañas desde la prensa y la tribuna, en el terreno de la intelectualidad, en el moral y en el físico, convenciendo y persuadiendo aun al más tocho, con su palabra que, por su afluencia arrebatadora, parece salida de la turquesa de la histórica década ática.

CONTRARRESTÓ la resistencia de los logomacos y venció los prejuicios de la época. Quiso ser médico, y la rutina salió á combatirle con el fútil pretexto de que siendo catedrático de Filosofía no podía abrazar otra profesión; quiso ser doctor en Teología, y nuevamente le amontonaron obstáculos, alegando que como casado no le era lícito ser teólogo; quiso graduarse en Derecho Civil y Canónico, y negósele este bachillerato, fundándose en que entre los documentos que presentó para el objeto «no constaba la legitimidad de su nacimiento». A pesar de todo, terminó sus respectivos estudios y recibió la triple investidura, además de la de Maestro en Filosofía, en la Universidad que fué de Santo Tomás de Aquino, después de cursar este ramo en el Colegio de San Fernando, también de Quito.

«EN la vida del hombre, observa Cayetano Rosell, importan poco ó nada las vicisitudes de su existencia; los más quedan sepultados en el olvido; pocos logran perpetuar su nombre en la memoria de los venideros. Los que de esta suerte se sobreviven á sí propios, gozan del privilegio de dos vidas, la meramente material y la de la gloria; la una muere con el cuerpo, la otra es imperecedera».

TAL ha sucedido con el ilustre hijo del Dr. José Mejía del Valle y Doña Manuela Lequerica y Barrotieda: á pesar de que conjuntamente con el verbo-motor muere su obra, las recopilaciones póstumas, pálido é imperfecto trasunto de la elocuencia en acción, se encargan de salvar del olvido al orador; y si á los discursos que conserva la posteridad con respeto, se añaden otras empresas ejemplares y patrióticas, el hombre, sobreviviéndolo-

se á sí mismo, perpetúa eternalmente su nombre por medio de la filosofía de la historia y del estudio del carácter.

EL desprendimiento es virtud de grandes corazones: Mejía ofreció la mitad del sueldo que gozaba como oficial de la Contaduría de Indias para la defensa de la patria y la curación de su inedia intelectual.

LA universal comprensión es propia del genio: Mejía propuso atinados arreglos en la hacienda pública y en el ejército; solicitó que se declarase beneméritos de la patria á los diputados que trabajaron el «último proyecto» de arreglos de provincias; inquirió informes acerca del contrato de víveres celebrado entre la real Hacienda y la casa de S. Hacklly; indicó que la recaudación de rentas se haga por personas de confianza; recomendó que no se las dilapiden é hizo extensiva esta petición para la América, por el beneficio que reportaría al Nuevo Mundo la selección de los administradores del erario.

LA tolerancia es dón de magnánimos: Mejía discutió con calor el reglamento de libertad de imprenta — todo sin cortapisas ni previas censuras — y pidió, en sesión de 21 de octubre de 1810, que se ampliase su licencia aun á las obras religiosas. ¡Paso atrevido en aquella éra, si se reflexiona que en la época moderna todavía no se extinguen las luchas de ideas religiosas! Cuando en 1903 se le erigió una estatua á Renán en Francia, el libre examen fué combatido de muerte, las bayonetas de los pobres de espíritu brillaban hostiles, muchos ahullaban y los nobles de Tréguier amenazaron enlodar el monumento del cantor de Jesús y vindicador de su memoria. «Las opiniones no se borran con el fuego», dijo el rival de Argüelles.

CUANDO el catalán D. Antonio Capmany, «el maestro de ceremonias de la asamblea popular de 1812» — enemigo de la logorrea de los que despotrican — recomendaba en las Cortes la pureza del lenguaje castellano tanto en los discursos como en los escritos, indicando algunos de uno y otro género nada castizos, se complacía de la corrección de ambos en el orador quiteño, como que era gramático Mejía, pues á la cátedra de la respectiva materia se opuso en unión de los eruditos Cayetano Montenegro y Vicente Leoro, vencidos en 26 de setiembre de 1796, fecha de su nombramiento de profesor.

FUE la sesión del 16 de diciembre de 1812 la primera en que actuó la taquigrafía, aprendizaje en pañales en España, no obstante la celebridad del famoso taquígrafo D. Francisco de Paula Martí, que, en 17 de julio de 1802, presentó á la Sociedad Económica Matritense su método. Fueron discípulos de aquél los que copiaron en las Cortes de Cádiz los debates. Hasta entonces, la oratoria de Mejía, derrochada sin esperanzas de ser recogida con fidelidad, fué á duras penas conservada, defectuosamente y en fragmentos, por las apuntaciones de los plumarios. Vivió en la tradición y en las memorias de sus contemporáneos, como el Conde de Toreno, que la llama «de lucido y ameno decir»; Alcalá Galiano que la califica de «brillantísima, dirigida por su común travesura», y otros autores.

EN las Cortes de Cádiz, el patriotismo y el espíritu de reforma fueron vitales: movimientos progresivos y de aliento que enfervorizaron á muchos. El mismo Sr. Capmany confesaba con sinceridad: «En vano sacrificaríamos nuestro reposo, nuestra salud y nuestra vida, si fuese menester, en servicio de la patria, si á estas obligaciones que nos ha impuesto nuestro sagrado cargo no acompañásemos un acto generoso y voluntario de desinterés que selle el título de padres de la patria cuando lo merezcamos».

ELEVADOS, llenos de tolerancia y de estímulo, razonados y prudentes descuellan los pensamientos de Mejía. Adornaba su elocución con algunas figuras literarias, pues era muy conocedor de la retórica preceptiva. Al tratarse de la renuncia del Sr. Saavedra, se expresó así: «La autorización, no la autoridad, del Congreso se aumenta con el número de diputados», lo que, además de la verdad que encierra, es una donairosa elegancia por combinación, ó sea una derivación, en virtud de un accidente gramatical.

«El premio mayor, decía en otra oportunidad, para los hombres de mérito es la estimación que se les tributa; pero necesitan al mismo tiempo que ésta se les testifique con premios proporcionados. El obrar de otro modo sería bueno para un apóstol . . . »

No desconoció en algunos casos la perniciosa influencia del clero, al que combatió, aunque animado siempre de espíritu de caridad, distinguiendo lo bueno

de lo malo; por esto no pudo callar sus artes pilongas ni omitir tanto las frases de encomio como las acusadoras.

«EL influjo de cualquiera eclesiástico, no digo ahora de un obispo ú arzobispo, sino de un simple eclesiástico de mediana conducta, tiene más fuerza que veinte regimientos, particularmente en las Américas; pues anunciándose con el aparato de la virtud, dominan . . . »

EXCEPCIONANDO, como dejo dicho, al clero virtuoso que contribuyó á la revolución española, pidió que se forme causa al dañado. Oigámosle:

«UN infeliz, un miserable de pocas luces, cuyo delito se queda en él mismo, es llevado por ello al patíbulo: y á personas que por su santísimo y respetabilísimo carácter, que cuando obran no obran sino que enseñan, y cuando enseñan no enseñan sino que arrastran—¿no se les ha de exigir más responsabilidad? En hora buena, déjeseles expeditos para que no puedan ser removidos de los empleos que tenían antes, á pesar de que hayan tomado otro de autoridad ilegítima, manifestando con esto no sólo que la reconocían, sino conservándose en su reconocimiento hasta que la mano libertadora que movió la Divina Providencia, los sacó de una esclavitud que ellos no podían mirar con mucha repugnancia: conserven su destino, Señor; pero que se les forme causa. Y yo pregunto: un hombre que está procesado ¿qué efecto ventajoso percibe del empleo? ¿Tendrá acaso colación canónica? Voy diciendo esto, Señor, porque algunos señores Diputados, cuyo laudabilísimo celo halla reparo en aprobar la adición, se hagan cargo del extremo á que reducen á V. M. No quiero hablar del extremo á que se reducirá al pueblo, viendo estas distinciones, y que para casos iguales se toman resoluciones distintas. A la verdad no satisfará el decir que es peso y peso, medida y medida; es decir, medida doble. Cuando hablo al Congreso, tengo la incomparable honra de hablar á beneméritos eclesiásticos, los más interesados en que no se vean mezclados los asientos de los malos con los de los dignísimos eclesiásticos que han hecho importantes servicios. ¿No habla acaso con ellos la excepción hecha en la cuarta parte del artículo primero? ¿Cómo podrá quedarle duda á ningún español, qué digo español, aunque sea extranjero, que haya tenido la fortuna de contemplar el glorioso cuadro de la revolución española, y visto la gran parte que ha tomado el clero en la causa de la Nación, contribuyendo en gran manera á

llevarla á cima ; cómo le podrá quedar duda de lo mucho que se ha distinguido ? Pero siendo así que el más distinguido carácter no quita á los hombres los afectos de tales, ha habido algunos eclesiásticos que han sido débiles, y estamos en el caso de igualarlos con los de las demás clases del Estado, porque si es la justicia la que obliga á V. M. á dictar esta providencia, ¿qué eclesiástico ha de llevarla á mal, sólo porque tiene la colación canónica, cuando el empleado civil tiene una posesión política ? Qué quiere decir colación canónica ? Que se dió con arreglo á los Cánones. ¿Qué quiere decir posesión política ? Que se dió por la potestad civil ; con la diferencia de que, para la legitimidad de la una, es menester ver lo que prescriben los Cánones ; y para la otra, lo que disponen las leyes. Estoy hablando respecto de una clase que es alma de todos los pueblos cristianos, y temo que acaso no habré expresado bien mis sentimientos. Con estas excepciones mal entendidas, no se hace otra cosa sino comprometer el sagrado decoro del estado eclesiástico, presentando sus individuos á los ojos del pueblo español bajo otro aspecto del que le dió Jesucristo, con notable perjuicio y agravio de los mismos eclesiásticos. ¿No están sujetos á las obligaciones de tales ? ¿No tienen una patria á quien amar, un rey á quien obedecer, y unas leyes que guardar ? . . . Si fué el temor ú otro motivo, que de todo se valió el enemigo, lo que les llevó á su partido, y V. M. por una especie de benignidad mal entendida no los castiga cual merecen, esta indulgencia, que sin duda no sería muy política, tendría quizá algún funesto resultado. Persuádase el Congreso de que la medida que se ha propuesto es indulgente : lo contrario, sería hacer una excepción, tan indecorosa al estado eclesiástico, como fuera de justicia . . . Continuar esta discusión (tal vez yo tendré la culpa) puede ser muy perjudicial. Ruego, por tanto, á V. M. que apruebe la adición, y decida lo que le agrade, en la inteligencia de que, cualquiera que sea su determinación, yo la he de respetar y obedecer ; pero me temo que si V. M. no muda las cosas con equidad, es decir, con igualdad, no todos tendrán la misma deferencia ó la misma obediencia que yo ».

COMO político de tacto, pensaba así de la Administración : «El Poder Ejecutivo es responsable de la seguridad y defensa del Estado : á él, pues, toca conferir los empleos. Primera razón : los empleos, más bien que premios para los empleados que los obtienen, se con-

fieren para el servicio del Estado; pues por grandes que sean los méritos de cada individuo, nunca merecen tanta preferencia ni consideración como el servicio que puede prestar al Estado. La segunda razón es, porque siendo el Poder Ejecutivo el que cuida de la Administración de los pueblos, debe conferir aquellos empleos á los sujetos que considere más aptos. . . . Puede igualmente suceder que el que es muy á propósito para un destino ó cargo, no lo sea para otro, que acaso exigirá nuevos conocimientos, porque *non omnis fert omnia tellus*».

Al hablar de las incorrecciones de correos, invoca la ciencia constitucional que garantiza la inviolabilidad del individuo y de la correspondencia. «La división de poderes, dice, no tiene otro objeto que sostener la libertad individual, y precaver que su reunión sirva para que perjudique al ciudadano. . . . Y si por desgracia hay ley en los correos para que se abran las cartas, desaparecerá toda la confianza pública».

EN el incidente de remoción de altos empleados, Mejía probó que no era lícito deponer sin causa justificada á los ministros de los tribunales y demás jueces, sino suspenderlos con justa causa, menos removerlos contra su voluntad á otros destinos. Y argumentó así: «Señor: Me limitaré á observar brevemente que el artículo de que se trata comprende tres cosas bien diferentes: *remoción, suspensión y promoción*. La primera, como más gravosa y trascendental, requiere más detención y da lugar á más pruebas; así que no debe ejecutarse, sino después de *justificada* la causa. La segunda, que es menos perjudicial, más fácilmente remediable y á veces de notoria urgencia, puede exigir una determinación más pronta; y ésta sería impracticable en los dilatados confines de la monarquía española, si hubiese de preceder justificación formal de la causa. Basta, pues, intimar al gobierno que no la mande sin causa justa, que ya tendrán cuidado los particulares de reclamar contra cualquiera arbitrariedad. Finalmente, las *promociones*, que á primera vista parece no debían mirarse sino como gracias ó premios, han solido ser muchas veces un colorido plausible de las maquinaciones de los favoritos ó de las venganzas del gobierno: por lo cual es muy justo que V. M. prevenga tamaños abusos, estableciendo que ni aun las traslaciones que se califiquen de *ascensos* puedan verificarse sin auencia de los interesados, á

menos que lo exigiese la utilidad del Estado, origen primordial de la justicia de todas las disposiciones gubernativas ».

BREGÓ porque la dotación de los empleados sea magnífica y atacó ciertas jubilaciones. «Jubilación cuando el soldado está desnudo . . . cuando no hay dinero en el erario». «Eusebio de Cesárea miró como un atentado los ascensos de las piezas eclesiásticas, las promociones de unas sillas á otras y el que un pastor dejase una grey pobre por una rica ».

LLEVADO de espíritu de economía formó parte, en unión de los señores José Morales Gallego, José Castello, Miguel Antonio Zumalacarregui y Antonio Samper, de la comisión encargada de ver los empleos vacantes que debían quedar definitivamente suprimidos. En la comisión de sanidad pública figuró con los señores Oliveros y Cicus.

EN la sesión de 1º de enero de 1811, Mejía pidió que suscribieran sus discursos todos los que habían hablado en favor del decreto de regreso de Fernando VII, para cuando llegase el caso de publicarlos. «Porque si somos objeto de admiración, dijo, por lo primero, mayor gloria nos adquiriremos por haber concurrido todos con tanta uniformidad á explicar por el decreto que acabamos de aprobar, los mismos sentimientos que nos animaban en el glorioso día de la instalación de V. M. Esta unión de sentimientos debe constar ».

LA elocuencia de Mejía triunfó una vez más, pues 114 diputados aprobaron el decreto.

CUANDO el marqués de Astorga ofreció hasta su vida y la de su familia al saber el decreto de la venida de Fernando VII, Mejía elogió al marqués, con la habilidad de orador sutil que le caracterizaba.

EN el largo y vehemente debate acerca de la clausura del temible tribunal de la Inquisición, que después de la proclamación de los derechos del hombre y en los albores del siglo XIX era un escarnio, Mejía desarrolló su oratoria, con facilidad, y hasta rapidez de dicción. Su discurso se prolongó por tres días consecutivos y habló tanto y tan luminosamente que le vino á flaquear la voz y se le concedió descanso al orador. Si él trabajó tanto, no lo hicieron menos los taquígrafos, uno de los

cuales se hallaba desde antes indispuerto: los abrumó con su elocuencia. Lo que ha quedado de sus palabras, no reproduce fielmente lo que, en el calor del debate, expresó, pues en la transcripción taquigráfica hay algunas retiscencias, y en otros pasajes, sólo se hizo constar en el Diario de las Cortes sólo la síntesis de lo que el orador quiteño había brillantemente improvisado. Gran parte de su obra se ha perdido para siempre.

EN este notable discurso revela grandes conocimientos de materias eclesiásticas y de historia; rara idoneidad para la polémica y acierto en las réplicas ocasionales, con las que desvanecía los más sólidos argumentos de la parte contraria.

AL dedillo sabía las crónicas de Iberia. Apoyándose en ellas, pintaba con sombríos colores los abusos de la Inquisición y, para rebatirlos, se basaba, con oportunos argumentos *ad hominem*, sobre pruebas irrefutables. Conocedor del idioma latino, había leído la historia española del padre Mariana en la lengua de Virgilio y citaba con precisión sus severas páginas, lo mismo que en castellano. Conocía también á Hurtado de Mendoza, á Francisco de Moncada, á Melo, Solís, Ferreras, Masden y otros historiadores.

LA campaña de Mejía contra la Inquisición le llena de gloria. El exordio de este famoso discurso es muy modesto, como convenía al orador en un caso tan grave: es exordio por insinuación, pues brota contra el torrente de los más, inclusive de la comisión, y va á domar «al león herido, á quien es preciso sujetar por sorpresa».

SU proposición compuesta, divide con método en tres partes; admirables son la confirmación y refutación, por sus abundantes razonamientos; el epílogo es magnífico.

EL orador quiteño luchó, en favor de la abolición del temible tribunal, desde el día 11 de enero de 1813, quedando con la palabra al terminarse cada sesión, hasta la del 13, en la que comienza por analizar las funciones del Santo Oficio, que juzgaba con tanto despotismo, creyendo á los acusados, aun á los de gran cholla, dignos de pampañilla, cuando no de la hoguera.

EL crítico cubano *Fray Candil*, como una pancarta indeleble, exhibe esta débil muestra de los monstruosos concúbitos de la Inquisición con la crueldad y la ignoran-

cia: «La rutina escolástica y la intolerancia de la Inquisición, dice, fueron los factores principales de la ruina de las universidades españolas». «Aquella Inquisición inexcusable, añade—claro que los reaccionarios la excusan—al prohibir la entrada de los libros franceses y alemanes en la Península, aisló á ésta intelectualmente del resto del mundo». (1)

SIRVAN de saludables ejemplos á la juventud tanto el noble combate de Mejía en pro del libre examen como sus hachazos de muerte dados á la Inquisición.

ES preciso transcribir algo siquiera de su apostolado oratorio. Escuchémosle:

«HAY cosas, las cuales la sociedad debe examinar para indagar si hay algo que se oponga ó contrarie sus intereses; de aquí se deduce que todo lo que tenga relación con la constitución, ó el sistema gubernativo, se debe ver y examinar de antemano. No puede dudarse que hay cosas eclesiásticas que están en contacto con las civiles, y que en su examen no se perjudica á la autoridad de la Santa Sede ni de los concilios; pues sólo se examinan para ver si contrarían en alguna cosa á las regalías. Es claro que no se examinan los puntos relativos al dogma; porque este no puede contener nada que perjudique á los intereses de una nación. . . . Por lo que toca á esta primera proposición preliminar de la comisión, es incuestionable estando resuelta en el artículo 12 de la constitución (lo leyó). No obstante, yo aseguro á V. M. que desde luego no tendrá embarazo ninguno en que no se hiciese mención especial de ella, y que se diese por supuesta: porque si una decisión posterior tan respetable; como es un artículo constitucional, contradice la existencia de este tribunal, es claro que queda suspenso. Pero como algunos señores no ven como yo la cosa tan obvia y clara, y como los diarios de las Cortes circulan por toda la nación, es necesario fijar bien el concepto de ciertas expresiones, que aunque para nosotros sean claras, pueden ser dudosas para otros; porque sería muy natural que al ver el acaloramiento que ha habido en la discusión al examinar varias reflexiones que se han hecho y algunos ejemplares que se han traído, los que los leyesen á distancia, creerían que los autores de tales discursos trataban no solamente del establecimiento ó ex-

(1) Emilio Bobadilla (Fray Candil) Al través de mis nervios,

tinción de la Inquisición, sino de la existencia ó extinción de la constitución (Aquí refutó las opiniones de varios señores diputados, extendiéndose con razones y ejemplos históricos en demostrar la autoridad que tenía el Congreso para abolir la Inquisición, sin ofender de modo alguno la autoridad eclesiástica); sin exponerse (continuó) á que la nación vuelva á caer en el último grado de barbarie, no es posible dejar de aprobar esta proposición preliminar; la cual viene á ser un pacto anticipado y solemne, por el cual V. M. asegura, no sólo la soberanía de la nación y autoridad real, sino también la autoridad y respeto que se debe á la santa madre iglesia, haciendo quizá con este hecho volver sobre sí algunas naciones que por desgracia tienen un concepto equivocado de ella La independencia de las naciones, así grandes como pequeñas, ha estado comprometida por no haberse hecho la distinción correspondiente entre los derechos de la religión y los de la nación. Así es que hemos visto á Enrique IV y Federico II, emperadores de Alemania, presos, y hecho su trono presa legítima del primero que tuvo fuerzas suficientes para conquistarlo. En fin, Señor, la historia eclesiástica está llena de estos ejemplos; y no se diga que esto no tiene que ver con la cuestión de la Inquisición, porque muchos de estos hechos han sido efecto inmediato de ella ó de su influjo. Apenas nació este tribunal, cuando vimos á varios príncipes despojados de sus estados, no porque fuesen herejes (abstracción hecha de que aunque lo fuesen, no había autoridad para ello), sino porque, como dicen historiadores fidedignos, no protegían la religión del modo que quería la corte de Roma. La dureza con que se ha procedido, y las venganzas atroces de los muchos sectarios que ha habido y que han hecho sentir sobre los católicos sus represalias, y lo que por todo esto la humanidad ha padecido, es tan horrible, que no lo presentaré á los ojos de V. M.; sólo diré que no son noticias exageradas y disfiguradas por los desafectos á la Inquisición, sino verdaderas y reconocidas por los escritores más católicos. Véanse los grandes trastornos y ruinas espantosas que en todas las naciones por querer confundir el imperio temporal con el espiritual; sistema que se ha adoptado aún en épocas posteriores, y ha ido siguiendo los pasos de la Inquisición En tiempo de Inocencio VI hemos visto á las célebres familias de Malatesta, Manfredi, señores de Mantua despojados de sus dominios; todo esto por la Inquisición y por causas de la Inquisición En aquel reino (Italia) han cundido tanto estos abusos, que estados en-

teros por estos medios han sido tomados y entregados á quienes de otro modo no hubieran pertenecido . . . (Aquí hizo una relación extensa de las intrigas que por medio de la Inquisición se habían fraguado; pasando luego á manifestar que los mismos que la habían favorecido habían sido perseguidos por ella). Se deduce de aquí (prosiguió) que sería muy mala política (y no sería nada cristiana y muy equivocada) para el bien del estado, el que por una apariencia de religión se sostuviese á un tribunal que con tanta facilidad abusa de su autoridad, tanto que no ha habido dignidad ni persona que no haya sido perseguida por él. Los reyes lo han sido antes que todos. (Probó esto con los ejemplos de Carlos V, del príncipe Carlos de Viana, del de Monfort, de Carlos hijo de Felipe II y otros). ¿Pero se persiguen solamente á las leyes? No, Señor. Nadie tiene más pruebas del rigor de este tribunal que los eclesiásticos. Dígalo sino la historia de la Inquisición. Esta no sólo fué exigida por los Reyes Católicos (digo en España) sino sostenida por Carlos V; ¿pero cómo fué sostenida? Con oposición á la Silla Apostólica: parecerá paradoja. León X, educado en Florencia, y con los sentimientos más nobles, deseando restablecer la ilustración de Europa, no pudo menos de tratar de hacer una reforma en la Inquisición. Despachó las bulas al intento, y á cualquiera se le puede enseñar la carta - orden de Carlos V, fecha 2 de agosto de 1525-, en que se dice á los inquisidores que sigan en el ejercicio de las facultades que se les habían concedido del mismo modo que antes; «pues (añade) aunque he recibido las bulas, no las consiento, en ejercicio de la suprema autoridad que tengo para resistirlas». Sin embargo, sus confesores fueron las primeras víctimas. El célebre monje Hernando de Talavera, hombre raro en toda clase de méritos, primero obispo de Avila y después arzobispo de Granada, fué igualmente víctima de este tribunal, y se necesitó de todo el influjo para que no lo fuese su hermana y toda su familia. Muerto Carlos V, al instante la Inquisición se declaró contra su confesor Carranza, Primado de las Españas, á quien había dispensado un amor particular y en cuyos brazos tuvo el gusto de morir. Ponce, otro de los eclesiásticos de la familia, y de la mayor confianza de aquel príncipe, como su confesor, había ya muerto en las cárceles de la Inquisición cuando Felipe II regresó de Inglaterra. Y es cierto que sólo la muerte le libró de acompañar á su sobrino el conde de Baylén. (Ponce también, y uno de los progenitores de la ilustre casa de los duques de Osma y Benavente), que fué quemado en

un auto público en la ciudad de Sevilla. Mas ya que no salió vivo al suplicio, se desenterraron sus huesos, y se quemaron en el mismo acto. . . . ¿Qué diré del gran Carranza? Permítaseme repetir esto; más vale repetir un hecho, que referir muchos. Este hombre eminente, que en una de las comisiones del concilio de Trento sostuvo con tanto honor y crédito los derechos divinos del obispado, que vuelto á España se le dedicó al ministerio pastoral con tanto provecho y conocimiento como se echa de ver de sus obras (que aunque son pequeñas en volumen, como dijo cierto escritor, cada página es un tesoro); este varón ilustre, digo, puesto en la Inquisición en el año 59, sufrió la persecución más horrorosa y atroz que puede imaginarse. . . . ¿No se ve de todo lo dicho que por cualquier intriga de palacio puede perderse al eclesiástico más santo? ¿Y no se mirará este tribunal como el apoyo de una política maquiavélica? ¿Y qué hizo Felipe II, irritado contra los que no opinaron por su derecho á la corona de Portugal? Valerse del mismo tribunal, perseguirlos como herejes por su medio, hasta llegar al exceso de permitir que como tales fuesen arrojados al mar por la caeva de San Julián más de dos mil eclesiásticos, seculares y religiosos. ¿Y cuál era la herejía de estos infelices? No otra que haber opinado contra los derechos de Felipe á la corona de Portugal. No parecía creíble semejante crueldad, y la diabólica política de hacer servir á las pasiones el tribunal de la Fe, si no nos lo asegura un hombre de tanta fe como el obispo. . . . No es extraño ya que el célebre inquisidor Abad y la Sierra dijese que nunca había temido á la Inquisición hasta que como Inquisidor general la había conocido. Es bien sabido entre nosotros el hecho del célebre maestro Froylán Díaz. Es igualmente sabido lo ocurrido con el maestro León, con Arias Montano: este hombre, que ha arrastrado la empresa más ardua y loable de la literatura eclesiástica, dando no sólo á la iglesia de España, sino á todo el mundo la célebre políglota, que como para perfeccionarla tuvo que hablar y conferenciar con los judíos, sin más motivo que éste, fué tratado y comenzado á perseguir como judío. . . . Señor, yo respeto la autoridad de los príncipes; pero por justos y santos que sean sus derechos, no creo que fuese útil para ellos hacer servir la religión á las intrigas más rastreras. . . . En el siglo pasado, ha sucedido algo de esto con un religioso, á quien se le acusaba de un delito de alta traición. Prescindo de si la había cometido ó no; pero las disputas de competencia para juzgarle, yo creo que debían haberse decidido de otro

modo. A un hombre que aunque fuese traidor, en la parte espiritual no pasaba más que por un iluso, que tenía revelaciones, y que su Divina Majestad le dispensaba la gracia de conversar con la Virgen, se le recogió por la Inquisición, se le puso una mordaza, y, por último, se le quemó. Hablo del padre Malagrida. Aquí está, no hay que dudarlo. (Presentó el orador la estampa de este malhadado religioso). En este momento comienzo á sentir una exaltación que no he sentido hasta ahora; y como esta cuestión no debe tratarse con acaloramiento sino con serenidad, me limitaré á decir que por decoro á nuestra santa religión no puede usarse para protegerla de los medios que usa la Inquisición, por ser contrarios y diametralmente opuestos á nuestra constitución; por los abusos que los hombres pueden hacer de ellos; por la inviolabilidad de nuestros reyes, por las circunstancias de los tiempos, y porque se opone á la ilustración y á las luces y talento de los hombres grandes y virtuosos, puesto que las primeras víctimas de la Inquisición han sido los eclesiásticos más esclarecidos. Cuando la comisión ha dicho que la obligación que ha contraído la nación de proteger la religión, debe cumplirse por leyes sabias y justas, ha dicho todo lo que podía decir; y, siempre prudente, quiso precaver con esta proposición la inteligencia equivocada que pudiera haberse dado por algunos á esta obligación.

«HE hablado en cuanto á la primera proposición, por lo que toca á las demás, ya que he tenido el atrevimiento de meterme en una cuestión á que no estamos acostumbrados los legos, me tomaré la libertad de hablar cuando se discutan las otras proposiciones; suplicando á los señores eclesiásticos que no atribuyan mi atrevimiento al calor de un joven poco escrupuloso, sino sólo al deseo de manifestar que el sacerdocio y el imperio van muy de acuerdo; y que cualquiera que sea la decisión, espero que no sea perniciosa para el estado, tanto más, cuanto que la política, á que tanto se ha apelado en esta discusión, enseña que los anuncios que se hacen de antemano son otras tantas acusaciones contra los mismos que los hicieron, siempre que lleguen á verificarse».



VII

J
 BATALLAS campales ganadas por Mejía son la de libertad de imprenta y extinción del tribunal de los *autos de fe*, sin contar sus afanes por la emancipación de la tierra que le vió nacer. «Tengo derecho para decir que nadie me disputará el amor á la América», solía promulgar con anhelo.

ESTA figura del Nuevo Mundo tuvo amplias miras y se elevó á regiones á las cuales sólo pocos talentos suben. Su visión universal le ha dado nombradía cosmopolita. Europa le conoce, como no ha olvidado á los defensores de la libertad en el orbe. España, en el memorable centenario de las Cortes, le ha hecho regia manifestación, grabando eternamente su nombre. (1)

(1) El 24 de setiembre de 1910, primer centenario de la inauguración de las Cortes Extraordinarias de la Isla de León, hubo regocijo general en España. En Cádiz, sobre todo, dedicaron grandes recuerdos á Mejía. He aquí lo que dice un periódico de ese puerto: el "Diario de Cádiz". Transcribimos textualmente sus honrosas palabras y acatamos su redacción.

EN HONOR DE MEJÍA — DESCUBRIMIENTO DE UNA LAPIDA —
 CONCURRENTES Y DISCURSOS — EN LA PLAZA DEL LORETO

"Se ha verificado esta tarde, con toda solemnidad, el acto de descubrir la lapida que el Ayuntamiento acordó poner en la fachada de la casa número 4 de esa transitada vía, para perpetuar la memoria de los diputados americanos doceañistas.

DESCRITA en parte la tribuna preparada para las autoridades, sólo hemos de agregar que la escala y pavimento estaban cubiertos por bayeta roja con alfombra en el centro, estando circundado el frente exterior de la instalación por una guirnalda de laurel sobre el revestimiento de los colores nacionales.

Al rededor de la caseta, un cuadro extenso formado con mástiles, ostentaba las banderas de todas las Repúblicas Americanas, ocupando el centro la bandera española.

La lapida estaba cubierta por otra bandera española.

UNA sección de la guardia municipal estaba situada al rededor de la caseta.

DESDE las tres comenzó á reunirse público en aquel sitio, que paulatinamente fué adquiriendo animación extraordinaria.

A las cinco menos cuarto se encuentra la plaza totalmente ocupada, concurriendo gran numero de señoras y señoritas.

ENTRE los asistentes se encuentran el Diputado Sr. Laviña, Senador Sr. Carranza, D. Manuel Díaz Carreras, D. Vicente Polo, Administrador de Aduanas, D. Manuel Ruiz Tagle, D. Augusto Marengo, D. Juan A. Gómez,

LA noble cuna del célebre orador - Quito - erigióse en 1909 (merced á un grupo de jóvenes periodistas que formaron activo Centro, en conmemoración del primer grito de independencia lanzado en la América) memorable busto de mármol de Tarqui, en el paseo público del norte de la ciudad - la Alameda. Esta ceremonia es como el preludio de futuros himnos á Mejía, que, esculpidos en bronce indeleble, resonarán en un día no lejano.

YA antes la juventud estudiosa, en 1907, colocó una lápida de mármol en el frontispicio de la casa en que vivió y de la que fué dueño Mejía, edificio que, sito en la carrera Maldonado, hoy es de los herederos del Sr. Dr. Rafael Barahona, protomédico ecuatoriano. La lápida tiene esta inscripción: «Aquí nació José Mejía. - Marzo 19 de 1776».

D. Aurelio Alcón, D. Juan de V. Portela, D. Luis Otero Pimentel y otros muchos convecinos.

A esa hora llega también la banda militar del regimiento de Alava, para hacer los honores.

LA comitiva se organizó en la sala de sesiones del Ayuntamiento y salió de la Casa Capitular con repiques de campana y precedida de maceros y clarines, presidiéndola el Sr. Gobernador civil, a quien acompañaban, á la derecha, el General D. José Barrasa, de uniforme, y Teniente de navío Sr. Carrasco, y á la izquierda, el Alcalde de la capital D. Francisco Díaz García y el Senador del reino D. Rafael María de Labra.

DEL Ayuntamiento concurrían los Tenientes de Alcalde y Concejales D. José Luis Rodríguez Guerra, D. José Antonio Palomino, D. Manuel Sánchez Gil, D. Aurelio Moreno y D. Diego de la Fuente, Secretario Sr. Pró y mayor-domo de ciudad, Sr. Leal.

El Cuerpo Consular estaba representado por los Sres. Consules de la Argentina, D. Angel Ricardo; de Guatemala, D. Carlos Meany; del Ecuador, Sr. Gallegos; de Honduras, Sr. Benausan; de México, Sr. Di Pietra; decano accidental, Viceconsul de Guatemala Sr. Prieto; Consul de Chile, D. José L. Rodríguez Guerra; de la República Dominicana, Sr. Engo; de Cuba, Sr. Gil de Pablo y de Panamá y Siberia, Sr. Villaverde

LA Academia Hispano - Americana iba representada por los Sres. García Gutierrez Ayala (D. S.), Riaño de la Iglesia, Salido, Reina, Urrutia y Ruiz López.

POR la Escuela de Comercio el Sr. Estelles, D. Antonio Milego, Jefe de Estadística, por la Asociación de la Prensa; D. Federico Godoy por la Sociedad de Escritores y Artistas, el Sr. Veihls, Director de los Estudios americanistas de Barcelona; por la Academia de Bellas Artes el Sr. Ayala, por la Escuela de Artes e Industrias D. José Rodríguez Fernández, D. Celestino Parraga por la Facultad de Medicina, y D. Manuel Ojeda por la Diputación provincial

FIGURABAN asimismo en la comitiva comisiones militares compuestas de un jefe, dos Capitanes y cuatro subalternos de infantería y artillería, los jefes y oficiales de los institutos de Guardia civil y Carabmeros, Ingenieros militares y representaciones de todas las dependencias del ramo de Guerra de la plaza.

EN la plaza de Loreto sumáronse á la comitiva, y con ella subieron á la tribuna, el Comandante de Infantería D. Fernando de la Torre, Ayudante del General Gobernador militar de la plaza, cuya representación ostentaba, el Diputado á Cortes D. Federico Lavina y el Senador del Reino Sr. Carranza.

A treinta y cinco kilómetros de la capital existe un cantón, perteneciente á la provincia de Pichincha, que se engalana con el nombre de nuestro ilustre tribuno.

Es patrono del primer establecimiento de enseñanza secundaria de la República — el Instituto Nacional Mejía, — fundado por patriarcas de la libertad, mediante ley del 11 de junio de 1897; plantel que cada año conmemora fervoroso la memoria de su genio tutelar, cuyo artístico busto se destaca en el Salón de Honor del colegio, el que le dedica torneos literarios.

EN el momento de subir á la tribuna la comitiva, la banda de música ejecutó la Marcha real, descubriéndose el numerosísimo público que ocupaba aquel espacio.

EN todas las casas de la plaza se veían en sus balcones y cierros distinguidas señoras y bellas señoritas. La concurrencia era numerosa.

POR disposición del Sr. Gobernador civil, el académico de la Hispano-Americana, Sr. Riaño de la Iglesia, dio lectura al acta de la sesión municipal que contiene el acuerdo disponiendo la colocación de la lápida, y una vez terminada, el Sr. Gobernador dijo: En nombre del Gobierno de S. M. el Rey y en el del Ayuntamiento del noble y heroico pueblo de Cádiz, descubro la lápida aquí situada para honor y gloria de los diputados americanos doceañistas y muy especialmente para honra del ilustre tribuno D. José Mejía, y acompañando la acción á la palabra, hizo correr por medio de un cordón de seda, plegándola, la bandera española que cubría dicha lápida.

El público prorrumpió en aplausos y la banda militar ejecutó el Himno Ecuatoriano, que fué escuchado respetuosamente, saludando en la forma de ordenanza los militares y descubierto el elemento civil.

AL descubrirse la lápida de mármol de Carrara, con letras emplomadas, se leyó la siguiente inscripción.

“LA ciudad de Cádiz, en memoria y honor de los diputados doceañistas americanos, acuerdo perpetuar en esta lápida el nombre del insigne orador de aquellas Cortes, D. José Mejía Lequerica. — Año del centenario 1910.

Es una hermosa piedra que mide metro y medio de largo por ochenta y cinco centímetros de ancho, y ha merecido elogios por su mérito artístico.

EN los cuatro ángulos se destacan cuatro rosetas en relieve y de sumo gusto modernista.

SE ha construido bajo la dirección de los reputados artistas gaditanos Sres. Sanchez Camacho y Gargallo, denotando inteligencia y perfección.

El Gobernador, Sr. Roncalés, hablo de nuevo saludando á las autoridades, á los Senadores, Diputados, Ayuntamiento, a las representaciones oficiales y al pueblo de Cádiz.

ADMITID mi sincero saludo — dijo — y permitid al mismo tiempo que mis primeras palabras vayan dirigidas al Representante del Pueblo Ecuatoriano, que en este momento ha de experimentar noble orgullo, viendo cómo se honra la memoria de aquella gloria nacional, de aquella gran figura que se llamó Mejía, cuyos esfuerzos generosos puso al servicio de la esclavitud que le oprimía.

IGUAL orgullo experimenta hoy España entera al coasagrar esta memoria y el pueblo de Cádiz hállase impresionado del mismo sentimiento, por haber sido el primero en realzar un acto de tan extraordinaria importancia y trascendencia.

DE la vida de Mejía y de su actuación en las Cortes de Cádiz, según consta especialmente en el diario de sesiones, dedúcese que la voz del orador quiteño estaba bien cultivada, hasta donde se podía en aquellos tiempos en que la teoría de la fonación y la cultura fisiológica de las cuerdas vocales eran desconocidas científicamente. «En la antigüedad los oradores que hablaban al aire libre en inmensas asambleas aprendían á *vociferar*, en el sentido antiguo y exacto de la palabra, es decir, á *llevar la voz*.

EXPRESA que igual complacencia se refleja en la Academia Hispano-Americana, de quien partió la iniciativa para llegar á la satisfactoria realidad del acto que se celebraba.

HABLO elocuentemente de los pueblos libres, haciendo especial mención de la inmortal Zaragoza, en cuyas virtudes cívicas se engendró su educación, así como en las enseñanzas difundidas por personalidades que cual el ilustre Mejía extendieron por el mundo las luces de sus talentos.

TERMINO con un interesante simil para demostrar que si los hombres pasan, perduran las ideas, y deseando que la lápida que acababa de descubrirse marcara por siempre el camino recorrido, señalando asimismo el que queda por recorrer hasta llegar á la perfección anhelada.

LAS últimas palabras de su discurso, fueron de honor para el Ecuador, para España y para Cádiz, y pidiendo al representante del pueblo ecuatoriano fuese intérprete, cerca de su gobierno, de los sentimientos del nuestro y del pueblo español, hacia la memoria de aquellos esclarecidos legisladores y por la consolidación de los afectos comunes entre América y España.

El discurso fué aplaudido en varios de sus periodos y al fin del mismo.

HABLO después el Sr. Labra, pronunciando un discurso elocuentísimo, interrumpido asimismo por los aplausos de la concurrencia.

SUS primeras palabras fueron de saludo, en nombre de la Academia de Ciencias Americana, y de gratitud al Ayuntamiento de Cádiz por el lazo de unión que establecía entre España y las Repúblicas americanas.

DICE que si el recuerdo parece modesto, tiene en sí, por lo que presenta, una importancia y trascendencia extraordinarias, como muy oportunamente ha reconocido el Sr. Gobernador civil.

El nombre de Mejía evoca la ingratitud de los tiempos, pues quien fué filósofo, pensador, publicista, periodista y persona por todos conceptos que se apartaba del común de las gentes y que brillaba con altísimos méritos, ha necesitado que pasaran cien años para que su recuerdo se viera esclarecido con las auras de la notoriedad y de la gratitud.

RELACIONA el acto presente con el realizado há poco en Cádiz en honor de Rivadavia, argentino ilustre, deduciendo las consecuencias provechosas para afianzar los lazos de unión entre pueblos de una misma raza.

TERMINA un hermoso párrafo enalteciendo a España que tiene altura para levantar estos recuerdos y á América que dió hombres como Mejía, de imperecedera memoria.

El Cónsul del Ecuador, Sr. Gallegos, contestó:

SEÑORES:

SI siempre es grato para una Nación el ver enaltecidos á sus hijos, cual madre cariñosa que sólo aspira al bienestar de éstos, mucho más ha de serlo en los presentes momentos á la República del Ecuador, con cuya representación consular me veo honrado en este solemne acto, al ver como se conmemora, enaltece y honra la memoria del ilustre orador ecuatoriano D. José Mejía y Lequerica.

Hoy nuestros cantantes aprenden á forzar la voz, á vociferar en el sentido moderno, á aullar con una gruesa voz que alcanza poco. Y esta cosa fundamental en el arte vocal se enseña mal realmente; muy pocos actores saben hablar en la sala: no saben más que gritar en escena». (1)

No les es fácil á los oradores el desarrollo de la voz, cualidad física indispensable para hablar en público. Los discursos de Mejía se espaciaban por amplio escenario, y la pericia y juveniles años del tribuno hacían dulce la

Yo siento, señores, no poder expresar en toda su magnitud lo que para la República que represento ha de valer este tributo de admiración hacia una de sus más preciadas glorias, y os ruego que excuséis la limitación de mis condiciones personales: atended únicamente á que por mí habla un pueblo hermano que, lleno de íntimo regocijo, se encuentra entre vosotros y expresa su más sincera gratitud al contemplar esta hermosa manifestación de confraternidad Hispano-Americana, y que en este acto parece como que se acrecientan más los lazos que deben unirnos.

MEJIA, gloria del Ecuador, lo es también de España, pues su labor en aquellas memorables Cortes gaditanas fué en pro de los intereses comunes á la madre Patria y á sus hijas de América, consagrando todas sus energías á la unión é intimidad de pueblos de una misma raza. Su nombre vive eternamente en la historia política y literaria del Ecuador en el honroso lugar á que le elevaron sus merecimientos; su recuerdo se conserva imperecedero en testimonio de veneración por los servicios del patriota, y de estimación por la honra que á la Patria reportan las valiosas manifestaciones de sus hijos.

TENED la seguridad, señores, de que el eco de este homenaje, va en estos momentos, como grato mensajero, salvando mares y distancias, á repercutir en los corazones de los ecuatorianos; el acto que hoy se celebra en honor de los diputados americanos será un vínculo más que robustecerá la obra de amistad y unión, sólida y fecunda, que en estrecho abrazo liga á las naciones que forman la familia hispana.

INTÉRPRETE fiel de los sentimientos de mi Patria y su Gobierno, presento el agradecimiento sincero y eterno de la República del Ecuador al noble pueblo español que así perpetúa el recuerdo de un ecuatoriano ilustre; el más profundo reconocimiento á los Excmos. Sres. Representantes del Gobierno de S. M. y la expresión de viva gratitud al Excmo. Ayuntamiento de Cádiz que ha dado forma á este hermoso acto, al Excmo. Sr. D. Rafael M. Labra y á la Real Academia Hispano-Americana, á cuyas iniciativas se debe el llevarlo á cabo, y á todas las dignísimas autoridades, corporaciones, entidades y personas que han contribuido con su presencia al mayor realce de esta solemnidad.

CON esto terminó el acto oficial.

LAS autoridades descendieron de la tribuna, ejecutándose de nuevo la marcha real á la salida del Ayuntamiento.

EL público tardó algún tiempo en despejar aquel sitio.

El acto fué muy interesante.

CON motivo del homenaje hecho ayer á los diputados americanos de las Cortes de 1810, el consulado del Ecuador en Cádiz tuvo anoche en su fachada, iluminación eléctrica con bombillas de colores de la bandera de aquella República".

(1) Pedro Bonnier - Laringólogo.—La Voz.—Su cultura fisiológica.

modulación, y robusta, en proporción de su floreciente edad, la voz, que le permitía hablar en público días seguidos; además, la ejercitó algún tiempo en el profesorado. Sólo así pudo conservar fija la atención del auditorio por largas sesiones. Era lógico que al fin desmayara ó que enronqueciera alguna vez, como le sucedió en su gran perorata contra la Inquisición. Tal acontece aun con los tenores de más resistencia. Después de un esfuerzo como el de Mejía, natural es que se debilitara su voz, y requiriese pausa, como el vigoroso andarín se detiene á descansar después de sus gigantescas jornadas. Los triunfos parlamentarios de algunos oradores desgastan los nervios, aniquilan, postran, mandan al batallador al lecho. Tal le acontecía al célebre Manuel Ruiz Zorrilla. «La oratoria de D. Manuel, dice Miguel Moya, es sencilla, franca, ingenua como su acento, profunda como sus convicciones, llena de sinceridad y buena fe. Cuando Zorrilla habla, no se acuerda de lo que es, ni sabe donde está. Deja que salga su corazón á sus labios, y sin ocultar su pensamiento ni adulterarle con ninguna clase de atavíos retóricos, le expone con una claridad admirable y le defiende con una energía verdaderamente varonil y dominadora. Cada discurso le cuesta una enfermedad. Habla con todo el cuerpo. Cuando la palabra no hiere bastante, golpea con los puños. Es de los pocos oradores que cuando triunfan tienen que irse de la tribuna á la cama». (1)

«HAY dos maneras de hacerse oír en una sala dada: la más practicada, la peor, es de engruesar, forzar la voz, haciéndose en sí mismo una fuente sonora bastante potente para que la irradiación de la voz vaya á alcanzar la extremidad de la sala. Esta voz fatiga, las cuerdas se congestionan y se hinchan, las durezas nacen de contactos exagerados, etc. Es la mala voz profesional. Cuesta cara al profesor y fatiga al alumno, porque no puede ser sostenida, y su alcance varía á cada sílaba. El otro procedimiento consiste en tomar primero la sonoridad de la sala en la que se habla, y en hacer de la sala la fuente sonora utilizable. La voz hace entonces eco, ha «salido», el orador habla «en la sala», la voz se hace oír allí donde debe ser oída. La aparición misma de la sonoridad exterior, el eco solicitado de la sala indica una buena emisión que llena con poco gasto la capacidad de la sala, permite al orador hacerse oír con el máximo de efecto

(1) Oradores políticos. (Pertiles).

y el *mínimum* de esfuerzo. Esta voz se mantiene, no fatiga al orador ni al auditor, alcanza á todas partes y es de fácil manejo. Se hace de ella lo que se quiere como dicción, como entonación, sobre un alcance constante y sin fatiga. Es que la sala habla con el orador».

LA de las Cortes de Cádiz no tenía toda la acústica que á los edificios de este género aconseja la arquitectura moderna, porque no se había construído para el efecto, sino que era demasiado grande y adaptada: un teatro vetusto de aldea al principio, en la Isla de León; un templo convertido en salón parlamentario, después: San Felipe Neri, en Cádiz.

CON todo, las cualidades físicas, que desde el punto de vista del arte retórico poseyó Mejía, consiguieron lo que él se propuso, por cuanto, gracias á la buena conformación de sus cuerdas vocales, iban progresivamente resonando por los ámbitos de la sala, á pesar de que, en los momentos de calor, aceleraba su elocución y sus palabras borbotaban rapidísimas. En las grandes causas, cuando la importancia del debate requería más vigor de entonación, el Diputado suplente por Santa Fé de Bogotá, ponía en juego toda su impetuosidad de voz, unida á la vehemencia del discurso y á lo luminoso de sus conocimientos. Así ganaba, como le aconteció al dictarse la Constitución Española, que la suscribieron ciento ochenta y cuatro diputados el 18 de Mayo de 1812. Al día siguiente, se la promulgó con pompa. Allí consta la firma de Mejía, profundo en ciencia constitucional, sociológica y política. A la Ley Fundamental llamó «la pauta invariable del Estado». Cuando el contrato social del matrimonio agitó las discusiones de las Cortes, Mejía pidió que se rebajara á 21 años los 25 que la pragmática fijaba á los varones para que pudieran casarse sin permiso paterno. «Tres razones—habla Mejía—son las que me inclinan á esto, y que no debe perder de vista el Congreso. Primera: hay en España una despoblación extraordinaria, y la había antes de la horrorosa invasión del enemigo. Esta despoblación se aumenta con motivo de la guerra destructora que sostenemos; hay, pues, necesidad absoluta de extender la propagación y fomentarla, por medios justos, pues de éstos debe entenderse cuando se habla aquí: y en este concepto, la situación del Reino, antes y después de la revolución, exige que se reduzca la edad, como lo propone la Comisión. Si, conforme tiene el Congreso facultad para derogar esta ley, dispensando la edad, tuviera la de dar proporciones

á los que desean casarse, no hay duda de que no sería menos útil, pues la mayor parte de los que no se casan, es porque no tienen medios para poder subsistir.—Segunda razón: es innegable que, por cada veinte matrimonios que son desgraciados, por haberse casado los contrayentes en una edad tierna, ó en aquélla en que se considera que el hombre no tiene toda la reflexión necesaria, hay cuatrocientos hombres que, por no haberse casado en esta edad, acaso no se casan después, y se mantienen en celibato poco provechoso á las buenas costumbres que las Cortes deben promover por todos los medios imaginables, puesto que es obligación del legislador hacerlo así. No es difícil que un hombre, arrebatado de las pasiones, contraiga enlace con persona contra la cual esté la voluntad de sus padres; pero también sabe V. M. los vicios monstruosos y destructores á que puede inclinarse la juventud, poco reflexiva, si halla un obstáculo á sus lícitas inclinaciones. Toca, pues, á V. M. evitar esto, y fijar el tiempo en que cese la facultad de los padres en este punto».

EN la tercera razón, Mejía compara el estado del matrimonio con el sacerdotal, y observa que si ambos son graves y duraderos, no hay causa alguna por la que para ordenarse se exija 21 años y para casarse 25. Concluye de este modo: «Podrá decirse que el matrimonio ha de durar toda la vida, y que, el efectuar un contrato de esta naturaleza, sin el examen y madurez debidos, podría hacer infelices á los contrayentes; pero la misma razón hay para el que se ordena, y mucho más cuando hace voto de castidad y recibe un sacramento que imprime un carácter especial de duración eterna... Y hé aquí cómo un voto que se hace en la menor edad es válido, aunque sea para un estado más perfecto, y contrayendo con él obligaciones más grandes, que acaso no podrán cumplirse sin una especial gracia de Dios... Un casado no hace voto de ser pobre eternamente; antes, por el contrario, procura ser rico, en cuanto puede. Tampoco se impone una obligación de obediencia ó abnegación de su voluntad propia; pues no está sino sujeto á las leyes civiles, como otro cualquiera; y, además, sale de la sujeción que tiene como hijo de familia. De manera que, no sólo es conveniente, sino que es necesario rebajar la edad, aunque no tanto como dice el Sr. Oliveros, de cuyas reflexiones, sin embargo, no dejo de reconocer la solidez. Por cierto, conviene tener presente la calidad de la actual juventud española; y, siendo muy

verosímil que, una vez establecida la Constitución, se mude, tanto en lo moral como en lo físico, no menos que las costumbres, entonces, con tal variación, los futuros legisladores podrán complacer al Sr. Oliveros. Concluso, pues, apoyando el dictamen de la Comisión ».

LA oratoria es un canto: la frase melodiosa toma distintas tonalidades á medida de los sentimientos del alma. Así lo comprendieron los griegos, aquellos rítmicos por excelencia como Olympos y Thaletas. Declarar bien es cantar.

« EXAMINAD un discurso del Sr. Cánovas puesta la vista sólo en su forma, y encontraréis palabras y más palabras, frases repetidas, períodos interminables y laberínticos. Examinad el fondo y veréis en él sofismas, conceptos oscuros, teorías ininteligibles, y aquel ir y venir marcante al rededor de una idea que es sello característico de la varonil elocuencia de D. Antonio. Oíd aquel discurso, viendo al orador inflamado de orgullo, y las incorrecciones y los conceptos oscuros desaparecen para dejar paso á la poderosa personalidad de un orador que lo llena todo con su palabra avasalladora y dominante. El mejor aplauso para aquella palabra es el silencio que impone al enmudecer. ¡Qué pocas resuenan elocuentes cuando el último eco de la voz del Sr. Cánovas se ha perdido ».

SIN el requisito de la voz, Mejía no pudo llegar á ponerse en primera línea entre los oradores de las Cortes de Cádiz, que si inexperiencia tuvieron, no les faltó buena voluntad, clarísimo talento y noble espíritu de reforma.

« LA voz humana es muy resistente, muy adaptable y potente en general; tiene siempre una personalidad muy afirmada que hace de ella una herramienta de arte de infinita actividad. Debería haber superabundancia de buenas voces: brotan por todos lados, pero se las degüella en vez de cultivarlas. Desde el punto de vista del arte lírico, del arte vocal, de la enseñanza y de

todo lo que puede explotar las formas vocales, sería conveniente que ese dón maravilloso de la palabra, que ha contribuído tanto á elevar al hombre, fuese del mismo modo científicamente explotado y cultivado» (1)

EL tribuno afónico pierde más de la mitad de su importancia, y, en ocasiones, se deja derrotar por las acometidas del ridículo. Imaginaos á los grandes oradores políticos españoles como Segismundo Moret, Azcárate, Labra, Romero Robledo, Gamazo, Martínez Campos, Sagasta y al rey de todos, Castelar, defendiendo á sus respectivos partidos y convenciendo al pueblo, sin hacerse oír de nadie por su apagada voz. ¿Qué impresión hubieran podido causar al más disciplinado y bondadoso auditorio? Los circunstantes que empezaron por impacientarse y sufrir en silencio habrían acabado por murmurar, hasta que, de luego á luego, estallarían los gritos, vociferaciones y silbidos.



VIII

LAS tribulaciones de Mejía en la esforzada campaña contra los franceses que invadieron tierra española, lleváronle á varios lugares de la Península, como la Mancha, Sevilla, Toledo, en los que su pan cotidiano fué el hambre; su galardón, la miseria; su descanso, el ir de aquí para allá, siempre en vela.

«VIENDO yo - cuenta en carta confidencial á su esposa - que cada día se agregaban mis cadenas, y que quizás llegaría á faltarme el valor, y vencido del hambre, me rendiría á las ofertas de los franceses, atropellé por todo; abandoné un empleo regular que el Gobierno español acababa de darme en el Hospital general de Madrid y fugué de esa Corte el día 14 de Marzo (1809). ¿Cómo te pintaré mis necesidades, fatigas, aventuras y peligros en aquel viaje? A más de las penalidades y riesgos que yo había previsto, cuando tomé el disfraz de carbonero, para salir

(1) Pecho Bonnier, laringólogo.—La voz.—Su cultura fisiológica.—Nueva teoría de la fonación.

de Madrid y pasar por Toledo y otras poblaciones ocupadas por los franceses, me sobrevinieron males impensados é insoportables; porque apenas llegué á la Mancha se trabaron allí escaramuzas entre el ejército francés y el español, que, por nuestra parte, pararon en la más vergonzosa dispersión y en no cesar de huír hasta Sierra-morena. Yo, infeliz, me hallaba despeado y á pie, tan presto atropellado de los españoles, tan presto envuelto por los franceses, cuyos sables no dejaban de repartir buenos tajos»

EN unión de D. Juan Matheu, conde de Puñocentro, quien le dió las facilidades del caso, emprendió Mejía su viaje á Europa. Mas, pronto le invadió la nostalgia, pues al poco tiempo de casado ya se veía lejos de su esposa. Con ternura le cuenta, en sencillas líneas, propias de la conversación familiar, todas sus peripecias en su empleo de oficina ministerial y de beneficencia; luego después en la milicia; su opinión respecto de españoles y franceses, sus ideales y su anhelo, en fin, de regresar al suelo natal. Léanse estas ingenuas palabras, desaliñadas y todo, pero que revelan su sano corazón: «Por lo demás, escribe, si llega á verificarse de esta he-cha mi restitución á la Patria, entraré en ella sin ningún empleo ni condecoración; pero sí con el honor de haber dado indudables pruebas de hombre de bien y buen amigo. Entonces me verás volver pobre, viejo y calvo; pero cargado de experiencia; rico de desengaños y armado para todo evento de una sana é imperturbable filosofía, precioso fruto de mis viajes, lecturas y meditaciones».

SUS anhelos fracasaron: doña Manuela Espejo en breve tendría que llorar la eterna ausencia del ídolo de su alma.

EL abrumador trabajo y los sufrimientos de Mejía fueron gran parte para rendirle—muy joven aún—, lejos de la patria y de su esposa, la hermana del ilustre Espejo, á las que este astro, interrumpido en mitad de su triunfal carrera, envió su postrer lampo, su prístina refulgencia.

¡CUÁNTOS ilustres representantes del genio ecuatoriano han descendido al sepulcro en hora prematura ó cuando más en la época del vigor y la esperanza, rindiendo parias á «aquella temprana muerte que, según el cantor griego, distingue á los predilectos de los Dioses».

Abdón Calderón, casi adolescente, desde las breñas del Pichincha voló á la inmortalidad; Maldonado, en playas extranjeras, declinó la última jornada en la mitad de su augusta é incomprensible carrera; el Dr. Eugenio de Santa Cruz y Espejo apenas, en combatida barca, arribó al seguro puerto de los 50 años; Montalvo, García Moreno, Federico Proaño, Vargas Torres, Luis Martínez no murieron de viejos; el precoz Vicente Piedrahita se despidió de la vida antes de los 44 años, y el malogrado Vicente Pallares Peñafiel, creador de la *Revista Ecuatoriana*, no alcanzó á tanto! ¡Cuántos talentos no ascendieron á la nivea corona de los años, como á la majestuosa cumbre del blanco Chimborazo, ni les fué dado, por crueldades de la Parca, alumbrar la ancianidad con los fulgores del genio reposado y la experiencia.

MEJÍA, el más grande y el más joven de los oradores, fué uno de ellos.

¡QUE la juventud ecuatoriana vea en él un límpido espejo, á fin de copiar, de reproducir sus bellezas!

CORRESPONDE al generoso brío de esta misma juventud levantarle imperecedero monumento, ante el cual la patria de los hijos de la elocuencia como Rocafuerte, Parra, Mariano Mestanza, Mata, Julio Castro, Portilla, Córdova, Vázquez, Cordero, Páez, Cárdenas, Arízaga, vaya á orar con amor y gratitud, y entone con piedad el himno de sus libertades públicas.

¡QUE pronto perpetúe en el granito y en el bronce la energía de carácter del juvenil filósofo, médico y orador que dedicó las breves jornadas de su vida al moral reteso del pensamiento y de la conciencia!

FUERA de su patria, la memoria de Mejía ha sido digna de honores, y además de las favorables opiniones de intelectuales extranjeros, algunas ciudades de España han bautizado sus calles con el nombre del tribuno americano. En la tumba del bizarro periodista y domador de la palabra, al que por antonomasia conviene la generalidad (entre ella el biógrafo americano José Domingo Cortés) en llamarle el Mirabeau del Nuevo Mundo, grabaron esta inscripción: «Poseyó todos los talentos, cultivó todas las ciencias, amó y defendió los derechos del pueblo español, con la firmeza de la virtud, con las armas del ingenio y con la dignidad de un hombre libre».

DUELO inmenso para las Cortes de Cádiz fué la temprana muerte de Mejía, víctima del terrible y pestífero simún que en dicho puerto sopló letal sobre más de sesenta diputados. «Algunos de los más distinguidos bajaron al sepulcro, como Luján y Mejía», pasto de la fiebre, observa un notable publicista. España vistió luto por su soldado ilustre — que arrostró mortales peligros en su nombre á las puertas de Madrid, en especial á la de los Pozos que le acarreó violenta enfermedad —; mas aún la América, á la que supo defenderla con denuedo, rasgó sus vestiduras; cubrióse la patria de crespones y de coronas de ciprés la tribuna parlamentaria, gimiendo inconsolables por tan elocuente y noble hijo que luchó, en el campo de la idea hablada y escrita, por romper las cadenas del Nuevo Mundo.

EL asunto de esta Conferencia es simpático: su bondad me releva de la venia que debiera pedirlos; pero también es grande por la sublimidad de su argumento, y mal puedo tratarlo yo como descara. Solamente los colosos debieran hablar de grandes cosas. Si el enano lo intenta, fracasará. ¿Y qué cosas más grandes que la patria y la libertad arrancadas á atletas, como Prometeo una chispa inextinguible á las divinidades del empireo? «La raza española se desbordaba por el mundo en uno de los impulsos más triunfales y más omnipotentes que recuerda la historia. Los tercios españoles cruzaban la Alemania, vencían en Flandes; Francisco I rendía su espada en Pavía, después de perderlo todo «fors l' honneur»; un puñado de aventureros mandados por Hernán Cortés daban cima á la conquista de un poderoso imperio y combatían en Otumba contra huestes imposibles de contar, y Pizarro, con no menos esfuerzo y bizarría, conquistaba el imperio de los Incas y Pedro de Valdivia menos afortunado iba á morir entre los araucanos. En esos tiempos de grandeza alcanzábase la victoria de Lepanto sobre el heroísmo de los turcos». (1)

DE tales soldados descendían los que iban á medir sus armas con los rebeldes americanos.

ESPAÑA, señora del mundo, madre de osados descubrimientos y conquistas, «había revelado la savia poderosa de las naciones fuertes y viriles. El amor al combate y el ardor de la aventura, el empuje irresistible, la paciencia en los contrastes y el sufrimiento en las miserias; el ansia de lo desconocido y de lo grande, constituían entonces la esencia y la sangre de su pueblo»; sangre rica en gérmenes de vida, que daba impulso á cuerpos hercúleos y circulaba con vigor por las grandes arterias de un reino belicoso que extendía sus dominios con arrojo increíble aqueude los mares.

¡GUERRA de semidioses para quitar á Júpiter el cetro de un mundo nuevo!

COMO vais á verlo, mi rápida labor no es original ni moderna: pertenece á ajena cosecha, pero ha sido engendrada por la buena voluntad y respeto á los manda-

(1) Luis Orrego Luco.—Pandereta.

tos de la sociedad «Cervantes», que al solemnizar una inolvidable fecha: el 24 de Mayo de 1822, día del triunfo de la libertad ecuatoriana en el Pichincha, ha querido poner el descolorido número de mi Conferencia en su programa.



I

ES ley natural la del mejoramiento de los pueblos por más ó menos pausados desenvolvimientos. La historia nos enseña que del estado de salvajismo han pasado al de barbarie y de éste al de civilización, en el que se caracterizan más sus evoluciones psíquicas y sociales. Las ideas preparan el terreno y los hechos precipitan la resolución. Así los americanos, que á tanta distancia habían alcanzado á recibir algunas partículas de fuego de esa hoguera gigante llamada revolución francesa, sintieron la lógica impulsión de emanciparse, viéndose en la ineludible necesidad—caso de conciencia nacional—de romper con la madre común, pues ya habían llegado á su mayor edad, y no era posible soportar tutelaje, como si se tratara de niños ó de incapaces. Grande, por muchos títulos, fué la nación, célebre y poderosa matrona en el Viejo Mundo y dueña del Nuevo, que derramó en América, como una cascada de notas cristalinas, los primores de su idioma; pero era más grande en los americanos el justo deseo de igualarla, si no en potencia, siquiera en el goce de sus derechos y adelantos, que no podían adquirirlos bajo el dominio de sus amos, conquistadores sin tino, que impedían el natural desarrollo y cargaban despiadadamente á los criollos de tributos que se extendían hasta los infelices indios.

YA los Estados Unidos habían abierto la vía con la augusta declaración del virtuoso Washington, que desde las orillas del Potomac repercutió por el mundo; grito de protesta motivado también por las gabelas con que Inglaterra afligía á sus colonos y que no pudo mirar con indiferencia el probo ciudadano de Mount Vernon, que tanto amaba á los americanos.

PARA emprender la obra salvadora era preciso un hombre extraordinario, y éste surgió al fin,

ERA una tarde apacible. El sol llegaba á su ocaso. Pronto la lujosa ciudad de Caracas iba á ser envuelta en las sombras de la noche. Por las calles de la capital de Venezuela atravesaban gentes de toda clase: trabajadores que volvían á su hogar, devotas que con sendos devocionarios se encaminaban á las iglesias y particularmente algunos jóvenes con elegante vestidura, que recreaban su vista y daban pábulo al generoso despertar de sus amorosos pechos. Muchos balcones estaban adornados con hermosas flores femeninas. En varias ventanas abiertas, grupos de bellidades entregábanse á amena charla, sin fijar siquiera su atención en el desfile del pesado carruaje del Conde Tobar, que iba orgullosamente reluciendo por la colonial ciudad su vistoso escudo de armas, sus adornos de oro, sus grandes colgaduras, sus flamantes lacayos y el brío de dos pares de troncos, con límpidos arreos y gualdrapas de damasco, que pafaban, produciendo en el empedrado sonoro y acompasado martilleo de herraduras y cencerros. Como era la hora del bullicio y del paseo, no extrañaba tanta animación; pero, con todo, en una casa de la plaza de San Jacinto había algo no acostumbrado, especial agitación, ir y venir de gente de viso y movimiento particular de criadas. ¿Qué sucedía? En esa señorial morada se regocijaban de un hecho, que aunque natural, solían festejarlo con pompa en aquellos tiempos mayormente entre hidalgos ricos: la venida al hogar de un recién nacido. Este crepúsculo poético era del día 24 de julio de 1783, y la casa bulliciosa la de D. Juan Vicente, esposo de la respetable matrona doña María de la Concepción Palacios, á quienes felicitaban por la aparición del nuevo heredero. ¿Por qué se ocultaba majestuosamente el sol en estos instantes de alegría? ¿Acáso estaba como celoso de la aparición de otro de más brillo que iba á iluminar el universo? En brazos de amable español, caballero bien parecido y de apuesto continente, fué mecido el niño por primera vez, cuando vieron sus ojos esa luz que agonizaba, imagen de la penumbra colonial. Una semana después, fué bautizado por D. Juan Félix de Aristeguieta, quien, al volverlo al regazo de su madre pronunció estas significativas palabras: «Le he puesto por nombre Simón. Me habían dicho que le impusiera el de Pedro José; mas no he querido, porque este niño ha de ser el Simón Macabeo de la América». Ese infante era Bolívar, sol de la libertad. Y el primer hombre afortunado que, después de su padre legítimo, le recibió en brazos y le acarició se llamaba Iturbe, el mismo que, años después, dió su garantía ante Monteverde, para que Bolí-

var, Comandante á la sazón de Puerto Cabello, saliera de la América á buscar recursos para la libertad de un mundo. (1) Había traído á la tierra una misión sublime. No cesó en su labor, con la esperanza de un iluminado y la tenacidad de un convencido. Púsose al servicio de la buena causa con la fortuna, talento, filosofía y valor que la naturaleza le dotara. «Entienda Ud., mi querido Marqués, solía decir al del Toro, que mis tristezas vienen de mi filosofía; y que soy más filósofo en la prosperidad que en el infortunio». No descansó ni su pluma ni su espada. Rodeóse de sus mejores tenientes, almas de diamante que participaron de las peripecias de la magna guerra por tantos años. Por donde pasaba, su verbo sugestionador descubría el fuego latente del patriotismo americano.

Y FUÉ de triunfo en triunfo, tremolando el estandarte de la libertad por América, dirigiendo de lejos y de cerca, de día y de noche, con dinero y sin él, con numerosas tropas y con reducidas, á caballo ó á pie, con salud y sin ella, los planes de las batallas cual táctico ayesado.

RECUÉRDESE que en Pativilca, al despedirse con un abrazo de Joaquín Mosquera, le decía sereno á la entrada del desierto: «Diga Ud. allá á nuestros compatriotas cómo me deja Ud. moribundo en esta playa inhospitalaria, teniendo que pelear á brazo partido para conquistar la independencia del Perú y la seguridad de Colombia». La lucha seguía encarnizada. Ya llegaría su turno al territorio ecuatoriano.

CUANDO en octubre de 1821 prestaba Bolívar el juramento de estilo para desempeñar la Presidencia de Colombia, hizo esta declaración ante el Congreso: «La Constitución de Colombia será, junto con la independencia, la ara santa, en la cual haré los sacrificios. Por ella marcharé á las extremidades de Colombia, á romper las cadenas de los hijos del Ecuador, á convidarlos con Colombia, después de hacerlos libres».

PARA tal empresa eligió á Sucre. El mejor elogio del joven Mariscal es decir que fué teniente distinguido

(1) Para esta anécdota me he inspirado en una publicación de 1847 hecha en Caracas con el epígrafe de "Iturbe". Consta en el Tomo 8º de los documentos reunidos por los Sres. Blanco y Azpurúa.

por Bolívar, quien solía confiarle comisiones delicadas, como la misión diplomática que llevó al Perú para tratar de los auxilios que á su gobierno ofreciera el Libertador y las importantes instrucciones que le continuó transmitiendo. Sucre vino al Ecuador á recibir los laureles del triunfo y las bendiciones de sus habitantes.

EN el mismo citado mes, en una proclama en que el Libertador ofrecía *el libro de la ley*,—la Constitución, se expresaba así: «Quiteños! El ruido de vuestras cadenas hiere el corazón del Ejército Libertador. El marcha al Ecuador; ¿podéis dudar de vuestra libertad? Y libres, ¿podéis dejar de abrazar á los que os convidan, con independencia, patria y leyes?»

ACERCÁBASE, pues, la hora suprema. El ángel tutelar de la emancipación ecuatoriana, en cuya magna frente estaba resplandeciendo la doble aureola de la victoria y del martirio, hallábase á las puertas de Quito.

¡SALVE, immaculado Sucre!, clamaban con fervor mil corazones patriotas de quiteños dispuestos á secundar los anhelos del Héroe del Pichincha.

LA ciudad de Quito, nidada heroica de patricios que tuvieron la santa inspiración de lanzar el primer grito de libertad ante el rostro de los que le oprimían, asombrando á la América con arranque tan generoso, padeciendo está en poder del enemigo que le ocupa con sus tropas, restos que al amo Fernando VII proclamaban todavía como señor en el sur de la gran Colombia. No podía el pueblo del 10 de Agosto sufrir semejante humillación. Bolívar lo comprendió así, y ordenó que el General Antonio José de Sucre emprendiera la campaña con una pequeña división. El tradicional adversario era formidable: rugía como un león ante el reducido Ejército del soldado juvenil y valeroso que más tarde iba á triunfar también en Ayacucho, acompañado de muchos de los mismos republicanos que pelearon en las faldas del Pichincha. Días antes, Sucre había hecho en Riobamba morder el polvo con sus bravos granaderos y dragones á la caballería española. El 17 de mayo del año memorable, hallábase Sucre á inmediaciones de Quito, en el valle de Chillo, con el fin de atacar cuanto antes al enemigo, que, comprendiendo el movimiento estratégico, se replegó sobre la cuna de los shyris. En Turubamba y en Chillogallo había provocado á aquél, pero no presentó combate. Entonces Sucre resolvió pasar al Ejido

Norte de la ciudad, á merced de las sombras de la noche. La jornada era difícil por caminos tan quebradizos, de modo que les sorprendió el día á las dos divisiones del batallón Magdalena que comandaba el Coronel Córdova, quien, á duras penas y en hora poco á propósito para ocultar sus manjobras, consiguió dominar á Quito desde el Pichincha. Fatigado el ejército patriota á causa de su ardua campaña, reposaba un momento en el vivac, en tanto que una compañía de cazadores del Paya reconocía el terreno. El parque había quedado muy atrás, custodiado por el batallón Albión. El momento era decisivo y solemne. Los republicanos iban á medir sus armas en condiciones desiguales, que hacían resaltar más su temerario arrojo. La inferioridad numérica y su difícil posición en un monte sinuoso, desventajosa para su caballería, les ponían en grave riesgo, porque el gladiador hispano era terrible; tenía, además, una fortaleza en el histórico Yavirac ó Pancillo y armas superiores. Quito, emocionada, ponía sus ojos y su corazón en Sucre, que retemplaba el alma de sus soldados desde la cumbre del Pichincha.

La mole granítica que entre los pliegues de su falda consiente que se recueste la ciudad de los shyrís, ha asustado varias veces á sus moradores con formidables erupciones que registran los anales de la colonia, siendo memorable, por sus espantosas consecuencias, la de 27 de octubre de 1660. Pero este volcán, no sólo con internas convulsiones y terremotos, con ríos de lava y lanzamiento de materias inflamables ha despertado de su largo sueño al pueblo de Quito y ha asombrado al continente americano, sino también con sacudimientos sociales y hechos de armas que la historia patria no olvida. Ese volcán, único en la Cordillera occidental, ha oído la voz arrebatadora de Sucre, ha sentido el respirar anhelante de los soldados de la libertad, se ha bautizado con sangre de valientes, ha presentado su duro lomo, humillando su fiereza, para que sirviera de escenario á los batallones Yahuachi, Piura, Paya, etc., ha domado sus riscos para que descendiera al Ejido la caballería patriota y ha sido tumba inmortal de grandes luchadores. La célebre montaña, como un monstruo apocalíptico, destaca de su cuerpo gigantesco algunos picos. Los principales son el *Guagua-Pichincha*, volcán activo, visitado en aquellos tiempos de obscuridad colonial, á raíz de la erupción de 1582, por el audaz español Toribio de Ortiguera. En los modernos, los primeros que descienden al cráter con curiosidad científica son García Moreno y el ingeniero

Wisse. Después han seguido su ejemplo muchos viajeros. Hoy por hoy, si se consulta una estación benigna, es paseo sin peligros. De lejos presenta el *Guagua-Pichincha* el aspecto de un cono truncado. El filo del cráter en su punto más alto alcanza, según autoridad de Wolf, ilustre geólogo, á 4.787 metros de elevación. El picacho que limita el cráter al Norte sube á 4.755 de altura. La caldera es muy espaciosa. Su profundidad, que da vértigo, es de 770 metros. Con la forma de un picacho agudo, el *Rucu-Pichincha* mide 4.737 de altura. Tanto éste como el *Guagua-Pichincha* jamás están cubiertos de nieves eternas. El manto de blancura que se alcanza á divisar á veces desde la ciudad proviene de algunas grietas en donde la nieve se conserva todo el año para bien de la población. Otros picachos, como el *Padre encantado*, el *Cerro de Ladrillos*, el *Pico de Paguampa*, se yerguen entre el *Guagua* y el *Rucu-Pichincha*, con elevación que puede apreciarse de 4.500 á 4.600 metros (1). Tal es el teatro de la acción guerrera del 24 de Mayo de 1822.

AHORA bien, ¿ en qué punto preciso de la montaña andina se dió la batalla de Pichincha? En el que, á manera de un talud, baja con dirección á las calles occidentales de Quito. Conocémosle con el nombre primitivo de *Chaquimaillana* que, en lengua india, quiere decir *lugar donde se lavan los pies*. « Desde este vértice, donde corre un hilo de agua con incesante murmurio por una cuenca cubierta de chaparro, se distingue otra cresta que desciende repentinamente á morir sobre el pueblo de la Magdalena, dejando abra espaciosa entre ésta y aquélla: por ahí ascendió jadeante el gallardo y joven Coronel José María Córdova con la falange invencible de patriotas, compuesta de los « Cazadores de Paya », el « Batallón Trujillo » y dos Compañías del « Magdalena », quienes, por orden del General Antonio José de Sucre, pusieron, durante la noche, desde Chillogallo hasta la *Cima de la Libertad* ». (2) Había llovido la víspera. El terreno era difícil y montuoso. Venciendo obstáculos, como he dicho, pudieron llegar al campamento á las 8 de la mañana del espléndido día 24 de Mayo. La vanguardia dominó esas lomas, desde las que se distingue la ciudad de Quito, y aguardó que el resto de las tropas sa-

(1) Estos datos he tomado, prolijamente, de la obra "Geografía y Geología del Ecuador", por Teodoro Wolf.

(2) En el Campamento de Pichincha, por Abelardo Iturralde, artículo publicado en "La Ilustración Militar", tomo 1°, N° 3.

lieran de la quebrada. Después de más de una larga hora de espera, empéñase el combate con sin igual arrojo. «Rompense los fuegos á las nueve y media, y se sostiene con tesón media hora hasta que se consumen las municiones de los republicanos, que no habían tocado todavía á la altura en que principiara la pelea, y se retiran poco á poco. Reparada la falta, vuelven á la carga reforzados con dos compañías del *Yaguachi*, capitaneadas por el coronel Morales, y lo restante de la infantería, á órdenes del general Mires, protege la vanguardia que aún estaba combatiendo. Consumidas de nuevo las municiones, se ve esta columna en la necesidad de replegar, y el enemigo, creyendo aniquilarla, se va tras ella con arrojo. Ordénase entonces que aquella cargue á la bayoneta, y lo hace con tanto brío que recupera muy pronto el terreno antes perdido. Tres compañías realistas del *Aragón* se desprenden para flanquear la izquierda de Sucre; mas, por fortuna, tropiezan con otras tres del *Albión* que se habían atrazado resguardando el parque, las cuales, combatiendo con su denuesto de costumbre, las ponen en derrota.

«UNA última carga del intrépido Córdova desconcierta á los demás enemigos que aún se sostenían favorecidos por las grietas del terreno, y á las doce del día en que se ostenta más esplendente el que fué Dios de Calicuchima y Quisquis, los soldados de la libertad, haciendo, no correr, sino rodar á los vencidos, y obligándoles á refugiarse en el fortín de Panecillo, dieron el grito de la victoria». (1)

HUBO en esta batalla una digresión sublime, digna de citarse para ejemplo de la juventud. Dejemos lugar á la autorizada palabra de Sucre, quien, en su parte al Gobierno de la República de Colombia, dice: «Los cuerpos, todos, han cumplido su deber: jefes, oficiales y tropa se disputaban la gloria del triunfo. El Boletín que dará el Estado Mayor recomendará á los jefes y subalternos que se hayan distinguido; y yo me haré el deber de ponerlos en la consideración del Gobierno; en tanto, hago una particular memoria de la conducta del Teniente Calderón, que habiendo recibido consecutivamente cuatro heridas, jamás quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la República sabrá compensar á su familia los servicios de este oficial heroico».

(1) Resumen de la Historia del Ecuador, por Pedro Fermín Cevallos.

NADIE ignora el bellissimo episodio de la Batalla de Pichincha: el juvenil pasaje de Calderón, que pone de relieve la bravura ecuatoriana; pero no puedo, en estos momentos de entusiasmo, resistir á la tentación de intentar exhibiros una débil copia de la pintura que de él han hecho tantos escritores simpáticos para nosotros. En ellos me inspiro para trazaros la reproducción del cuadro.

EN la alborada de ese siglo homérico y de luz, padre del actual é hijo del de Voltaire, nuestros mayores peleaban como leones; el desprendimiento era común y la traición desconocida. El épico clarín de la independencia repercutía en todos los corazones, convocándolos para la magna guerra. Y se daban cita en los campos de batalla guerreros indomables y talentos esclarecidos, como los que fulguraron desde México hasta la Argentina, desde Hidalgo y Morelos, hasta San Martín y Belgrano, quien fué el primero que enarbó la bandera bicolor de su patria, blanca y azul como los colores de su cielo, distintivo adoptado por un rasgo de inspiración de French que de una de las tiendas de la Recoba tomó piezas de cintas albas y celestes y las repartió entre el pueblo, siendo el infatigable Berruti, activo agente de Rodríguez Peña, quien ufano ostentó en su sombrero aque los colores que son el símbolo de una gran República.

Y surgían falanges de héroes que ilustraron con sus hazañas desde las orillas del Orinoco hasta las faldas del Potosí, desde las márgenes del Plata hasta las cumbres del Mérida, ó mejor desde el Pico de Orizaba, desde la Baja California, hasta la cima del Huelén y las pampas inmensurables que se divisan desde lo alto de la Cuesta de Chacabuco historiada por Necochea, Lavalle y el inmortal hijo de Yapeyu. (1) Y las jornadas se marcaban, á través de viacrucis inauditas, con piedras miliares y dólmenes sagrados que ora se llaman Araure, ora Carabobo, ora Bárbula, ora Boyacá, ora Queseras del Medio, ora Yaguachi, ora Pichincha, etc., hasta completar con ellos el arco triunfal de la emancipación americana.

HABÍASE empeñado el combate por el centro con furia desmedida. Por todas partes la fogosidad bélica hacía estragos. El Teniente Abdón Calderón, mozalbe-

(1) Capital de la provincia de Misiones, donde nació San Martín.

te de 18 años que mandaba la primera compañía del Yaguachi, iba cruzando, con denuedo juvenil y firme resolución, por entre una granizada de balas. No conocía el miedo, porque en aquella época de efervescencia y de incendios, hasta los niños abandonaban los hogares para marchar al campamento despreciando todo, hasta las preocupaciones imperantes. Recuérdese que el sacerdote Andrés Torrecillas aceptó el uso del uniforme militar y renunció las exenciones, fueros y privilegios de su primitivo estado eclesiástico «sin otro interés que pelear, decía el presbítero coronel, por la libertad de mi patria, interín hayan tiranos que la combatan».

¡TAN saludable ejemplo sabían infundir á la infancia genios como Bolívar, Sucre, Páez, Córdova, Ricaurte y cien paladines de la noble causa del honor americano!

ACUDÍA nuestro héroe-niño á la zona más peligrosa, cuando recibió un balazo en el brazo derecho. Quedaba su respectiva mano inhábil para manejar el límpido acero. No importa: lo esgrimirá con la izquierda, sin arredrarse por su primera efusión de sangre, entre los pliegues del Pichincha, en pro de la libertad. Sin desmayar un punto, sigue Calderón, como dice el poeta:

" Siempre adelante, en impetu atrevido
Le inflama de la gloria la embriaguez:
Herido cae, pero torna herido
A la carga otra vez". (1)

PRACTICAR la virtud, llenar la obligación impuesta, amar á la patria eran entonces obras comunes. Hoy somos tan débiles, tan despreciables, estamos tan cambiados que nos parecen actos inmensos, imposibles de ejecutarlos. ¡Cuánta diferencia de tiempos! Tanto nos han enervado las pasiones que nos sentimos sin fuerzas para nada que signifique patriotismo!

LA espada del joven Calderón continuaba vibrando á la luz del sol glorificante de esa fecha legendaria. Estímulo poderoso para los suyos era verle combatiendo con imperturbable serenidad, herido como estaba. De repente otro proyectil, penetrando en el brazo sano que le había quedado, le compromete un tendón y fractura el

(1) Patria Inmortal.—"En honor de Abdón Calderón en el primer centenario de su nacimiento.—31 de Julio de 1804", por Leonidas Pallares Arteta, Stab.—Armanino.—Génova.—1904).

hueso del antebrazo. Vese obligado por la fuerza á dejar caer su espada vengadora. ¿Qué pasaba en estos momentos por su mente? ¿Venía acaso á visitar la sombra querida de su padre á quién Sámano, Virrey de Nueva Granada, fusilara? ¿Sentía quizás encenderse el afecto filial en su alma de niño valeroso, y la obligación del justo desquite? Su mismo ímpetu le había desarmado; pero su espada no quedaría en poder de los que aplaudieron el asesinato de su padre. Un sargento de los suyos la recoge del suelo, la envaina respetuosamente y la ciñe como puede á la cintura del joven doblemente herido, no sin atarle con cariño el brazo, suspendiéndole del cuello por medio de un pañuelo. El sentimiento del deber le animaba todavía y el joven luchador, como uno de los mejores espartanos, continuaba sereno á la cabeza de su compañía gritando: «Viva la Patria». Y adelante, siempre adelante, los va encaminando al triunfo definitivo, hasta que una tercera bala recibida en el muslo izquierdo, le hace vacilar; flaquea, pero no cae, porque ni el cuerpo ni el alma se han domado y con vigor inaudito, no diré que logra incorporarse, pues continúa de pie, sino que da la última carga. La herida de más arriba de la rodilla le había desastillado el hueso. En estado tan desfalleciente, reúne todas sus energías y se bate con la reserva del enemigo. Era el período más arriesgado de la batalla. Calderón avanza con denuedo. La victoria le sonríe. Había forzado su posición y tenía en jaque á sus adversarios. Ya nada le importaba la muerte. Hace el esfuerzo final, hasta que recibe otro balazo, el cuarto, de esta tempestad de proyectiles que se cernían sobre su cabeza. El muslo de la pierna derecha se afecta y queda destrozado por completo el hueso. En tierra está, postrado y exangüe, el singular joven ecuatoriano, modelo de carácter, que no conoció la claudicación ni en las horas del martirio en plena florescencia de la vida, cuando las ilusiones sonríen y las conveniencias son tentaciones irresistibles. ¡Imitemos, jóvenes, el carácter indomable de este niño, á fin de que ni la muerte sea suficiente para hacernos quebrantar los propósitos formados y los ideales que acariciamos, mucho menos el despreciable plato de lentejas de las ofertas corruptoras y de la miserable soldada!

ESTABA sin movimiento el joven guerrero que, bañando con el licor generoso de sus venas los riscos del Pichincha, vengó á su padre, fusilado sin piedad por el crimen de querer conseguir la libertad de su tierra americana.

«SUS soldados le condujeron en una ruana al campamento, le colocaron en la sala de una casita, sobre unas frazadas en el suelo, porque no se halló una cama donde acostarle: su estado de postración requería auxilios eficaces, para al menos calmar su devorante sed y darle algún alimento; un amigo se encargó de prestarle aquellos servicios, porque el desdichado joven no podía hacer uso de sus brazos, ni mover las piernas. Como la última herida recibida era mortal y no se prestaba á la amputación, murió al amarecer del día siguiente. El General Sucre le ascendió á Capitán para tributarle los honores fúnebres.

«EL Libertador, que llegó á Quito el 16 de junio, informado del bizarro comportamiento de aquel valiente oficial, expidió un decreto honrando su memoria, por el cual se disponía:

«1º Que á la primera Compañía de Yaguachi no se le pusiere otro Capitán.

«2º Que siempre pasará revista en ella como vivo, y que en las revistas de Comisario, cuando fuera llamado por su nombre el Capitán Calderón, toda la Compañía respondiera: «Murió gloriosamente en Pichincha; pero vive en nuestros corazones». (1)

Así sabían en aquellos días memorables cumplir su deber, sacrificarse por la patria, ser leales, muy leales, acometer acciones heroicas hasta los que no tenían la talla ciclópea de los héroes, hasta los que recietamente se presentaban en el escenario de la vida, sin más bagaje que la buena voluntad y energía de alma. Los batallones *Alto-Magdalena* y *Pava*, que se distinguieron en esa brillante jornada, fueron después refundidos por Bolívar en uno solo, á fin de que se perpetuaran con este glorioso nombre: *Batallón de Pichincha*.

AHORA, permitidme que de un periódico antiguo de Caracas (2) copie este trozo:

«... EL pueblo quiteño, compuesto de cincuenta á sesenta mil individuos, conducía en triunfo á un joven delgado, alto, de nariz aguileña, de pelo rizado y de fiso-

(1) Un episodio de la Batalla del Pichincha, por Manuel A. López. (Publicado en el "Diario de Cundinamarca", de Bogotá, N° 726, fecha 24 de Mayo de 1872).

(2) El Federalista, N° 1242.—Octubre 3 de 1867.

nomía inteligente y marcial, pero llena de bondad y de calma. Este joven vestía un calzón de modesto dril, una levita negra arrugada por el agua y cubierta de polvo, y cubría su cabeza con una gorra de paño sin más divisa que un galón de oro ennegrecido por el humo de las batallas: era Sucre, el segundo capitán de Colombia, el amigo íntimo y sincero del Libertador; el presunto triunfador de Ayacucho, el Presidente de Bolivia». Mercedo agasajo de Quito al Vencedor de Pichincha, á este astro de la guerra en esa constelación sin igual de Bolívar, San Martín, Páez, Córdova, Calderón y cien estrellas más, todas de valfa, que apreciaban el espíritu patrótico de los quiteños, de corazón de fuego como el que encierra esta región volcánica. (1)

¡QUÉ hombres aquellos! ¡Cuánto desinterés y limpieza de alma! Consagrados en cuerpo y espíritu á una buena causa, prefirieron la muerte á la deshonra de no ser libres. Peleaban con lealtad, quedando en el campo de batalla envueltos en la bandera de la patria. No conocieron más ambición que verla dueña de su soberanía. El interés no tocó las puertas de su corazón con metálicos aldabazos que hacen vacilar á tantos, porque el sonido del oro es despótico y corruptor.

EL Congreso de Colombia, «considerando que cuando el Libertador Simón Bolívar emprendió la obra inmortal de libertar á su patria y fundar la República de Colombia era joven y rico, y hoy que tiene la gloria de dar punto á esta heroica empresa después de haber consumido la parte más florida de sus años, se encuentra sin el patrimonio que heredó de sus mayores, por haber consagrado su vida y su fortuna al servicio de la santa causa de la libertad é independencia», le señala la pensión vitalicia de 30.000 pesos. Bolívar renuncia, «porque no los necesita para vivir, entretanto que el Erario público está agotado». Asimismo rechaza el millón de pesos y la renta de cincuenta mil anuales que le asignara el Perú en recompensa de sus servicios, el genio que en Rosario de Cúcuta no poseía una buena hamaca en que descansar. (2) Cede á la señora Francisca Prieto

(1) El Libertador decía, en carta a Peñalver: "Todo el país es abundante de víveres, muy patriota y muy colombiano. Los valles de Quito son pintorescos, pero están amenazados de horribles volcanes: y yo auguro que este país será inundado de fuego, y no le encuentro otro defecto".

(2) José Palacios, mayordomo de Bolívar, preguntó, en la ciudad de Rosario de Cúcuta, al Diputado D. José Félix Blanco si traía una hamaca para el Libertador, pues la suya se hallaba en mal estado.

«viuda del más respetable ciudadano de la antigua República de Nueva Granada», mil pesos anuales de su renta; y cuando el ilustre José Manuel Restrepo le dedica la Historia de Colombia, no la admite como Jefe, sino como amigo del doctor.

EL Vencedor en el Pichincha recusa el nombramiento de «General en Jefe del Ejército unido del Perú» con que le honrara este Gobierno y no quiere la Presidencia de Bolivia. «Este Congreso, decía Sucre al General Guillermo Miller, en carta fechada en Chuquisaca, dió una ley para pedir votos á los pueblos sobre el Presidente Constitucional: el 28 de octubre se abrieron las actas que se habían hecho en todos los Colegios electorales el 25 de setiembre, y han tenido la bondad estos pueblos de darme todos sus sufragios; excepto tres electores que me negaron su voto. Sin embargo de esto, yo no he aceptado la Presidencia». Francisco de Paula Santander devuelve 7.500 pesos en vales á la Comisión de Repartimiento de Bienes Nacionales, y renuncia lo que puede corresponderle por sueldos que como á General de la República le asignara la ley de 1819. A cada paso se encuentran en la historia de la emancipación americana ejemplos de desinterés, modestia, magnanimidad y valor. Estos varones tienen derecho á que se les llame inmaculados. ¡Cuánta razón asistió á Felipe Larrazábal para dedicar, con el entusiasmo de un patriota y el afecto de un puro corazón, aquel himno de notas armoniosas que se llama *Vida de Bolívar*, al hombre que había dicho en público: «Yo quiero ser ciudadano, para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque éste emana de la guerra y aquél emana de las leyes. Cambiadme todos mis dictados por el de *buen ciudadano*».

LA Batalla del Pichincha, cinco días después, trajo como resultado la incorporación de la antigua Presidencia de Quito á la República de Colombia la magna, ideal constante del soñador Bolívar, y en seguida, el 8 de junio, la capitulación de Pasto, último reducto de la tenacidad española en el sur de esta parte de la América, en donde el mismo día el fogoso orador é indomable guerrero, consignaba para siempre en su proclama: «Las victorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra de vuestro heroísmo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú el Ejército Libertador, marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia». El 16 del mismo mes entró Bolívar triunfante

en Quito, en medio de general júbilo de sus moradores, á quienes tanto distingufa. No olvidemos que á su Ilustre Municipalidad le dirigió estas frases honrosas: « Quito llevará consigo siempre el rasgo más distintivo de su gran desprendimiento, y del conocimiento más perfecto de una política sublime y de un patriotismo ascendrado ». Esta noble ciudad, tan generosa y magnánima hasta en sus horas más negras de prueba, ya había ordenado perpetuar, con una pirámide conmemorativa en el campo de Pichincha, el recuerdo de la gloriosa jornada. El monumento debía llevar estas inscripciones en el pedestal y en su cara que mira á la ciudad: « Los hijos del Ecuador á Simón Bolívar, el ángel de la paz y de la libertad colombiana ». En el mismo frente el nombre de Sucre y esta otra: « Quito libre el 24 de Mayo de 1822 ». Á continuación los nombres de los Jefes y Oficiales del Estado Mayor etc. En la faz que da al campo de batalla lo siguiente: « A Dios glorificador. Mi valor y mi sangre terminaron la guerra de Colombia, y dieron libertad á Quito ».

EL patriotismo me hace suponer que algún *terremoto* derribó esa pirámide, pues, en la actualidad, no existe nada que sea un símbolo de nuestra redención política, á donde, en los momentos de vacilamiento cívico y de necesidad para la patria, podamos ir, en grandiosa romería, entonando el himno nacional, á vigorizar las almas y renovar el racional juramento de conservar nuestra libertad adquirida con cruentos sacrificios.

¡OJALÁ fuese la nota práctica de mi pobre conferencia alcanzar la pronta *reedificación* del altar de la patria, dando así cumplimiento á lo que, hace 88 años, ordenaron nuestros ascendientes! Sería uno de los pocos trofeos de guerra que á la par fuera de civilización, no obstante de que el mayor bien para las naciones, en la tierra, es la paz. Pero hay tñmulos y batallas de la libertad que han hecho cambiar la fisonomía del mundo, imprimiendo rumbo más directo á la ciencia, á la cultura y á la industria, las que, sin esas batallas, se habrían retardado siglos. ¿Cómo negar que la fulgurante jornada del Pichincha pertenece al número de aquéllas? Justo es, pues, perpetuar su memoria por medio de incommovibles monolitos asentados sobre la gratitud de los pueblos.

II

EN tanto que los años se deslizan dejando puñados de ruinas en el santo hogar que conquistaron nuestros mayores; en tanto que ciertas alboratadas naciones latino-americanas se empeñan en agotar sus recursos de vida en contiendas inútiles y desbordamiento de pasiones innobles, ¡oh, cómo resplandecen, cada vez con mayores proporciones, las figuras incontaminadas de los héroes que nos dieron patria! ¡Cuán desconsolador el contraste entre los protagonistas de épicas batallas y los arlequines de ridículas comedias que siguieron á la creación de la República! La bruma colonial se había disipado; pero pronto vinieron las tempestades políticas y los nubarrones del odio. ¿No quedaban, por ventura, asuntos grandes, capaces de ocupar la atención y energía de las sucesivas generaciones? ¿Ya no había para la juventud ideales, para el ciudadano virtudes, para el estadista problemas públicos, para el filósofo tesis sociales salvadoras? ¿No era posible, siguiendo la estela luminosa de los que blandieron en Pichincha límpidos aceros en pro de la libertad, armar el brazo incorruptible é ir en pos de conquistas civilizadoras? ¿Acáso con sólo el nacimiento de la República habíamos llegado á la cúspide suprema de nuestro desenvolvimiento nacional? Casi nada hemos podido hacer con la marmórea indiferencia que, de antaño, nos abruma. ¿Es cuestión de raza, está en nuestra sangre proceder tan apático? Mientras los Estados Unidos progresaban rápidamente, muchos países sudamericanos permanecían estacionarios ó devorándose sorda, egoísta, rencorosamente, como melilotos ó suicidas. En diciembre de 1823, el célebre Monroe hacía su trascendental declaración y sentaba este proloquio: «Es nuestra capacidad para resentir y vengar nuestros agravios la que puede evitarlos», que da una idea del soberbio poderío de los Estados Unidos, que ya desafiaban á la Europa, ofreciéndola no permanecer indiferentes ante cualquier intento de intervención de ésta en América. Washignton amó la paz, Bolívar la unión.

LA cuna de Franklin fué la que se adelantó á reconocer la independéncia de los pueblos de la América del Sur, sin temor alguno; y el primer buque de guerra que

arribó al puerto de Santa Marta, después de reconocida la emancipación colombiana, fué la goleta Porpoise, capitán Ramage, de esa misma nación amiga. Cada día su poderío es mayor. Se basta y sobra sola, como en el inaudito desastre de San Francisco de California: rechazó el auxilio europeo.

IMITEMOS la conducta de los que, venciendo cien y cien dificultades, llegaron gloriosos á la cima para, desde allí, con orgullo presentar á la humanidad los fragmentos de las cadenas del esclavo que ya estaba redimido, no por mera ficción ó derecho de *postliminio*, sino en realidad.

ALGO ha hecho nuestra patria para ganar en buen concepto ante sus hermanas de origen; pero, en presencia de los pasos de gigante de otros países más felices, los nuestros parecen pinicos infantiles.

EN hecho de verdad, puesto á la vista de la República y sometido al fallo de la comunidad civilizada, de quince años á esta parte, el Ecuador ha dado relativamente un salto considerable, empenándose en llegar á la senda anchurosa del progreso. Este, en el campo material, quedó ventajosamente iniciado, con obras monumentales que hablan de su mérito con muda elocuencia, en los inolvidables tiempos de catoniana honradez fiscal de García Moreno, el grande y sabio, autor del primer ferrocarril, aunque en fácil y corta extensión, completamente nacional. Verdad es que, en el campo moral, la conciencia tenía cadenas, burda venda la razón y la intolerancia religiosa daba su ucase á todo lo que se apartaba del estrecho modo de pensar y de creer. Aun no amanecía el Ecuador á las claridades de la libre ilustración y del amplio examen de las cosas, aun de las que intocadas vegetaban por siglos de siglos, como las momias de Egipto. Mas, por perfecta evolución, que no es del caso explicar, el desperezo del pueblo ha coincidido con la despuntadura de la aurora del 5 de junio de 1895, que disipó muchas neblinas y debilitó tantos temores que aniquilaban al espíritu cobarde. Con la historia en la mano, podría ir señalando, punto por punto, la lista de los muchos adelantos intelectuales y algunos materiales de estos tres últimos lustros, mayor que en épocas menos afortunadas, sobre todo después del trágico obliteramiento, jamás justificado, del íntegro García Moreno, que vigiló, con exagerada pureza, la hacienda pública. « Lo que nosotros vemos de los tiempos pasa-

dos, es solamente el conjunto de los hechos importantes que han ejercido poderosa influencia en la vida del mundo. Únicamente lo bueno que el hombre hace sobrevive. El mal es una mera negación y desaparece como una ligera niebla cuando se considera el progreso del mundo como un todo». (1)

PODRÁ el precito ser borrado de la tierra: su nombre desaparecerá pronto y será olvidado, pero siempre al crimen se llamará crimen: el que mata á otro habrá cometido un homicidio, y si el occiso es padre de la patria, un parricidio; si es nuestro hermano y conciudadano, un patricidio. Harmodio y Aristogitón fueron coronados, en un rato de ofuscamiento, por las turbas de la Grecia, que intentaron componer ditirambos porque Hiparco había sido borrado de la tierra. Los que le victimaron serán asesinos hasta la consumación de los siglos. ¿Cómo cambiar la naturaleza de las cosas? «El crimen no puede servir de fundamento á cosa buena en el mundo: la cicuta mata la filosofía, destruye las virtudes, no funda los gobiernos», fulmina Montalvo, á propósito del puñal que escondido entre los pliegues de la ambición listo está para el vencedor del Pichincha; de la bala parricida que aniquiló al magnánimo brazo de la civilización, á Sucre. (2)

Id fijando con imparcialidad y recto criterio, vuestra atención, sin entrar en odiosas deducciones políticas, sin mezclarlos en la revuelta corriente de las consideraciones de bandería, sin herir el credo de nadie—porque precisamente el principio de libertad se basa sobre la augusta tolerancia—, fijaos, digo, en el incremento que ha tomado el comercio, en la explosión de actividad de las masas populares antes adormecidas, en el vuelo audaz de la juventud que agita nuevos oriflamas y va en busca de dilatados horizontes, en la propaganda del periodismo, termómetro de cultura, del periodismo que era planta exótica y letal hasta hace poco: en las nociones de higiene que se han generalizado, en los nuevos rumbos que desde los planteles de enseñanza van tomando las agrupaciones infantiles que serán el núcleo de ciudadanos del futuro. Pero no debemos halagarnos por esta consoladora perspectiva, que quizás no reúne condiciones de solidez. Si

(1) Estudios de Ética—La vida personal, por Carlos Serpas.

(2) Los héroes de la emancipación de la raza hispano-americana, por Juan Montalvo.

bien la apariencia es risueña, se ocultan todavía en la penumbra del cuadro, en el fondo de algunas macabras instituciones, resabios coloniales. El deber de todos, unidos, es cooperar al engrandecimiento de la patria, hasta que entone el hosanna del trabajo.

QUEDAN aún vicios tremendos que combatir: el militarismo analfabeto, el clericalismo, todo lo que encadena y corrompe, todo lo que anula estérilmente la voluntad y las energías de la naturaleza, todo lo que mata el amor, la más humana de las pasiones y la más fecunda en virtudes, sacrificios y culto á la vida; la pereza, la intolerancia que es capaz de mandar al suplicio al justo Juan Calas, el alcoholismo, la pobreza que engendra mil calamidades y claudicaciones, la perplejidad del carácter nacional, la escasez de nutrición moral y física de la raza india, y, sobre todo, la empleomanía ó falta de vida propia para una buena porción de moradores de esta tierra prolífica.

EL militarismo será nuestra ruina. San Martín decía que « la presencia de un militar afortunado (por más desprendimiento que tenga) es temible á los Estados » ; reflexión profunda de un hombre inmaculado, que se desprendió de todo, se retiró á la vida privada y murió en lejanas tierras, fuera de su patria, devolviendo en su testamento hasta el estandarte que Francisco Pizarro flameó en el Imperio de los Incas.

CONSIDERANDO los pecados capitales ya enumerados, se esfuman hasta tal punto, como acuarelas borrosas, los triunfos hasta aquí conseguidos (tan grande es el patriotismo que me anima y el ardiente deseo de verla fuerte y feliz á la nación que guarda el hogar de mis mayores), que no es un himno de alabanza á los próceres de nuestra emancipación política el que quiere brotar de mis labios, sino más bien una elegía. Común es cantar á los que nos dieron Patria, porque el fervor cívico es numen fecundo, plectro hábil que arranca notas armoniosas á la lira y hace que se deslice, como límpido raudal, la elocuencia, murmurando palabras, dulces palabras, cual música que embriaga. Al recordar á nuestros héroes, siento profunda pena en el alma y estoy á punto de cubrirme el rostro de vergüenza. ¿ Sabéis por qué ? Porque hemos sido ingratos con nuestros libertadores. Ellos bregaron, á brazo partido, por dejarnos una herencia que la consideraron rica en inmediatos frutos de bendición; ellos, con su ardiente fantasía y su buena voluntad, se figuraron un paraíso la vida subsiguiente de los pueblos que,

saliendo de su menor edad, podían entregarse con entera independencia á obras de unión, de amor y de esperanza. Estos varones esforzados fueron todo, hasta mártires, menos profetas, por desgracia. Sólo el genio de Bolívar, filósofo y poeta á la vez, que desde Ambato presintió las batallas de Junín y Ayacucho; solo él, que al contestar á Sucre el parte que le dirigiera sobre el movimiento de Laserna en el Cuzco para vengar el descalabro de Junín, le profetizó su triunfo en la misma jornada final que el divino Olmedo pone en boca de Huayna-Capac, pudo prever las angustias de más tarde, las contiendas civiles que amargarían su vida, los abusos infinitos como el de Riva Agüero, Presidente del Perú, que, por un acto liberticida y despótico, disolvió al Congreso; los denuestos y acusaciones que le dirigirían los suyos, como Torre Tagle que le llamó tirano; Bolívar, que se arrepintió de su magna obra, ante el espectro de la guerra civil que le perseguía y que ha reducido á la condición casi de cadáveres á muchos países que hoy serían potencias de orden respetable. Los demás héroes, aun cuando pagaron con su vida el afán de libertad, ya por las balas del enemigo ó por las de la ambición y envidia, como el Abel Americano, vencedor en Pichincha, que cayó asesinado pérfidamente en la selva de Berruecos, el niño Calderón que tuvo por único sudario la bandera del Yaguachi destrozada por una lluvia de proyectiles; el Almirante José Padilla, protagonista en Maracaibo, que fué fusilado; Jorge Tadeo Lozano y Camilo Torres que subieron las gradas del cadalso; el sublime suicida Ricaurte que desde el Parque de San Mateo voló á la eternidad; el coronel Girardot que agonizó en la cumbre del Bárbula; el general Pedro León Torres que sucumbió en la acción de Bomboná; el valiente Piar de Juncal y San Félix que fué víctima de su carácter rebelde, y mil y mil bravos de nombradía cuyo último desenlace fué la temprana tumba, no experimentaron los morales parosismos del Libertador, su lenta agonía de pensador tan grande como Napoleón, su cruel ostracismo en el que meditó en la anarquía próxima de los pueblos que con su brazo fuerte había salvado de la descomposición política.

EN las soledades de San Pedro Alejandrino, el buitre de la duda le picoteó el corazón, como á un nuevo Prometeo atormentado por el crimen de haber osado bajar desde el cielo el fuego de la libertad para animar á los americanos. «De estar allí, se me figurara que vaga por la ribera la llorosa sombra de Bolívar, que, en las silenciosas noches, arroja una mirada de indescriptible

tristeza clamando aún en voz alta que sus esfuerzos han sido inútiles, que *ha arado en el mar*, al procurar la independencia á estas infelices naciones que tan mal uso han hecho de ella, rompiendo la veste sagrada de la libertad en el carnaval sangriento de revoluciones y guerras intestinas que las tienen atadas á la picota de la vergüenza, impotentes y manchadas ante el juicio de la posteridad». (1) Pobre, tísico, olvidado, sin hallar una mortaja para su cadáver, pronto huyó de este mundo el grande hombre, cargado de dolores y de desengaños. ¡Oh, sombras venerandas, dormid el sueño tranquilo del sepulcro! Si no despertásteis á las amarguras, á los despedazamientos estériles, á las hondas melancolías, á los espantosos desencantos que vendrían después que expulsásteis al enemigo común, creyendo que vuestros descendientes vivirían en paz, unida la familia americana, poderosa la gran Colombia, sin riesgo de invasión extranjera ni erupción interna, fué por no morir de nuevo de santa ira y desesperación. ¡Oh, sombras venerandas, dormid el tranquilo sueño del sepulcro! Disteis un empujón á la vida por un lampo fugitivo de libertad. El heroísmo era flor voluntaria que brotaba por doquiera en esos tiempos legendarios, pero es rara la guirnalda con que ha ceñido vuestras sienes la Historia. Si ya no hay titánicas proezas que acometer ni genio alguno puede igualaros en virtud, reposad tranquilos en vuestros sarcófagos inmortales.

CON motivo del triunfo alcanzado en Zulia por los generales Manuel Manrique y José Padilla que destruyeron la escuadra española, compúsose un himno á la gloria, en el que había este pensamiento: «Feliz el hombre á quien un destino favorable preserva de la fortuna y de la gloria: que sabe despreciar todo lo que el mundo adora, y que, libre de los trabajos frívolos, sabe hacer de las fuerzas de su cuerpo y de su espíritu instrumentos útiles para la virtud». ¡Oh, querida juventud ecuatoriana, haced que se fije muy alto esa consigna, para que los que suban las excelsas montañas políticas y sociales la lean primero y no olviden el viejo himno que, escrito el año 1823, nos aprovecha todavía!

TENEMOS patria, patria adorada pero débil, porque se ha desangrado mucho. El espíritu nacional, después de mortales hemorragias, está anémico. En estas

(1) Leyendas del Tiempo Heroico, por Manuel J. Calle --Pág. 232

condiciones. ¿ se sentirá con fuerzas suficientes para defender la integridad territorial en cualquier emergencia á que le lleve la necesidad ó la suerte? Ciertó que la viril juventud en estos últimos tiempos ha dado significativas muestras de patriotismo y robustez en el terreno del estudio, aglomerando, en la balanza del arbitraje, razones de peso arregladas al derecho moderno, serie de libros sobre límites que, venidos de todos los partidos políticos, se han unido estrechamente en un solo abrazo, por la justicia que asiste á la patria. Consoladora es tan científica labor; pero esto no basta. Todavía el carácter no se ha vigorizado de manera que sea nuestro escudo. Su estado de solidez no presta seguridades para el ascenso al altar de la patria, donde los genios de la honradez, dignidad y consecuencia, baten sus alas y llaman á la juventud. No conocemos el gran libro del trabajo que honra y deleita. En esto estamos recientemente en silabario. Cuando sepamos leerlo, sin preocupaciones y flojedad, y sea nuestra Biblia, la juventud tendrá vida propia y al bachillerato se preferirá la agricultura, tan luego como la práctica demuestre que es timbre de gloria labrar la tierra. Entonces el naufragio de las virtudes no será inmenso: los que breguen por llegar á seguro puerto, no arribarán, después de luchas desesperadas, con la conciencia destrozada, humillados por las olas de la miseria, como ha sucedido con muchos gobernantes desde que somos Estado libre, en pleno goce de sus derechos de conservación, independencia, igualdad, respeto y comercio mutuos, propiedad y representación.

CON más industria, con más bríos para el rudo y diario laboreo en yunques distintos de los presupuestos fiscales, las ponderadas riquezas que encierran las entrañas de esta tierra fértil, tropical, no permanecerán ocultas, inexploradas nuestras selvas, sin cultivo millares de hectáreas de campos olvidados. Todavía somos el raro país de los bosques impenetrables, de las montañas sin acceso, de los caudalosos ríos sin navegación, de los caminos de paso milagroso, de los terrenos baldíos, de las minas que reclaman brazos y capitales. El genio nacional no es emprendedor y vivimos confiados siempre, si no en iniciativas y capitales extranjeros, en las arcas lóbregas de la Tesorería de Hacienda, Saturno que devora á sus propios hijos y no sacia su hambre. Esto en el orden material, que es lógica deducción del moral. Pueblo que piensa, pueblo libre es; pueblo que lleva el dogma de la soberanía popular escrito no sólo en los textos constitucionales, sino también en el

corazón, es pueblo altivo; pueblo que no admite amos despóticos, es agrupación de ciudadanos honrados, conscientes y útiles; pueblo que trabaja es rico y feliz. Las virtudes se encadenan sólidamente con los progresos físicos, porque todos, virtudes y progresos, son hechos consumados que nacen de la fuente de la vida, la que, en las esferas admirables de la Biología, es un conjunto de fuerzas y una incesante evolución de agentes materiales.

LA morada de los gigantes necesariamente tiene que ser grande; el refugio de los topos una cuevita despreciable, sin luz ni comodidad. ¡Qué diferencia del palacio del laborioso y honrado burgués á la choza del indio miserable y holgazán!

NACIONES con oro en sus cajas, con suntuosos edificios para la instrucción pública, con templos augustos para la salud, contarán con ciudadanos sin apocamiento, sanos, robustos é independientes. Si es verdad que somos libres, seamos también grandes, para, de este modo, tejer la positiva corona de gratitud á que tienen derecho los héroes que nos dieron patria desde la cumbre del Pichincha, con un triunfo completo que echó por tierra el orgullo del General Aymerich y desterró las sombras del pasado para mostrarnos los destellos matinales del porvenir.

AL terminar, hago votos porque nos úna eternamente el estrecho abrazo del idioma, del comercio, de la ilustración é intereses de la raza con la viril España.

MEDIR con ella las armas fué empresa de semidioses. Acciones de este jaez no inspiran odio: lo sublime atrae y deslumbra.

¿HABRÁS de resentirte aún, madre mía, respetada y simpática señora, porque nosotros también, tus hijos predilectos, conseguimos lo que tanto te agrada y por lo que, desde éras tradicionales, has luchado con valor titánico—la libertad?

¿CÓMO disgustarte todavía, si los mismos derechos que tú considerabas santos, cuando los conocimos, llegamos á nuestro turno á alcanzarlos, imitando tu mismo indómito valor hereditario?

SI todo hicieron nuestros abuelos por honor de la América, tu hija mayor, y eres nuestra madre, alégrate, grande y egregia señora, del bienestar de tus generaciones, que con gratitud te veneran.

CON más confianza, ahora ya podemos cantarte en un corazón con el poeta :

“ Los hermanos de Riego serán siempre
Hermanos de Bolívar : pero libres,
Y unidos por los vínculos tan sólo
De parentesco, dogma y conveniencia ” (1)

Y SIEMPRE que conmemoremos las fiestas gloriosas de la patria, como la Batalla del 24 de Mayo de 1822, no olvidemos á nuestra madre querida, la España, de la que un día no nos separamos sino para ser más dignos de ella y amarla mayormente en el esplendor de nuestra libertad, con afecto noble y encumbrado, á que por tantos títulos es acreedora, y no con la adulación cobarde del esclavo que, como no es sincera, en vez de gustar repugna y envilece.

(1) Poesía impresa en París el año de 1822. Su autor es un español-americano.





EL CULTO A LOS GRANDES HOMBRES

DISCURSO PRONUNCIADO POR EL SR. D. ALEJANDRO ANDRADE CORLLO,
EN REPRESENTACIÓN DE LA JUNTA ADMINISTRATIVA DEL INSTITUTO
NACIONAL MEJÍA, EN LA SESIÓN SOLEMNE DEL 19 DE MARZO,
CONSAGRADA AL ILUSTRE ORADOR QUITAÑO

Señor Rector del Instituto Nacional Mejía:

Señores Superiores y Profesores:

Jóvenes alumnos:

V ENGO, en ocasión tan grata como la presente, á contribuir con modesto ramo de flores ingenuas, para el remate de la corona que hoy ofrece la juventud del Instituto á su ilustre genio protector; y en nombre de la Junta Administrativa, vengo también á aplaudir de corazón á la misma juventud que, por iniciativa propia, sabe celebrar la memoria de los grandes hombres de la patria, como espontáneamente lo están haciendo los alumnos de este levantado plantel de enseñanza secundaria, al corresponder—lo estáis viendo—; con cuánta alegría y buena voluntad!—á los nobles propósitos del sexto curso, gallarda legión de honor á punto de coronar los esfuerzos de la sección suprema, para bien pronto difundirse en la sociedad ecuatoriana como apóstoles de la regeneración educadora.

LA juventud, rica en ideas generosas, arde en estos días con el santo entusiasmo, que en los espíritus sanos, viriles y solícitos es capaz de triunfos inmortales. ¡Fomentemos con altruismo la florecencia de las almas nobles!

UN solo nombre pronuncian hoy todos los labios; un solo nombre repercute en nuestros corazones: Mejía. El perfil del eminente orador quiteño, que superó al divino Argüelles, según los más, — su rival, según los menos — está ahora tomando cuerpo en vuestra lozana imaginación, y se agranda tanto, que os parece sobrepujar á las excelsas figuras de los sabios y de los héroes, en una palabra, de los genios. Esta visión excelente no es hija sólo del cariño al compatriota, sino también de la justicia comprobada con hechos. Don Juan Rico y Amat, en su «Historia Política y Parlamentaria», hace su honrosa confesión así: «Elevóse sobre todos los oradores el Sr. Mejía». ¿Y sabéis cuántos robustos cerebros se reunieron en las Cortes de Cádiz? Doscientas veinte y dos esclarecidas inteligencias, la flor y nata de España y América. Mejía, á la sazón, frisaba en los 34 años, pues nació en Quito en 1776.

SEDUCEN, asombran en Mejía tres dotes: la acción, la palabra y el pensamiento. En la primera, se comprende su carácter, se encierra su amor al trabajo; en la segunda, su oratoria fogosa en pro de las buenas causas, y, por fin, en el pensamiento, la filosofía del hombre de meditación, del innovador audaz que aclaraba con sus ideas la noche casi colonial: propagó la augusta libertad y fué hábil apologista de la prensa en el esplendor de su soberanía.

EN la memorable fecha que está regocijando nuestras almas y bañándolas en una como luz de aurora, voy á encarecer el culto á los grandes hombres, que constituye la verdadera religión para salvar, no solamente á la patria, sino también á la humanidad. Si algunas veces aquella dulce madre quizá olvida á sus hijos predilectos, la juventud acuérdate de ellos siempre, como lo hace hoy con el egregio tribuno Mejía.

CADA esfuerzo aislado del genio, cada tribulación, sagrado libro de sabiduría para las nuevas generaciones: preciso es que lo leáis con lágrimas de gratitud, batiendo palmas públicamente, cual en la ágora de la imperecedera Grecia el pueblo, reunido en respetable asamblea, coronaba de mirto y de laurel á sus mejores ciudadanos.

No consultemos nunca el tiempo ni la edad para practicar el bien. Al recorrer la vida de Colón, aprendemos que no existen plazos ni limitaciones para las magnas empresas: á los 56 años, el marino genovés, tras rudo batallar, acometió la temeraria dominación de mundos desconocidos, abriéndose paso, á través de la ciencia evangélica, por el arcaico mar que los árabes llamaban «Tenebroso».

Si nunca es tarde para el bien, sobre modo nunca es temprano. Magallanes á los veinte años, en los albores juveniles, hacía lo que Colón en el crepúsculo de la existencia.

Y ni la muerte os acobarde si en pos marcháis de excelsos luminares. La verdad, la ciencia, el ideal tienen sus mártires. Va á pasar la falange de adalides venerandos, como ante el piadoso Eneas desfilaban en los Campos Elíseos los progenitores de la Señora del Mundo: inclinaos reverentes. No siempre hemos de rememorar, desde la letal cicuta del sublime Sócrates, hasta la radiosa horca del magnánimo Riego. Tal vez hay otros mártires menos invocados, que prestaron importantes servicios á la humanidad, abriéndola nuevos horizontes, con la conquista del aire, del océano y de la tierra abrasada y rebelde.

GUILLERMO Barents, por buscar las ignotas y rígidas regiones del polo, encontró las misteriosas del sepulcro. Cerca de tres centurias permanecieron olvidadas en la Bahía del hielo, allá en las soledades árticas, las anotaciones y preciosas reliquias del sabio holandés. Las recogió por fin el capitán noruego Elling Carlsen. La sed de lo desconocido, el ansia de investigaciones marinas, arrebataron la vida á Enrique Hudson, en frágil bote entregado por sus desleales compañeros á la bravura de las olas. Juan Franklin halló su tumba entre la nieve. Ni inconstancia, ni miedo hacían flaquear en la congelada llanura al infatigable viajero. Renato Bellot, arrebatado por témpano traidor, pereció en profunda y helada sima. Las expansiones del corazón del Africa arrancaron, en temprana edad, la vida del heroico explorador Renato Caillé. Triste, irremediable suerte para Mage, que naufragó; para David Livingstone, víctima de crueles enfermedades, á causa de 28 años de abnegada consagración al estudio, arduas labores é inmensos sacrificios en aras de la ciencia geográfica; para Mungo-Parl., asesinado á las riberas del Níger, lo mismo

que para Santiago Cook á orillas del Owlyhee. Continúa el científico martirologio. La Pérouse, en el misterio de fatal expedición, se perdió para siempre. Bichat sucumbió á los 30 años abrumado de trabajo; Campanella alumbró con su saber la lóbrega prisión. Dolet, blanco de la calumnia, al calabozo; Pascal, pasto de las enfermedades, al sacrificio; Sivel, desde las nubes, al sueño eterno; Claudio Chappe, que intentó el telégrafo óptico, al profundo pozo. Cárcel y crueles ligaduras para Aldo Manuccio, por el crimen de haber reproducido las obras de Aristóteles y Platón. ¡Tormentos que le inflige la soldadesca de un magnate!

MEJÍA, por haber sostenido algunas doctrinas filosóficas, inauditas ante el escolasticismo de aquella época; por recomendar el menosprecio y serenidad de la muerte; por haber colaborado en valientes periódicos, como «El Conciso», que en sus columnas sostenía «que la religión no era ninguna tela de araña á la que no se la puede urgar», padeció las bravatas de los diputados á las Cortes españolas que, en su asombradiza exandescencia, pedían se «mandase quemar en la plaza pública por manos del verdugo», aquel periódico heresiarca, salvado de las garras de la inquisitorial censura.

SOLEMNE é interminable es la procesión. Todos, todos los genios han tenido, cual suave bálsamo para sus heridas y dolores, la morriña que á torrentes sobre sus corazones de acero han derramado la deslealtad y la inquina de los malos; como estímulo, cadenas; como trofeo, el árbol de la cruz; como guirnalda, la de espinas del mártir por excelencia. ¡Cuán saludable seguirlos por su vía dolorosa!

OJALÁ nuestra querida patria abundara en los Plutarcos, en los Emerson, en los Carlyle, en los Lamartine! El inmortal biógrafo griego, con la reluciente espada de la verdad, ha hecho él sólo más bienes al mundo que muchos conquistadores reunidos con la de la fuerza. ¡Cuán sabias enseñanzas se desprenden de las *Vidas Paralelas*, de los *Sobrehumanos*, de *Los Héroes* y del *Civilizador*!

EN solemnidad inolvidable — la apoteosis del filósofo de Ferney — Víctor Hugo consignaba esta sentencia: «La civilización, cediendo á los clamores del género humano, instruye el proceso criminal de los conquistadores». El imperio de la razón, que es de la ciencia,

prevalece. La pluma ha pulido á la espada. «El culto de los grandes hombres nos previene contra los desfallecimientos, y nos da valor para marchar sobre sus huellas», dice un moderno psicólogo.

MEDIANTE la religión del patriotismo - inspirada en las obras de próceres que abrazaron esta creencia - se practican las demás virtudes. Elijamos por modelo á las almas de elevados sentimientos, y ejecutaremos acciones clásicas. La perfección del arte heleno - Apolo de Belvedere, Venus de Milo - es la inmortalidad de los modeladores contemporáneos. Buenos dechados dan copias inmortales. El ejemplo es fecundo. «El ejemplo del padre forma el modo de ser de los hijos: lo que éstos ven, siendo niños, en el hogar, eso hacen en el mundo cuando hombres; porque lo que piensa, lo que dice y lo que hace un padre, siempre es lo mejor, en concepto del hijo que á su lado crece, mayormente si lo que piensa, lo que dice y lo que hace el uno, halaga los instintos irreflexivos del otro».

Así habla el pulcro y simpático Pereda, profundo observador. Si la patria es hogar más amplio ¿qué no hará la juventud con el ejemplo de los hombres ilustres? En la vida privada, nuestros primeros maestros, padre y madre; en la pública, los ciudadanos excelsos. Estudiémoslos con esmero. Por su evocación - en las empresas que la constancia ha coronado - Smiles formó un libro que es la Biblia de los peregrinos de la vida, que cayendo aquí, levantando allá, después de su larga jornada del Calvario, ascienden al Tabor; ese libro es el *Ayúdate!* Cada selecta biografía que leemos con fruto es inolvidable lección dictada por los labios elocuentes de maestros invisibles: la experiencia, el carácter, la dignidad, la abnegación, la ciencia. Leed, jóvenes, leed la vida de nuestros mejores ciudadanos.

SUS hechos cantan con más inspiración y armonía que los ditirambos y epinicios. La prematura cana del filósofo, el rictus invisible del educador, el ahogado suspiro del sabio, la escondida lágrima del héroe, la pobreza abrumadora del pedagogo, la calumnia, la envidia, espantables harpías que se ceban en el corazón del honrado, del prudente, del virtuoso, armónicas estrofas son del himno triunfal del genio, roca de granito á la que todos hieren y de la que, en su despecho, sólo arrancan chispas tan luminosas que sirven ¡ay! hasta para alumbrar el sendero de los ingratos y protervos.

MEJÍAS, Espejos, Olmedos, Rocafuertes, Montalvos, Carbos y Calderones, son páginas gloriosas que enseñan y alientan á la juventud, objetos de valía, oro de buena ley. Preferidlos contra la morralla.

EN Mejía vemos no sólo al admirador de la naturaleza que supo cultivar el campo, sino también al hombre de experiencia, cultivador de corazones en las aulas de San Fernando, en Quito, en la Universidad de Lima y en la tribuna del parlamento español. Plantó árboles y derramó ideas: hizo que el fruto en embrión se desenvolviese en las entrañas de la madre tierra y propendió también á que la buena simiente floreciera en las conciencias. Sus manos angustas de preceptor de la ciencia y artista de la palabra no se desdeñaron de imitar lo mismo que con pompa y para estímulo del pueblo practicaban las reales de Luis XVI: sembrar.

¡QUE todos en la vida, dando curso á una planta útil, á una idea generosa, á una acción bella, sembráramos árboles en el terreno de la ciencia! Numen para lo grande y lo bello es familiarizarse con la naturaleza. Rimó ya Virgilio en sus *Geórgicas*, con melodía inimitable, esta antigua enseñanza.

SIGUIÉNDOLA, cosecharemos flores y frutos, sabrosa miel y sustanciosa leche, cosas de más provecho que formar ídolos que caen súbitamente de la hornacina y se reducen á polvo. No sean nuestros dioses de barro, sean genios como Mejía que, desafiando el empuje de los siglos, permanecen en una como eterna primavera. Los genios son como las soberbias moles de los Andes, sentadas sobre bases de oro, de que nos habla el poeta. En vano la inconsciente multitud se empeña en derribar á los colosos. «La tierra con su peso equilibrando, jamás se moverán». El gigante permanece de pie, los pigmeos se aplastan. A las almas que todavía viven de rodillas, á las pequeñas, á las egoístas, á las envilecidas, gritémoslas con santo orgullo, ¡oh digna y libre juventud de este altivo plantel!; gritémoslas, sí, lo que Mejía en su célebre discurso contra todo tratado que suscribiese Fernando VII: «¡Es preciso, pues, que no olvidemos que los cetros pasan de pueblo en pueblo, según la iniquidad va ocupando el solio de la justicia!»

HE DICHO.



OLMEDO



I

OLMEDO es el representante de la alborada poética nacional y del despertar de su vida autónoma. Nació en el momento preciso en que la patria necesitaba de buenos hijos que implantaran en ella la escuela de la belleza y de la libertad. Las penumbras coloniales huían lentamente. La hora matinal del Ecuador había llegado.

¡Oh, cuán bella es la aurora! Su presencia alegra los corazones. Es el destello de la suave luz matutina, la fuga de las tinieblas de la noche. ¿Habéis contemplado los encantadores matices de esa decoración sublime, hermosada con la sonrisa crepuscular? Aquel cuadro es tan plácido y poético como un idilio marino descrito por Charles Stoddard, precursor de Pierre Loti, ó como las infinitas lontananzas de Alfonso Medina Pérez.

No de otra suerte el amanecer de los pueblos, su alba social y política, su resurrección.

CUANDO después de largo período de adormecimiento colonial, lleno de las sombras de la ignorancia y de la humillación, se despiertan y recobran sus perdidas ener-

gías, el ángel de las prósperas empresas bate sus alas rumorosas sobre ellos; el genio de la libertad monta la guardia de honor junto á la sacra tienda donde se yerguen sus penates.

Poco á poco empieza á clarear la mañana del pensamiento y de la conciencia.

Y LA verdad batalladora da principio á sus mágicas conquistas. Sentimos que se eleva el alma ante espectáculo tan grandioso. Parécenos oír en los espacios el eco de himnos triunfales: son los hosannas de los próceres, la victoria de los libres. Al preludio de esta música marcial, huyen las preocupaciones. Todo lo que se opone al empuje del progreso rueda al abismo, cuando resuena para las naciones el grito de emancipación, que es como la mágica voz que resucitó á Lázaro.

EL nueve de octubre de 1820 fué para Guayaquil la hora de su regeneración, la base de su vida independiente.

ESTE hecho histórico tiene resonancia americana: magno es su significado en la página indeleble de las luchas ciclópeas del Mundo de Colón.

CUANDO la idea de la libertad se abre paso; cuando el pecho late al impulso de sentimientos altivos y justicieros; cuando la chispa del patriotismo toma grandes proporciones y prende su hoguera entre las multitudes; cuando las cadenas de la esclavitud se han roto; cuando el sol de la ciencia comienza á levantarse, rasgando el velo de tantos errores que han osado pasar en autoridad de cosa juzgada; cuando la cultura, como una amable diosa, se sienta á presidir el banquete social, entonces hay derecho para suponer que un pueblo es noble y esforzado, libre y soberano, y que va camino de su engrandecimiento.

ESTO sucedió con Guayaquil. La hermosa ciudad, que recibe el ósculo suave del tranquilo y caudaloso Guayas, postrada como un triste agonizante, yacía en el peor marasmo, víctima de la ignorancia y de la tiranía, uncida al carro del fanatismo que, entre siervos de la gleba, paseaba sus trofeos de estulticia y de barbarie, hasta que un grupo denodado de patriotas levantó su voz y se consagró á la buena causa.

DE allí surgieron nombres excelsos, como los del divino Olmedo, nuestro inmortal cantor, Febres Cordero, Urdaneta, Garaicoa, Letamendi, Antepara, Noboa Valverde, Llona, Calderón, Vivero y otros patricios más, muy conocidos en la historia, y recomendados, por su alto civismo, á la posteridad.

EL acta de la Independencia de ese laborioso pueblo fué suscrita el 9 de octubre de 1820. En seguida nuestro poeta, nombrado Jefe Político ó primera autoridad seccional, prestó el juramento de independencia, fidelidad á la patria y defensa de sus intereses. Olmedo fué el inspirador de la primera constitución ó *Reglamento Provisorio*, que aprobó la Junta Electoral de la Provincia.

TODOS los ecuatorianos debemos hacer gala del patriotismo y numen de Olmedo, íntimamente ligado con la epopeya americana y con la autonomía de la patria.

MÁS que laudable virtud cívica, estricto deber individual es rememorar tanto las faustas efemérides que redundan en legítima gloria para el suelo que nos vió nacer y son timbre de orgullo para la familia ecuatoriana, como la memoria de los prohombres que las ilustraron.

¡SALUD, brillante NUEVE DE OCTUBRE DE 1820!
¡Salve, Cantor de la libertad americana!

II



EN Olmedo reconocemos al lírico de elevación y sentimiento, al épico de homérica grandeza y al didáctico sincero, que de todo se aprovecha para dictar sanas lecciones y moralizar. El soneto, la elegía, el himno, el romance, el madrigal, la canción, la anacreóntica y la letrilla, aunque en corto número, están probando la entonación del primer género poético; las narraciones de magnos combates, sus viriles y perfectos cantos á Bolívar y á Flores son acordes inmortales que acreditan la marcial sonoridad de su trompa épica; las alocuciones, los consejos á la niñez y á la juventud, las pro-

fundas reflexiones, sus elogios á la libertad, la apología de las matemáticas que «prescriben el límite más alto á donde pueden ir la luz y verdad de las ideas», las traducciones de epístolas y los preceptos morales para D. Pedro Orbegoso, acerca de la ciencia de vivir que debe aprender el niño, son fervorosos trabajos didácticos.

SORPRENDE que con los destellos de alborada del siglo XIX haya coincidido la aparición en nuestra patria de un intelecto tan vigoroso, de un representante del buen gusto poético, tan erudito y refinado como Olmedo, si se consideran los oleajes ahogadores de la época, su agitación guerrera, el medio ambiente saturado de atraso, la pobre cultura reinante.

LA antigüedad griega y romana sedujo á Olmedo. Su entusiasmo se agiganta al leer al ciego de Esmirna, á Plutarco, Horacio, Ovidio, y otras celebridades. *Divinas* llama á las Geórgicas de Virgilio, y son grandes sus aplausos para la tragedia griega y las comedias de Aristófanes y Menandro, que refrenan la licencia. Suspira por el renacimiento de esa edad afortunada, en la que el bello ejemplar teatral inspiraba grandes virtudes cívicas. En las lenguas madres leía estas eternas producciones. Poseyó, además, los idiomas francés é inglés, de los que vertió algunas poesías. Saludó la métrica de Racine, en la que pondera los bienes de la paz que hacen la felicidad de las naciones, cual se nota en su composición *A mon ami J. Villamil*.

EN progresión creciente va su anhelo por lo clásico. Son magistrales las evocaciones á la literatura universal. En su elegía á la muerte de doña María Antonia de Borbón, Princesa de Asturias, hay la *Plegaria del Mesías*, de David, y se nota el encumbramiento del *Cántico de Moisés*, por su éxodo, cuando el poeta habla del temblor de los cielos y la tierra, de la indignación del Señor y de su poderío. Del *Libro de Job* tiene la prosopografía del caballo, en la que supera al original por dos ocasiones. Con éxito imita á Olmedo en la pintura del fogoso alazán el reputado Julio Arboleda en su *Gonzalo de Oyón*. Pasajes de la *Ilíada* y de la *Odisea*, con sus símiles y epítetos, son hábilmente revestidos de novedad y sello propio, y seducen por su pasmosa corrección.

IMPERTÉRRITO defensor del teatro, llamó á la escena escuela de costumbres, que instruya deleitando, como

consta en varios actos de su vida literaria, cual en la alocución que hizo declamar á la señora Carmen Aguilar, el 20 de agosto de 1840, con motivo de la apertura del nuevo templo de Talía en Guayaquil; en la inscripción que discurrió para el teatro de Lima, y en el prólogo á la tragedia de Quintana, que los alumnos del Convictorio de San Carlos representaron en 1808, en el que pondera las heroicas acciones desarrolladas por el género dramático, que ensalza la virtud y abate el vicio.

TIERNOS sentimientos del hogar, envidiable quietud de la vida, toques de modestia, afecto fraternal rebosan en sus poesías menores, como son *Mi retrato*, bosquejado para su hermana Magdalena, el *Alfabeto para niños*, y el delicado genetliaco que á D. Gaspar Rico dedicara con motivo del nacimiento de su primogénito, en el que la inocencia del infante, las ternezas de la madre y los venturosos deseos para el que se ve «alzado á la sublime dignidad de padre» dejan gratas impresiones.

OLMEDO, portaestandarte de la belleza helénica, es la encarnación del alma americana de aquella época de proezas y ensueños de libertad. La magna guerra de la independencia había pasado; pero, á raíz del triunfo gigantesco, de la contienda de leones, quedaban los envanecimientos del vencedor y los frescos cuadros de la desolación y de la mortal lucha, que no alcanzaban á apagar el odio á los vencidos. Por todas partes repercutía el grito gozoso que anunciaba la esfumación del espectro de la tiranía que, según entonces pensaba la historia y afianzaban su aserto los testigos de la feral campaña, estaba representado por la tierra de Torquemada, Valverde, Arredondo, José Tomás Boves, Juan Nepomuceno Quero, Morales, Antoñanza, Rosete, Yáñez, Juan Sámmano y Fernando VII. Las estrofas marciales eran himnos á la libertad y alusiones rencorosas para confundir á los esclavizadores. Común y natural era hacer gala del enojo contra España y sacar á relucir sus abusos y ambiciones. Así lo hizo Olmedo, á pesar de que acató la energía de la Madre Patria, tuvo frases cariñosas para ella, reconoció su valor, ponderó la jornada de Pavía, formuló férvidos votos por su prosperidad, atacó las invasiones del extranjero y en cada soldado español vió un nuevo Pelayo.

El rencor era la comidilla de moda, el argumento obligado de literatos y políticos.

OLMEDO recogió estas costumbres y las plasmó en sus sonoros versos de bronce; se enfervorizó con las victorias de la emancipación; fustigó la tiranía anterior á la victoria magna, la anarquía americana subsiguiente, y hasta se permitió decir que besaría gustoso la mano ensangrentada de Bruto; que toda acción — así, irrestrictamente — era honrosa para librarse de los tiranos y que su única recompensa de honrado ciudadano sería alcanzar sólo el odio de aquéllos. Por esto, no pudo acallar la cólera contra el León Ibero, cuyo rugido creía oír aún, como una amenaza para la América libre.

SEVEROS críticos han censurado al inmortal hijo de Cristea el carácter feroz de casi todos los personajes de la Ilíada, las conminaciones rudas y los apóstrofes sangrientos que pone en boca de los guerreros; pero desaparecen estos lunares si se consulta que el bardo gigante no hizo otra cosa que copiar el estado de esa época, los sentimientos de entonces, lo que era moneda corriente. De igual modo Olmedo, severo anatómico del corazón americano, no hizo sino poner de relieve la pasión de ese siglo, el general sentimiento. Fué el más armonioso vocero de lo que entonces era muy admitido y no se podía callar. Por sus poesías habla el alma de las multitudes, porque son la representación de esa éra helicosa. Los vates son los historiadores de la psicología popular al través de las centurias.

EN sus ideas filosóficas Olmedo avanzó mucho. Alcanzó á desligarse de las preocupaciones favoritas en aquel período; á interpretar el pensamiento moderno, según se colige de su meditación *El Arbol* y de los aplausos á Sné, que viajaba en alas de la fama con su *Judío Errante*. En el terreno religioso, fué atrevido. En su soneto á la muerte de su hermana, la elevación de su dolor sube hasta la imprecación, y, quejándose como Job, llega á preguntar á Dios si es placer divino crear para destruir; le pinta cansado de oír los trinos incessantes de los coros que le rodean y concluye su enérgico soneto interrogándole si le faltaba un ángel en su cielo, ya que le ha arrebatado á su hermana. En la arenga de Satanás al Omnipotente, Milton hace que el ángel rebelde llame envidioso al creador del empíreo y del infierno, y agrega que más vale «rey ser del orco que en el cielo esclavo». En este pasaje, revístese de la grandeza del cantor del *Paraíso Perdido* nuestro inmortal Olmedo, que también satánicamente moteja á Dios.

Acercóse mucho al panteísmo, y se empapó en la filosofía del poeta inglés Alejandro Pope que reconocía la religión natural, y al esbozar su optimismo dejaba entrever algunos puntos de contacto con la doctrina de Spinoza, según se ve en sus cuatro cartas dirigidas á Saint John, en las que estudia al hombre desde aspectos generales, relacionándolo con el universo, con la sociedad, la familia y su estado feliz en sí mismo, considerado como individuo; la limitación de sus conocimientos; su mezcla de vicios y virtudes; la ley de la unión, el comercio, las artes, la ley, la razón, el instinto. El infortunado y enfermizo Pope que dominó en literatura con sus reputadas *Cartas de Eloísa* á Abelardo, tan aficionado á la lectura y á los clásicos griegos y latinos, fué interpretado fielmente por Olmedo en la mejor de las obras del londinense: el *Ensayo sobre el hombre*, del que tradujo tres epístolas.

ANALIZADO Olmedo en general, voy á su obra maestra, tan grande como el protagonista de ella — Bolívar, y que vivirá lo que viva este coloso, es decir, perennemente; voy al canto triunfal del dios de Junín.

III

PERTENECE el *Canto á Bolívar*, de Olmedo, al género épico. Por su latitud y grandioso argumento, no puede únicamente ser una oda heroica; merecería ser más bien una epopeya, por cuanto la majestuosa narración interesa á varias naciones sudamericanas y al espíritu humano en general, por tratarse, no sólo de la evolución de los pueblos que van saliendo de su minoría, sino también del triunfo de la libertad; pero la extensión material del tema y su plan no distribuido en libros ó cantos hacen que se le considere como un poema épico. Tiene reminiscencias del primor helénico y varios recuerdos de la perfección de Horacio y de Virgilio.

OLMEDO emplea el estilo sublime, salpicado de hermosas descripciones nacionales, de cuadros de fuente propia, de pinturas originales de la exuberancia tropical y que rebosan de cariño á la *tierruca*, si la palabra

puede pasar al referirme á la grandilocuencia de *La Victoria de Junín:—Canto á Bolívar*, en el que abundan las figuras literarias y los arranques majestuosos, las sentencias profundas y los primores del lenguaje.

LEENA las eternas leyes de la estética y sobresale en la unidad en la variedad: unidad, en la apoteosis á Bolívar, que es lo que se propuso el poeta; variedad, en los diversos tonos y toques de la fantasía.

CELEBRA la victoria de dos acciones inmortales que contribuyeron á sellar la independencia americana. El maravilloso, propio de estos cantos épicos, es aquí el gran Huaina-Cápac que profetiza, en frases sonoras, — quizá un tanto exageradas por el entusiasmo, y por tratarse de un Inca que vió desaparecer sus dominios, — el éxito de la jornada de Ayacucho. Inimitable, soberbia es la apología que consagra á Bolívar, y tanto que lastimó la modestia ó buen sentido del Libertador. El héroe legendario y el vate prodigioso se compenetran de tal modo que, digno el uno del otro, sus nombres se perpetúan eternamente, y es Olmedo su único apropiado cantor. El poeta escribía á Bolívar: «Si me llega el momento de la inspiración y puedo llenar el magnífico y atrevido plan que he concebido, los dos, los dos hemos de estar juntos en la inmortalidad». Se ha cumplido su genial presentimiento.

BIEN distribuída la acción de la pieza épica, en la que, al mismo tiempo, hay entonación pindárica y sublimidad lírica que, en las pinceladas naturales, son superiores á la musa elevada de Quintana. Desenvuelve su plan con armoniosa verificación, en la que campean la variedad de estilo y la magistral cadencia del endecasílabo.

POR la forma, el ropaje es uná silva, estrofa continuada en la que se combinan, al capricho del poeta, los heptasílabos con los versos que en la métrica española introdujo Juan Boscán.

SIGUIENDO los preceptos de la armonía, Olmedo termina cada acápite de la estancia con un endecasílabo, para dar á los períodos más sonoridad y redondear la frase. Lo mismo se observa en el remate de la obra, melódico punto final, propio de una poesía de tan encumbrada entonación.

EN la silva pueden introducirse algunos versos libres ó sueltos; pero, en rigor, mejor sería no hacerlo, como, en las más de las ocasiones, observa nuestro bardo de la lira de oro, compañero de Mejía en las Cortes de Cádiz. Tampoco agradaría que sea una misma la consonancia para cuatro bordones seguidos ó muy cercanos.

LAS rimas que usa Olmedo, en su mayoría, no son vulgares, y ha evitado en lo general las terminaciones en participios y adjetivos que suelen prodigar hasta los buenos poetas.

NOTABLES críticos españoles como Manuel Cañete, M. Menéndez Pelayo y Juan Valera, y americanos como Andrés Bello, Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo, que de memoria solía recitar trozos del *Canto á Junín*, y los hermanos Amunátegui, que hicieron gala de severidad é injusticia, se consagraron á Olmedo, en juicios que honran al vate, al vate llamado *divino* por antonomasia. Entre los ecuatorianos, D. Pablo Herrera, Juan León Mera y Clemente Ballén le han estudiado detenidamente.

D. JUAN Valera, sin ánimo de lisonja, («yo, dice, no sirvo para lisonjear, aunque lo desee,») afirma que «Olmedo es el más notable de los poetas hispano-americanos lírico-heróicos». D. Marcelino Menéndez Pelayo confiesa que «Olmedo es, sin contradicción, uno de los tres ó cuatro grandes poetas del mundo americano: no falta quien le dé la primicia sobre todos, y, dentro de cierto género de estilo, no hay duda que la merece». Y agrega que tuvo en mayor grado que Bello y Heredia «la grandilocuencia lírica, el verbo pindárico, la continua efervescencia del estro varonil y numeroso, el arte de las imágenes espléndidas y de los metros resonantes que á la par hinchén el oído y pueblan de visiones luminosas la fantasía».

EN la legendaria contienda de hispanos y de americanos, pone de resalto Olmedo el valor de ambos combatientes, de modo que la lucha sea entre héroes, lo que es timbre de mayor gloria. Dioses, semidioses y adalides ilustres son los guerreros del tiempo heroico en que fué derribada la sagrada Ilión. Para Aquiles, hay un Héctor; para el águila americana, el león ibero que

“Ruge atroz, y cobrando
 Más fuerza en su despecho, se abalanza,
 Abriéndose aecha calle entre las haces,
 Por medio el fuego y contrapuestas lanzas ;
 Rayos respira, mortandad y estrago.
 Y sin pararse á devorar la presa.
 Prosigue en su furor y en cada huella
 Deja de negra sangre un hondo lago ”

VERDAD es que, con la historia en la mano, trata á los españoles duramente, aunque, como observa autorizado crítico ibero, los versos más flojos, en medio de la cinceladura de oro, son aquellos en que el poeta pone de manifiesto su cólera. Se explica, como ya dejé dicho, la indignación de Olmedo: actuó en la magna lucha, participando, en los albores del siglo XIX, de esa como atmósfera de campamento, é hizo resonar su trompa épica á raíz del triunfo y en vida del protagonista de su canto: Bolívar, quien lo leyó antes de publicarse y observó al bardo ecuatoriano cosas dignas del genio.

HOY la corriente de animadversión, la belicosa, ha cambiado, y la augusta madre España, no sólo se conforma, sino que quizá sinceramente, al cabo de una centuria, se regocija de la prosperidad de muchas de sus hijas americanas que salieron de la patria potestad.

OLMEDO compone arengas propias de la oratoria militar de Bolívar, como la dirigida á los peruanos, juventud «ardiente, firme, á perecer resuelta», y á los colombianos «en cien crudas batallas vencedores».

EN cuanto á los defectos, como en toda humana obra, los hay en la joya épica del divino vate; pero son lunarillos de esos que se perdonan á los genios. Virgilio dejó incompletos algunos exámetros de su inmortal Eneida; Cervantes tiene olvidos y anacronismos en su magistral Quijote. Ya lo dijo Horacio: *quandoque bonus dormitat Homerus*.

EL palacio, la pirámide, el templo se yerguen majestuosos, derramando su admirable conjunto de artísticas líneas, su euritmia impecable, ¿cómo fijarnos en la piedrecilla no muy pulida del cimborio ó en la deshojada flor del chapitel?

VERDADERA y bruñida orfebrería—de intachable estética—es el *Canto al Vencedor en Miñarica*, sólo que

asunto más noble — de universal idealidad — informa á la bélica musa de Junín, de sublime inspiración, digna del Libertador de cinco Repúblicas. (1)

(1) Para allanar el estudio de la retórica, escribí los siguientes ejercicios de análisis literario, consagrados á los alumnos de tercer curso del Instituto Nacional Mejía. Parte de este trabajo se publicó en la revista quiteña *El Educador*.

Están en forma dialogada para mayor facilidad del alumno y en ellos he procurado suma prolijidad y sencillez, por lo mismo que se trata de recreaciones para niños de la *Nación Inferior*.

ANÁLISIS LITERARIO DE LA VICTORIA DE JUNÍN, CANTO A BOLIVAR

De las generalidades vamos al detalle, recorriendo, punto por punto, el *Canto á Junín*, desmenuzando los versos con la sencillez propia del análisis para principiantes que siguen el sistema de pedagogía concéntrica. Estos ejercicios literarios refrescan los estudios de los jóvenes de la *Nación Inferior* y les empapan, al mismo tiempo, en patriotismo. Nuestro intento es que conozcan de cerca á los grandes hombres, á los talentos preclaros, honra de la patria, á fin de que se inspiren en sus obras magistrales é imiten sus virtudes cívicas.

El profesor.—Declame, alumno Abdón, la primera estrofa del *Canto á Junín*.
El alumno.—Con mucho gusto.

El trueno horrendo que en fragor revienta
Y sordo, retumbando se dilata
Por la inflamada esfera,
Al Dios anuncia que en el cielo impera.

P.—¿Qué clase de estrofa es la que ha declamado?

A.—Una silva.

P.—¿Y la composición de Olmedo ¿á qué género pertenece?

A.—Al épico.

P.—¿Por qué? ¿No le parece mejor una oda, es decir, composición del género lírico?

A.—No señor profesor. Tanto por su extensión, como porque narra un acontecimiento grande é interesante.

P.—También reputamos hecho grandioso la batalla de Lepanto, y sin embargo, es una oda heroica la canción de Fernando de Herrera.

A.—No hay punto de comparación. En la poesía de Herrera, que consta de 210 versos, aun cuando hay una parte narrativa, sobresale el subjetivismo del poeta. La descripción de la jornada histórica, no es sino un medio de que se vale para acentuar la enumeración, en tanto que en el poema heroico de Olmedo, de gran extensión, pues tiene 606 versos, á pesar de la elevación lírica, impera la forma narrativa.

P.—Bien. ¿Qué es la forma narrativa?

A.—Eminentemente objetiva, propia del género épico.

P.—Me ha hablado de silva. ¿De cuántos versos consta esta estrofa?

A.—Es una estancia continuada que se puede dividir en los acápites que quiere su autor.

P.—¿Qué versos entran en la composición de la silva?

A.—Es una combinación métrica de endecasílabos y heptasílabos, á gusto del poeta.

P.—Muy bien.—¿Quién es el autor de la estrofa que ha declamado?

A.—El eximio bardo ecuatoriano D. José Joaquín Olmedo.

P.—¿Conoce algunos datos de su vida?

A.—Sí, señor. Nació en Guayaquil en 20 de Mayo de 1780. Estudió gramática en Quito. Estuvo en el colegio de San Fernando hasta 1792, colegio del que fué alumno el orador Mejía. A los 25 años, su genio poético ya se había desarrollado, como lo prueba su composición acerca de la eficacia de las distracciones gratas y honestas y de la diversión modesta en las letras, porque esta clase de recreo

“al trabajo enardece,
el progreso de las ciencias favorece
da fuerzas al ingenio
nuevas alas al genio”.

En 1805 Olmedo coronaba sus estudios de leyes y regentaba la cátedra de derecho civil, y tres años más tarde ya recibido de abogado, la de digesto. Fué diputado y, como tal, asistió á las Cortes de Cádiz. De regreso á su patria, formó parte de la Junta de Gobierno de Guayaquil. Bolívar le designó como Ministro Plenipo-

IV

RECUERDO haber leído en la *Ilíada* las originales y fecundas comparaciones del discípulo de Fémio, al referirse á los distintos ejércitos que comandaban los caudillos griegos y troyanos: ya son cual enjambres de moscas que vuelan al redor de la majada, cuando la leche de los cántaros rocía el suelo; ya como el fuego que en la alta sierra devora la selva; ya cual bandadas de aves voladoras, grullas, ánsares, cisnes de alto cuello que despliegan sus gallardas alas, viajan por el espacio sin límites y descienden con estrépito á la tierra. Olmedo también empieza, con símil no menos inmortal que los citados, su canto épico *Al General Flores, Vencedor en Miñarica*. A su Musa compara con el águila que emprende el vuelo hacia las regiones del rayo, sobre las nubes, y osa escalar los cielos. Y al apreciar su atrevimiento, sumérgese en lento deliquio, del que le despierta el fragor de la guerra y la fatídica sombra de la Discordia, que en su caballera trae serpes enredadas que silban atrocemente.

tenciario en Londres, metrópoli en la que trató á Bello. Llegando en breve á ser su amigo. A su vuelta de Inglaterra, concurrió á la constituyente de Riobamba; subió después á la Vicepresidencia de la República; fué Gobernador del Guayas y Presidente de la Convención de Ambato.

P.—Muy bien.—Veo que no olvida á los prohombres de la patria. Ha nombrado Ud. á Andrés Bello: ¿quién fué este personaje?

A.—Un ilustre gramático y poeta venezolano.—Nació en Caracas el 29 de Noviembre de 1781. Uno de sus primeros ensayos fué un romance compuesto á la sombra del Samán del Cutuche. "árbol venerado de tradicionales y poéticos recuerdos para los caraqueños". Es autor de la *Silva á la agricultura de la Zona Tórrida* y de una *Epitafio á Olmedo*.

El notable literato M. A. Caro compara á Bello con Alberto Lista y los llama "almas gemelas".

P.—Ha leído Ud. el canto á la *Zona Tórrida*?

A.—No, señor, sólo sé algunas octavas italianas de la "Oración por todos", que Bello compuso en 1813, imitando á Víctor Hugo.

P.—Quién le parece mejor poeta: ¿Bello á Olmedo?

A.—Olmedo.

P.—¿Por qué?

A.—Porque autoridades respetables han afirmado que es el primer épico-lírico de la América.

P.—¿Qué género poético es el que acaba de citar?

A.—El género mixto: objetivo y subjetivo á la vez.

P.—En el *canto á Junta* ¿hay alguna de estas clasificaciones?

A.—Sí, señor, la mixta, porque el poeta describe, pinta las cosas y al mismo tiempo hace sus deducciones. Hay la materia y el espíritu.

P.—¿Qué figuras encuentra en la estrofa que recitó? Vaya descomponiendo los versos.

A.—En "El trueno horrendo que en fragor revienta" hay la figura de dición llamada aliteración, porque repite una misma letra, la *r*.

P.—¿Qué otra figura nota?

A.—Este verso y el siguiente obedecen además á la onomatopeya.

LUIS de Camoens, en su invocación á la libertad y poderío de los viejos lusitanos, hace callar á las antiguas glorias de Ulises y Eneas, de Alejandro y de Trajano, para poder cantar otro valor más alto que se levanta: el amor patrio. De igual manera Olmedo, después de aludir á las contiendas entre repúblicas hermanas y al furor que destruyó á la gran Colombia, dejando atrás pasadas glorias y escenas de sangre, se acuerda de la patria y desea que la paz sea su única consejera, que cese el estruendo bélico y recobren su prez las artes, «la ley su cetro, libertad su imperio».

P.—¿Qué significa esa palabra?

A.—Armonía imitativa, porque Olmedo remeda en sus rotundos versos el fragor del trueno.

P.—Perfectamente. Continúe su análisis.

A.—Hay una prosopopeya, la que domina en toda la estrofa.

P.—¿Por qué?

A.—Porque atribuye al trueno una cualidad propia de los seres racionales cuando dice: "Al Dios anuncia que en el cielo impera".

P.—¿Qué otras figuras encuentra U.º? Fíjese bien.

A.—Epfetos —*Horrendo*, aplicado á trueno *inflamado á estera*.

P.—¿Qué más tiene que observar?

A.—Nada más, señor.

P.—¿No le habla dicho algo respecto de reminiscencia de Horacio?

A.—Ah!, sí señor: pero no recuerdo la oda que nos citó.

P.—*Civile Tenentem credidimus locum regare*, que es la oda 5ª del libro tercero.

P.—¿Quién fué Horacio?

A.—Un poeta latino autor de la Epístola á los Pisones.

P.—¿Será un defecto que Olmedo se haya inspirado en Horacio?

A.—No, señor, porque imitar así equivale á crear de nuevo y es prueba del señorío de la inteligencia.

P.—¿Quién ha dicho esto?

A.—Hemos estudiado en el capítulo de la novedad ú originalidad y además Menéndez Pelayo dice en alabanza de Olmedo "Imitar de esta manera, con tal amplitud y tal señorío del pensamiento poético ajeno, equivale, ciertamente, á crear de nuevo".

P.—Exacto.—Adelante.

A.—Y el rayo que en Junta rompe y ahuyenta
La hispana muchedumbre
Que más feroz que nunca amenazaba
Á sangre y fuego eterna servidumbre.
Y el canto de victoria
Que en ecos mil discurre, ensordeciendo
El hondo valle y enriscada cumbre.
Proclaman á Bolívar en la tierra
Árbitro de la paz y de la guerra.

P.—Analice esta segunda estrofa.

A.—Primeramente hay la figura de dición llamada *epistoton* ó conjunción, porque como su nombre lo indica, ha repetido la conjunción *y*, después se nota una anátesis ó contraposición de ideas entre el trueno que se dilata por la *inflamada estera* ó sea por el cielo y el rayo de la guerra que en *Junta rompe y ahuyenta la hispana muchedumbre*; por último encuentro dos epfetos — el de *hondo* aplicado á valle y el de *enriscada* á cumbre.

P.—Perfectamente. Fíjese si no hay más que observar para seguir adelante.

A.—Ah! sí, personificaciones.

P.—¿Cuáles?

A.—La del rayo que rompe y ahuyenta, la del canto que discurre, y tanto el rayo como el canto que proclaman á Bolívar en la tierra "árbitro de la paz y de la guerra". En esta última frase, puede haber también una perífrasis ó circunlocución, porque designa á Bolívar con otro nombre Para llamar á Dios decimos muchas veces el Padre de los hombres, para designar á la Justicia decimos la inflexible diosa Astrea.

P.—¿No será más bien una *smédoque*?

A.—Podría también ser la del individuo, bautizándole por antonomasia á Bolívar de "árbitro de la paz y de la guerra".

P.—¿Qué es *smédoque*?

A.—Llárase también comprensión, porque es un tropo que designa un objeto con el nombre de una de sus partes, ó viceversa.

EL ilustre hijo de Anneo Mela, en su *Farsalia*, con funestos colores traza el horrendo cuadro de la guerra civil, la sangre vertida en el Lacio, la lucha sin gloria, estéril, inútil, propia de manos parricidas. «No se me escucha, continúa Lucano: y si las murallas en ruinas dejan á nuestras ciudades sin defensa; si los grandes escombros de nuestras fortalezas cubren el suelo en considerable extensión; si nuestras casas deshabitadas causan espanto á nuestros ojos; si en las calles de nuestras antiguas ciudades solamente se ven algunos ha-

P.—Ud. dice que

Arbitro de la paz y de la guerra

es una sinécdoque, me parece más bien una metáfora ó una hipérbole.

A.—En algún sentido pudiera ser también una metáfora, porque tácitamente envuelve una comparación, como cuando decimos es un *león* para dar á entender que es guerrero valiente, como solía expresarse de Aquiles, y de *Bolívar* decimos que fué *arbitro de la paz y de la guerra*.

P.—Y en esta frase de tanta viveza y entusiasmo, ¿no ve una hipérbole?

A.—Tan grande fué el Libertador que me parece no exagera. Olmedo al darle tan ponderoso calificativo.

P.—¿Qué es hipérbole?

A.—Un tropo que consiste en exagerar las cosas aumentándolas tanto que lleguen á lo inverosímil.

P.—¿Y si disminuyo mucho los objetos?

A.—También habrá hipérbole porque la exageración puede ser por carta de menos ó de más.

P.—Muy bien.—Vamos á otra estrofa.—Declame Ud. la que sigue del canto épico.

A.—Las soberbias pirámides que al cielo

El arte humano osado levantaba

Para hablar á los siglos y naciones

Templos, do esclavas manos

Deficaban en pompa á sus tiranos

Ludibrio son del tiempo que con su ala

Débil las toca, y las derriba al suelo,

Después que en fácil juego el fugaz viento

Borró sus mentirosas inscripciones:

Y bajo los escombros confundido

Entre las sombras del eterno olvido,

Oh! de amblición y de miseria ejemplo!

El sacerdote yace, el Dios y el templo.

P.—¿Cómo clasificaría el estilo de la estrofa que ha declamado?

A.—Lo llamaría sublime, porque nota una imagen grandiosa—la del poder del tiempo que todo lo arrasa—pirámides, templos, etc.

“Ludibrio son del tiempo que con su ala

Débil las toca y las derriba al suelo”.

P.—Además de las prosopopeyas que se repiten ¿qué otras figuras nota?

A.—Epiítetos: *soberbias* aplicado á pirámides, *fugaz* á viento, después una enumeración, al final:

“El sacerdote yace, el Dios y el templo”.

P.—¿Nota algún lunarecillo?

A.—Una cosa insignificante, en presencia de tantas bellezas: dos asonancias á la terminación de dos versos seguidos: *suelo* y *viento*, y en un mismo verso también asonancias:

“Después que en fácil juego el fugaz viento”.

que le vuelve algo flojo al endecasilabo.

P.—¿No será pedantería el que Ud. haya citado esos defectillos?

A.—No, señor profesor, porque un principiante debe saberlo todo, para empezar á registrar desde sus primeros ensayos.

P.—El penúltimo verso ¿no le enseña algo?

A.—Es una exclamación profunda.

P.—Además de la exclamación sentenciosa, ¿cómo se llama esta figura?

A.—Podría ser también una epifonema, por cuanto el poeta se refiere á lo que ya tiene dicho y lo resume con precisión y énfasis.

bitantes vagando como sombras; si el espino va cubriendo el suelo de Italia, y la mano del agricultor falta á la tierra, que la reclama, ni tú, ¡oh, Pirro! ni tú, ¡oh, soldado púnico! sois la causa de nuestros desastres. Enemigos de Roma, no tendréis que destruirla: ¡ella misma, con su propia mano se abre profundas heridas! >

P.—Así es la verdad.—Continúe el análisis literario.

A.—Más los sublimes montes, cuya frente á la región etérea se levanta que ven las tempestades á su planta brillar, rugir, romperse, disiparse:

Campea la personificación. Nótese, además, enumeración, asfndeton y una bella gradación en orden ascendente cuando nos dibuja la manera cómo se preñan las tempestades, y se desvanecen después.

Los Andes... las enormes estupidas moles sentadas sobre bases de oro, la tierra con su peso equilibrando, jamás se moverán. Ellos, burlando de ajena envidia y del protervo tiempo la furia y el poder, serán eternos de Libertad y de Victoria heraldos, que con eco profundo á la postrera edad dirán del mundo:

Siguen las prosopopeyas, los atinados epítetos como *enormes, estupidas, protervos*, hasta que entra en un enérgico dialogismo, cuando textualmente habla en boca de los Andes lo siguiente:

“Nosotros vimos de Junín el campo: vimos que al desplegarse del Perú y de Colombia las banderas se turban las legiones altaneras, huye el fiero español despavorido, ó pide paz rendido. Venció Bolívar: el Perú fué libre y en triunfal pompa libertad sagrada en el templo del Sol fue colocada.



También resalta la personificación, porque hablan cosas inanimadas. Cuando duplica la palabra *vimos* hay la elegancia llamada repetición, pues emplea al comienzo de cada término la misma voz. No es un solo español el que huye sino todos los combatientes: se destaca pues una sinécloque de número. Olmedo emplea el singular por el plural. Cuando expresa que el Perú fué libre, hay el tropo llamado metonimia: toma el continente por el contenido, porque los habitantes de esa nación fueron los libertados por Bolívar. En el último verso alude el poeta al culto de los incas que adoraban al astro luminoso.

P.—¿Qué figuras encuentra en la estrofa siguiente?

¿Quién me dará templar el voraz fuego en que ardo todo yo?

A.—Una patética: la interrogación pues no pregunta el poeta porque ignora alguna cosa ni á fin de que le contestemos sino para embellecer é imprimir más brío á la expresión.

Además, encierra una metáfora: ese fuego no es el material sino la inspiración, el ardoroso y eficaz estímulo poético.

Trémula, incierta, torpe la mano va sobre la lira dando discorde son.

Aquí hay una enumeración rápida.

¿Quién me liberta del dios que me fatiga?

Otra bella interrogación, además de la optación, en la que el vate nos da á conocer su vivo deseo: librarse del estro que le arrebató. Siguen varias descripciones de las diversas formas del numen y de las ideas que bullen en la mente del poeta.

LAS magistrales pinceladas de Olmedo no le van en zaga al poeta romano, al ponderar los horrores de la guerra civil. El bardo ecuatoriano quiere romper su lira ante tales desastres y sepultar en noche oscura tanta contienda entre hermanos.

DESDE el punto de vista del arte, el *Canto á Miñarica* es valiosísima joya, es una filigrana, por su vivacidad de cuadros, por su pasmosa ejecución y sus versos

Siento unas veces la rebelde Musa
Cual bacante en furor, vagar incierta
Por medio de las plazas bulliciosas,
O sola por las selvas silenciosas
O las risueñas playas
Que manso lame el candaloso Guayas.
Otras el vuelo arrebatado tiende
Sobre los montes y de allí desciende
Al campo de Junín y ardiendo en ira
Los numerosos escuadrones mira
Que el odiado pendón de España arbolan:
Y en cristado morrión y peto armada,
Cual amazona fera,
Se mezcla entre las filas la primera
De todos los guerreros,
Y á combatir con ellos se adelanta,
Triunfa con ellos y sus triunfos canta.

P.—¿Qué más tiene que admirar ó tal vez que censurar?

A.—Tengo que aplaudir los símiles—compara Olmedo á la Musa con una bacante y con una amazona. El epíteto *silenciosas* aplicado á selvas no me agrada, porque en ellas hay vida y bullicio, por lo común—ya las ramas que se desgajan los árboles que se derrumban produciendo solemne rumor, ya el viento que agita la fronda, ya las aves, etc. La imagen del río que mansamente lame las playas ecuatoriales resulta onomatopéica y hermosa. En el último endecasílabo sobresale la derivación de un mismo radical, elegancia que le vuelve muy armonioso al verso.

P.—Adelante.

A.—Continúa los términos de semejanza entre la Musa y el poeta

Tal en los siglos de virtud y gloria,
Cuando el guerrero sólo y el poeta
Eran dignos de honor y de memoria
La musa andaz de Píndaro divino,
Cual intrépido atleta,
En inmortal parífa
Al griego estadio concurrir solfa.
Y en estro luyiendo y en amor de fama,
Y del metro y del número impaciente
Pulsa su lira de oro sonora,
Y alto asiento concede entre los dioses
Al que fuera en la lid más valerosa,
O al más afortunado,
Pero luego envidiosa
De la inmortalidad que les ha dado,
Ciega se lanza al círculo polvoroso,
Las alas rapidísimas agita
Y al carro vencedor se precipita,
Y desatando armónicos raudales
Pide, disputa, gana,
O arrebatla la palma á sus rivales

A cada paso saltan las elegancias y figuras, los epítetos oportunos y originales, la armonía imitativa, como en el endecasílabo

Las alas rapidísimas agita;

la sinonimia como en el heptasílabo

Pide, disputa, gana,

y también la polisíndeton que todos conocen, y hasta una cierta gradación de ideas en orden ascendente,

de robusta resonancia. Nada son las escenas que del Dos de Mayo en España describe en viriles versos J. Nicasio Gallego, en comparación de la vigorosidad de ideas y viveza de objetos que Olmedo pone de resalto con trágico pincel, antes de suspirar por la paz y el amor y porque no haya esclavos ni tiranos, tal como ansiaba Quintana en su oda de alto entonamiento *A la invención de la Imprenta*.

P.—Muy bien. Olmedo cita á Píndaro: ¿quién fué este personaje?

A.—El príncipe de los poetas líricos de la Grecia. Cantó á los que triunfaban en los juegos olímpicos, son célebres sus epinicios. Su rival fué Corina.

P.—Como el estudiante no debe ignorar nada, dígame Ud. ¿encuentra algún lunarrillo en la estrofa que ha recitado?

A.—En alguna manera uno muy ligero, desde el punto de vista de la métrica, al no conservar la originalidad en la rima en unos pocos versos que acaban en participios y adjetivos de consonantes muy usadas.

P.—¿Cómo calificará el estilo de lo que sigue recordando la clasificación que de él hacían los antiguos, como Cicerón y Quintiliano?

¿Quién es aquél que el paso lento mueve
Sobre el collado que á Junón domina?
¿Que el campo desde allí mide, y el sitio
Del combatir y del vencer desina?
¿Que la hueste contraria observa, cuenta,
Y en su mente la rompe y desordena,
Y á los más bravos á morir condena,
Cual águila caudal que se complace
Del alto cielo en divisar su presa
Que entre el rebaño mal segura paca?
¿Quién el que ya descende
Pronto y apercebido á la pelea?
Preñada en tempestades le rodea
Nube tremenda el brillo de su espada
Es el vivo reflejo de la gloria
Su voz un trueno: su mirada un rayo,
¿Quién, aquél que al trabarse la batalla,
Ulano como Nuncio de victoria,
Un corcel impetuoso fatigando,
Discorre sin cesar por toda parte, . . . ?
¿Quién sino el hijo de Colombia y Marte?

A.—De sublime, porque pinta el inmenso poder de Bolívar que en su mente organiza sus bravas huestes y desordena las contrarias, que en el fulgor de su espada hay no sólo un lampo de gloria sino su mismo vivo reflejo; en su voz el bramir del trueno y en su mirada el relampaguear del rayo. La perfrasis ó circunlocución soberbia, audaz, con que concluye, cierra la sublimidad del cuadro. Según los antiguos retóricos, sería grave el estilo.

P.—Lo sublime se divide en matemático y dinámico ¿á cuál de estas clases se refiere Ud.?

A.—Al dinámico, pero no físico sino moral, porque desarrolla el valor de Bolívar, su pasmosa inteligencia; la imponderable grandeza de su espíritu. Todo da idea de fuerza, como la de Júpiter que con solo su voluntad puede subir al mundo y á los dioses al empuje y atar la fuerte cadena de oro en la cumbre del Olimpo dejando pendiente de ella el universo, en tanto que por más que trabajen diosas y dioses no podrán del estrellado cielo derribar al padre omnipotente.

P.—Voy á recitar la proclama del Libertador. Escúcheme y exponga su opinión.

Sonó su voz —Peruanos,
Mirad allí los duros opresores
De vuestra patria. Bravos colombianos,
En cien crudas batallas vencedores,
Mirad allí los enemigos fieros
Que buscando venís desde Orinoco
Suya es la fuerza, y el valor es vuestro.
Vuestra será la gloria
Pues lidiar con valor y por la patria
Es el mejor presagio de victoria
Acometed— que siempre
De quien se atreve más el triunfo ha sido:
Quien no espera vencer ya está vencido”.

LLEGA á lo sublime Olmedo cuando apostrofa al Chimborazo, rey de los Andes, para que su frente incline, pues pasa el vencedor. Es un rasgo de tal atrevimiento, que se empequeñece el héroe á quien va dedicado. Consagrada á Bolívar, de gigante á gigante, habría cuadrado la imagen. Hablando de Cervantes, cantaba en fáciles décimas Bernardo López García, que es tan

A.—Como las mejores de Anibal, Julio César y Napoleón. Aombra su energía y laconismo, su mandato sugestivo y sus profundas reflexiones. El dialogismo termina con una profunda epifonema, que se ha convertido ya en saludable axioma, muy citado por los varones de carácter. Además de la epifonema, distínguese la sentencia, fruto de la experiencia, cuando dice que "de quien se atreve más el triunfo ha sido" y por último otra elegancia: la derivación, que pertenece á las figuras por combinación, y entre éstas, la de analogía de accidentes gramaticales.

P.—Siga la declamación y el análisis

A.—Dice: y al punto cual fugaces carros,
Que, dada la señal, parten y en densos
De arena y polvo torbellinos ruedan;
Arden los ojos, se estremece el suelo,
Estrépito confuso asorda el cielo,
Y en medio del afán cada cual teme
Que los demás adelantarse puedan
Así los ordenados escuadrones
Que reflejan del iris los colores
O la imagen del sol en sus pendones
Se avanzan á la lid ¡Oh! ¡quién temiera,
Quién que su ímpetu mismo los perdiera!

Este simul, señor profesor, me parece digno del inmortal bardo jónico. En la *Ilíada* he encontrado descripciones parecidas. Si las que trae Torcuato Tasso al plasmar artísticamente los ejércitos de Godofredo de Bouillon me agradan tanto. Muy feliz es también la alusión á las banderas de Venezuela, Colombia, Ecuador y el Perú, ya tricolores, ya con la imagen del sol.

P.—Muy bien. Observo que va progresando Ud. en sus conocimientos. Diga-me si resalta alguna figura en la consigna viril que da al bravo argentino Necochea, vencedor en Chacabuco

A.—Sí, señor. Una concisa gradación ascendente, cuando, mostrándole el campo

Partir, acometer, vencer le manda

P.—¿Qué imágenes nos deslumbran en lo siguiente?

Ya el formidable estruendo
Del atambor en uno y otro bando;
Y el són de las trompetas clamoroso,
Y el reluchar del alazán fogoso,
Que erguida la cerviz y el ojo ardiendo,
En bélico furor salta impaciente
Donde más se enervuece la pelea;
Y el silbo de las balas, que rasgando
El aire, llevan por do quier la muerte,
Y el choque asaz horrendo
De selvas densas de ferradas picas;
Y el brillo y estridor de los aceros
Que al sol reflejan sanguinosos visos;
Y espadas, lanzas, miembros esparcidos
O en torrentes de sangre arrebataados,
Y el violento tropel de los guerreros
Que más feroces mientras más heridos,
Dando y volviendo el golpe redoblado,
Mueren, mas no se rinden, . . . Todo anuncia
Que el momento ha llegado,
En el gran libro del Destino escrito,
De la venganza al pueblo americano,
De mengua y de baldón al castellano.

A.—Las del combate y la descripción del caballo, con tan vivos trazos que uno se imagina contemplar de cerca los horrores de la guerra y la nerviosidad del noble bruto que se lanza en lo más recio de la refriega.

pura la belleza del complutense escritor, que cuando estudia el corazón humano sobre el proscenio del mundo

todas las cumbres del genio
se humillan á su grandeza

CON todo, original é inmensa, mucho más que aquella, es la imagen de Olmedo. Y ni Arolas al expresar

P.—¿Qué clase de figura es la que se refiere al alazán fogoso?

A.—Pertenece al género pintoresco y es una de las subdivisiones de la descripción — la prosopografía, que consiste en pintar los rasgos exteriores, la parte física de una cosa: como Olmedo brillantemente nos da á conocer el caballo con pinceladas magistrales que superan á las del autor del poema de la pintura — Pablo de Céspedes.

P.—Y también á Job. Nos recuerda igualmente el arrogante corcel de Rodolfo de Habsburgo, de Schiller. No ha olvidado Ud. las explicaciones que di en clase. Ahora escuche el resto del análisis que procuraré condensarlo en lo posible.



El divino ciego de las siete ciudades, al comparar al valiente Menelao con un león hambriento, dice que cual el rey de las selvas se alegra en presencia de algún corpulento animal ó venado y se detiene á devorar su presa, así se alegró al ver al ludo París. Olmedo no hace que el León de España se detenga, sino que

“Sin pararse á devorar la presa
Prosigue en su furor, y en cada huella
Deja de negra sangre un hondo lago.”

La grandiosa imagen no permite que hagamos notar la asonancia de dos versos seguidos.

Ello mismo símil es también el de Necochea que contiene su ímpetu y se sostiene en contra de viento

Como tigre furiosa
De rabiosos mastines acosada,
Que guardan el redil, mata, destroza
Ahuyenta sus contrarios, y aunque herida,
Sale con la victoria y con la vida

En este momento el poeta, al pensar que es mortal la herida recibida en Junfú por el bravo Necochea, interrumpe el hilo de su narración y le dirige con vehemencia la palabra. Esta figura patética — el apóstrofe — empleada por Olmedo es propia de su sincero sentimiento y de la noble pasión que le anima. ¿No hablaba así Andrómaca á su esposo Héctor cuando supo su muerte?

¡Oh capitán valiente,
Blasón ilustre de tu ilustre patria,
No morirás — tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso
Y bellas ninfas de tu Plata andoso
A tu gloria dará sonoro canto
Y á tu ingrato destino acerbo llanto.”

Establece por medio de hermosa interrogación el contraste entre la esforzada juventud peruana, aguerridos Húsares de Junfú que al mando del intrépido Miller ponen el pecho frente al enemigo — y los que pasaban por

garzones deheados
entre seda y aromas arrullados

Ante tanta valentía, Olmedo pregunta,

¿Los hijos del placer son esos fieros?

La *antítesis* es más expresa cuando éstos que desatar no osaban

que solamente cuando Napoleón está dormido «puede descansar el mundo», que también es frase sublime en medio de su sencillez, llega á la altura del poeta guayaquileño.

LA batalla de Miñarica fué sangrienta: el enemigo dejó en el campo multitud de vidas desperdiciadas en

Los dulces lazos de jazmín y rosa
Con que amor y placer los enredaban.
Hoy ya con mano fuerte
La cadena quebrantan ponderosa
Que ató á sus pies y vuelan denodados
A los campos de muerte y gloria cierta

La etopeya de Aquiles es de mano maestra: atrevida y original esta expresión:

Los ojos pace en el vistoso alarde

A cada paso sublimidad de imágenes y de comparaciones

La espada de Bolívar aparece,
Y á todos los guerreros,
Como el sol á los astros, obscurece.

La ficción poética se engalana con los arcos de la novedad cuando describe el genio de Bolívar que obscurece - en estricta sinécdoque - la valentía española, como el sol apaga la luz de las estrellas. Los guerreros admiraban al Libertador,

Que el bello nombre de Colombia escrito
Sobre su frente en torno despedía
Rayos de luz tan viva y refulgente
Que deslumbrado el Español desmaya,
Tiembla, pierde la voz, el movimiento
Sólo para la fuga tiene aliento

Patético el cuadro del combate, á la manera del de las Termópilas relatado por Herodoto, en el que Leonidas cayó junto con los renombrados espartanos. Este sublime dinámico nos sobrecoge. Sigue la campal batalla y el poeta quiere que la noche no caiga sobre los campos de Junín cuya jornada comenzó á las cinco de la tarde.

La deprecación es tan apasionada y oportuna que supera á la de D. Melchor Gaspar de Jovellanos, que murió en Vega 14 años antes de que Olmedo compusiera su gran poema épico. El insigne estadista, que tanta fama cobró con su *Lev Agrario*, dice:

Padre del universo,
Autor del claro día,
Brillante sol, á cuyos
Influjos la infanta
Turba de los vivientes,
El ser debe y la vida, etc.

Y Olmedo con más entonación:

¡Padre del universo! ¡Sol radioso!
¡Dios del Perú! ¡modera omnipotente!
El ardor de tu carro impetuoso,
Y no escondas tu luz indeficiente....
¡Una hora más de luz!....

¿Cómo exterioriza los afectos del alma en sus inefables exclamaciones!

¡Victoria por la Patria! ¡oh, Dios! ¡Victoria!
¡Triunfo á Colombia! y á Bolívar gloria!

El épico de Valdepeñas, Bernardo de Balbuena, describe la Batalla de Roncesvalles, la marcha de las tropas "al són de trompetas y atambores"; la subida, por abruptos riscos, del bando francés, ante el que "tiemblan los pinos, gimen los alcóres"; y compara el furor del ejército con el incendio del bosque, así:

flor, después de ser lanceado ferozmente. No hubo ideales de humanidad en esa jornada. Olmedo, con el arte, la inmortalizó. ¡Que viva siempre la belleza! Aun cosas de argumento baladí, pequeñeces en sí mismo, se transforman en objetos de perenne celebridad, gracias al arte. Olmedo ha conseguido que histórico cuadro de

Con el furor que la impelida llama
De un recio viento á un bosque seco arroja
La tragadora furia, en que arde y brama
En resonante hervir la selva roja
Suda el verde laurel, arde la grama.
Vuela del fresno en humo el tronco y hoja
Y todo al fin por do el incendio pasa
El monte asombra y su ladera abrasa

Nuestro épico, después de pasmosas descripciones de la titánica
ra el entusiasmo de la victoria y sus fervorosas *opulencias* de paz.

Arden cien pinos y á su luz las sombras
Huyeron cual poco antes desbandadas
Huyeron de la Espada de Colombia
Las vandálicas luestes debeladas

Imponderable la aparición del Inca, cuya veneranda sombra

En faz serena y además augusta,
Entre cándidas nubes se levanta

Maravillosa su profesa, regio su dialogismo, su trágica obstestación, sus conmi-
naciones y su patética imprecación, figuras que el alumno debe estudiar con ahinco.
La majestad del Inca Huaina-Capac, el último poseedor del Imperio sin desmembra-
ción alguna, es tan grande como la de los soberanos mexicanos, diseñada por el his-
toriador Solís. Al refrescar los dolores de la raza venciada, sus patéticos sentimientos,
es tan acerbo el pesar, que hace que la hipérbole pase inadvertida.

Y los restos mortales de mi gente
Aun á las mismas rocas fecundaron

El desfile de las tragedias es conmovedor. Pasan airadas y solemnemente
vengadoras, las augustas figuras de los primitivos domeñadores de la tierra ecuato-
rial Atahualpa, Huáscar, tantas ilustres víctimas, ya directa, ya indirectamente
de la furia ibera, las que arrancan esta exclamación

Tantos horrores y maldades tantas
Por el oro que hollaban nuestras plantas!

Se conturba el espíritu de Huaina Capac, y su ánimo perturbado prorrumpe en
conmovedoras reticencias é interrupciones, hijas de la inmensa pasión que le em-
barga.

Y mi Huáscar también . . . ¡Yo no vivía!
¡Que de vivir, lo juro, bastaría,
Sobrará á debelar la hidra española
Esta mi diestra triunfadora, sola!
Y nuestro suelo, que ama sobre todos
El Sol mi padre, en el estrago fiero
No fué ¡oh dolor! ni el solo, ni el primero,
Que mis caros hermanos
El gran Guatamoztl y Motezuma
Conmigo el caso acerbo lamentaron
De su nefaria muerte y cautiverio,
Y la devastación del grande imperio,
En riqueza y poder igual al mío. . . .

La indignación sube de punto, las figuras patéticas derrámanse en torrente y
los duros calificativos, entre amagos interrogantes y sarcásticas exclamaciones.
Entonces se alegra del triunfo de Junta y saboreando la reparación y la venganza,
queda

En éxtasis profundo embebecido.



sangre y lamentable lid interna sean admirados por el mundo, gracias al primor del verso y á la habilidad del bien decir.

BOLÍVAR tuvo como único objetivo, cual la meta de su redentora empresa, la libertad de muchas naciones. Olmedo, al cantarle, se puso á su misma altura. Flores,

La visión profética, en sed de represalia vengadora, va hasta los campos de Ayacucho brotan allí las espantosas conminaciones, y el rendimiento de quince generales españoles, no obstante que el alma americana sabe perdonar.

¡Atroz, horrendo choque, de azar lleno
Cual aturde y espanta en su estallido
De hórrida tempestad el postrer trueno
Arder en fuego el aire
En humo y polvo obscurecerse el cielo,
Y con la sangre en que rebosa el suelo,
Se verá el Apurímac de repente
Embravecer su rápida corriente

Cada epíteto que acompaña á héroes de la talla de Sucre Córdova, Miller, constituyen perfecta descripción, condensan la etopeya

Sublime, ante el armónico y triunfal canto y nombre glorioso de La Mar, la hipóbole del río Guayas.

Que por orlo su corriente enfrena

Las sentencias se desgranán cual de valiosa bujeta de joyas

Lo grande y peligroso
Hicla al cobarde irrita al animoso,
¡Qué intrepidez! ¡Que súbito coraje
El brazo agita y en el pecho prende
Del que su patria y libertad defiende!

Con más originalidad no puede la elegante perfrasis llamar, en su juego de palabras, al bizarro español, que se encaró con Napoleón.

El vencedor del vencedor de Europa

La prosopografía del ibero luchador airado es completa

Y en furibunda rabia el polvo muere,
Alza el párpado grave, y sanguinoso
Ruedan sus ojos y sus dientes crujen
Mira la luz, se indigna de mirarla
Acusa, insulta al cielo, y de sus labios,
Cárdenos, espumosos
Votos, y negra sangre, y hiel brotando,
En vano un vengador muere invocando.

El bellísimo estilo, salpicado de soberbias imágenes, deleita punto por punto. ¡Cómo encantan las hinfas de Apurímac y Ucayale que gratas noticias llevan al Amazonas!

En sonante murmullo y alba espuma....
Y el espléndido rey al punto ordena
A sus delfines, ninfas y sirenas
Que en clamorosos plácidos cantares
Tan gran victoria anuncien á los mares.

Con tanta gracia trae el epíteto *sonante* que no hay redundancia al acompañarlo de murmullo: no es éste sordo, casi imperceptible, sino regocijado, *sonante*.

¡Con cuánto fervor dirige la palabra al Mariscal de Ayacucho!

¡Salud, oh Vencedor! ¡Oh, Sucre! ¡vence,
Y de nuevo laurel orla tu frente.
Alta esperanza de tu insigne patria!
Como la palma al margen de un torrente
Crece tu nombre....

en la historia, no pudo llegar á la cumbre de Olmedo; pero éste, por entusiasmo del momento y en alas de su genio, como el águila de la introducción de su oda, descendió á la miserable tierra para levantar hasta la inmortalidad á su protagonista, quien, con más propiedad, debiera haber exclamado:

En virtud del recogido apóstrofe, no se nota la monotonía del endecasílabo que encierra tres asonancias que lo debilitan.

Alta esperanza de tu insigne patria

Sensible es que por la necesidad de la rima haga uso forzosamente de la licencia poética poco grata de alterar los acentos para que consuenen Cartago y Arcópagu. Talante de apóstol hay en Olmedo cuando, por boca del Inca radioso, predica la paz y la unión, acentuando la imagen con audaz grandilocuencia

Unión, oh pueblos
Para ser libres y jamás vencidos
Esta unión, este lazo poderoso
La gran cadena de los Andes sea,
Que en fortísimo enlace se dilatan
Del uno al otro mar

Rasgos bellísimos, como la aparición del coro de las vestales que rodean al Inca y le cantan, no son para olvidados. El himno al sol, la férvida deprecación, los preparativos para recibir al invicto Bolívar, su paso triunfal, la pompa que le rodea, el desfilar de vencedores y vencidos, la poética enumeración de éstos, son rasgos de supremo arte que deslumbran y arrebatan.

—; Oh Sol, oh Padre,
Tu luz rompa y disipe
Las sombras del antiguo cautiverio,
Tu luz nos dé el imperio,
Tu luz la libertad nos restituya
Tuya es la tierra, y la victoria es tuya
Cesó el canto. Los cielos aplaudieron,
Y en plácido fulgor resplandecieron,
Todos quedan atónitos. Y en tanto,
Tras la dorada nube el Inca santo
Y las santas Vestales se escondieron

Olmedo va á terminar su canto inmortal. El tono sublime de la composición, sus frases vehementes, sus descripciones que mueven y agitan el ánimo, sus elevadas ficciones poéticas, como por encanto cambianse en un idilio. El lenguaje ornamentado con grandeza, se torna apacible, fino, delicadamente florido. Estas flores naturales despiden el aroma de la belleza espontánea. La vegetación tropical, los ricos frutales de la costa, las riuñanas riberas del Guayas, todo está descrito con tal gracia y candorosa, con tan dulce sabor pastoril que nos parece la mejor de las églogas de Garcilaso de la Vega ó una tierna anaeréutica de Juan Menéndez Valdez. La envidiable ligereza é ingenuidad de Esteban M. de Villegas ha sido reproducida á maravilla.

El insigne épico, en su encantador epílogo vuélvese bucólico suavemente nos deleita y adormece, cual un nuevo Catulo, cuando alaba los esplendores de la naturaleza y la felicidad de la vida del campo.

El épico elevóse hasta Bolívar en la región del rayo. Con adorable modestia reconoce su audacia y vuelve á la vega deliciosa y tranquila, al bosque no de gigantes seculares, sino de lindos limoneros.

En una estación primaveral en la que, como gorgea Villegas,

Las cepas se coronan
De pámpanos que engendran,
Y de bullicentes hojas
Los campos y alamedas ...

Mientras Olmedo descende, después de su olímpico viaje, á pensiles de más suave inspiración, Meléndez se eleva para ponderar la gloria de las artes.

¿A dónde, incauto, desde el ancha vega
Del claro Tormes, que con onda pura
Y paso sosegado
De Otea el valle fertiliza y riega,
Hoy el numen procura
Su vuelo levantar?

"Rey de los Andes, la ardua frente inclina"

al paso del divino Cantor, eterno como la belleza, grande como el Chimborazo, que se dignó pulsar la lira para coronar á Flores, olvidándose un momento de Bolívar. ¡Magnanimidad del genio!

Inimitable la ternaza y sencillez del final del Canto á Bolívar. Es un hábit contraste que nos deja la más inefable fruición en el alma

Mas ¿cuál audacia te elevó á los cielos,
Humilde Musa mía? ¡Oh! no reveles
A los seres mortales
En débil canto arcanos celestiales.
Y ciñan otros la apolínea rama
Y siéntense á la mesa de los dioses,
Y los arrulle la parlera fama
Que es la gloria y tormento de la vida

El épico, el Virgilio americano, deja la trompa — pulsa su rabel y toca — sus pastoriles caramillos

Yo volveré á mi flauta conocida
Libre vagando por el bosque umbrío
De naranjos y opacos tamarindos
O entre el rosal pintado y oloroso
Que matiza la margen de mi río,
O entre risucios campos do en pomposo
Trono piramidal y alta corona
La Piña ostenta el cetro de Pomona.
Y me diré feliz si mereciere
Al colgar esta lira en que he cantado
En tono menos dino
La gloria y el destino
Del venturoso pueblo americano.
Yo me diré feliz si mereciere
Por premio á mi osadía,
Una mirada tierna de las gracias,
Y el aprecio y amor de mis hermanos,
Una sonrisa de la Patria mía
Y el odio y el furor de los tiranos

La antítesis con que remata esta inmortal obra de arte, pone de resalto las nobles aspiraciones de Olmedo, patriota probado y ciudadano excelso. De una parte anhela una sonrisa de la madre que le vió hacer y de otra el gesto de odio de la tiranía. Su optación es el mejor ditirambo del genio

Don Andrés Bello, gigante cerebro que levantó un monumento á la legislación y otro á la hermosura gramatical, pinta la apoteosis de su amigo, y desde Londres le dice:

Sigue con generoso atrevimiento
A do te aguarda, en medio el alto coro
De las alegres musas, digno asiento.

Ya para recibirte su canoro
Concierto se suspende, y la armonía
De las acordes nueve liras de oro.

Y llegas, y te sientas, y Talla,
Que al áureo cinto arregazó la falda,
La copa te presenta de ambrosía.

Y ciñe tu cabeza con guirnalda
De siempre verde lauro que matiza
Purpúrea flor, y azul, y roja, y gualda.

Juventud, ¡aprended de memoria, deleitaos con las obras consagradas á la eterna belleza, al heroísmo americano y al orgullo de la patria! Imitad las virtudes cívicas de Olmedo y la perfección de su helénica forma





DON JUAN MONTALVO

SU RETRATO

LA Municipalidad de Tulcán, con el entusiasmo que toda institución ecuatoriana debe de sentir por las glorias nacionales, por los prohombres que trajeron en la manga la empresa de dar lustre á la patria, de honrarla en buena guerra, de elevarla con fuerza aceleratriz, ha situado, en el lugar de preferencia, en los salones de la casa del pueblo, el retrato de D. Juan Montalvo. Lo mismo han hecho la Biblioteca Nacional de Quito y el Ayuntamiento de Ambato.

CERCA de Tulcán, en olvidada aldehuela - Ipiales - estuvo siete años desterrado, que es como si se le hubiera hundido en la Siberia, sin libros, sin periódicos, á fuero del que purga una excomuni6n social, que solfan dictarla los que merecerfan horcajo si trabajasen.

«FUÉ acaso, desde el punto de vista moral, el hombre más grande de su siglo, y no exagero. No olvidar que se agitó en una atm6sfera hostil á su pensamiento, á su conducta, á su manera hospitalaria y algo soñadora

de ver la vida... Verdadero filósofo, miraba con supremo desdén las pompas mundanas. Combatió sin tregua el clericalismo y la monarquía; azotó con látigo implacable á los déspotas de todas las naciones, á los imbéciles encumbrados, y defendió con elocuente piedad á los oprimidos, á los menesterosos, á los tristes.... Siguió toda su vida una línea, la línea recta, sin menoscabo de agrandar su horizonte intelectual con las nuevas adquisiciones de la ciencia y del progreso. No fué una figura monolítica, un fanático demoledor». (1)

¿ VERDAD que estas palabras son oportunas y tocan de cerca á Montalvo? Escritas para el director de «El Nuevo Régimen», el ilustre Pi y Margall, parecen inspiradas en el creador de «El Cosmopolita», lo que prueba que Montalvo y Pi Margall, en sus relativos teatros de acción, se presentaron como dos ángulos de vértice común, cuyos lados de cada uno fuesen la prolongación de los del otro.

VUELVO al retrato. El artista Antonio Salguero, que educó el gusto al principio en Chile y después en Italia, se encargó de la obra, que le ha levantado merecidamente sobre los cuernos de la luna. De literal semejanza es el retrato, según las opiniones de la familia y amigos de D. Juan. Se le admira de cuerpo entero, tamaño natural, como destacándose de la fina tela. Montalvo está de pie, en actitud digna.

EN su fisonomía de filósofo, se leen las huellas del genio pensador y profundo. Su mirada penetrante revela al hombre inflexible que se ha consagrado á largos estudios y meditaciones; la ligera plegadura de sus labios da á conocer al examinador del corazón humano, al carácter acostumbrado á las rudas batallas, al que ha saboreado muchos desencantos y cosechado abundantes dolores, como afirma un escritor fisionomista; las imperceptibles y prematuras arrugas de su rostro, esa sombra de círculo senil, al varón dedicado á incansables tareas intelectuales, al proscrito melancólico, al luchador con los crueles embates de la suerte. Negro, crespo y abundante el cabello, escaso de barba, bigote no muy poblado, el conjunto del cuadro es severo. Se mira en él al personaje de acción, al espíritu fuerte, al carácter indomable, pero, con todo, atrayente. ¡Qué impresión

(1) Emilio Bobadilla.—Al través de mis nervios.

blico, en lapidarios sonetos, le llamó cuadrúpedo, expresando que había regresado tullido de Europa.

CUENTAN de Cromwell que solía disfrazarse de verdugo para herir. Así los gremios intolerantes del Ecuador se han disfrazado para calumniar á Montalvo. Y bajo el cínico pretexto de religión, han anatematizado la verdad, prohibiendo la lectura de las obras del maestro americano, que tuvo el orgullo de llamarse *un semibárbaro* para pintar el atraso de su época. Y con la capa hipócrita de la virtud, han predicado la indiferencia y el desprecio al que constituía la más brillante gloria ecuatoriana, temerosos de que, ilustrándose el pueblo con tan pura doctrina, la explotación de las minas espiritual y material fuese imposible.

LOS verdaderos sacerdotes no son los caballeros de industria que comercian con tal ó cual creencia, no lo son tampoco los que rinden culto á una religión cualquiera para sacar tajada á su sombra, ni los que, envueltos en enmarañada teología, pescan con esta red á los incautos. El sacerdocio, en todo orden de ideas, es cargo apostólico confiado por la civilización á ciertos seres predilectos.

JESÚS es el tipo del sacerdote. Pocos le han imitado. Su misión sublime, que maliciosamente ha sufrido alteración, ya mal comentada por ambiciosos intérpretes, ya apenas fundada en una doctrina comprendida con doblez, no ha inspirado sino á los hombres más puros de la humanidad. De aquí que bebieron de las límpidas aguas de esta fuente poquísimos ministros de la perfección del espíritu. Jesús mismo combatió á los de baja ley, que no otra cosa eran los fariseos.

EN el Ecuador no había nacido todavía la genuina legión de sacerdotes de la humanidad, hasta que surgió el Cosmopolita á dirigirla é iniciarla en los nuevos ritos que desterraban los sacrificios humanos y las infecundas hecatombes. El sacrilegio y la simonía eran loados, el engaño enaltecido, la esclavización de conciencia bendecida.

LOS que se decían representantes del bien, del desahucio y de la pureza del corazón, habían comprado la patente para el robo velado, para la inmundicia absuelta, para la crápula disimulada y para la estafa inaudita. En el nombre de un omnimodo poder, prodigador de paz y de amor, se obligaba á la ignorancia á esgrimir sus ar-

mas en contra de la altivez, de la dignidad y de la protesta santa. El confesonario, depósito de basuras, como lo llama Maupassant, era un castillo lleno de cañones, una fortaleza infranqueable. Todo se conseguía encerrado en tan estratégica covacha. ¡Qué de dramas sangrientos se han desarrollado en su interior! La sociedad que se respeta á sí misma está en el deber de censurar siempre práctica tan inmoral. Ciertas mujeres que se confiesan son capaces de todo: las tengo miedo, exclama la experiencia, que en la sociedad ha pagado muy caro su aprendizaje. Dominando en el hogar, cuántas son responsables de la desgracia é idiotez de sus hijos; en el seno conyugal, cuántas son aptas, por falta de carácter, de sigilo y de prudencia, para la infidelidad; en la sociedad, para la murmuración; porque, arrodillándose ante un hombre de dudosos antecedentes ó de magníficos, pero hombre al fin, humillan su pudor, traicionan la conciencia, abaten la indispensable altivez, estimulan el chisme.

¡OH, mujeres! ¡oh, flores de la vida! ¿por qué perdéis los perfumes con que os regaló la pródiga naturaleza, por qué marchitáis la cándida frescura de vuestras almas con un acto así de estudiada delación que os arrastra al suicidio moral y físico, al trastorno de la dicha doméstica? Sed piadosas, sed mártires; pero no seáis chismosas. Guardad vuestros secretos y los de vuestra familia. ¿Queréis confidencias? Ahí están vuestros padres, vuestros esposos, los únicos que tienen derecho á bendeciros y á perdonaros.

HASTA entonces, ninguna protesta, débilmente bosquejada, fué fecunda en frutos saludables. La de Montalvo lo fué, y lo es aún. Médico del alma, el zumo de su mercurial curó abusos eclesiásticos y disolvió abscesos rebeldes. El mejoramiento de las costumbres fué su gran cuestión.

SU vida entera puso al servicio del bien: depuró, con el crisol del verbo y el cauterio de la burla, los hábitos añejos. Con vigor asombroso peleó por la pulverización de las rancias preocupaciones, y, para el tiempo que alcanzó, fué un innovador y un filósofo. Desde entonces, la República ha recorrido tan largo camino, que, á la hora actual, es otro el fundamento filosófico, más amplio el ideal, más atrevido el vuelo de la fantasía, más irreverente el pensamiento; pero no por esto debemos olvidar al genial maestro novator.

EL folleto en sus manos fué ciclópea erupción moral y salvadora, que aun cuando vibraba como látigo contra el individuo, aunque rugía como tigre rencorosa — amenazas que el tiempo borra — ; pintaba su atlético valor y su carácter indomable.

DE un confín á otro de la patria sonaba el verbo purificador de Montalvo, el verbo de su severa filosofía y de su lógica robusta. ¿No fué Montalvo un sacerdote?

LO fué el primero, en el sentido estricto de esta palabra veneranda, en el altar de la hermosa naturaleza.

Y COMO lo fué de veras, los fariseos le hicieron cruda guerra : le dieron vida de martirio : después de muerto insultaron sus cenizas, calumniaron su honor inmaculado.

Y VINO de allende los mares un buho aventurero, ave errante que se posó en árbol virgen y frondoso, formó allí su nido y concluyó por aprovecharse de sus brotes y nutrirse con sus frutos ; vino á remover el fango para arrojarlo á la faz de la libertad.

FUÉ pájaro de pésimos augurios para el Ecuador, el cruzado inclemente y colérico que capitaneaba á sus tropas ignaras á través de las selvas del error y de la espesura del fanatismo. Una vez, con la tea incendiaria en el pico, se dejó caer sobre célebre, diminuta é indefensa población del litoral. Y ardió el poblacho. Las quejas de los infelices, las lágrimas de las viudas y la protesta de los inocentes subieron, confundidas en un solo clamor, al cielo. La Justicia castigó al buho haciéndole saborear, inmediatamente después de un remedo de apoteosis, la derrota estrepitosa y desconsoladora.

ESTE cuervo, humillando al país hospitalario, picoteó la reputación de sus mejores hijos, como la del cristiano y fervoroso Felicísimo López. Graznó fuertemente : las aves de su misma especie le hicieron vergonzoso coreo. Eclipsando el libro de la historia, ensució con su baba y sus patas membranosas una nítida página : la página de la vida de Montalvo. Así, ni su memoria inolvidable y sin mancha quedó ilesa. El ave negra había proyectado sobre ella la sombra de la mentira.

CUANDO emprendió el vuelo hacia otras regiones, fué, ingrata, á propagar sus pajarotadas perjudiciales. Y desde la distancia continuó insultando á Montalvo.

MAL se han portado también, como aquel funesto teutón, ciertos rencorosos ministros de Cristo, que se creían norma del clero de la patria.

LA caridad evangélica fué un mito en su boca.

MONTALVO, hierofante que profesaba la religión de la humanidad, bregó por su perfeccionamiento.

PERO las ruines pasiones y los vicios le tomaron como á blanco de sus ataques necios, preparándole, como corolario, el amargo destierro. Y allí murió el apóstol, entre melancólicas nostalgias é infinitas aspiraciones de nobleza para la patria. La ciencia no le faltó ni la amistad de sus correligionarios le fué indiferente. La primera, estuvo representada por el Dr. León Labbé, que reconoció el derrame pleural de Montalvo; la segunda, por los compatriotas que no desampararon la habitación del moribundo, calle Cardinet, N^o 26, y á los que, en tan solemnes instantes, les preluvió, como la postrera nota de su canto: «Sólo siento que toda la vida se concentra en mi cerebro. Podría componer hoy una elegía, como no la he hecho en mi juventud».

LA heroica Guayaquil, cuna de varones de civismo é independencia reconocidos, gimiendo sincera tan infausto acontecimiento, ordenó la pronta traslación de los preciosos restos del insigne literato, filósofo y ciudadano. Su última voluntad no pudo cumplirse: ansiaba que sus despojos reposasen en el cementerio de Montmartre.

Y CON religioso amor encerrados están en el cementerio general de esa noble ciudad, á despecho de las almas mezquinas, de los espíritus cobardes y de los corazones sin piedad fundamental, mas sí con la aparente, con esa de los sepulcros blanqueados, que no pueden conformarse de que aquellos restos hayan hallado sepultura.

VISITADA constantemente su tumba por las personas virtuosas y los correligionarios y admiradores íntegros, nunca se ve desprovista de coronas y de flores, de las flores que tanto gustaron á Montalvo, que las pidió para ornamentar su urna funeraria.

«MURIÓ él, y murió la protesta», observa Vargas Vila.

QUIERA la razón que tan triste frase no sea una realidad desconsoladora.

LA juventud liberal, preparada por medio de la constancia y del estudio, es la única heredera de Montalvo que hasta aquí divisamos.

ELLA protestará cuando el crimen se levante, ella combatirá cuando el vicio impere, ella será el más firme sostén de una tierra desvalida.

¡MONTALVO, Montalvo! el odio sectario que deshonra á la patria, á manera de Cayo Calígula que rompió los bustos de Homero y de Virgilio, ha querido destrozarte tu nombre, con ira ciega, á fin de que tu colosal estatua, que ya miramos dibujarse en lontananza, no se inaugure pronto en tu ilustre cuna, la ciudad de Ambato, en la que deben guardarse, en santo cinerario, las cenizas del esclarecido hijo, predicamental entidad, elevada como las cumbres del Tungurahua y bella en el decir como las vegas del río que cantó Juan León Mera.

PERO la propaganda en contrario será estéril.

CERCANO está el día de tu inmortalidad en bronce, ya que eres inmortal en la mente y en el corazón de los libres.

¡VEINTIDÓS años han transcurrido y ya tu sombra augusta contempla desde su pedestal el hogar de tus mayores! La justicia no se hará esperar.

Y ESTA perennal demostración de gratitud no es solamente la elocuente y colectiva reparación de las nuevas generaciones, sino como la medalla de oro del concurso de todas las inteligencias ecuatorianas al ganador en las justas de la idea.

OBRA POSTUMA

EL ilustre D. Juan Montalvo, escritor que aparece en el mundo sideral de las letras como cuerpo celeste de primera magnitud; escritor de tanta refulgencia que ni la pasión puede descolorar su asombrosa reputación literaria, dejó, entre otras piezas de notable mérito, una obra titulada «Geometría Moral». Esta publicación fué como una eucaristía para los lectores, no sólo de la América latina, sino también del universo intelectual; para todos los que hallan verdadera delicia en el dulce idioma de Cervantes, tratado magistralmente por el autor de «El Cosmopolita».

— LA obra póstuma lleva sabroso prólogo de D. Juan Valera al frente.

CON agrado se prestó en 1901 el gran poeta D. Gaspar Núñez de Arce para emprender tan honrosa y laudable tarea; pero por una larga enfermedad que le aquejara, —dejándole débil y con la salud delicada,— se privó contra su voluntad de lo que ansiaba ejecutar con sincero cariño y admiración al pensador ecuatoriano.

El ruiseñor de *La Selva obscura*, atormentado de tristezas y de dudas, el bardo del último poema; *Sursum corda!*, fué enfermizo desde la cuna, en la que sufrió «violenta y larga compresión del tórax, un semi aplastamiento, cuando todavía mamaba». Cuando José León Pagano le visitó en una mañana invernal, ya el poeta estaba muy achacoso, viejo, de temblorosa voz y ojos encajados; y, en su anhelo de rejuvenecerle, dedicóle este apóstrofe: «Si tributar el justo homenaje á los que la Historia consagrará como ilustres varones, si honrar á los que el dios de los elegidos designó para embellecer la vida, si recoger en el jardín de las musas las flores que hace brotar la gentileza para ofrecerlas á los que supieron elevarse, es sentirse viejos, yo quiero que el Tiempo deslía hoy sobre mi cabeza toda la nieve de su imperio. Hay en mi vida un vergel florido de doradas ilusiones que hablan de juventud.—Es, pues, Juvenicia inmortal la que esparce flores á tus plantas, ¡oh, poeta! ¿Por qué? Y mi espíritu hablaba así: — ¡Por tu con-

sagración á la divina ciencia de la Poesía, por la obra de belleza fuerte realizada en el tiempo, por esa antorcha de fe que te enciende de amor, porque aún vive en tí la clásica tradición de la hidalga lengua de Castilla, y porque en medio de este general derrumbamiento queda en pie un lírico de tu raza, que es como un pensamiento luminoso interrogando la suspensa mudez de los Orbes!» (1)

HÉ aquí algunos acápites de dos interesantes cartas que me ha cabido la satisfacción de desdoblar con mis manos y que se refieren al prólogo de «Geometría Moral».

DECÍa Gaspar Núñez de Arce, casi en vísperas de su muerte, en sencillas y elocuentes frases que revelan suma ingenuidad, dirigiéndose á nuestro importante literato y poeta Sr. D. Leonidas Pallares Arteta :

«A MI regreso del balneario de Solares (Santander) donde he estado tomando las aguas, por prescripción facultativa, me entero de su cariñosa carta de 17 de agosto último, y me apresuro á contestarla dándole preferencia entre las muchas recibidas durante mi ausencia de esta corte.

«LA proposición que Ud. se digna hacerme, es *doblemente grata para mí por tratarse del inolvidable escritor D. Juan Montalvo, del que fui amigo y uno de los admiradores de sus obras*; tanto, que cuando se publicó en París la última edición de sus «Siete Tratados», no pude menos de reflejar en la prensa las buenas impresiones que su lectura produjo en mi ánimo. Así es que siento con toda mi alma no poder corresponder á la galante invitación que usted tiene la bondad de hacerme, porque hace cuatro meses tuve una grave enfermedad que puso en peligro mi vida, y aunque afortunadamente pudo vencerse, después de bastantes días de lucha, quedé tan quebrantado y débil que hasta la fecha no he podido conseguir todavía mi reparación, á pesar de los medios empleados en mi larga y pertinaz convalecencia. Como consecuencia de mi delicado estado de salud, los médicos que me han asistido me han prohibido terminantemente que me ocupe de trabajos intelectuales de importancia en una larga temporada.

(1) Je é León Pagano — A través de la España literaria — Tomo II.

«Si no fuera por esto, yo tendría muchísimo gusto en poder ofrecer á Ud. el prólogo que desea para la edición de esa nueva obra de Montalvo cuya propiedad ha adquirido usted; pero dejo á su buen criterio y consideración *la imposibilidad en que me encuentro para hacer un trabajo de la meditación y estudio que exigen las producciones de un escritor de tan reconocido mérito*».

PALABRAS son éstas que nos llenan de orgullo. El que así se expresaba, destacóse cual un coloso español: fué — como el venerable viejo Campoamor — el pontífice de la poesía castellana en época reciente. De las cuerdas de su lira de oro, han brotado estrofas sublimes, henchidas de filosofía y de sentimiento, que igualmente van al corazón y á la cabeza, cantos grandiosos, poemas que son un himno por su elevación y su armonía. Y Núñez de Arce, en el terreno de las confidencias, en las estrechas líneas de una ligera correspondencia, encomia á Montalvo y pone de manifiesto lo que su alma siente por el genio ecuatoriano.

A los umbrales del sepulcro, ya nada trabajaba. Dos años después — en junio de 1903 — se apagó este sol poético, débil para resistir las tormentas físicas que minaban su enclenque organismo; por esto no pudo materialmente cantar á Montalvo. «Retirado á cuidar de una salud endeble, de un organismo empobrecido desde la primera edad, Nuñez de Arce, en la vejez, apenas producía. Ni tenía la complexión de Echegaray, enjuto y recio como esparto, ni la extraña vitalidad nerviosa de Zorrilla, ni menos el equilibrado y fuerte temperamento sanguíneo de D. Ramón de Campoamor» (1)

D. JUAN Valera, en su oportunidad, se expresó así, contestando al citado poeta nacional, Sr. D. Leonidas Pallares Arteta:

«TENDRÉ mucho gusto en complacerle, *sobre todo en cosa para mí tan simpática, como lo es el escribir un prólogo para una obra inédita de D. Juan Montalvo*. Puede U., pues, enviarme dicha obra, pero no en manuscrito, el cual pudiera perderse con grandísimo disgusto de U. y mío, sino ya impresa y en capillas. El prólogo

(1) Retratos y apuntes literarios. — Obras completas de Emilia Pardo Bazán. Tomo 32.

podrá llevar las páginas numeradas con números romanos. Yo procuraré escribir el prólogo pronto, pero, si por cualquier motivo tardo algo y más de lo que á U. parezca justo, le suplico desde ahora que no se impacientte. Procuraré también ser breve y ser encomiástico, pero sólo hasta donde mi conciencia crítica me lo permita. *Juan Montalvo es personaje literario de mucha cuenta y además harlo complicado, para que pocas palabras basten á dar idea de su carácter y de sus prendas».*

COMO ven, «Geometría Moral» fué analizada por la pluma del gran crítico D. Juan Valera, quien solía complacerse de poner su nombre en la portada de la obra póstuma del egregio Montalvo.



Voy á estudiar someramente la *Geometría Moral*, procurando detenerme más en desentrañar su esotérica intención que en loar su amenidad; más en el fondo — que no llega á la lección final — que en la artística forma.

INTENTA presentar á la consideración de los lectores cierta psicología matemática, de algunos guerreros y poetas, reduciendo las inclinaciones del alma de éstos á figuras geométricas. Bien trazadas las líneas de los polígonos que analiza, é interesantes los lados ó caras en la *Geometría Moral* de Montalvo, que permanece fiel al concepto de lo variable dentro de la ley de la continuidad. Para la clara visión de lo que se propuso el Euclides literario, me serviré de la fraseología común en el terreno matemático. Sus cantidades morales infinitamente pequeñas, dan origen á otras indefinidamente grandes, que aprecia el genio en la esfera de las categorías del bien y del mal, en la primera de las cuales la virtud está creciendo tanto que llega á la vaguedad, á la indeterminación, á la pérdida de la noción del número que va hasta el infinito; y en la segunda categoría — en el mal — por el camino contrario, ó sea por la forma negativa, nos topamos con el límite cero en lo moral. Lo inmenso, lo inconmensurable de una parte, y de otra lo minúsculo, lo infinitamente reducido, tales son los

factores del alma humana, en esta dualidad misteriosa que nos aproxima al sublime matemático, ó nos hace retroceder al ridículo, á lo despreciable, al menos cero, símbolo de la nada.

IMAGINÁOS que la primera categoría — el bien en toda su extensión — sea el espacio azul, el magno océano, la abrumadora vegetación de la selva tropical; la segunda — el mal — vendría á ser menos que un átomo, que una gota de agua, que una partícula de tejido vegetal, apreciados en ese conjunto que se llama hombre, si en él lo bueno, lo justo, lo santo alejan lo inicuo, lo prohibido, lo miserable. Así también una gota de agua será tan extensa como el mar para otra gotita infinitamente pequeña que se ponga á su lado; la hoja de un arbusto, magna como un bosque junto á la hojita de un liquen microscópico; y el amor del esforzado corazón, grande como el universo al lado del amor de otro corazón pigmeo.

EN el orden del espíritu, Montalvo, al seguir su procedimiento geométrico, nos demostraría seguramente con más prolijidad la existencia de los coeficientes finitos que corresponden á las cantidades morales indefinidamente pequeñas, y tanto, que se toquen con la unidad invariable, y que, en virtud del aumento de su exponente espiritual, se acerquen á cero. De este modo, por la antítesis, por el contraste, por la comparación de diversas superficies geométricas, ó caracteres, ó almas, resaltan las grandes figuras, las resistentes fuerzas psíquicas; comprobamos la relación de estas cantidades, á medida que su potenciación pasa á órdenes superiores que aumentan su exponente.

AUNQUE no del todo profundo, muy deleitable es su cálculo que pudiéramos llamar diferencial ó integral, en este raro estudio matemático del alma de algunos predilectos. Si las de muchos héroes fueron como la suma de cantidades de un mismo signo, no se alterarán si se las compara, si se reemplazan en ellas todos ó algunos de los sumandos de su energía moral, por otros que difieran de los primeros indefinidamente muy poco entre sí. Tomemos, por ejemplo, las almas de Alejandro Magno, de Julio César, de Napoleón, ó de esas otras creaciones imborrables como don Juan Tenorio y Juan de Flor. ¿Que hay de común en ellos? La valentía; el amor. La suma de estas virtudes puede sustituirse según los casos: del reemplazo, de la comparación, nada

ha perdido la fuerza moral en cada alma, pues en las matemáticas del espíritu son valores de un mismo signo, por más que en ocasiones los designemos con los de arrojo, audacia, temeridad que no darán signo contrario, es decir, resta de valor, negación de esta cantidad moral; lo mismo acontece con la pasión del amor, dentro de sus grados y procedimientos: llámesela como quiera, ninguna dará negación de afecto, de vida, de humanidad. Estos polígonos amorosos muchas veces son equiángulos, es decir, iguales, por más que la demostración resulte en apariencia intrincada.

EN el que me avancé ya á calificar de cálculo diferencial ó integral de las pasiones que, sin plan determinado, presenta de contados seres, si no es científico, completo y muy á fondo el raro estudio matemático de Montalvo acerca de ciertas energías del alma, conserva la originalidad del nuevo sendero y la seducción de la belleza, en asuntos de suyo tan trillados como las vidas de Julio César, Alejandro Magno y Napoleón. El toque está en la novedad con que los exhibe, sobre el florido altar del lenguaje montalvino, como á dioses de las nobles pasiones.

Si las almas de los que amaron á Laura, señora de Sales, y á Aloysia de Stolberg, condesa de Albani, son, á la postre, cual la suma de cantidades del mismo signo, no se alterarán si se las compara en la noche intempesta del dolor; si se reemplaza en ellas todos ó algunos de los sumandos de su constancia de afectos por otros que difieran de los primeros indefinidamente muy poco. Así lo hace Montalvo con primor de estilo y viveza de imágenes, hasta encontrar que sus figuras geométricas son iguales, que sus factores dan idéntico resultado. «Las pasiones de Byron y de Goethe semejan la parábola, cuya abierta curva es capaz de abrazar un mundo entero; Chateaubriand y Lamartine, más modestos, describen con sus pensamientos y deseos una elipse, figura de dos focos, en uno de los cuales brilla el amor divino, al paso que en el otro está ardiendo el amor mundano. Nuestra geometría moral está completa. Pero estos dos últimos personajes, tan apasionados, tan poéticos, tan singulares, ¿no tendrán término de comparación en esta muestra ciencia de Euclides, acomodada al dios Apolo? Si, por cierto: las pasiones de Petrarca y Alfieri describen un círculo perfecto; sus radios van á dar á un centro equidistante de todos los puntos de la circunferencia, sin que jamás pierda su regularidad esta figura hermosa. Lau-

ra en el uno, Aloysia en el otro, son los centros en torno de los cuales viene girando el alma de esos dos poetas de la constancia: ni desdén los soberbece, ni frialdad los entibia, ni imposibilidad los abate: ¡qué hombres! Para la indiferencia, solicitud; para los obstáculos, esfuerzo; para las repulsas, lágrimas. Sabían ellos que el agua, con ser tan suave, cayendo gota á gota sobre la piedra, forma una oquedad en ella, y se la entra al corazón al cabo de cien años. Nada resiste á la acción constante y larga de un agente cualquiera; este agente llamado amor, que no es agua, sino fuego, ¿qué no vencerá al fin? ¿qué no incendiará? ¿qué no devorará? Las aras de los santuarios milagrosos están hondas y desfiguradas de tanto besar en ellas los peregrinos, y nosotros hemos visto una piedra en la cual el vulgo dice haber puesto el pie un santo, cavada al rededor por los labios de los devotos. Enamorados quebradizos, enamorados inconstantes, á quienes un año de labor del corazón descorazona, ya habéis visto que Alfieri amó veinte años, y Petrarca toda la vida. Amad, amad; amad veinte, treinta, cuarenta años; y si la fada Morgana os convirtiere en cuervos, amar heis cinco siglos, porque mientras durare el canto, vuestras pasiones no perderán un punto».

¡Cómo le hubiera sido dado á Montalvo tratar de las instringentes pasiones de otros genios; de la suma de cantidades morales de algunas otras almas, en un orden establecido, empezando por las más antiguas que han dejado huella indeleble y han marcado rumbo á remotas civilizaciones, como la de Moisés, vervigracia; y así ir creciendo en número hasta que la psicología geométrica se complemente con todas sus figuras más salientes! Un estudio de esta magnitud habría pasmado á la humanidad, que no escorza á los cuerpos luminosos que proyectan su eterna claridad en el espacio intelectual. Así su *Geometría Moral*, más ordenada é íntegra, habría tenido las tres dimensiones de aquellos cuerpos que se dilatan en el mundo del talento. Son pocos los problemas del seductor libro póstumo: el triángulo, la esfera, el cuadrado, representados de esta manera: el primero por el ilustre guerrero é historiador que trazó los *Comentarios á la Guerra Civil*, de Roma: la figura de tres líneas que se cortan mutuamente, cada una mide pasiones gigantes: el amor, la sed de gloria y de ambición; la segunda, por el Macedonio hijo de Filipo, «esfera luminosa que gira encumbrada y rápida por los espacios de lo infinito»; y el tercero, por el proscrito de Santa Elena, alma «en

forma de cuadrado inexpugnable, donde los monarcas se estrellan, por cualquier lado que embistan».

DICEN los que han saludado las sublimes matemáticas que, entre otras cosas no menos abstrusas, el papel de la Geometría es justificar las consecuencias que se desprenden de las cantidades negativas é imaginarias. Montalvo, haciéndose cargo de este concepto, se deleita y abisma en el análisis del corazón de los cuatro personajes que ha tomado á su cuenta, y aunque desconoce, en ocasiones, la naturaleza de esas cantidades en el terreno de la ciencia pura, justifica con todo sus consecuencias, y nos da, por ejemplo, á Julio César como «la naturaleza más cabal que ha producido el género humano».

RESTAR, bella y tolerantemente, imperfecciones para que resalten virtudes y méritos; destruir, por este ingenioso sustraendo, los reprensibles efectos de la pasión del minuendo, tal hace Montalvo en su corta é ideal Geometría. Hábilmente calla lo que está fuera del prisma de la belleza, lo que empaña el esplendor del genio, lo que escorcha la intimidad de una vida. Es piadoso esteta: ora fervoroso; pero no anatematiza. Sus oraciones ante el tabernáculo del arte; sus ideales lucubraciones nos llevan muy lejos; pero sin sentir. . . . Sabe enlazar con tal artificio unos rezos con otros, que cuando se vuelve al punto de partida, pásmase uno de la distancia recorrida: de unos altares volamos á otros de mayor belleza, sin brusquedad, sin que se note el tránsito. Lo anecdótico en Montalvo tiene el poder del imán: atrae multitud de brillantes limaduras de acero que se encadenan, se agarran unas á otras, sin que desagrade el conjunto literario, erizado de digresiones y oportunismos, como aquel mineral de partículas metálicas.

POR el ancho camino de la representación geométrica de las cantidades imaginarias, encuentro á esos conocidos abstraccionistas Argand y Buée, que supusieron el movimiento evolutivo. El géometa moral ambateño, sin seguirles de cerca ni detenerse á apreciar esas hipótesis, parece como que las comprende, y, en alas de su rica imaginación, aplica á otros aspectos de la vida, como al amor, la ciencia matemática. Y por diestras evoluciones, pasa de don Juan Tenorio á Herculano, y de éste, á Juan de Flor, en una serie de sabrosos episodios en los que, por recóndita autobiografía ó más bien *autopsicología*, se transparenta el carácter del autor.

SUPONGAMOS que dos rectas perpendiculares entre sí, ó dos alas de la misma índole — suplid mentalmente la gráfica demostración — quieren representar geoméricamente sus imaginarias cantidades morales. ¿Qué harán? Tomar desde el punto de intersección, sobre esas rectas, dos segmentos correspondientes á las cantidades reales de la imaginaria, considerando dichos dos segmentos como las coordenadas de un punto, ó, si queréis, de un momento histórico dado. Nuestro Maestro ha encontrado este punto que geoméricamente representa la imaginaria, y se llama, en el mismo difícil tecnicismo, un alijo. Así descubre que entre Goethe y Byron «hay similitud de inteligencia, proporción de afecciones y armonía de pensamientos», lo mismo que entre Chateaubriand y Lamartine, aunque en diverso orden de cosas. Oigámosle.

«Siguiendo nuestro paralelo geométrico, bien podríamos decir que el corazón de Goethe gira en su vasto pecho describiendo una parábola, esa figura que, sin dejar de ser una curva, jamás vuelve sobre el principio, ó ha menester millones de años para cerrar lo que sería elipse portentosa. Cometa visto por la primera vez, ese mortal privilegiado va describiendo en su arrebatada carrera una órbita casi infinita; si se aproxima á los demás, éstos sufren horribles alteraciones. Algo hay infausto en esa miedosa cabellera; pero en el centro de ese núcleo fulgura lumbre divina. Nadie hasta ahora ha podido saber qué es un cometa; así mismo hay hombres que pasan como un brillante y muchas veces terrible, misterio. De éstos fué Goethe, de éstos Byron, poetas entre los cuales hay similitud de inteligencia, proporción de afecciones y armonía de pensamientos. Entre la inmensidad de sus abincos, la obscuridad de sus dudas, la intención de sus dolores, va rodando su alma, y no acaba de llegar á ninguna parte, ni forma al fin el círculo dentro del cual naturaleza humana, reducida á su magnitud propia, pudiera comprenderse y reposar en elemento conocido. Byron y Goethe, poetas del dolor, apóstoles de la desesperación, han pasado, ciertamente, cual esos meteoros que van dejando tras sí una larga huella de miserias y desventuras; precursores de grandes sucesos, nadie sabe si van dentro de ellos dioses ó demonios; pero la vista del mundo está fija en ellos, y mientras más los teme la ignorancia, mayor es la admiración con que los diviniza. Chateaubriand y Lamartine, por el contrario, describen con sus pasiones una figura más común y modesta: su pecho es una

elipse en uno de cuyos focos arde el fuego sagrado, mientras en el otro está chisporroteando el mundano; en el uno, el amor de Dios; en el otro, el amor del siglo: profundamente religiosos, estos dos amables bardos fincan su felicidad en la fe: la fe no describe parábola ni hipérbola; la fe no describe nada, porque no gira en órbita ninguna; es una estatua de la religión que está girando sobre sí misma, sin desviarse un punto de su eje divino; y como va mirando al cielo por todas partes, el espíritu la sostiene, la luz la alumbraba. Ciega es la fe, y nadie ve como ella, sí, como lo tiene creído, es cierto que ve con Dios; dura es la fe, y nadie siente como ella, sí, como lo piensa, es cierto que abriga la Divinidad en su seno. Chateaubriand y Lamartine están contentos con su elipse, la figura de dos focos: á un lado, amor de Dios; al otro, amor del mundo. «Siento dos almas dentro de mí, dice el Apóstol; la una que se humilla á Dios, la otra que contra él se rebela». Los dos polos del alma del Padre Lacordaire son los dos focos de la elipse de Chateaubriand y Lamartine».

BELLAVITIS ejercitó con ahinco las equipolencias ya iniciadas por esos sabidores de los números como ~~Fruel, Vallés, Morey, Briot, Bonquet, Hoüel~~; pero aquel sabio italiano, ~~cual columna salomónica~~, dió vueltas y más vueltas hasta asentar sólidamente su edificio matemático. Si en la vida todo se resuelve por la cantidad, de la que hacemos carne y sangre profanos é indiciadores, Montalvo (sin conocer quizá, y tal vez ni de oídas, á algunos de esos matemáticos, no obstante su ascendrado amor á la lectura y sus aficiones científicas), con su lozana é inagotable fantasía fué por el campo de las equipolencias - siempre literariamente - haciendo derroche de su genio. En su grandilocuente disertación disgregativa acerca de los monosílabos, grandes hijos de la voluntad, el *sí* y el *no*, en el acto ve nuevos equivalentes. «El *sí*, dice, es la línea recta de la Geometría moral; de un punto á otro se va sin que nadie la contenga ni la entorpec. Diámetro del universo, le sirve al propio tiempo de eje, sobre el cual está girando y consumando las operaciones que, en forma de leyes naturales, son la voluntad cumplida del Altísimo. El *sí* va rectamente de un amante al otro, pasando sin torcedura por el sagrado tropezón que llamamos matrimonio. . . . El *no* es una curva llena de quiebros; por esta línea fementida no podemos salir á ninguna parte. Cuando, á pesar suyo, nos metemos por sus dominios, todo es obscuro y cerrado».

LE vemos desplegar la maestría del viejo cirujano español Federico Rubio, á quien D. Juan conoció en sus mocedades, al operar en el corazón de su homónimo, de su escandaloso tocayo, el Tenorio. Aquel doctor español, en el Instituto de la Moncloa, derrama el bálsamo de su ciencia sobre los enfermos, en medio del espléndido paisaje sobre que se levanta esa casa prodigadora de salud. Así Montalvo, en medio de una decoración bellísima y con frases elevadas, amenas y sonoras, da la curación del alma, por medio del amor y de la Geometría moral, á todos los que derrocharon la vida. Tal el último resultado de sus tareas quirúrgicas, amenizadas con sus cantos y fuegos artificiales y luces de Bengala de su retórica erudita y deslumbradora.

SU diagnosis no es equivocada, ni, al discurrir con elegancia acerca de la encarnación «del libertinaje y del amor inicuo», nos da á conocer un flamante don Juan Tenorio, un personaje deformado y nuevo; pero al estudiarlo, decora con tal gracia la pasión del amor y se le ocurre tantas sabrosas ideas, que puedo asegurar que todas se distinguen por la originalidad de la expresión y del concepto, como la generalidad de los pensamientos del que encerró un mundo en su cerebro — el Cosmopolita — que tiene troquel propio. La figura creada por Tirso de Molina es inmortal, inspiradora de grandes y diversas literaturas, donde quiera que la arrogancia y el amor asumen el imperio de los corazones: la francesa, con el don Juan del creador de la comedia en su patria, Juan Bautista Poquelin Molière; y con el don Juan de Marana, de Alejandro Dumas; la inglesa, con el don Juan, de lord Byron; la portuguesa, con el D. Joao, de Guerra Junqueiro; la española, con los múltiples Juanes, como el de Calderón de la Barca, el de Antonio de Zamora, el de José Zorrilla, el de Espronceda que se llama Félix de Montemar, el de Manuel Fernández y González que es D. Luis Osorio, el de D. Ramón de Campoamor, y el de Montalvo que es D. Juan de Flor, figura que infunde terrorífica admiración, y á la que D. Juan Valera dice que merece llamarse D. Juan Espantoso y que deja atrás, muy atrás, á su tocayo Tenorio. El ligero análisis un sí es no es psicológico que de este personaje inmoral, dramático y popular intenta Montalvo, sin ser completo, sino más bien á manera de rápida digresión, es tentador y elocuente, y conste que estos epítetos no encierran ripio.

ABRE el corazón de D. Juan Tenorio, y encuentra que es un polígono: tiene muchos puntos de vista; gira

á medida que cada lado se ofrece propicio al amor de otra víctima femenina. Quiere medir el grado de afecto de este hombre veleidoso, y la misteriosa Geometría resulta más difícil. «El corazón de don Juan Tenorio, el don Juan francés y Lovelace, es un polígono: cuerpo de muchos lados, con cada uno de ellos aman á una mujer; empero tan fugaz la imagen mal estampada en ese turbio espejo, el cual, por otra parte, es giratorio, que á cada vuelta va perdiéndose una y compareciendo otra. Esta figura no es el punto generador del universo, ni el santo triángulo, símbolo de un misterio; mas antes embolismo funesto, donde la Geometría, enmarañada, ofrece sus incógnitas á los espíritus infernales, muy más inaveriguables y profundos que los enigmas de la esfinge».

¿Qué se propuso Montalvo con su *Geometría Moral*? Parecen las numerosas hebras de valiosa bordadura en rica tela; los complicados esbozos de una obra de vastas proporciones, á juzgar por la madeja sin cuenta de algunas de sus páginas. Penetra, cual atrevido macuquero, en las profundas minas del corazón humano, y extrae, como en el capítulo de Juan de Flor, diversos amores, que son como metales de varias clases — de primera, de segunda, de tercera, — apreciados por ese enamorado madrigado, que desde los siete años ya se estaba familiarizando con los ensueños y esperanzas, para denudar después, sin escrúpulo, á tantas mujeres de la blanca veste de su felicidad y honrado sosiego. En su prístina adolescencia conoció y puso sobre el altar de su alma á un botón de rosa, á una alegre y vivaz mariposilla, á una aromosa fresa de Aranjuez — Aloysia — para quien el vate, de conocerla, hubiera preludiado fervoroso una casta poesfa, diciéndola:

“Tus trece abriles, virgen inocente
 aun no ciñen el arco de tu frente
 las rosas del rubor de las doncellas
 Las flores del almendro son tus flores,
 y arrojan en tus sienas resplandores,
 como un círculo espléndido de estrellas”. (1)

EN su juventud hace proezas, derrama flores y perfumes en torno de las mujeres, ante las que caeríamos los míseros mortales en muda adoración. Ni la muerte le arredra... Cierta ocasión tiróse á caballo por caudaloso río, desoyendo las súplicas de la hermosa Lucre-

(1) A una joven.—Soneto de Salvador Rueda.

cia que caía muerta de amor al presenciar tanto arrojó del dueño de su alma.

MUCHO es que ya haya columbrado en aquellos tiempos de insuave y místico escrúpulo algo que puede llamarse ensayo psicológico, así tan variado y diabólico. En cada carta de las numerosas que recibía don Juan de Flor se transparenta el estado de un alma femenina: unas de cascos lucios, como Eufrosina; otras muy reflexivas, como Beatriz; tales henchidas de dulces recuerdos, como Juanchita; cuales de funestas y desgarradoras noticias, como María Kluber que comunica el fallecimiento de la señorita Laida von Krelin, encerrada desde viva en el castillo de Coblenza; quienes hondamente sentimentales, como Inés; quienes patéticas, como Flora, como Aifosa. Mas ¿dónde el fin moral, la lección saludable, los ideales propios de los que no anhelan sólo cascar bellamente, por aquello del arte por el arte? Faltan las deducciones, por lo que se nota á las claras - dado el espíritu filosófico de Montalvo - que el libro no estuvo terminado. Acuarelas de impresión; infinitas lontananzas, soberbias marinas, hermosísimos paisajes los que contemplamos, en este rápido viaje, que hubiera sido mejor hacerlo á boga lenta. Por lo demás, los trazos vistosos de la fábula atraen, por más que no haya moraleja. Planteáse el problema geométrico con líneas que dan á conocer la mano firme del matemático que las tiró; pero solución moral no hay, ni alcanza la demostración á convencernos, sencillamente porque Montalvo tal vez no terminó su fascinador boceto psicológico. En ocasiones, interpónese el destino que, fatalmente y con su esclavizadora filosofía, arrastra á la humanidad por mundos ni ensoñados. Cada relampagueo del amor es argumento novelesco en el alma del mortal, como en la de Juan de Flor cada misiva que recibía un espejo de su conducta, no diré inhumana é inmoral, sino amoral, fría, recóndita, lóbrega. Quizá, después de todo, hoscamente está meditando la Filosofía, en estas líneas con que Montalvo termina su obra póstuma: «El corazón de don Juan de Flor es, no el compendio, sino la obra magna de la Geometría moral. Todas las figuras, en grandes proporciones, están trazadas en él de mano maestra. Amó sucesivamente, amó á un tiempo á muchas mujeres; la muerte de la bella Aifosa y su hijo Cipariso le tiene envuelto en noche lóbrega. Si Dios amanece y brilla el sol, ¿quién sabe si no tendrá amores nuevos? Todo es posible». Convida el epílogo á la meditación. . . . ¡Oh, eterna lozanía del amor, alma del mundo!

LA HERENCIA DE MONTALVO

I

SE espacia el buen gusto en las obras de Montalvo. Dificil delinear siquiera sus bellezas. A roso y velloso fué un genio. Alínea los primores de la estética como el avezado general á sus legiones, para arcabucear á lo prosaico, á todo lo que en el estilo es bárbaro. Y son sus jefes familiares Cervantes con su inmortal Quijote y sus novelas ejemplares, como si se hubiera apalabrado para ser su noble émulo; fray Luis de Granada, con quien se ha claustrado ya en Badajoz, ya en Lisboa para atender los primores de su prosa que resonaba en los claustros de Scala - coeli, en Córdoba; fray Luis de León, junto al que va á mascujar sus misticismos para aprovecharse del límpido lenguaje castellano; fray Pedro Malón de Chaide, con el que hábilmente batuca la frase; Hurtado de Mendoza con el que echa un cuarto á espadas para no tomarse de orín en la santa cruzada del estilo; Juan López de Palacios Rubios, al que sigue en la conquista de la correcta y clara dicción, que brilla en el *Tratado del esfuerzo bélico*; Fernán Pérez de Oliva para sacar de sus cánones gramaticales lecciones de provecho; fray Antonio de Guevara para aprender de él la afluencia y la gracia; Pedro de Rhúa para saborear su pureza de lenguaje; Francisco Cervantes de Salazar para ejercitarse en el dominio del castellano; Luis Mexía para la naturalidad del estilo; Antonio Pérez para saber del sentimiento y hermosura de sus cartas, y tantos dioses del siglo de oro de la literatura española que Montalvo colocó en sacra hornacina. En 1883 visitó España. Castelar fué su cicerone. A causa de sus ideas religiosas, la Real Academia no le guardó en su seno, y quizá Montalvo no habría aceptado tanta distinción. Su genio era muy altivo y solía encumbrarse con justicia sobre muchas cimas.

EVOLUCIÓN de la conciencia y del arte significan para la patria los breves días de Montalvo. El viajero que en la actualidad pisa el polvo de Atenas halla que

sus moradores rinden parias á Homero como si fuera genio de ayer: pórticos, paseos, columnas, escritorios están adornados con el busto del ciego sublime. Otro tanto acontecerá en el Ecuador con Montalvo, cuando la justicia sea lluvia general que fecunde todos los campos. Ya las estatuas comienzan á erguirse en su loor.

ESTUDIAR á Montalvo es labor benedictina. Abrazó géneros literarios y filosóficos que dificultan la clasificación. «*El Cosmopolita* evidencia al publicista; *Los Siete Tratados*, al filósofo; *El Espectador*, al erudito; *Las Catilinarias*, *La Mercurial Eclesiástica*, al crítico y polemista; *Granja*, *El Descomulgado*, al dramaturgo; *El Padre Lachaise*, *La juventud se va*, *Las cartas de un padre joven*, al poeta; *El Ensayo de imitación de una obra inimitable*, al burlón épico á la manera de Rabelais y de Cervantes», dice su admirador y amigo Agustín L. Yerovi.

COMO leyendo los varones de Plutarco adquirimos saludables consejos para la vida y ejemplos de patriotismo, no de otra suerte en los libros de Montalvo hallamos profundas ideas y sabias enseñanzas.

CÉSAR Cantú fué encarcelado y procesado porque publicó su obra «*Reflexiones sobre la historia de Lombardía en el siglo XVII*». En la prisión concibió el plan de su «*Historia Universal*» que tanta fama había de acarrearle, y dedicóse al inmenso trabajo tan luego como recuperó la libertad. Este respetable ingenio, que con su novela «*Margarita Pusterla*» se ganó popularidad, ya que, después de «*Los Novios*», de Manzoni, es la más conocida de los italianos, rindió parias al talento de D. Juan Montalvo.

COMO César Cantú, el creador de *El Cosmopolita* trazó en el destierro, encerrado en miserable aldea, la historia del corazón universal, encarnado en D. Alonso Quijano y su ladino escudero Sancho.

FUÉ maestro de la juventud: la enseñó á pensar con independencia, la habló, con la magia de su palabra, de patria y libertad, poniéndola por delante la acción de los héroes griegos y romanos y las frases flageladoras y terribles de Tácito y Juvenal, junto con los profundos pensamientos de los filósofos de Atenas. En la educación del alma nacional, surge el verbo de Montalvo con lecciones que dieron fruto. Titán infatigable, tomó so-

bre sus hombros la empresa de levantar al país de su postración moral, fruto de la servidumbre y la ignorancia. Nunca, hasta entonces, el periodismo había tomado forma tan doctrinaria y agresiva. En muchas publicaciones de combate hablaba Arquíloco y cantaba en yambos quemadores Simónides de Amorgos contra el tiranicidio que, rugiente y como jauría desencadenada, buscaba al autor de estas filípicas y catilinarias para despedazarle y aventar sus despojos. El imprimió carácter á la juventud liberal de aquellos tiempos, reducida y temible falange que, fiel á las enseñanzas del Maestro, fué preparando la palingenesia del espíritu ecuatoriano. Salimos de la oscuridad merced á su pluma, como adquirimos libertad de conciencia, apartándonos de gremios egoístas y de credos exclusivos, por su matadora polémica. Es célebre la carta que en 1860 enderezó á García Moreno.

¿Y EN la estética? Vengan los raudales de belleza helénica, el desnudo en el arte, el voluptuoso giro de la frase, el suave soplo del paganismo que refresca á las almas y las hace sonreír, apartándolas de lo fúnebre, de la muerte, de la vida transitoria, de todo lo triste que arrancaba quejas á Juliano. En 1858 se paseó, con artística curiosidad, por Italia y visitó Florencia, Nápoles, Venecia, Milán. Ahí viven los recuerdos de estas ciudades en sus cartas de viajero observador.

PARA comprender la vasta labor de Montalvo, es preciso examinar el teatro en que representó su trágica lucha, que tiene grandeza esquiliana. Cuando la Legislatura del 69 acordó expulsar del seno de las Cámaras á García Moreno, la juventud liberal entonó, como un himno regocijado, esta verdad: ¡ triunfo del Cosmopolita!

EL Ecuador había sido gobernado por el absolutismo. El periódico no era pan de cada día. La estrechez de ideas, con su séquito de intolerancias y mezquindades, había sentado sus reales en las mentes y las conciencias. Pensar de distinta manera que la mayoría ignorara era un crimen; creer otra cosa distinta, aunque fuese más racional, de la impuesta á macha martillo por el absolutismo, era sentencia de muerte, en último caso, siquiera de la moral. Por el populacho, por los gremios sectarios, fué conducido Montalvo al patíbulo social del aislamiento. ¡ Cuántos años de ostracismo!

ESPÍRITU batallador, se rebeló contra la opresión. « ¡ Deber! maravilloso pensamiento que no obras por

insinuación», exclamaba como Kant, para después de cantar, cual él sabía hacerlo, la apología de esta palabra, concluir interrogando como el filósofo: «Dime, ¿dónde, dónde tienes tu origen?» Su deber, que se impuso con estrictez, fué levantar la conciencia nacional. Como los parias, como los ilotas, eran tratados los pueblos del Ecuador. Hay esclavos donde la libertad no es digna de ser conquistada y en donde el amo es el rey. Dice Braubach que el perro mira á su amo como á un dios. Quizás opinaron lo mismo Bacón y el poeta Burns. Tal acontecía con los viles que miraban al magistrado ecuatoriano, por indigno que fuese, como á un dios. La corrupción es madre de todas las postraciones. El ser racional, á fuerza de abyección, vuélvese bestia. Todo lo hace maquinalmente, como «muchas especies de monos que tienen gusto muy marcado por el té, el café y las bebidas espirituosas». (1) Los sicilianos, en el colmo del envilecimiento, por su prolongada esclavitud, llegaron á levantar estatuas al formidable flagelo que se llamaba Verres, criminal para el que la elocuencia fulminadora de Cicerón no se agotó en siete acusadores discursos. Los habitantes de Asia consagraron un templo al monstruo de Appio Claudio. La más degradante forma de esclavitud es la lisonja que se endereza á los ruines. Montalvo los flageló. En la primera página de *El Cosmopolita*, como un friso de arte, se destaca este primor de prospecto, del que copio dos líneas apenas:

«Mucho es que ya podamos á lo menos exhalar en quejas la opresión en que hemos vivido tantos años; mucho es que no hayamos quedado mudos de remate á fuerza de callar por fuerza; mucho es que el pensamiento y las ideas de los ciudadanos puedan ser expresadas y oídas por los ciudadanos. La tiranía también se acaba. sí, la tiranía también tiene su término, y á veces suele ser el más corto de todos, según que dicen los profetas: «Ví al impío fuerte, elevado como el cedro: pasé, y ya no le ví; volví, y ya no le encontré». Ahora nos falta que no vuelva, en el cual santo deseo Dios está para ayudarnos».

VOLVIÓ la tiranía, con funesto séquito de males. Montalvo no cejó un punto en su desesperado guerrear.

(1) La descendencia del hombre y la selección en relación al sexo, por Charles Darwin.

II

POR la senda de la literatura y de la observación de la naturaleza, precursor de Montalvo fué el fecundo y laborioso hijo de D. Tomás Solano y de D^a María Vargas Machuca. Espíritu eminentemente culto, hábil para la polémica, conocedor de la política ecuatoriana y de la historia de América, abrazó en las letras la carrera del periodismo. Vicente Solano es faro intelectual colocado muy alto en la noche oscura del pensamiento y de la afición ilustrativa. Vino al mundo por los años de 1791 á 1792, en una fértil provincia á la que más tarde, con energía y amor, defendió su irónica pluma. En 1828 surge como uno de los creadores del primer periódico de Cuenca: *El Eco del Azuay*. A su idiosincracia aguda y batalladora debióse después *La Alforja* y *El Telescopio*, periódicos de los que apenas hay recuerdo. Más tarde, aparece como fundador de *El Semanario Eclesiástico*, que data de 1835, y que se consagró á la contienda dogmática, en la que abogó Solano por que los gobiernos, merced á prescripción constitucional, tuvieran religión, principio que las ciencias públicas han desechado con más estudio. En 1843 brotó también de su cerebro *La Luz*, publicación en la que se muestra partidario de la representación nacional del clero y de otras como antifrasas políticas y religiosas que ante el derecho moderno pasarían hoy por anacronismos. En 1850, desde la hacienda *La Papaya*, á donde solía retirarse en busca de silencio y quietud, aconsejaba noblemente la paz, amonestando á los sacerdotes que extinguieran los odios. Solano, alma multiforme, digna de análisis y admiración, acostumbraba decir, en rasgo de auto crítica: «Yo soy la quimera de mi siglo». Realmente que para comprenderlo, en aquellos tiempos, habría habido que meditar mucho, cuando, en el día, sorprender aún su clara visión y sus pronósticos de política internacional, como la evolución rusa y el imperialismo yankee.

EL más importante de los periódicos redactados por el P. Vicente Solano es *La Escoba*, que empezó á publicarse desde el año de 1854 y que vivió cerca de un lustro;

pero con largos paréntesis ó interrupciones. No se puede negar la inmensa labor civilizadora de este ilustre varón que, en medio de su austeridad, no se presenta hosco, sombrío ni demoledor, como todo sistemático y exagerado sustentante de doctrinas exclusivistas. Cuando la romana Congregación del Índice condenó por decreto expedido en abril de 1857, á causa del célebre opúsculo sobre la predestinación, Solano, en términos humildes, impropios de su carácter, enderezó carta explicatoria al Papa, por la que el Índice, al mandato condenatorio, añadió esta nota, en 23 de mayo de 1862: *Laudabiliter se subjecit*. Pero mucho es que su espíritu, muy libre para aquella época, se permitiese disertar acerca de numerosas cuestiones profanas y de puntos vedados que le acarreaban anatema.

SOSTUVO errores é intolerancias propios del carácter eclesiástico que abrazó; pero es imposible desconocer su abundante labor educadora, por más que de la educación tuviera estrecho criterio. Cuando en 1839 escribió su *Bosquejo de la Europa y de la América en 1900*, dedicado al clero, atribuyó equivocada y encarecidamente la corrupción del Viejo Mundo á la propagación de libros y periódicos irreligiosos, á la lectura de la Biblia protestante, á la prédica de los ministros de Lutero y á la evolución teatral; motivos hoy risibles por su nimiedad.

EL P. Vicente Solano murió el 2 de abril de 1865, ó sean 24 años antes que Montalvo.

POR encontrados caminos peregrinaron estos dos incansables viajeros, en pos del bien y del esparcimiento de la inteligencia; pero no hay punto de comparación entre la valla del legado moral que cada uno, en su órbita de acción, dejó á la patria ecuatoriana. Ambos, á su modo, laborearon la felicidad de los pueblos; si alguna vez erraron, no es suya la culpa, pues procedieron de buena fe, con alinco y espíritu de sacrificio.

✓ CIERTO que Montalvo, al contemplar la postración del alma nacional, hizo gala de iracundas epaiórtosis y de grandes apasionamientos; evidente que entre las floridas páginas de sus libros, como sierpe entre cármes, se deslizó algún equivocado concepto, fruto de la caducidad humana; pero su causa fué más noble, muchísimo más, que la de Vicente Solano; su ideal más amplio y más duradero, y su estética de fisonomía más completa.

AMBOS desperdiciaron erudición, fosforescencias geniales, mordacidad, chispa, granitos de ática sal en polémicas de vida pasajera; pero, francamente, muy estériles son, ante las de Montalvo, las de Solano, á pesar del mérito que resalta en los ataques contra D. Antonio José de Irisarri y los redactores de *La Balanza*, en las embestidas al Dr. Salvador Jiménez, Obispo de Popayán; en las polémicas con el Dr. Montalvo y los editores de *La Libertad*, y en las numerosas cartas sobre puntos canónicos, políticos, literarios, eclesiásticos, históricos y religiosos, muy debatidos; todos pleitos chicos que no interesan á la patria ni á la humanidad, por más que sean de *Fr. Molondro de Morlaquia*, seudónimo que alguna vez usó para argumentar contra el enemigo.

MONTALVO, en la publicación hebdomadaria *El Demócrata*, regaló á sus lectores los primeros artículos de su pluma, acerca de impresiones de arte y de viajes, desde 1852 á 1857, es decir dos años antes de que Solano diese á conocer el mejor de sus periódicos *La Escoba*. Ocupación favorita de ambos fué la lectura. Feliz parece haber sido la memoria de Solano; pero la de Montalvo fué prodigiosa. Gracias á ella pudo bosquejar los *Capítulos que se olvidaron á Cervantes*, y el *Buscapié*, monumental y completo estudio del Quijote, en aldehuella olvidada - Ipiales -, y retener tan variados conocimientos, él, que no poseyó libros y, según cuentan, ni un diccionario. Cuando estudiante en el Colegio de San Fernando, es fama que recitó de memoria, de principio á fin, el discurso pronunciado por un amigo suyo, al que exhibió, gracias á la hazaña, como blanco de burlas y sospechas de plagio. Solano y Montalvo trataron acerca del genio; mas ¡cuánta diferencia en las apreciaciones y en la estética! El primero, como de paso y á la ligera; el segundo, filosóficamente y con rica y erudita verba. Ambos gustaron de la legislación; pero Montalvo, que concurrió á las clases de derecho que se dictaban en Quito, trata desde punto de vista más humano y despejado sobre la majestad de las leyes.

PROFUNDO respeto inspira el humilde fraile franciscano cuando, apartándose de las pequeñeces de la lucha y de los hirientes vocablos, se encumbra, en alas de su oratoria sagrada, hacia los ideales no del todo intolerantes que le alimentaban, hacia sus sinceras creencias, libres ya de la infecunda pelea. Y son sus tesis piadosas el Pobre del Tabernáculo, dentro del dogma que profesaba, ó sea Jesús en la Eucaristía; á la que llamó



el sol del orden moral; la vida del mundo mejorada por la hostia, pues hasta «los ancianos, fortalecidos con la Eucaristía, tienen la alegría, el vigor y las otras cualidades que adornan la edad juvenil»; el elogio fúnebre al Obispo de Cuenca, Dr. José Manuel Plaza; el culto supremo, que es adorar á Dios; María, redentora de cautivos y virgen de mercedes, etc., por más que su fogosa fe le haya arrastrado á calificar de *aventureros* á los que acompañaron á Mazzini y Garibaldi en su salvadora empresa. Es natural que, como sacerdote católico, sus ideas fuesen así; pero lo raro, lo admirable es que su celo no haya consistido en mera palabrería, sino en obra ingenua.

No obstante su copiosa tarea de escritor y periodista, de sus máximas, sentencias y pensamientos, de sus fábulas en prosa unas, en verso otras, de sus artículos acerca de historia natural, de las indicaciones sobre algunas plantas ecuatoriales y el cultivo del algodón, el P. Vicente Solano, en los torneos del arte y de la innovación literaria, no puede medir sus armas con Juan Montalvo. Sencilla, cándidamente creía el primero en la eficacia del clero católico en la civilización del mundo; y defendía á los jesuitas por su misión del confesonario. Sin negar la fructífera cooperación, en algunos momentos de la historia, de los monjes católicos, racionalmente hoy no se puede sustentar tan extravagante principio. Solano, en *La Escoba*, refleja esta absorbente apreciación, llevando el caudal de aguas sólo á su molino. Él, considerando basura algunos temas de serena discusión y acatamiento, los barre despiadadamente con su *Escoba*. El segundo, por opuesta vía, á pesar de sus no muy avanzadas ideas religiosas — entonces revolucionarias, inofensivas hoy día — tuvo firme confianza en la influencia de la libertad, en el progreso universal y, por tales convicciones, se acarreó la maldición de los que con amenazas eternas se empeñan en imponer uniforme creencia y uniforme pensamiento á la humana especie.

CONTRA el testimonio histórico y la filosofía de los hechos, Solano, en 1856, se permitió consignar que la madre Grecia no había contribuido con nada para la civilización, porque «ésta es universal y la ciencia de los griegos ha estado reducida á algunas leguas cuadradas de su territorio». Mientras tanto, el espíritu de la Grecia, en sus multiformes concepciones, alienta hasta ahora en el globo terráqueo, y todavía la enseñanza se apoya en sus axiomas, teoremas y postulados; Grecia que desbrozó el alma de la señora del mundo — Roma —

la eterna urbe dueña de tres continentes. Montalvo, en cambio, fué férvido adorador de la cultura helénica. Solano, á pesar de haber traducido la *Guerra Catilina-ria* de Cayo Crispo Salustio, opinaba que Juan Crisóstomo y Bossuet son superiores á Demóstenes y Cicerón, sin duda porque los creadores de la musical elocuencia no fueron ¡ay! ni padres de la Iglesia ni cristianos. ¡Cuestión de gustos! A Montalvo, y va de pareceres, le habría sabido á amarga herejía esta apreciación tan hiperbólica.

CON calor sale Solano por los fueros del sacerdote patriota que tomó parte en la magna guerra de la independencia, y señala, al mismo tiempo, cuál debe ser el apostolado del clero. Plausible es su conducta; pero de cuán distinta y hermosa manera defiende Montalvo al varón justo, al sacerdote ejemplar, en episodios conmovedores como el Cura de Santa Engracia, creación sublime, cual la de monseñor Bienvenido, de Víctor Hugo, y muy distinta del cura de Baños Vicente Viteri, tristemente célebre. Conozcamos al de Santa Engracia: «Este cumplido sacerdote, este hombre de paz y caridad, como tiene el alma limpia, gusta del aseo del cuerpo y la atildadura de costumbres. Su mansión es una concha: el guarda-casa está en pie á las cuatro de la mañana, y la barre desde el zaguán hasta el corral: los corredores siempre nuevos, á fuerza de cuidado: los aposentos, sencillos, casi pobres, ofrecen el conforto del orden primoroso que reina en ellos. Las tapias del jardín, ocultas tras un espeso enramado de plantas trepadoras, tienen aspecto de murallas de esmeralda donde resplandecen estrellitas de diferentes colores, como son la azul pasionaria, el amarillo mastuerzo y el blanco jazmín que inunda el barrio con su fragancia saludable. Los gansos dan gritos prolongados y tristes allá lejos en la huerta: las gallinas cacarean en el traspatio. Perro bravo, no hay; el tesoro del cura son las virtudes, y éstas no tientan á los malhechores; pero sí un viejo mastín, gordo y pacífico, que á fuerza de años y de lecciones ha perdido su fiereza, y no sirve sino para simbolizar la fidelidad, tendido en medio patio, ó bien sentado como león en el umbral de la puerta de calle. El cura está de pies á las cinco: se lava rostro, manos y brazos cada día infaliblemente, no le suceda lo que al derviche que salió una vez sin haber hecho las abluciones que tanto agradan á la Divinidad. Dice misa á las seis; se queda en el confesonario hasta las ocho; de allí para adelante visita á los enfermos; vuelve á su casa á las diez, y hace su primera refección, la cual consiste en dos huevos tibios, un vaso

de leche y un pan. Sabe que el chocolate es contra la castidad, y se abstiene de él, aunque le gusta. Imposible fuera notar una mancha en sus manteles: cada borrón es un pecado, cada arruga una vergüenza. Paños sucios, alma puerca. Los vasos son para verse el rostro en ellos: Horacio no tendría nada que decir. La leche de su mesa es de la vaca que ordeña allí mismo una indiecita de admirable pulcritud y frescura: la flor, la espuma, el primer jarro, no es para él, sino para la enferma vecina que se duele del pecho. Los vegetales de su huerto, las raíces de su arada componen su comida: papas gruesas, reventadas, derramando suave harina: coliflor pomposa, sembrada con sus manos: es una maceta de ofrecer al altar ese repollo lujuriente lleno de jugos nutritivos. Granos tiernos de sencillo condimento: dulce de frutas: agua pura del arroyo. Vino, jamás: licores fuertes, menos: esos son fracasos de la templanza, buitrones de las virtudes. El tabaco... el tabaco... soporífero infame que entorpece el cerebro, ensucia boca y manos y aplebeya el espíritu, no halla cabida entre las buenas costumbres de los hombres limpios: ver un clérigo con el cigarro en los dientes, echando humo y saliva, es hasta irreligioso de su parte. Fume el soldado, fume el viejo, fume el que pasó la edad del amor: la mujer hermosa, el hombre pulcro, el enamorado, no fumen, ó desbaratan sus prendas y sus esperanzas. El cura de Santa Engracia no sabe fumar, no bebe humo ni echa inmundicias por los labios. Como es leído, sabe que los trabajos intelectuales no se compadecen con la salud, sin el modo y el pulso que en ellos gastan los prudentes: después de comer, dos horas de paseo calmoso y grave: anda solo; la soledad es una musa: medita, al tiempo que va andando; recoge ideas, levanta el pensamiento al cielo; recibe en el alma los arreboles del occidente cuando el sol se ha puesto, y abrigado con esos colores que comunican uno como calor divino, vuelve al convento con santa melancolía. No le sino dos horas por la noche: su sueño, como de varón justo, es el de un niño. Torna la aurora, torna él á sus obligaciones y costumbres. Este es el sacerdote e angélico, el cura perfecto».

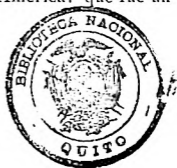
INDISCUTIBLE que Lutero despertó al mundo occidental tanto de la cristalización de su pensamiento en la Edad Media como de la modorra de las letras, especialmente en Alemania. Este sabio doctor, hijo de un minero de Mansfeld, influyó con su reforma en el cultivo racional del espíritu germano y en el vuelo de sus ideas,

libres y claras. Fijó y enriqueció con su traducción de la Biblia el idioma alemán, y preparó el sendero á los filósofos que, como Kant, se basaron sobre la razón, yá sin obstáculos ni sombras. Lutero fué muy humano. Comprendió la vida y fué hasta poeta. Cantó las bellezas terrenales así:

*Wer nicht lebt von weiser und Gessung,
Der bleibt ein Narr sein Lebenlang.*

TIENE razón Fr. Vicente Solano de atacarlo rudamente. Montalvo habría hallado también sobrada para defenderle y llamarle liberal. Pero debemos inclinarnos reverentes ante la augusta figura de Solano que se adelantó á su siglo, que tuvo tacto político y visión profética, que habló, como si fuera para hoy día, de la conflagración de Europa y el porvenir de América; que fué un sabio y un santo.

III



CUANTIOSA la herencia de Montalvo: de ella aprovecharon casi todos los pensadores y apóstoles de la libertad, tanto los contemporáneos de este á manera de Creso intelectual, como los que vinieron en seguida.

PEDRO Moncayo y Pedro Carbo llegaron en la aurora del siglo XIX, el primero 28 años antes que Montalvo y el segundo 19; pero su vida de octogenarios se prolongó hasta 1888 — víspera de la muerte del Cosmopolita — la de Moncayo, y hasta 1894 la de Carbo.

AMBOS inspiraron severos pensamientos, y, con la austeridad de sus costumbres, buen ejemplo al joven escritor que denodadamente supo luchar en sus filas. El precoz discípulo fué más lejos que los venerables maestros liberales, siguiendo la luminosa estela de esas irreprochables existencias.

URBINA debió partirse para Europa en 1857, llevando como su secretario al que más tarde fué General Francisco Javier Salazar y como adjunto á Juan Montalvo; pero, por asuntos políticos, no efectuó el viaje:

en su lugar desempeñó la misión diplomática el Dr. Pedro Moncayo. A su lado, con benedictina constancia, trabajó Montalvo. En París iba á beber la ciencia en la Sorbona, en el Colegio de Francia y en el Instituto, y á pulir su espíritu en el Palacio de Bellas Artes. Del 59 al 60 regresó al Ecuador, trayendo un mundo de ideas nuevas en su mente. En 1862 publicó, en el periódico *El Iris*, redactado por los superiores del Colegio de la Unión, que le habían nombrado colaborador, un artículo sensacional, irreverente, revolucionario: «Dios se acomoda á todos».

FUÉ Montalvo miembro de la Sociedad denominada *Ilustración*, compuesta de grandes talentos que después figuraron. Allí, en la sesión solemne del 6 de Marzo de 1852, pronunció notable discurso, ante sus consocios, Javier Endara, Fernando Polanco, Francisco Paz, Antonio Cárdenas, Benigno Alvarado, Pablo Bustamante, José Modesto Espinosa, Francisco Gómez de la Torre, Julio Zaldumbide y otros ingenios nacionales.

DOS años después, ensayó la forma métrica, el que en prosa debía ser magnífico poeta: en noviembre de 1854 compuso los versos *En un álbum*.

EL estricto buen gusto no se conoció en la literatura ecuatoriana sino cuando Montalvo vino á darla lustre, derramando torrentes de belleza allí donde quedaban algunos resabios coloniales y cierta aridez de estilo, muy apartada del arte.

EN la poesía, Olmedo fué pasmosa excepción, dentro del período amanerado y de gusto detestable, en el que se amodorraron las letras en general en el Nuevo Mundo.

VERDAD es que á mediados del siglo XVIII comienza á ser menos mala — comparándola con la manera colonial anterior — la literatura ecuatoriana en su faz embrionaria.

SIN quitarles su mérito relativo, vemos á los padres Aguirre, Garrido, Revollo, Andrade, Crespo, Arteta, Larrea, Viescas, Ullauri cultivar las letras á su modo, sin poner en ellas nada humano, nada real, nada sentido, como puede apreciarse en las poesías que, no sólo en el idioma de Castilla, sino en el italiano y el latín escribieron estos jesuitas lejos de la patria.

SIN embargo, no faltaron entre los antiguos ecuatorianos naturalistas, historiadores, geógrafos, matemáticos y eruditos, pero en escaso número, como Maldonado, Mejía, Espejo y el padre Juan de Velasco con su interesante «Historia del Reino de Quito». Pero las letras continuaron en pañales.

OLMEDO es un astro. Brilló un instante, pero en su turno reinaron las sombras cuando el foco luminoso se extinguió. «Olmedo es el más notable de los poetas hispano-americanos lírico-heróicos», dice Valera. Y Manuel Cañete le aplaude «por la hermosura de la dicción y por la sublimidad poética», lo mismo que Menéndez Pelayo, M. N. Corpancho, Andrés Bello, etc.

SIN Montalvo, el mal gusto no se habría extinguido aún: con el Cosmopolita surgen los Meras, los Espinosas, los Proaños, los Corderos, los Crespos, etc.

MÁS ó menos todos son contemporáneos de Montalvo, que empezó á escribir muy joven.

LA novela se desarrolló admirablemente en aquel tiempo con la original, sencilla y propia de nuestro país, «Entre dos tías y un tío» y sobre todo con «Cumandá». Un insigne literato hispano la celebra así: «Muchísimas novelas se han escrito y se siguen escribiendo en toda la América española. No pocas de ellas merecerían ser más conocidas y leídas en España y por todo el mundo. Hay novelas chilenas, argentinas, peruanas, colombianas y mejicanas. Yo he leído ya bastante, pero declaro que ninguna me ha hecho más impresión hasta ahora, y me ha parecido más española y más americana á la vez, mejor trazada y escrita que Cumandá, aquello es en parte real y en parte poético y peregrino». En 1858, coleccionó sus poesías líricas que alcanzaron merecida distinción. Tres años más tarde, la aparición de la «Virgen del Sol» le colmó de gloria, pues esta leyenda hermosísima le valió el epíteto de *poeta indiano*. Su canto épico «Los héroes de Colombia» merece elogio. «Elvira», «El Proscrito» y «El Luterano» son romances correctos. Su «Ojeada histórico crítica sobre la poesía en el Ecuador» contiene noticias curiosas y muestra, además, al decir de un renombrado crítico español, el talento del escritor. Su obra sin rival es Cumandá, sabrosa, bella novela americana, con descripciones de tintas vivísimas. D. Juan Valera, en carta de 1889, le escribe: «Pero lo que más me ha agradado es Cumandá. Cumandá es una

preciosa novela. Ni Cooper ni Chateaubriand han pintado mejor la vida de las selvas ni han sentido ni descrito más poéticamente que Ud. . . . » Y añade: «Cumandá es á mi ver lo más bello, que como narración en prosa se ha escrito en la América Española».

DÍGASE lo que se quiera, en el terreno de las letras, aun cuando muchos divergiendo en la manera de pensar, han seguido las huellas de Montalvo una legión de escritores que todavía infunde su aliento á la patria. La lista es larga, jóvenes y viejos, de diversas escuelas, pero que se inspiraron en el Maestro y al que le agradecen siquiera una mínima parte de su herencia.

EL mismo año que Montalvo, surge á la vida Mera. Al siguiente, el poeta Julio Zaldumbide, hijo de una víctima de la libertad, erudito, políglota y cantor de las regiones intertropicales.

Dos años después de Montalvo vino al mundo Vicente Piedrahíta. Fué su padre un héroe colombiano. En 1855 publicó sus «Estudios relativos al estado social y político del Ecuador y á los medios de mejorarle».

Ocho años más tarde que Montalvo nace D. Ignacio Casimiro Roca que da á conocer su talento en *El Album literario*. Muéstrase sencillo y fecundo. Funda, en unión de otros, *La Regeneración*.

SIGUE una generación de cultores de las letras que, aunque de opiniones contrarias algunos, todos bebieron de las aguas límpidas de esa fuente, siquiera por curiosidad ó para combatir su doctrina, pero no para manchar la tersura de su forma.

El nuevo Eneas, fundador del imperio de la belleza y afianzador de esa nueva Ilión - la Libertad - desde su trono augusto donde moran los genios, ve pasar á las generaciones ecuatorianas y á muchos talentos cuya mano estrechó. La solemne procesión camina ordenadamente, reverenciando al noble vástago del padre Anquises. La enumeración es larga: perdón porque la esbocé incompleta y no siguiendo más método que el alfabético - pues el de importancia no me corresponde - al citar á los prosadores que vienen á mi memoria; todos de cepa liberal, según de sus obras se barrunta. Roberto Andrade, autor de compendios de Historia y Geografía del Ecuador y de otros capítulos de historia, en los que hace el paralelo entre Montalvo y García Moreno; Alfredo

Baquerizo Moreno, novelista psicólogo de *Evangelina*, *El Tío Penco*, etc; Luis Felipe Borja, que ha levantado un monumento de Jurisprudencia á lo Savigny y Laurent; César Borja, el de los artículos *In Memoriam* y el prólogo de una futura novela; Antonio Borrero, el hombre público que conoció la política nacional de medio siglo, el refutador de la obra del P. Berthe; Manuel J. Calle, bravo capitán en la polémica, viejo diarista, defensor de Montalvo; Francisco Campos, autor de «Plácido», «La Receta»; José Antonio Campos, el de *Rayos Católicos*, pluma chispeante; Francisco Campos R., el de las notas entomológicas y el estudio de los hexápodos, rutélidos, coleópteros y de las lecciones botánicas; el hombre de chispa y de maduro examen, Alejandro Cárdenas, célebre criminalista, magistrado de justicia que alguna vez nos ha dado muestras de su prosa; Pedro Fermín Cevallos, el historiador, el filólogo, el correcto gramático que espurgó algunos errores del lenguaje; Gonzalo S. Córdova, tribuno y miembro de la prensa; Camilo Destruge, el periodista, el del álbum biográfico nacional; Antonio Flores Jijón, diplomático sagaz, escritor acerca de puntos de economía y de historia; José Gómez Carbo, el erudito *Jecé* que estudió el problema de límites con el Perú; Nicolás Augusto González, fecundo escritor y periodista; Felicísimo López, el héroe de las excomuniones, el austero pensador de *Virutas*; Luis A. Martínez, el que difundió los preceptos de agricultura, el insigne artista del pincel y el novelador; Abelardo Moncayo, el dramaturgo de culminante capítulo de la independencia americana, el crítico, biógrafo y viejo pedagogo; Celiano Monge, el de *Lauros*, *Martillazos* y *Bagatelas*, prolijo anticuario; Aparicio Ortega, el colosal talento que en *América de duelo* lloró por el Maestro; Leonidas Pallares Arteta, que adquirió la propiedad de *Geometría Moral*, entusiasta admirador de Montalvo; Vicente Paz, el de los estudios constitucionales y económicos, viejo periodista; Federico Proaño, el liberal de buena cepa, el de los sabrosos artículos literarios y de *La Nueva Era*; José Peralta, el polemista vibrante de la *Raza de Viroras* y del *Casus Belli*, el tribuno y el gran diplomático; Rafael A. Ruales, en hora temprana extinguido, él, que analizó la doctrina política de Rousseau, y la filosófica y literaria de Tolstoy; Emilio María Terán, que estudió la legislación inglesa y sabe de Código Militar; Carlos R. Tobar, novelista de costumbres y de historia, educador, filólogo y célebre por su doctrina internacional; Zoila Ugarte de Landívar, pluma nerviosa y candente; Marietta Veintemilla, la

de «Páginas del Ecuador», «Digresiones libres» y «Estudios sobre psicología contemporánea»; Miguel Valverde, el batallador por la libertad femenina en la *Clausura religiosa de la Mujer*, y el del robusto prólogo de *Religiones y Religión*; Agustín L. Yerovi, confidente y biógrafo de Montalvo, y tantos otros ingenios liberales que han seguido de cerca al Cosmopolita, con frases de ensalzadora crítica, unos, con polémicas de defensa otros, con el acatamiento é ilustración de su doctrina los más.

EN seguida desfilan los modernos prosadores, los jóvenes, citados sin miras egoístas ni exclusivismos, así en montón, confundidos los autores de obras de miga, con los de tímido ensayo; los de bulto con los principiantes; los fecundos con los de pocas líneas; pero todos de la familia liberal: José María é Isidro Ayora, Juan Antonio Alminate, Juan F. Avilés M., Miguel A. Albornoz, Eudófilo Alvarez, César Arroyo, Angel T. Barrera, Angel Isaac Barrera, Luis Felipe Borja P., Luis Eduardo Bueno, José Rafael Bustamante, Manuel Antonio Campos, R. Bolívar Casal Cucalón, Manuel Cabeza de Vaca, Nicanor Correa, Modesto Chávez Franco, Miguel Angel Corral, Luis N. Dillon, José Moisés Espinosa, Marcos B. Espinel, Luis E. Escudero, F. J. Falquéz Ampuero, Aurelio Falconí, Carlos Alberto Flores, Leonidas García, Joaquín Gallegos del Campo, Pedro Pablo Garaicoa, Alberto Gómez J., Nicolás Jiménez, Ernesto Jaramillo Avilés, Nicolás F. López, Miguel M. Luna, Nicanor Larrea, Alberto Larrea Ch., Trajano Mera, Juan León Mera I., Alejo Mateus A., Alfonso Moscoso, Luis Enrique Moreno, Miguel A. Montalvo, Carlos E. Moncayo, Ramón Ojeda V., Vicente Paz Ayora, Belisario Quevedo, Manuel Rengel, D. Rodas Cuervo, Aurelio Román, Carlos Romero Gálvez, Manuel M. Sánchez, Alfredo Sáenz R., Francisco de P. Soria, Carlos M. Tobar Borgoño, Luis Vernaza, Luis F. Veloz, Aníbal Viteri Lafronte, Manuel M. Zaldumbide S., Gonzalo Zaldumbide, y otros, y otros jóvenes de muchas esperanzas.

Y hasta á los vigorosos cerebros que no comulgan en ideas con Montalvo, no les ha sido indiferente su inmensa personalidad, cuando no para alguna vez cogerle gazapos, siquiera para maldecir sus escandalosos conceptos. Escritores de mucho talento fijaron su estilo siguiendo las huellas del ilustre gladiador intelectual; pensadores que hoy son venerandos, retesaron el brazo

para luchar por la libertad de la patria y los sanos principios difundidos por el filósofo de los *Siete Tratados*.

Su herencia es ingente para el mundo, porque la belleza pertenece á todos los pueblos: lo es para España, porque en el siglo XIX nadie limpió y dió lustre como él al melifluo idioma de Castilla; lo es para la América, porque fué como un faro que guió la política con la luz de sus ideas. En algunas naciones de la América española son texto de lectura las páginas de Montalvo, y en otras hay sociedades á su memoria, como la «Juan Montalvo», de San Salvador, que redacta un periódico: *El Cosmopolita*, y otra publicación: la *Biblioteca de la Sociedad Juan Montalvo*.

ITALIA debe al Dante la donación del puro idioma toscano; Francia á Voltaire la riqueza de su lengua; Alemania á Lutero la creación de su idioma; el Ecuador á Montalvo la apertura de su escuela literaria y el legado de la belleza y de las ideas liberales.

LAS leyes y florecimiento de las naciones son como la aurora que va despuntando lentamente. Nada puede improvisarse, ni la claridad viene de súbito. Así la historia consigna que en el Congreso de Cúcuta, á pesar de los ingenios que á él concurrieron y de su labor de provecho, se formularon artículos como éste contra los libros: «Se prohíbe además la circulación y venta de los siguientes: la *Filosofía de Venus*, la *Teología Portátil*, el *Sistema de la Naturaleza*, el *Origen de los Cultos*, el *Cristianismo Descubierto* y la *Historia Crítica de Jesucristo*, hasta tanto que se dicte por el futuro Congreso la ley que se ha solicitado para proceder con firmeza en esta materia».

Esto sucedía en los albores de la Independencia. El sol de la libertad fué paulatinamente disipando muchos nubarrones. ¡Pero cuán lenta la marcha! No obstante las buenas disposiciones de Roca, que bajó muy pobre de la presidencia, y de Urbina que algo hizo por la libertad, la República era como una farsa en los tiempos de García Moreno «en los cuales el Ecuador se encontraba en las mismas condiciones, políticamente hablando, en que estuvo cuando se llamaba Presidencia de Quito. República sin soberanía del pueblo, y, por consiguiente, sin sufragio libre, sin Poder Ejecutivo y sin Poder Legislativo, nacidos de ese sufragio, es cosa que no puede concebirse».

LA política mancha á los hombres. Es aceite tan sutil que penetra por todas partes y deja su pringue en la tela más delicada. Raros genios se han librado de alguna mácula en su vida pública. Alejandro, César, junto á sus admirables tendencias civilizadoras y á su benignidad, rara en la época antigua, tienen sombras. Bolívar, el astro inmenso, genio perspicaz á quien sólo el sacrilegio y la ignorancia se atreverían á llamar *político de corta vista*, incurrió en humanos errores, á pesar de su obra gigante que el célebre Vicente Solano pondera. «Apenas, dice, había tomado Bolívar la espada para romper los lazos que nos unían á la Metrópoli, cuando pensó darnos una constitución, que fuese obra de la reflexión y de la experiencia, como aquellos israelitas vueltos del cautiverio de Babilonia, edificaban la ciudad santa, teniendo en una mano la espada y en la otra la escuadra y el nivel. Leed el proyecto de la constitución que presentó al segundo Congreso general de Venezuela, reunido en Angostura; leed también el elocuente discurso que pronunció en aquella ocasión, y veréis establecidos los principios más luminosos; principios que no se encuentran en la mayor parte de los publicistas».

MONTALVO tuvo también errores, defectos; ¡pero cuán grandes sus virtudes y sus floridos pensamientos de batallador! Sin él, habría retardado el Ecuador su redención, como sin los enciclopedistas franceses no habría despertado el insinuante y vivaz pueblo de los derechos del hombre.

IV

TODAVÍA subsiste cierto temor supersticioso entre la gente del pueblo á la sola pronunciación de *Siete Tratados*. Este nombre horroriza aún, no sólo á los que medio medio saben leer y escribir, sino también lo oyen con recelo hasta personas que se dicen cultas. Apenas un núcleo de cultivadores del intelecto se ha deleitado en aquéllos. Para el resto, sus páginas son algo monstruoso, algo que la moral veda, como una palabrota, como una cosa innoble. ¡Tan enraizado en los espíritus ha permanecido el pavor y la prevención contra

el libro luminoso del que se desprenden tantas lecciones! Cuando niño, sin entender de lo que se trataba, poníame á temblar sí, como en un conciliábulo, escuchaba por ahí el título de la satánica obra. Había llegado á saber que era prohibida. ¡Los *Siete Tratados*, cosa del diablo, hojas malditas! Cuidado con poner en manos de los niños este aborto del infierno. Verdad es que también pensaba que era de igual jaez *El Quijote*, parto nefando, porque á los doce años hallé en él ciertas expresiones que no entendía, y fufme á reconciliar con Dios, momentos antes de la comunión, por haber leído la inmortal concepción de Cervantes. Como nada me dijeron entonces, creyendo seguí que eran pecado tanto los *Siete Tratados* como *Don Quijote*, hasta que mi razón se convenció de lo contrario. ¿Quiénes se han encargado de sembrar el terror, de propagar el miedo á los *Siete Tratados*? La especie maliciosa ha corrido de boca en boca, turbando muchas conciencias. Hasta hubo persona piadosa que entregó escrupulosamente á las llamas el monumento de Montalvo. Consejos al oído y recuerdos de excomunión celebraban el auto de fe en descargo de la conciencia.

Los *Siete Tratados* – herencia inagotable de belleza erudita – son un himno impercedero á la historia ilustrada por Plutarco y Tácito. Desde el símbolo de la verdad entre los egipcios: la figura de esmeralda sin ojos, hasta esa otra radiosa figura romana – Virgilio – que guía al que por oscuras regiones va en busca de la verdad, gran parte del mundo antiguo revive, hermoso y lozano, en la obra de Montalvo. ¡Y qué de reflexiones y de consolador optimismo!

PROHIBIDO era no ha mucho en varios colegios de la República del Ecuador el estudio de los hechos de Grecia y de Roma desde los tiempos heroicos. ¿Para qué conocer el paganismo? Pésimos ejemplos para la juventud aquellos titanes, sátiros, faunos y ninfas, aquellas hazañas de Perseo, los trabajos de Hércules y las inspiradas generaciones que por patria tuvieron á Cécropia. ¿Pésimos también los de Plinio que declama contra el lujo; abominables las virtudes de Marco Aurelio? Montalvo propagó, en amenísima forma, la historia de las clásicas épocas pasadas, mezclando sus anécdotas y multitud de datos con máximas de provecho. «La sabiduría que envilece, dice, debe ser prohibida: aspiremos á mejorar, no á empeorar; á subir, no á descender». No sólo son fábulas, sino acontecimientos de miga, indudables, hermosos, severos, las amenidades y anécdotas que cita.

Los *Siete Tratados* fueron escritos en 1873, y publicados en 1882, en Besanzón, ciudad francesa. Algunos amigos de Montalvo costearon la edición de los dos volúmenes, que encierran siete libros ó estudios diferentes, á saber: *De la Nobleza; De la Belleza en el género humano; Réplica á un sofista pseudocatólico; Del Genio; Los Héroeos de la emancipación de la raza hispano-americana; Los Banquetes de los filósofos, y el Buscapié*. Como analizarlos uno por uno sería motivo de nuevos libros ó tratados, tantas ideas despiertan los de Montalvo, condense en breves renglones, lo principal de la doctrina que ellos encierran. He aquí la pálida síntesis, para la que me valgo de no pocos pensamientos del autor.

AL discurrir con maduro criterio acerca de la nobleza, cree que ésta «no es cosa esencial, innata; el noble se hace, como el orador; puélese decir por tanto: *Nascitur plebeius, fit nobilis*». Pone Montalvo como trasunto de su máxima al sabio, al modesto Bión. ¡Cuántos hay, discurre categóricamente, que sin poseer méritos se suponen la quinta esencia de la aristocracia, el sùmmum del linaje, por más que, criollos misérrimos, desciendan de D. Felipe de Carrizales! «La nobleza se pierde moral y positivamente: así como los soberanos conceden títulos nobiliarios, y envisten de calidad señorial á una persona, asimismo dan carta desafortada. Una vez anulados los honores y prerrogativas, el noble queda plebeyo. Todo el que incurre en caso de menos valer aplebeya su sangre: el infame no puede ser noble: hay también incompatibilidad entre el señorío y la dignidad». El sabio moscovita Anthoskoff nos dirá si una humilde y rústica flor de nieve de la Siberia emoblece tanto como una condecoración. Enseñanzas de bulto despréndense de este tratado que está indicando la manera de proceder noblemente, pues «no hay más nobleza que la de las virtudes».

COX oportuna riqueza de pormenores ensalza el secreto que los griegos poseyeron á maravilla para hermo-sear el cuerpo humano. Su ensayo *De la Belleza* es la peregrinación del arte por los campos de la estética. «La belleza, no la busquéis en la arena de Atenas ni de Esparta, donde luchan hombres desnudos embarrados de aceite; buscadla en el taller de Zeuxis: allí están Laís Phrine, Mneserate, Flora, Gnathemion, Glicere ofreciendo al divino artista sus divinas formas, que de todas ellas tome lo más cumplido y componga el bello ideal fisi-

co de la hermosura ». Esto en cuanto á la belleza física, la moral tiene también su canto, en las múltiples buenas acciones que encomia Montalvo. Desfilan esos feos de alma bella y de mente despejada, como Sócrates, Esopo, Scarron, Mirabeau. De paso pinta su cara que «no es para ir á mostrarla en Nueva York». Y agrega: «Consolémonos, oh hermanos en Esopo, con que no somos fruta de la horca, y con que á despecho de nuestra anti-gentileza no hemos sido tan cortos de ventura que no hayamos hecho verter lágrimas y perder juicios en este mundo loco, donde los bonitos se suelen quedar con un palmo de narices, mientras los pícaros feos no acaban de hartarse de felicidad».

EN compendio, describe los distintos géneros de belleza en todas las edades. De sus pensamientos se podría deducir extensas y sabrosas tesis, citando á Hegel, Guyau, Tolstoy, Jungmann, Luciano Bray y los que con extensión han tratado de la materia. Para Gauckler, en último término, la verdad es la única belleza, como lo era el esplendor del bien para Platón. Nótase alguna contradicción acerca de este punto en ciertos conceptos de Montalvo. «Por desgracia, dice, la belleza no es hermana de la virtud, ni siquiera de la bondad». Esta sentencia daría materia para entretenernos en fecundas consideraciones y polémicas interesantes. He aquí otra máxima: «El hombre prevalece por el valor: su belleza es la honra, su poder la inteligencia». En las bellas artes, qué tipos de belleza presenta, lo mismo que en la mitología, desde la madre Venus, púdica y sagrada y la serena Minerva. El capítulo que dedica á combatir la belleza artificial, el afeitado en las mujeres, es muy elocuente. ¡Cómo ataca la hermosura ficticia, insulto á la naturaleza! «La mujer hermosa tiene para el hombre joven la fuerza atractiva del polo: al lado de ella, todo es deseo de acercarse más y más: exhala su ambiente que aspiramos con ahinco: nuestra alma se va á la suya y, obrando el amor, juntas componen este universo de felicidad y placeres que sirve de contrario á las desdichas y pesadumbres que por otra parte son herencia nuestra. Embarnizarse la cara, es cerrar el paso á esas misteriosas exhalaciones. Llegaos, si podéis, á una boca neciamente afeitada: color, olor, sabor, todo os repele. El afeitado es su mortaja: un cadáver no nos inspira más horror. Y hay mujeres que se afeitan, y mujeres hermosas de suyo! Loco es el hombre, dice la filosofía. Loco es, no tanto con su locura propia, cuanto con sufrir la ajena. Si el marido pusiese á raya á su mujer, el padre á sus hi-

jas en este abuso escandaloso de nuestra condescendencia, ¿no veríamos luego desterrado éste, el más extravagante é insano de los vicios? Los judíos mataron á Dios; son deicidas: las mujeres matan la belleza; son suicidas».

LA *Réplica á un sofista pseudocatólico* es la más ardiente y erudita defensa de la antigüedad griega y latina. Los magnos hechos de virtud de Grecia y Roma resaltan con ejemplos y citas capaces de entusiasmar á la juventud. Allí el paralelo entre Sócrates y Jesús; allí las demostraciones de amor á la patria, de justicia, de buena fe, de trabajo humilde y ennoblecedor, de honradez y desprendimiento; allí el profundo respeto á la mujer, sus triunfos en la historia romana, el heroísmo de Lucrecia que, en aras de su honor, merecería ser santa; allí las virtudes de Cicerón; allí en fin tantas asombrosas y laudables acciones que en el día no se ejecutan y que menos las acometen quienes la virtud sólo llevan en los labios, pero no entra al mármoleo corazón. En síntesis, la doctrina de esta civilizadora y piadosa polémica vive en *El Cosmopolita* en su artículo *La virtud antigua y la virtud moderna*, que es una carta á los señores colaboradores de «La Patria»; pero con cuánta majestad y extensión está ilustrada en los *Siete Tratados*. Casi no hay que descartar nada, en honor de la humanidad, para la que significa una caudalosa herencia. ¡Oh, virtudes antiguas! Marco Aurelio «ura de las más bellas figuras de la antigüedad, que brilla como Sócrates por la divina armonía de la doctrina y de la vida», exclamaba: «¡Oh, alma mía; sentirás al fin la felicidad de amar, de querer á los hombres!» Amar las virtudes de Grecia y Roma, ¡qué lección más grande para el mundo! Hasta en sus *Comentarios* es arrebatador por su sabiduría este filósofo sugestionador, este mago de la palabra, que con tanta oportunidad sazona las cosas, no como Raimundo Lulio que puso la definición de la metáfora en un libro de medicina. En los estrechos límites de esta reseña, qué de heroísmos callo, haciendo esfuerzos para contener mi entusiasmo y no reproducir todo el espléndido tratado.

V

EN lo moderno la telepatía ha tomado alto vuelo. Flammarion, con amenidad, la ha difundido, entre otros apasionados de los fenómenos misteriosos. Montalvo se adelantó á su época: en el tratado *Del Genio* enuncia cosas que son grandes revelaciones para los científicos actuales. ¿Qué son la *entelechia* de los antiguos, el *demonio* de Sócrates, la trípode sibilina, el velador moderno? Víctor Hugo los cree simples figuras literarias, tropos. «Tomar al pie de la letra el demonio de Sócrates, la zarza de Moisés, la ninfa de Numa, la diosa de Plotino y la paloma de Mahoma, es ser juguete de una metáfora». (1) En la lengua madre hay una palabra misteriosa que significa cosas diversas: *sôphrosyne*, que á un tiempo es lo armónico, lo suave, lo dulce, la paz, el número, el ritmo, dicción inexplicable, intraducible, como el genio. La fuerza que mueve al que está poseído de este espíritu no es para comprendida ni explicada. Cada cual se empeñará en hallar una razón que no es sino pálida figura de lo ignoto que buscamos, fugaz chispa del sol tras el cual peregrinamos. ¿Por ventura el genio es el azar? ¿Es la aparente forma de alguna esotérica justicia trascendental que le impulsa á obrar locamente el bien, insanamente lo grande, atropelladamente lo inaudito, para ennoblecer á la humanidad y llenarla de belleza? . . .

HAY términos que descubren mundos ignorados; pero como un relámpago: nos los hacen ver apenas y tornan á las tinieblas; á veces encontramos el vocablo preciso para traducir nuestros pensamientos, mas, al quererlo apuntar, se fuga al instante, por lo que algunos toman el rábano por las hojas y otros llegan á los anises: en cada individuo despiertan otra concepción: quienes aciertan y cortan un cabello en el aire; quienes se equivocan de medio á medio; quienes á rapa terrón. Al latín, que vive en el mundo de la sabiduría, aunque el vulgo lo haya enterrado siete estadios bajo tierra, debe-

(1) William Shakespeare.

mos la rica voz *humanidad* que tantas cosas abraza: desde la mansedumbre, hasta la flaqueza y la fragilidad; desde el género humano, hasta la gordura y la corpulencia. Laurent se enfervoriza con esta palabra: para estudiarla ha levantado un monumento al derecho de gentes y al progreso de los pueblos. «La lengua latina nos ha suministrado esta bella expresión: *humanidades*, con la cual designamos el estudio de las letras, para indicar que el fin de la ciencia es humanizar á los hombres». (1) Tal es también el ideal de los genios: mejorar á la humanidad. Montalvo, en el idioma castellano, ha creado el *genio*, dándole la genuina significación que en otros idiomas tiene. Esta introducción inaplazable, gracias á la acabada explicación que de la misteriosa voz da en su cuarto tratado, obtuvo airoso pase en el léxico, que lo ha fijado yá, en el sentido que Montalvo anhelaba. «Hablad del *genio*, dice, y allí os salen al paso hombres de buen entendimiento, eruditos por ventura, á deciros que no existe en castellano y es plagio miserable de la lengua francesa, lo que ellos, en su tacañería, llaman *galicismo*. Si no hubiera *genio* en España, la nación española fuera la más infeliz de todas: pobre nación, ciertamente, esa donde no hay sino ingenio. Facultad tan común es ésta que, fuera de los tontos, no hay quien no lo tenga: un mal poeta puede tenerlo; y siendo ingenioso se halla tan lejos del *genio*, que no alcanza ni el poder de conocerle y admirarle en los demás. Ingenio es talento, inteligencia repartida, con desigualdad, pero repartida en casi todo el género humano; al paso que *genio* es dón rarísimo, virtud que constituye el alto privilegio con que Dios mejora á los predestinados de su amor, esos hombres-águilas cuya audacia es igual á la fuerza con que levantan el vuelo y se pierden por las regiones infinitas. *Genio*, dicen pedagogos de maestría encerrada en la materia, es ingenio y nada más: si en español tenemos ingenio, para nada necesitamos *el genio* de los franceses. Los franceses tienen también ingenio, y no por esto califican el *genio* de cachivache de poner á un lado: su ingenio es el *esprit*, su *genio* el *génie* resplandeciente, ese carbunco casi fabuloso cuya luz propia alumbra un vasto campo y deslumbra á los profanos, como el que iluminaba la roca de Albraca, y ese que, puesto sobre el yelmo de Godofredo de Bouillón, servía de antorcha á los cruzados». Y más adelante añade: «Andan fuera de camino los que

(1) Historia de la Humanidad.

afirman que genio, en sentido de alta inspiración, numen excelso, inteligencia sobrehumana, es galicismo. Horacio nos ha hecho ver que los latinos fijaban ahora dos mil años la propia diferencia que hoy fijan los franceses entre genio é ingenio. Los españoles, es verdad, con menos aviso, no tomaron ese primor de la lengua madre; mas no habiéndolo tomado en su cuna, ¿no han de poder tomarlo en ningún tiempo, ni hacer de él uso grande y necesario? Nuestros clásicos del siglo de oro, de alguna manera habrán puesto por escrito la idea que hoy damos á entender con el término que nos recuerda el *entelechia* de Aristóteles: ciertamente, y era llamar prohombre ó grande hombre al que sobresalía entre los sobresalientes, cuándo con la pluma, cuándo con la espada, cuándo con el éxito feliz en las empresas que daban por resultado grandes obras ó descubrimientos inauditos. Harto expresa este modo de decir; mas todavía es cierto que entre un grande hombre y un genio hay notoria diferencia, obrando en favor del segundo una idea vaga de maravilla que no alcanza el primero. Todas las lenguas modernas tienen el *grande hombre*, y ninguna ha dejado de adoptar el *genio* de la francesa, sin rehusarse á la admisión de un vocablo que en realidad lo toman de la latina. Mas demos que fuese invento y riqueza del francés esta gradiosa palabra de sentido tan elevado y extenso; ¿era ésta razón para que nos priváramos de esa clavija de oro de la inteligencia?» Montalvo diversifica muy bien lo que entendemos por ingenio, por genio para ejecutar una cosa, por buen genio y por mal genio; expresiones que no pueden confundirse con el *genio* á secas, que por sí mismo está proclamando todas sus excelencias.

DESDE el instante en que, apartando algún tanto la prehistoria, la fábula y las suposiciones de la arqueología en orden á Orfeo, Museo, Lino, Tamiris, Eumolpo, Himeneo, Oleno, Olimpo, Lescayo, Arctino, se abre el libro de las crónicas humanas, distinguimos allá, en la borrosa lontananza que se confunde con la tradición y el infinito, una grande estrella fija: Homero, vaso aferente de la vital sangre helena. Sin levantarse á las estrellas, está brillando eternamente, á despecho del tiempo y de los nubarrones del mercantilismo, ese ilustre mendigo. ¿Qué claridades son aquéllas? ¿Vienen de Quíos ó de Esmirna para alumbrar el mundo intelectual á través de los siglos, para inspirar desde lo antiguo hasta lo moderno, desde Esquilo, el cual decía que sus concepciones dramáticas eran «migajas de los grandes banquetes de

Homero», hasta Enrique Gómez Carrillo, viajero de nuestros días, que besó el polvo del ágora y del acrópolis? ¡Un sublime ciego que enseña á ver á los de grandes y profundos ojos como los abismos; á los de ojos relampagueantes como rayos, luminosos como soles! Con razón la leyenda épica solía, por sabio simbolismo y reconditez iconográfica, representar ciegos á los genios de la poesía y á los vates ó profetas.

Con justicia Víctor Hugo pone sobre las estrellas á Homero, Job, Esquilo, Isafas, Ezequiel, Lucrecio, Juvenal, Tácito, Juan, Pablo, Dante, Rabelais, Cervantes, Shakespeare, Rembrandt, Beethoven, Fidias, Miguel Angel... Montalvo, que singulariza el resplandor de los cuerpos que brillan en la bóveda celeste de la historia, sigue el curso de estas estrellas fijas: Homero, Sófocles, Demóstenes, Corneille, Racine, Molière, Bossuet, Fenelón, Talma, la Rachel, la Malibran, Byron, Napoleón, Nelson, Cavour, Dante, Ariosto, Tasso, Goethe, Shakespeare, Víctor Hugo, Cicerón, Castelar, Chatham, Burke, Mirabeau, Berryer, Gambetta, Newton, Copérnico, Cristóbal Colón, Franklin, Samuel Morse, Syrus Field, Fulton... También habla de las estrellas fugaces. Como alude al Chimborazo, al Guarizankar, excelsas montañas, cita, para contraste, al Panecillo, montecito regular de la ciudad de Quito. «En el genio, dice, hay mucho de irregular y salvaje: mirad esta colina que parece redondeada por mano del hombre: sus derrames bajan hasta el prado en suave declivio: su comba al rededor semeja los abultamientos excitadores de la mujer hermosa. Cubierta está de verde yerba, de entre la cual brotan á salto de mata florecitas de colores varios, amarillas, azules y purpúreas. Un toro negro, lucio, con su cara de braveza apetezible, va subiendo mugiendo lentamente: allá en la cumbre está una vaca pintada, la cual tiene con él sus primeros amores. Doy que al pie de esta culta prominencia corra un arroyo saltando por entre guijos blancos, cubiertas sus orillas de retamas odoríferas: esta colina agraciada, elegante, voluptuosa si gustáis, es el ingenio. Todo es regular y fácil en ella: ni ásperas quiebras, ni bravíos torrentes, ni hayas gigantes, ni bóreas desencadenados. Ahora ved en la cordillera cómo arranca para arriba esa montaña, rompiendo las nubes que le ponen sitio, y muestra por sobre ellas la frente luminosa! Desde sus faldas principia la aspereza que la vuelve inaccesible: romped por esas breñas: hé allí esa grieta profunda en cuyo fondo oscuro se pierde la vista intimidada: el buitro está sentado so-

bre una piedra grande como una casa, que parece á punto de rodar al abismo: la paja silvestre gime en brazos del viento, víctima de esas caricias heladas con que intenta seducirla y esa fuerza con que la está arrastrando eternamente hacia un teatro desconocido de placeres funestos. Allá, á la distancia, un raudal estrepitoso se desprende por entre quemados pedernales y cae, como las aguas del Aqueronte en las quebradas del Averno. Subid, subid la vista: una banda de nubes le ciñe la cintura, cual si la montaña fuera el monarca de la naturaleza: más arriba, capricho de las cosas, esa reina de la sierra muestra la frente, y los rayos del sol en el ocaso la coronan de luz, llegando á ella en largos chorros horizontales. Este es el genio».

EN el vuelo audaz de su voluntad, el atrevido americano Walter Welman, acometió la empresa de atravesar la inmensidad del Atlántico en su aparato dirigible denominado *América*. No pudo coronar sus temerarios deseos á causa del *equilibrador*, piececilla mal situada que dificultaba el manejo del timón. ¿Es un desconocido pero bien dispuesto *equilibrador* el que ha guiado á los hombres superiores — por más que no hayan tenido estrella — á través del infinito? Aunque el éxito mundanal no les favoreció á los más en vida, llegaron al fin de su gigantesca excursión por los espacios del talento, por un Atlántico de profundas, de tumultuosas ideas, enormes como la ola del piélago: éstos son los genios. Los demás viajeros de las nubes les siguen en importancia, á medida del camino que les fué dado recorrer y de la altura que alcanzaron: los cuasi genios, los ingenios, los escritores y artistas de segundo orden. Tan difícil es la clasificación que se presta á múltiples comentarios y á errores á las veces involuntarios. El amor patrio reclama para su nación, para su país, para su aldea, la honra de que ese pensador sea genio; la simpatía inclina al biógrafo fervoroso á denominar genio á aquel poeta; la emoción debida á felices circunstancias impulsa al de más allá á tener á aquel músico por genio; el soñador de aquende fantasea y le sitúa en el lugar de los genios al pintor de allende que murió muy joven, cuando estaba dando muestras de su genio. Pero la Inmortalidad, con severo talante, puesta el dedo en los labios, haciendo va señas de que se callen las pasiones. Cuando todo está en calma, pronuncia su fallo, y separa el cedro del Líbano, del gentil sauce; el Amazonas, del Machángara; el continente, de la isla; el océano, del golfo,

Si la muerte sorprendió á algunos en lo más alto de su jornada ¿para qué detenernos á considerar hasta dónde habrían podido ascender? La historia se alimenta de hechos, y no de suposiciones; el genio, de obras tangibles y acabadas, y no de cosas por hacer; de «carne de león»-compuesta de manera que pase con agradable furor por el gargüero de sólida contextura, y el estómago bien templado la resista, sacando de ella las vísceras humanas esos jugos creadores de la potencia olímpica», y no de pechuguitas de colibrí, suspiros ni merengues.

DICE ya que Montalvo es un genio. Pruebas al canto. Tiene las cualidades que la humanidad, en el concurso de méritos, talentos y justicia, asignó á estas felices criaturas: vasta concepción, carácter, locura sublime, dón profético, valor, tenacidad, espíritu de sacrificio, orgullo, voluntad de acero, sensibilidad suma, altivez, audacia, ánimo batallador, mirada excelsa. Estudiad su vida, y hallaréis la confirmación plena de cada una de estas virtudes. Concibió grandes cosas, ahí están sus libros; el carácter fué su egida; no se doblegó en presencia del poderoso, no temió ante la tiranía, no se acobardó cara á cara del populacho amenazante, cuya ira aumentaba como una estuación. Locura, sí, locura en sus proyectos monstruosos, en sus empresas atrevidas, locura en medio de su pobreza extremada, locura del genio; loco en sus demasías satíricas y en sus sarcasmos para exagerar lo grotesco; loco en sus errores; locura de cíclope que descuaja peñascos y juega con las montañas creyéndolas cubiletes; megalomanía sorprendente del pensamiento y de la conciencia. Cuando cierta ocasión luchaba el bello Alcibíades, levantó los brazos de su contrincante é hizo el ademán de que iba á devorarle las manos. ¿Muerdes, Alcibíades, como las mujeres?, interrogóle el contrario. No, á fe mía, respondió el amigo de Sócrates, sino como los leones. De esta suerte era la insana de Montalvo: en ocasiones mordía como león á sus enemigos. Innegable su dón profético: con clara visión columbró los bienes que en la América haría su pluma regeneradora; se adelantó á contemplar su fructífera herencia; sonrió ante el futuro de la patria - horizontes de alba roja - que para él eran cuadro sin logogrifos; con sombrías pinceladas anunció - muchos años antes del suceso - la trágica muerte de García Moreno. El valor es físico y moral: dejarse arrancar las costillas sin exhalar una queja, he aquí un gran valor físico; hablar siempre la verdad, presentarse con faz

serena ante el sepulcro, he ahí un inmenso valor moral. Ambos fueron dones de Montalvo. Dicen que el miedo es fenómeno natural. Dusault señala con la uña en el cuerpo de un jayán la línea que debe recorrer su bisturí: el hombre fuerte llora como un niño, y muere antes de que el cirujano empiece á operarle en Hotel Dieu. Los estragos del miedo son espantosos. Cuentan que Newton, Pierre Baye, Bernardino de Saint Pierre, Paganini, se horrorizaban al pasar junto á un estanque. ¿Qué fantasmas son aquellos que crispan los nervios de Alfredo de Musset, de Edgard Poe, de Schumann y de Chopin? Las tinieblas. Si Montalvo alguna vez conoció el miedo, no sé; pero su valor surge radioso en la brega política de toda su existencia: contra los potentados que armas y cañones han, contra los ungidos que dinero y siervos tienen, contra la mayoría hostil que le enseñaba los puños y le maldecía, irguióse con ánimo sereno. Tenacidad de la gota de agua que horada la piedra, tenacidad del hacha que descuaja la selva, virtudes son de Montalvo, ejercitadas para derribar los ídolos de la ignorancia, para pulverizar á la superstición, esclavizadora humana. Su sensibilidad, propia de un corazón de poeta: sensibilidad tan exquisita que suspiros y lágrimas, ternuras y melancolías á raudales brotan de muchas de sus páginas, como cuando examina las causas del llanto y habla de los proscritos en *El Cosmopolita*; ó consagra dulces ternezas á la madre y discurre por la solemne mansión del padre Lachaise, en su *Joya Literaria*; ó razona, ya acerca de la muerte y de la vanidad de las cosas, ya acerca de los niños, ya del bardo ciego Milton, que deplora sus cuitas en un oscuro barrio de Londres, en los *Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*. Enterneceos, llorad, llorad al visitar á los enfermos del Lazareto, para los que está derramando consuelos y sana filosofía *El Regenerador*, que también nos invita á presenciar las tristes escenas de la guerra civil y el patético martirio del mártir niño á quien Antíoco el sin entrañas condenó. Entristeceos ante el fúnebre cuadro del jugador que traza en las *Catilinarias*; llenaos de melancolía con la noción de la existencia que Séneca nos da en esta misma obra. ¡Cuánta tristeza con el relato de las miserias del indio en *El Espectador*! «Si mi pluma tuviese dón de lágrimas, dice, yo escribiría un libro titulado «El Indio» y haría llorar al mundo». Ráfagas de sentimiento al encumbrar, en la *Mercurial Eclesiástica*, á los héroes de la novela, á santos varones como Carlos Borromeo. Lamartine le arranca lágrimas y consuela su delicado corazón en su *Artículo suelto*.

¿Dónde están esas blandas y afectuosas *Cartas de un Padre joven*, de las que se desprenden los más ennoblecedores perfumes del alma; dónde la veneranda silueta del *Padre Yerovi*, que nos inunda de claridades de alba y enseña á ser abnegados á los más duros y entenebrecidos corazones? Era altivo: altivez, dignidad, amor propio del gigante que mira para abajo á los pigmeos y se encoge de hombros ante la sierpe que rastrea; altivez, honor, elevación del que nunca se puso de rodillas. «Bondad que raya en miedo no es bondad sino bajeza», proclama. Estuvo colocado en la cima, de pie como un monolito invulnerable: las multitudes abajo, en el valle, en la hondonada, desataban tempestades contra él; pero no le alcanzaban ni podían derribarle. En nuestros días de positivismo, de tráfigo angustioso por la conquista del dinero, un empleado de la tierra del cálculo y del oro — los Estados Unidos — acaba de darnos bella lección de honradez y porte digno: Robert C. Winters, renuncia el cargo de Superintendente de Obras Públicas del Municipio de Nueva York, por considerarlo una canonjía, una sinecura, un lujo administrativo. En su renuncia sienta esta máxima: «El hombre que recibe un salario por el desempeño de un puesto público y no devuelve en trabajo el valor de su sueldo, es un expoliador, un parásito adherido al corazón de la nación. Cuando se me nombró para este puesto, creía que iba á dar en cambio una labor cuyo desempeño valía cuatro mil dólares. Traté, por todos los medios que estaban á mi alcance, de encontrar el trabajo, pero en vano. En vista de esto, lo notifiqué al presidente del Ayuntamiento y envié mi renuncia». Montalvo jamás aceptó cargo del ejecutivo. Salvo su nombramiento diplomático cuando muy joven, nunca quiso destinos públicos; hasta diputaciones rechazó con altivez, como la de Esmeraldas. Audacia en todas sus acometidas contra caudillos populares, ídolos del militarismo y del pueblo, contra jefes eclesiásticos, alma de la República en esa época, seres sagrados, intocados; audacia en añadir capítulos á la superhumana obra de Cervantes, el Quijote; ánimo batallador hasta con la muerte, á la que le esperó de estropeada para coronarla de flores. ¿Conoció el espíritu de sacrificio? ¿Qué es la calumnia cebándose en él; qué el insulto, abofeteándole á sol y sombra? En aras de sus ideas de reforma y de sanción, de la cama iba, en altas horas de la noche, al ostracismo, y sin blanca en el bolsillo. Veintemilla le mandaba sus sayones. Sufrimientos físicos, sufrimientos morales fueron su pan de cada día. En el fondo de aldeas misérrimas, sin perío-

dicos, sin libros, era sepultado por los de arriba, cuyos desafueros denunciaba con brío. Orgullo, sí, inmenso orgullo — no pretensión — el de Montalvo, como el que tiene conciencia de su apostolado; orgullo para no dejarse abatir ni humillar por los malvados; orgullo para — en franco egotismo — predicar sus méritos á los ruines que le negaban todo. Sabía que el *semibárbaro* de la América Meridional era superior á muchos sabios de la civilizada Europa: honores que en el Viejo Mundo no tributaban á eminencias, para él estaban reservados: Víctor Hugo le escribía afectuosamente; César Cantú le felicitaba, manifestándole su manera de pensar acerca de algunos genios; Castelar le agasajaba; Lamartine le recibía de preferencia y le encomiaba. ¿Y Núñez de Arce, y Valera, y la eminente Pardo Bazán y Francisco Blanco García? . . . Su férrea voluntad — que se burló de la *cadavérica* — no se doblegaba por nada ni ante nadie: ni peligros inminentes, ni amenazas de muerte, ni pretorianos que asaltaban su lecho, ni reveses de fortuna, ni amargos desencantos hacíanle mella. El jesuíta Melchor Inchofer dice que es el alma de toda la legislación de la comunidad que suprimió Clemente XIV en 1773, esta sentencia: «El que vive bajo la dominación del Monarca no debe considerarse como hombre, sino como fiera domesticada». (1) El carácter inquebrantable de Montalvo atacó este aniquilamiento de la voluntad, que hace del alma una máquina. ¿Qué eran para su ánimo indomable los exilios y los escandalosos anatemas?

Su mirada, investigadora, de águila: entrevió horizontes más despejados que los de su siglo, se asimiló todo el saber difundido por Europa, escrutó la conciencia humana; miró con fijez, y descubrió la poesía de los intelectos, la belleza de los mundos. Sus grandes ojos centelleantes contemplaron la hermosura de la naturaleza y con fidelidad reprodujeron su imagen, que la accinada pátina de los años dará apacible y sentido tono, como en los cuadros antiguos.

¿No es un genio Montalvo? No faltará quien halle parcialidad en mi fervor, que no es tanto que me ciegue; alguien juzgará ponderación mi encomio severo; otro de más allá censurará mis apreciaciones, creyéndolas hi-

(1) Melchor Inchofert nació en Viena en 1581. A la edad de 21 años, en 1603 ingresó en la orden de San Ignacio. Murió el año de 1649. Nos ha dejado su obra "La Monarquía jesuítica", á la que puso prólogo, en la edición castellana, el presbítero José Ferrándiz.

jas de exagerado proselitismo. A todos, contesto serenamente con Lamartine: «Todo aquello que se eleva sobre la humanidad, aunque sea para conquistarla una idea, una verdad ó un mundo, la hace murmurar. El hombre es como el océano: tiende al movimiento, y por su peso natural á la inmovilidad. De estas dos tendencias contrarias nace el equilibrio de su naturaleza: ¡desgraciado del que lo rompe!» Y aplico á Montalvo lo que para Cristóbal Colón escribió el citado sentimental poeta: «Sus tenientes, sus pilotos y marineros, ebrios de alegría y dominados por sobrehumano respeto hacia aquél que había visto por ellos más allá del horizonte visible, y al que la víspera ultrajaban con su desconfianza, vencidos por la evidencia y anonadados por esa superioridad que prosterne al hombre, cayeron á los pies del almirante, reconociendo en aquel instante la soberanía y casi divinidad del genio; víctimas ayer de su obstinación, compañeros hoy de su constancia, y participando del esplendor de la gloria de que acababan de blasfemar. ¡Así es la humanidad; persigue á los iniciadores y hereda sus glorias!» (1)

VI

¿QUÉ pensaríais si afirmase que también fué moderno épico genial? Si llevados de justificable entusiasmo algunos, entre ellos Vicente de los Ríos y Lord Byron, consideran como una epopeya — la del corazón humano — el Quijote, ¿por qué no lo ha de ser en cierta manera el tratado, aunque en un solo y reducido libro ó canto, *Los héroes de la emancipación de la raza hispanoamericana*? Poema heroico es, digno de que las generaciones no lo olviden, especialmente la juventud del Nuevo Mundo. ¿El argumento? Grande para las naciones de América, grande para la humana estirpe: la Patria, la Libertad, la Independencia, lo que hay de más sagrado: la emancipación de los pueblos que, hijos del Cid y de Pelayo, habían llegado á ser mayores de edad y deliraban por poner casa aparte. ¿No es épico el asunto?

(1) Civilizadores y Conquistadores.

Narración poéticamente ataviada ; episodios de trascendencia, acción grande en sus fines ; interés universal, gloriosas tradiciones, conjunto de virtudes elevadas, todo encierra esta artística composición, fruto del estudio, en la que se refleja la personalidad del autor y su simpatía histórica por los actos humanos que nos civilizan y nos pasman. No fueron guerras civiles, no pasiones bajas que desmejoran, no planes de conquistas ni mezuquinas divisiones, sino causas grandes las que movieron á los padres de la emancipación americana. ¿El protagonista? Bolívar ; así, Bolívar, sin epíteto alguno que debilite su magnificencia. ¿Los demás personajes? También héroes de talla, que le secundaron ; desafiadores del peligro, acostumbrados á remover obstáculos y á reírse de la muerte. ¿Las cualidades de estos personajes? Sobresalientes : valor, patriotismo, desinterés, abnegación ; magnanimidad con Sucre, nobleza con Atanasio Girardot, intrepidez con José Antonio Páez, impetuosidad con José María Córdova, sacrificio con Antonio Ricaurte, heroísmo con Abdón Calderón, martirio con Camilo Torres, Francisco Caldas y tantos patricios que tuvieron por precursores á Salinas, Morales, Quiroga ; arrojo con Lamar, Valdés, Luis Urdaneta, Cedeño, D'Eluyar, Mariño, Rivas ; turbulencia con Bermúdez, Piar ; todas virtudes sin ejemplo, inenarrables proezas. ¿El maravilloso? Ya no son dioses parciales y apasionados, desenlaces inverosímiles, milagros fantásticos, vanas ficciones poéticas, horrendos vicios, personificaciones añejas, sino ideales, prosopopeyas filosóficas : la Libertad, señora del universo ; el Genio, que desde la cumbre del Monte Sacro columbra su misión ; el Progreso, encarnado en la autonomía de juveniles pueblos ; agentes maravillosos de civilización y no máquinas pesadas. ¿La forma? Una prosa cristalina, un lirismo melífluo, sonoro, de entonaciones de trompeta ; períodos rítmicos, que parecen música arrebatadora ; frases que semejan versos de megalegoría y cadenciosos. «Una epopeya no tiene la facilidad de conmover si á ella no se mezclan episodios líricos ; en sí la narración de las miríficas aventuras de un esclarecido capitán no produce otra impresión que la del relato de un hecho más ó menos extraordinario». (1) Cuadros líricos hay en la prosa de Montalvo ¿Unidad de acción? Todos los combatientes, precedidos por Bolívar, en sus distintas evoluciones militares, no aspiran á otra cosa que al triunfo de la América libre ; van en pos de

(1) Andrés González Blanco.—Historia de la Novela.

un ideal: la emancipación del Nuevo Mundo. Las digresiones son cortas, oportunas, patéticas, sublimes, como la del dios del Parque de San Mateo, la del héroe-niño del Pichincha, la de la muerte de Girardot, la de Cedeño, la de Plaza. Si no está escrita en octavas reales, si no tiene invocación, drama continuado y desenlace feliz en cuanto al protagonista que argoniza «con el alma acribillada,» pobre y olvidado en Santa Marta, el primor del estilo, la cláusula redondeada y armónica, son como piedras de sillería, como escogidas estancias sobre las que se levanta el magno edificio: la apoteosis de los héroes de la emancipación de la raza hispano-americana.

MONTALVO ama á España: con frases propias de su grandilocuencia rememora el valor de esta tierra de leones que ha escrito con luz de soles en su historia páginas como Bailén y Zaragoza. Reprueba el mal tono de los que, á través de los años, todavía esgrimen el insulto contra la augusta madre, de la que se gloria descender. «El pensar á lo grande, el sentir á lo animoso, el obrar á lo justo en nosotros, son de España; y si hay en la sangre de nuestras venas algunas gotas purpúricas, son de España». Y alude á las buenas, humanas obras de Cajigal, del virrey Francisco Montalvo y sobre todo de Las Casas.

LA etopeya de Bolívar — el Escipión americano — es tan completa como su prosopografía, retrato de mano maestra. «Quisiera yo saber, dice después de la vivaz pintura, cómo se hubiera presentado Bolívar á Napoleón: estas dos águilas se habrían arrancado mutuamente el alma de una mirada, como el héroe del poema que con los ojos escudriña el centro de la naturaleza».

EN un corazón con R. Azpurúa, numerosos autores anotan que por donde quiera que se abre la historia de gran parte de la América española se encuentra el nombre de Bolívar. Su honor inmarcesible, haber medido sus armas con el «Vencedor del Vencedor de Europa», el fiero español, de la raza de esos bravos que se llaman Francisco Javier Castaños, Luis Daviz, Pedro Velarde, Juan Martín Díaz, Ruiz, Riego, ilustres patricios que parecen no de la época del tenebroso Fernando VII, sino del magno Carlos III, que tantas mejoras dejó á España en lo intelectual, lo moral, lo industrial, lo económico; en la navegación, en el comercio, en el servicio de correos regulares, etc. García del Río observa que Bolívar es

un fenómeno en los anales de la humanidad; Montalvo le parangona ya con Washington, ya con Napoleón, aclamándole superior á éstos y genio por todos sus lados. «No el Genio impuro del vicio, ni el amable Genio del placer le posee á ese desconocido, sino un Genio superior á todos, el primero en la jerarquía mundana, el Genio de la libertad encendido en las llamas del cielo. Tiene un dios en el corazón, dios vivo, activo, exigente, y de allí proviene el desasosiego con que lucha, sintiendo cosas que no alcanza, deseando cosas que no sabe». Tal es Bolívar, desde antes que en pueblos le aclamen como Libertador. ¿Es más grande que el César de Europa? Montalvo contesta con un argumento incontrovertible. «¿Qué parangón, dice, entre el esclavizador y el libertador? El fuego de la inteligencia ardía en la cabeza de uno y otro, activo, puro, vasto, atizándolo á la continua esa vestal invisible que la Providencia destina á ese hogar sagrado: el corazón era en uno y otro de temple antiguo, bueno para el pecho de Pompeyo: en el brazo de cada cual de ellos no hubiera tenido que extrañar la espada del rey de Argos, ése que relampaguea como un Genio sobre las murallas de Erix: uno y otro formados de una masa especial, más sutil, jugosa, preciosa que la del globo de los mortales: en qué se diferencian? En que el uno se dedicó á destruir naciones, el otro á formarlas; el uno á cautivar pueblos, el otro á libertarlos: son los dos polos de la esfera política y moral, conjuntos en el heroísmo. Napoleón es cometa que infesta la bóveda celeste y pasa aterrando el universo: vese humear todavía el horizonte por donde se hundió la divinidad tenebrosa que iba envuelta en su encendida cabellera. Bolívar es otro bienhechor que destruye con su fuego á los tiranos, é infunde vida á los pueblos, muertos en la servidumbre: el yugo es tumba: los esclavos son difuntos puestos al remo del trabajo, sin más sensación que la del miedo, ni más facultad que la obediencia.

«NAPOLEÓN surge del hervidero espantoso que se estaba tragando á los monarcas, los grandes, las clases opresoras; acaba con los efectos y las causas, lo allana todo para sí, y se declara él mismo opresor de opresores y oprimidos. Bolívar, otro que tal, nace del seno de una revolución cuyo objeto era dar al través con los tiranos y proclamar los derechos del hombre en un vasto continente: vencen entrambos: el uno continúa el régimen antiguo, el otro vuelve realidades sus grandes y justas intenciones. Estos hombres tan semejantes en la organización y el temperamento, difieren en los fines, siendo

una misma la ocupación de toda su vida, la guerra. En la muerte vienen también á parecerse: Napoleón encadenado en medio de los mares; Bolívar á orillas del mar, proscrito y solitario. Qué conexiones misteriosas reinan entre este elemento sublime y los varones grandes? Parece que en sus vastas entrañas buscan el sepulcro, á él se acercan, en sus orillas mueren: la tumba de Aquiles se hallaba en la isla de Ponto. Sea de esto lo que fuere, la obra de Napoleón está destruida; la de Bolívar prospera. Si el que hace cosas grandes y buenas es superior al que hace cosas grandes y malas, Bolívar es superior á Napoleón; si el que corona empresas grandes y perpetuas es superior al que corona empresas grandes, pero efímeras, Bolívar es superior á Napoleón».

AHORA veamos cuál es más grande: Washington ó Bolívar. Responda con el mismo olímpico desenfado Montalvo. «Los americanos del Norte eran de suyo ricos, civilizados y pudientes aun antes de su emancipación de la madre Inglaterra: en faltando su caudillo, cien Washingtons se hubieran presentado al instante á llenar ese vacío, y no con desventaja. A Washington le rodeaban hombres tan notables como él mismo, por no decir más beneméritos: Jefferson, Madisson, varones de alto y profundo consejo; Franklin, genio del cielo y de la tierra, que al tiempo que arranca el cetro á los tiranos, arranca el rayo á las nubes. *Eripui coelo fulmen sceptrumque tyrannis*. Y éstos y todos los demás, cuan grandes eran y cuan numerosos se contaban, eran unos en la causa, rivales en la obediencia, poniendo cada cual su contingente en el raudal inmenso que corrió sobre los ejércitos y las flotas enemigas, y destruyó el poder británico. Bolívar tuvo que domar á sus tenientes, que combatir y vencer á sus propios compatriotas, que luchar con mil elementos conjurados contra él y la independencia, al paso que batallaba con las huestes españolas y las vencía ó era vencido. La obra de Bolívar es más ardua, y por el mismo caso más meritoria.

«WASHINGTON se presenta más respetable y majestuoso á la contemplación del mundo, Bolívar más alto y resplandeciente: Washington fundó una república que ha venido á ser después de poco una de las mayores naciones de la tierra; Bolívar fundó asimismo una gran nación, pero, menos feliz que su hermano primogénito, la vió desmoronarse, y aunque no destruida su obra, por lo menos desfigurada y apocada. Los sucesores de Washington, grandes ciudadanos, filósofos y políticos, jamás pen-

saron despedazar el manto sagrado de su madre para echarse cada uno por adorno un girón de púrpura sobre sus cicatrices: los compañeros de Bolívar todos acometieron á degollar á la real Colombia y tomar para sí la mayor presa posible, locos de ambición y tiranía. En tiempo de los dioses Saturno devoraba á sus hijos; nosotros hemos visto y estamos viendo á ciertos hijos devorar á su madre. Si Páez, á cuya memoria debemos el más profundo respeto, no tuviera su parte en este crimen, ya estaba yo aparejado para hacer una terrible comparación tocante á esos asociados del parricidio que nos destruyeron nuestra grande patria; y como había además que mentar á un gusanillo y rememorar el triste fin del héroe de Ayacucho, del héroe de la guerra y las virtudes, vuelvo á mi asunto ahogando en el pecho esta dolorosa indignación mía. Washington, menos ambicioso, pero menos magnánimo; más modesto, pero menos elevado que Bolívar. Washington, concluida su obra, acepta los casi humildes presentes de sus compatriotas; Bolívar rehusa los millones ofrecidos por la nación peruana: Washington rehusa el tercer período presidencial de los Estados Unidos, y cual un patriarca se retira á vivir tranquilo en el regazo de la vida privada, gozando sin mezcla de odio las consideraciones de sus semejantes, venerado por el pueblo, amado por sus amigos: enemigos, no los tuvo, ¡hombre raro y feliz! Bolívar acepta el mando tentador que por tercera vez, y ésta de fuente impura, viene á molestar su espíritu, y muere repelido, perseguido, escarnecido por una buena parte de sus contemporáneos. El tiempo ha borrado esta leve mancha, y no vemos sino el resplandor que circunda al mayor de los sud-americanos. Washington y Bolívar, augustos personajes, gloria del Nuevo Mundo, honor del género humano junto con los varones más insignes de todos los pueblos y de todos los tiempos».

¡Y gloria también inmarcesible para los cantores de la libertad: Olmedo, Montalvo!

VII

EL frugal esparcimiento de los filósofos en un acto, aunque prosaico, tan trascendental en la vida — la mesa, á cuyo influjo ¡oh, miseria humana!, se debe la resolución de tantos problemas, especialmente en la diplomacia, — da ocasión á Montalvo para que, en su sexto tratado, *Los Banquetes de los Filósofos*, discorra acerca de la doctrina de éstos, después de sabrosísimos preliminares que son la quinta esencia del arte culinario y de la erudición del hombre de mundo y del gastrónomo. La descripción de la mesa del rey Príamo, la de los fantásticos convites de Miguel Escoto, la comida con que Marco Tulio Cicerón regaló á Julio César, son cuadros para eternizarlos en el lienzo por la mano de Apeles. El elogio de la papa es ditirambo que despierta el apetito. Nunca recibió tales honores el tubérculo de Parmentier. ¡Qué de provocativos platos nos ofrece, como el más hábil cocinero, para cocina de boca! El manoseado refrán, adversario de la crítica, de que de gustos no hay nada escrito, hállase contrarrestado con este otro: hay gustos que merecen palos, ó, lo que es lo mismo, que la estética los condena. A Montalvo no le saben bien la lechuga ni las ostras; pero no caprichosamente, sino con razones, á pesar de que es reclamada en mesas distinguidas y posee tantas cualidades esa planta hortense. De sus beneficios nos habla Dioscórides: testigo el doctor salmantino Andrés Laguna que la hace amiga del estómago y del sueño. Accio en su *Tetrabiblos* la tiene por buena para la vista y la deja crecer á orillas del Tigris; Mateo José Orfila aconseja su uso; Wleime la considera eficaz para la somnolencia; Trousseau y Pidoux recomiendan el jugo de esta dicotiledónea. No será tan detestable que al que se apropia de ajenos gracejos suele decirsele: esa lechuga no es de tu huerto, por más que, si es descarado, se quede más fresco que una lechuga. Del agua destilada de ésta se valen para muchos colirios, ya no únicamente las compuestas lechuguinas, sino modesta gente de experiencia. ¡Cómo despreciar unas lechuguitas acogolladas ó repolladas, unas tempranas de Simpson ó una *Tom Thumb de Wecler!* Don Ramón de la Cruz, el de los célebres sainetes, se muere por las lechugas y las

reclama, con tal que no sean de las virosas, silvestres ó ponzoñosas.

¿Y ese nutritivo molusco lamelibranquio? Plato exquisito fueron las ostras para el Emperador Vitelio. El gastrónomo doctor Gastaldi se desesperaba por ellas. Hay quienes las consideran como emenagogo y afrodisiaco. Todavía para los que vivimos en las entrañas de la sierra, á leguas de la costa, es bocado privilegiado, vianda de ricos. A pesar del raudo vuelo de la locomotora que las transporta al corazón de la tierra ecuatorial, al interior de la República, después de algunas dificultades, ¡cómo se las festeja, bautizándolas con buen vino! Y esto que no son las codiciadas ostras de Aracachón, ni de Ostente, Tarento, Venecia, Marennes ni mucho menos pescadas en el Atlántico. Los de refinado paladar preferieren las verdes. Sólo son peligrosas las de aguas corrompidas. No las cojáis en el Mar Muerto ni os dejéis engañar con las falsificaciones.

MAS ya que están invitados los filósofos, sentémonos á su mesa, para gozar más de lo espiritual que de lo material, más de sus doctrinas que de la succulenta minuta ó lista de manjares helénicos.

LA Grecia, madre de todos los ramos del saber humano, comenzó á especular prolijamente la naturaleza y, apartándose de las teogonías indias y del oriental espíritu religioso, formó diversas escuelas filosóficas, fruto de más encumbrada visión, resultado de investigaciones racionales: la *Jónica* con el materialista y sabio Tales de Mileto á la cabeza, para explicarnos que el mundo está formado de agua; la *Itálica* con Pitágoras de Samos, que va al Asia y al Egipto para descubrir las perfecciones del número diez y hablarnos en sus versos de oro acerca de higiene, de moral, de aritmética y de geometría; la *Eleática* con su fundador, el panteísta Jenófanes, que nos explicará que la unidad absoluta es real; la *Atomística* con Demócrito, que proclama la divisibilidad de la materia hasta llegar al átomo; la *Ecléctica* con Heráclito de Éfeso, meditabundo y misántropo, que nos traerá el principio único y universal del fuego; con Empédocles que en Agrigento hablará elocuentemente acerca de dos fuerzas misteriosas: el amor, que une; el odio, que separa; con Anaxágoras de Clasomene, maestro del trágico Eurípides y del célebre gobernante Pericles. El opulento hijo de Hegesíbulo, consagrado á la contemplación de la naturaleza, disertará sobre el prin-

cipio del orden y la unidad de la inteligencia; combatirá la superstición y difundirá su teísmo filosófico que le arrancará una condena por hereje y le impulsará, no obstante las grandes riquezas que heredó, á dejarse morir de hambre, víctima de la persecución, que no le ha perdonado sus ideas acerca de la armonía de los mundos, por obra de un espíritu infinito, de un pensamiento superior.

EL rey de los sofistas, Protágoras de Abdera, pasea campante por las costas de Tracia, defendiendo el pro y el contra de las cosas, negando la razón universal y el criterio del sentido común. El centenario Gorgias, con su dialéctica sutil y excéptica, está llenándose de riquezas, no obstante los ataques que le dirige Platón en su diálogo contra los sofistas. Esto no obsta para que su estatua sea colocada en el templo de Apolo. Por el crimen de ateísmo va Pródico, que ilustró la isla de Ceos, á beber la cicuta. ¿Quién ha trazado aquel primer mapa, en el que se ve que la tierra es el centro del universo y tiene forma esférica? El hijo de Praxiades, Anaximandro de Mileto, fundador de una colonia. Su discípulo Anaxímenes descubre la oblicuidad de la elíptica y afirma que el aire es el principio de todo, sustancia primitiva, engendradora de las cosas. Su tocayo de Lampsaco, uno de los preceptores de Alejandro Magno, obligará á su discípulo á hacer lo contrario de lo que el maestro dice, y salvará así á su ciudad natal que le consagró una estatua. Y entre todos los padres de la meditación, ¿cómo se destaca la augusta sombra del hijo del escultor Sofronisco, que convirtió la filosofía cosmológica en atropológica! Derrótanse sus opositores, en fuerza de las preguntas escalonadas ó la ironía de Sócrates, que dice que la práctica de la virtud es la felicidad, y que se apropió la máxima del oráculo de Delfos: *Conoce á tí mismo*. Atentos están á la doctrina del maestro sus discípulos Platón, el del idealismo panteísta; Jenofonte, el ardiente defensor de Sócrates; Antístenes, el cínico, despreciador de las riquezas: aprenden verdades nunca oídas, que irán á difundirlas por los jardines de Academo, el primero; por Atenas y las orillas del Tigris, el segundo, y Antístenes por el gimnasio, en el que enseñará á Diógenes de Corinto en qué consiste la frugalidad. ¿Qué predica, por Mitiline y Lampsaco y por los risueños jardines de Atenas, Epicuro? Que debe preferirse el placer espiritual al corporal; difunde sus *Máximas ciertas* y la equilibrada doctrina del deleite. Más allá, bajo el pórtico decorado por Polignoto, Zenón de Citium, de la escuela estoica, pondera la resistencia

contra el dolor. Aristipo de Cirene prueba que el fin de la vida es la felicidad. Pirrón no reconoce ninguna especie de verdad, ya que es el representante más autorizado de la escuela escéptica que abrió Euclides en Megara. Arcesilao y Carneades fundan la *Nueva Academia*. Comienza el majestuoso paseo de los *Peripatéticos*. Aristóteles, anatómico de la sensación, enseña á su predilecto discípulo Teofrasto la enciclopedia de las cosas: observación de los hechos, experiencia, repite á menudo en el Liceo. Como abrazó, con pasmosa clarividencia, todos los conocimientos de entonces y columbró ciencias recónditas, quiso en conjunto explicarlo todo al hijo de Filipo: el alumno se llamó después Alejandro Magno. ¡Qué honra para el estagirita! Y más, si cabe, cuando Teofrasto escriba, recordando al maestro, sus *Caracteres morales*.

DOMINIO del espíritu, desenvolvimiento de la razón, lectura de la naturaleza, sublimidad de lecciones son frutos de la filosofía griega. Algunos rígidos varones llegaron hasta la exageración. Crates se queda voluntariamente pobre.—¿Cómo?—Sepultando en el mar su dinero, para, con aire de triunfo, exclamar: «¡Soy libre!» Envilecedora, amarga es la pobreza suma, la carencia de lo indispensable; pero la mucha riqueza ocasiona mayores amarguras y mortificaciones: sentencia de muerte es á las veces, si por goces excesivos y abuso del placer, si por la atención continua, si por la nimia delicadeza, si por los embates de la envidia y de la necesidad ajenas. ¿Descansó un solo día Russell Sage, el de los ochenta millones? Más desgaste nervioso, constante agitación, desvelos, solicitudes de medio mundo son los recreos del predilecto de la fortuna. Viven asediados por los periodistas, por los curiosos, por los pediguños. Conocida es la anécdota de uno de los Rothschilds á quien un exagerado socialista imploró dinero para la humanidad entera, para todos los pobres del orbe. El millonario contestóle con sorna: «Mi cálculo es perfecto: al repartir mi fortuna entre todos los prójimos, les toca cinco céntimos á cada uno. Aquí tiene usted su parte. Guárdesela, y que la suerte le ayude, y deje Ud. de molestarme». Con razón Antístenes brindaba por la pobreza, noble, digna, rica en virtudes, en tanto que Cimias callaba modestamente, como admirador del silencio, en el banquete á que nos está invitando Montalvo.

SABÍA al dedillo los distintos sistemas de aquellos amantes de la sabiduría que desenvolvieron y pulimentaron

ron el espíritu helénico, si bien al convite no van todas las escuelas sino muy pocos filósofos, algunos del período socrático, que, entre brindis y brindis, ó de sobremesa, no alcanzan á profundizar su doctrina, sino apenas á enunciarla.

EN el banquete de Jenofonte, en el de Platón y en el de Alcibíades las bellas máximas son comida espiritual. Al reprobar la calumnia, pone en boca del enamorado de lo bello, Critóbulo: «Fea debe de ser el alma de los inicuos; esa que refleja la luz divina es hermosa de suyo, no habiendo como no hay perfil más bello que el que imprime la verdad en el semblante del hombre que cultiva las virtudes. Mentiras y calumnias son imperfecciones que atormentan el corazón y ennegrecen el espíritu de los desgraciados que profesan darles vida y echarles fuera».

JENOFONTE brinda por ideales propios de las grandes almas: la fortaleza del sabio, el estudio de la naturaleza, la práctica de las virtudes.

POR boca de los filósofos, Montalvo anonadó, con vigorosos pensamientos que son otras tantas máximas, á sus enemigos que emplearon el libelo para calumniarle. Sus frases aceradas contra Pasquino son lecciones que no debieran olvidar quienes se han consagrado á la espinosa carrera del periodismo.

COMO de un manantial, brota la poesía al golpe de la maravillosa varita de Montalvo cuando describe los jardines de Academo, en los cuales banquetea Platón á sus seis convidados. Allí se habla de la jerarquía de las virtudes y parece revivir la *Apología de Raimundo Sabunde*, que le consagró la prolija pluma de Miguel Eyquem, señor de Montaigne. Sócrates, en cuya radiosa frente brilla la sabiduría, predica que la primera de las virtudes es la verdad. Quien no la ama se viste de sombras, en frase de Antístenes, que sin escrúpulo frecuentó la compañía de los perversos, como el médico la de los enfermos. La mentira, según Fedón, es madre de mil vicios, y, en sentir de Jenofonte, de todos los vicios. Es la justicia la segunda de las virtudes y la tercera la honestidad, que para la mujer es la primera, si, cual piensa Sócrates, va acompañada de bondad y modestia. En este banquete, el espíritu del silencio está personificado en Hermógenes, como en el de Alcibíades lo está en Cármidas, que se ha quedado en éxtasis, co-



mo al influjo de un hechizo, al admirar calladamente la continencia de Xenócrates, de igual manera que Sócrates quedóse en el atrio del Partenón poseído de su numen ó demonio, que le privó de asistir al banquete del libertino que tan buenos ratos solía pasar con sus amigas, las numerosas ciudadanas y forasteras que encendían de celos á Hipareta, y con Timandra, Nemea, Timea y la cautiva de Melia.

EL pan que nutre los espíritus, el bien, será servido siempre en abundancia por las manos de Montalvo á todo aquel que acuda á *Los Banquetes de los Filósofos*, á brindar por esa veneranda madre, señora de la belleza, que derramó el vino generoso de su sabiduría para embriagar dulcemente á los mortales; á levantar la copa de la verdad por la augusta Grecia, engendradora de las virtudes.

VIII

LA literatura, musa sentimental de las naciones, genuina representante de sus hábitos y de la aspiración que las levanta, es lucidaria de la historia — otra robusta rama del pensamiento en acción — que por sus enseñanzas viene á ser una como Biblia de los pueblos. Estos, sin literatura, vivirían, pese á sus progresos únicamente materiales, vida de larvas, no tendrían fisonomía propia. La crónica del desenvolvimiento humano, de sus ideales y caídas, de su peregrinación por las costas del progreso, todo abarca la obra de las letras. Sin esta muestra de cultura, las sombras, la ignorancia, el olvido envolverían á los pueblos.

EL alma de las centurias, la psicología de las multitudes, los clangores de la ciencia, las costumbres, las campañas de la idea que milita debajo de las banderas de la civilización, todo se refleja en la literatura. No hay acto de la existencia que, transparentando una fuerza psíquica, no sea literario, como belleza, como enseñanza, como sentimiento, como expresión ideal del dinamismo de las colectividades y hasta como síntoma morboso de una época, con todos sus extravíos, dolencias y desfallecimientos.

LA cátedra, palestra de nobles lidias, desde la que el profesor hace lujo de su musculatura moral y difunde sus conocimientos, como el sembrador esparce la buena semilla; la tribuna, escenario del campeón de la libertad que, apercibido para convencer y persuadir á su asamblea, da rienda suelta á sus elocuentes monólogos; el foro, en el cual leyes y justicia imperan como salud y garantía de los pueblos que, ávidos, están esperando la dilucidación de las causas célebres, el pronóstico de las enfermedades sociales y el diagnóstico de los delitos; el púlpito desde donde, como de la almena de una fortaleza, se debe de lanzar la voz de guerra no á los criminales sino al crimen, las ballestas no contra los perversos sino contra el vicio, los arietes no del odio al semejante sino de amor, de vehemencia de su perfección; el escenario desde el cual se censura á la sociedad, se la da ejemplos de mejoramiento, se exhibe sus costumbres; la novela, arma de dos filos que tanto puede servir para combatir noblemente como para asesinar, al igual que la prensa, que debiera ser siempre palestra de gladiadores probos y valientes; el libro, la revista, todos se alimentan de la literatura.

EN sus diversas manifestaciones, instruye y ameniza, mejora y distrae; es flor medicinal que brota entre los zarzales de la tierra para curar dolencias y alegrar corazones; es oasis en el desierto de la humanidad, combatida por el simún de las pasiones y por esas hordas de pérfidos beduinos que se llaman sufrimientos, que asaltan la paz del corazón.

HAY un inmenso campo de batalla en donde se pelea con nobleza: los guerreros luchan ardidos por la fe, pero sin espantables interjecciones ni alaridos, sin ofuscarse con el humo de la pólvora, sin ensordecimientos de cañón ni brillar de bayonetas: allí la sangre, esencia de la vida, no se desperdicia á raudales ni enrojece la tierra; ese campamento de lidia regeneradora es el periodismo razonado, que pide sus galas á la literatura, base de toda producción del pensamiento humano.

MONÓTONAS resultarían las declamaciones de la política, frías las polémicas, pesados los reclamos comerciales, indigestas las obras didácticas, sin fecundidad el viejo diario de la idea escrita, si prescindiéramos absolutamente de la literatura, una vez que «aquello que no puede literariamente estar bien dicho, no vale la pena de ejecutarlo», según el autor de *Medina*, Lamartine. Marcada es la simpatía por el pan del alma de las perso-

nas cultas que, merced á sus esfuerzos, consiguieron despojarse del hábito burdo de la ignorancia con que la naturaleza les arrojó al mundo. Entusiasmarse con los frutos de la inteligencia es probar superioridad y delicados sentimientos; sibaritismo del que se alimenta con manjares de dioses y gusta de néctares olímpicos.

LOS monumentos literarios de los pueblos, de más duración que las pirámides de Egipto, desafían todas las conmociones del tiempo y son los únicos que subsisten á través de las centurias. Cada país se ufana de mantener incólume su arquitectura literaria. España la tiene, y vive vida inmortal. Uno de sus indestructibles monolitos intelectuales, el Quijote, se está burlando de los siglos. De él se ocupa Juan Montalvo en su último tratado, *El Buscapié*, prólogo de su obra póstuma *Ensayo de imitación de un libro inimitable ó Capítulos que se le olvidaron á Cervantes*, que es un monumento levantado al idioma de Castilla y la apoteosis á España en la persona del Manco de Lepanto. Sus biógrafos prolijos son Fernández de Navarrete y Martín de Arrieta; pero dudo de que nadie haya estudiado con más detención y profundidad la inmortal obra del genio de Alcalá de Henares que su competidor de América, y esto que la crítica de don Vicente de los Ríos no puede ser más esmerada y erudita, aunque á las veces su entusiasmo le impulsa fuera del camino y le trae á la memoria pasajes de ajenas literaturas que no son del caso. Cuando la Real Academia Española haga una nueva edición del Quijote, timbre de gloria castellana será precederlo del análisis de Montalvo, que debe de andar ufano por el mundo entero, para glorificación de la madre que halló hijo tan ilustre y agradecido en una ciudad pequeñita y hermosa de la República del Ecuador. Mi razonamiento no está cosido con hilo blanco ni doy consejos por mi cuenta: un ilustre español, crítico, novelista, sabio, D. Juan Valera, llama *admirable* el juicio de Montalvo sobre Cervantes. ¿Por qué, pues, lo admirable no ha de estar junto á lo admirable? «Bien colocado queda Cervantes, por cima de nacionalidades y de particulares literaturas, en aquella elevadísima cumbre en donde los pocos que asisten y gozan vida inmortal no son honra y juez de determinada nación, sino espléndida gloria de todo el humano linaje.» Las ideas del autor del *Buscapié* no han de interdecir á la Academia Española la erección de un nuevo monumento á Cervantes, con la prefación de Montalvo, magistrado de nítida y purpúrea pretexto en el bien decir, émulo de los del siglo de oro.

DISERTA por su mano acerca de la risa y del llanto, y su optimismo le inclina á la primera; pero risa á la manera de Cervantes, no la falsa, la sardesca, no la de los ciegos, ni menos la del conejo, sino la que nos trae el buen humor, la complacencia á manos llenas, la salud y también la suave, delicada moraleja. «Cervantes enseñó deleitando, propagó las sanas máximas riendo, escarneció los vicios y barrió con los pervertidores de la sociedad humana; de donde viene á suceder que su alma disfruta de la luz eterna, y su memoria se halla perpetuamente bendecida.» Lo risueño, al leer las aventuras del Caballero de la Triste Figura, da ripio á la mano al más misántropo y melancólico y taracea su rostro de esfinge con los embutidos de la alegría y del regocijo, que viene á ser como echarse con las guías sobre la sobriedad y el desabrimiento. «La espada de Cervantes fué la risa: ved si la menea con vigor en el palenque á donde acude alto y garboso. Esa espada no es la de Bernardo: pincha y corta, deja en la herida un filtro mágico que la vuelve incurable, y se entra en su vaina de oro».

Y ya que de risas va, no os riais de que un americano haya salido airoso en su intento de imitar á Cervantes; digo airoso en imitar, no en igualar, ófíme, cuando á tantos se les ha barajado la pretensión en el ilusorio empeño. Montalvo se adelanta á contestar á los fisgones, ya que él no ha ido por el tortuoso callejón ó atolladero de Fernández de Avellaneda, máscara de algún envidioso, llámese Aliaga ó como se llamare: «Proponerse imitar á Cervantes, ¡qué osadía! Osadía, puede ser; desvergüenza, no. Y aun ese mundo de osadía viene á resolverse en un mundo de admiración por la obra de ese ingenio, un mundo de amor por el hombre que fue tan desgraciado como virtuoso y grande.» Al seguir las huellas de ese loco sublime, enamorado de lo ideal, que anhelaba componer el mundo, vengar agravios y remediar males, que no tuvo más flaco que el atiborramiento de novelas caballerescas, cuánto conocimiento de estos libros en Montalvo, por más que en sus *Capítulos* no rebose el humorismo peculiar de Cervantes. Y es que las alusiones políticas necesitarían explicación, á fin de que la gracia y el ridículo resaltasen. Enseñanzas, buena intención hay en el laudable imitador que para resolverse á la empresa necesitó revolver el polvo de las bibliotecas y empaparse en la lectura de esos prosadores límpidos como Juan de Avila, los Luis, de León y de Granada; y sobre todo en los trabajos

de Pellicer, Clemencín, Salvá, Ruidíaz, Hartzenbuch, Díaz de Benjumea, Fernández-Guerra acerca del *Quijote*, sin contar comentadores franceses como Voltaire, Paul de Saint Víctor y Víctor Hugo; ingleses como Ticknor, Bowle, Robertson; alemanes como Boutermeck, Schlegel y el Conde de Schack.

HONRA inmarcesible es para el idioma castellano que el libro que más ediciones haya tenido sobre la tierra sea el *Quijote*, traducido á las lenguas principales del mundo, inclusive el latín.

SEA que Cervantes, además de su sátira triunfadora, se hubiera propuesto algún oculto fin, sea que el único fuese desterrar las quimeras caballerescas, esa literatura enfermiza, lo cierto es que en los dos personajes que forman el drama—en Don *Quijote* y Sancho—la humanidad ha visto la copia de su corazón, la eterna dualidad de la vida, el ideal y la materia, el ensueño y la realidad, el desprendimiento y el interés, las virtudes y las pasiones, lo sublime y lo ridículo, la risa y el dolor, la alegría y la tristeza.

MONTALVO sigue de cerca el via crucis de su maestro complutense, aun cuando no se le aproxime del todo en ese *algo* inexplicable, propio de Cervantes, en aquello que no es posible demostrar, en esa manera exclusivamente suya, en ese espontáneo y no rebuscado humorismo que imprime fisonomía propia, única, al *Quijote* y le vuelve inimitable. Las copias son copias: el original es único, por más que la frasecita parezca verdad de Perogrullo, que á la mano cerrada llamaba puño; pero, en este caso, es sentencia salomónica. Hay imitaciones que honran é immortalizan. Virgilio está en la gloria, no obstante haber caminado por la senda florida de Homero. ¡Mas cuánto que admirar en el Sancho que nos presenta Montalvo! Refranes á millares; pero qué bien traídos, qué oportunos, qué hábilmente distribuidos. Es un Sancho digno de estudio, que, de ladina manera, nos va tirando para su lado. ¿Y el *Buscapié*? Originalísimo, á pesar de los numerosos comentadores que el *Quijote* ha tenido entre propios y extraños. La elocuencia y amenidad de su émulo americano pasean al Padre Cervantes con un mundo de sabiduría que, en vez de abrumarlo, le da proporciones de Atlante y le deja más airoso. La lluvia de merecimientos conviértese pronto en diluvio: astrólogo judicial, jurisconsulto, médico, poeta, teólogo, músico, sastre, cocinero, todo es

el genio de Alcalá de Henares. Con cuánto cariño amontona Montalvo pruebas palmarias sobre aquellos hombros de atleta. *Hic stupor est mundi* es el final apoteósico de la gloriosa letanía de conocimientos, que fueron tantos y tan profundos como los inagotables del corazón humano, cuyo estudio á pocos sabios les ha sido posible completar.

SE pierde entre los nimbos de la prehistoria una heroica tradición que considera á Hércules como primer poblador de España. El símbolo es razonable y precioso. Ese Hércules fenicio, emprendedor y vivaz, es la personificación de la robustez, de la pujanza, de la altivez, del espíritu laborioso, de la noble acometividad de la raza que extendió su imperio hasta donde el sol no se alcanzaba á columbrar. Los descendientes del esforzado Midácrito, ufanos de sus inextinguibles y pasadas glorias, no perderán jamás su fuerza étnica ni debilitarán la música del armonioso idioma que por el mundo propagaron conquistadores y atrevidos navegantes. Y mientras haya lectores de la sabrosa producción literaria del Siglo XVI, paladines que imiten al soldado de Lepanto y que admiren sus inmortales engendros, como Don Juan Montalvo, mantenedor de la tersura de la lengua castellana, que la estudió en fuentes puras, que soterró muy hondo para sacar la pepita de oro de la dicción castiza, que hizo más que sus contemporáneos de España, en orden á la lengua que es común á la América latina; mientras producciones como los *Siete Tratados* vivan, vivirá, encarnada en ellos, el alma española que briosa predica por el mundo que quien no ha leído el Quijote «no merece el aprecio de sus semejantes».

IX

RELAMPAGUEANTE y desnudo es el subtítulo de la *Mercurial Eclesiástica*: «Libro de las verdades». En él, sin eufemismos, con frase dura é indignada, desovilla despiadadamente tanto la vida como la pastoral de ese ministro sin ventura de la Iglesia metropolitana, ilustrí-Sr. D. Ignacio Ordóñez, al que castiga, zurriago en mano, y le salta á los ojos y le apoda sin misericordia. Suprimidos los términos demasiado hirientes, borradas las

escandalosas alusiones que ya no son oportunas, desterrados los escabrosos pasajes, hoy incomprensibles, sustituidos los sarcásticos gracejos con alguna entrapelia, y sobre todo ni por asomo tomados en cuenta los insultos, hijos del resentimiento, el *Libro de las verdades*, corrector de abusos, herencia es de sanos conceptos para la juventud que no se mama el dedo.

CON todo, humanamente, preferible hubiera sido ¡oh Maestro! que os doliéseris, con santo desprendimiento, de aquel testarudo é irascible prelado, no tanto por el cargo que ocupó - Arzobispo de Quito -, como por su vesania en medir sus armas antiguas, mal aconsejado por la intolerancia, con tan esforzado paladín del pensamiento que, poniéndose á la defensiva, le trituró como en mortero, le pulverizó tanto, como para que pasase por la criba; olímpico hubiera sido, digo, ¡oh majestuoso Montalvo! que hiciéseris obra serena y duradera como los *Siete Tratados*, para que la posteridad, sin excepción, pensase de vos lo que Augusto Tragnon del erudito Montaigne: «No hay ni una sola página de sus escritos en que no se sienta latir el corazón de un hombre honrado, y esto es sin duda lo que constituye en ellos el primer encanto».

VERDAD es que el ilustrísimo Sr. D. Ignacio Ordóñez excomulgó á maticandelas á los lectores de los *Siete Tratados*, y que en aquel tiempo medioeval condenas de este jaez eran infamantes, aterradoras, que lanzaban á las multitudes contra el precito, para morderlo como hambreada jauría. Y no os admiréis de tanto atraso, cuando, hasta hace poco, se echaba con escándalo de las cámaras legislativas al vitando excomulgado. Hoy nadie hace caso de las amenazas diabólicas; por esto, la intransigencia sectaria se abstiene de dictar excomuniones. Lo que aniquiló la caridad de Montalvo fué la grosería disparatoria de la carta pastoral de marras que no rebosaba en unción ni en mansedumbre evangélicas: lenguaje virulento, calificativos injuriosos, apeamiento de la cortesía eran los nuncios de paz; llamarle falsario, inmoral, blasfemo eran las caricias del pastor á Montalvo. - El león no pudo serenarse, no echó á mala parte el auto prohibitivo, inclusive los denuestos: de un zarpa-zo aplastó al osado ratoncillo. Quizá hubiera sido mejor no hacerle caso; mas no impunemente á un hombre de honor se le dice, á boca llena y desde el púlpito, mentiroso. Tremenda fué la pena del talión contra el tontivano. No la hagais, no la temas, canta el refrán: con

todo, insisto que mejor habría sido el desprecio. Si quien predica la guerra, quien aguija al pueblo á derramar sangre hermana, quien desde la cátedra sagrada toca á somatén no merece bombones, culpa suya es el acíbar que le obligan á paladear al que tuvo malos dedos para organista. Si pastorales de este jaez son desgracias públicas, hay que remediarlas con cauterio, sobre todo cuando la época es de lucha. Empeñóse la batalla: por los suelos quedó el clero de mala ley, acribillado á los dardos de la verdad. ¿Dónde la mansedumbre para Montalvo? Tampoco él la tuvo contra los que pusieron en peligro su vida. Amargo es su apóstrofe. « Quiteños, ¡ ay !, quiteños, dice, si una pastoral de vuestro ilustrísimo prelado le cuesta la vida algún día á este vuestro compatriota que está haciendo lo posible por daros nombre honroso, cincuenta años después un escritor de mi raza ha de decir: « El Padre Ordóñez hizo asesinar al Cosmopolita, al autor de los « Siete Tratados », por hereje; y se ha de admirar de que esto hubiese ocurrido á fines del siglo décimo nono, en un país sito entre Colombia y el Perú, Repúblicas ilustradas y liberales. La ausencia me salvará; pero ¡ ah !, esta patria que tanto puede en el corazón . . . Desterrado desde muchacho por escritor, por campeón de la libertad y azote de tiranos, ¿ he de volver algún día á morir, á manos de los clérigos, por brujo ?

CON todo, serenándose, distingue la buena semilla de la cizaña. « Lo que pido es, razona el Maestro, clero ilustrado, recto, virtuoso, útil; no ignorante, torcido, lleno de vicios, perjudicial: este clero es una peste, por el poder que tiene sobre pueblos que andan muy atrás de las naciones civilizadas: en los que no les creen á ojo cerrado, no es sino un trapo ».

A remo y vela va la ciencia hacia el perfeccionamiento de la humana especie. — Si envidiable el lugar que la civilización alcanza en su carro triunfador, la iglesia católica no debe interrumpir su paso hincando tantos hitones en el camino. Todo tiene su época: la actual no se conforma con los obstáculos que le pone la fe; la actual no quiere á los pigres que prohíben la lectura, la más noble eucaristía del espíritu; la actual, con el zapapico de la investigación, echa á un lado las lágrimas de San Pedro que le arroja la ignorancia, y sigue adelante sin temor, descubierta, no á la zapa.

EL hombre de sano corazón no odia á nadie ni sospecha que las ideas ajenas son una amenaza para las propias. En cada ser racional ve un hermano, y más si la desgracia es su único patrimonio. Si á veces, con piadosa actitud, controvierte conceptos que le parecen lastimosos, lo hace llevado de acendrada filantropía, y no de exclusivismo ni rencor al semejante. Exponer pensamientos diametralmente opuestos á la generalidad que va por errado camino, como se contrapone la luz á las tinieblas, es servir á la humanidad honradamente, invitarla á que derribe los valladares que contra la ley del progreso se levantan. La religión es lo secundario: ya nadie habla de ella, si es hombre culto é ilustrado. Sólo el fanatismo está inquiriendo, con ojo de Torquemada, todas las conciencias para averiguar el credo individual, y sentenciar á muerte al que no piensa como el árbitro de cerebros y conciencias, dueño de cielos y tierra: el católico intransigente.

TODO es susceptible de error; pero, para condenarlo, examinemos con imparcialidad la intención, porque la sinceridad es muchas veces gemela del indulto. Palmarias evoluciones dignas de aplauso quedan avergonzadas en la sombra ó no hallan apoyo sólo por el horror á la apariencia, al nombre, al vocablo. A conservadores que practican el bien, que rinden culto á la probidad ¿por qué no abrazarles y felicitarles, sólo por el temor á la palabra? Sus ideas son lo menos: hay derecho á respetarlas; sus obras son lo más, ¿por qué desconocerlas? Si usurpan el dictado de liberales quienes cometen iniquidad ¿cómo bendecirles? La cuestión de los términos es una, insignificante desde luego, para la mirada vivaz que discurre por lo alto; la de las acciones, sí, es la más importante. El buen proceder es liberal, cualquiera que sea la recóndita idea que bulla en los cerebros equilibrados que no recibieron morbosa herencia. No se exterminan á los partidos, se los mejora, se lucha con ellos en el palanque abierto de la ciencia, no en el cerrado de la intolerancia.

ABOMINEMOS la decepción de las ideas que sirve sólo para ruines granjerías. Muchos católicos, muchísimos conozco en republiquetas de exagerado aspaviento religioso y de mojigatería, que lo son de palabra solamente, por indolencia, por costumbre, por lujo de abo-lengo, por conveniencias sociales y aún por cobardía; pero no creyentes prácticos ni de convicción arraigada,

Al amor de alucinadora pantalla hacen vida de paganos; gozan de todo, hasta de lo prohibido, sin escrúpulo alguno, y son los que, burla burlando, anécdotas más picantes saben de los señores curas, á los que descueran en privado y con los que se besuquean en público, les ponen buena cara y viven felices y agradecidos. Claro! Por ellos, los gañanes, eternos siervos de la gleba, pasan, de padres á hijos, endeudados hasta las cejas en servicio del amo; por ellos, consumen su raspadura, con economía del transporte; por ellos venden su alcohol, bautizado en un productivo Jordán; por ellos, casan oportunamente á cholos é indias para quienes subsiste el abusivo derecho de pernada; y por ellos, después de tantas gollerías, tienen la gloria celestial que á todos nos desean. ¡ Si serán católicos prácticos! Cuando van á sus haciendas, entran de paso á visitar al cura, á tomarle la copita, á comerle medio lado, y á rogarle que no descuide las fiestas, si antes predica una abrumadora faena colectiva ó *minga*. Se chancean, le al razan, y santas pascuas. El cura les da gusto en todo, y se parten las ganancias: el acervo religioso carga el tonsurado y lo demás entra á las arcas del chagra magnate. ¡ Si serán católicos prácticos! Doctor, hágame vender las tusas y el sebo, zalameramente suplican á un indio, negro y de tamaña jeta, cura de qué sé yo qué jibaría, que de todo tendrá, hasta de buey, menos de docto. Al momento nombra priostes para la novena del santo tal, y el zuro y el sebo se van en chamarasca y luminarias, *en dos tusas*. Doy que no se trate de la realización de la espata de la mazorca del maíz, que dicen los cursis botánicos á la violeta; pero sí de este grano para la chicha de la fiesta; sí de los barriles de anisado; sí del aguardiente, embrutecedor de una raza. ¡ Si serán católicos prácticos!

DOIÉNDOSE de la degeneración del pueblo, un inteligente joven, el párroco de Santa Bárbara, en Quito, Dr. Leopoldo Terán, desde la cátedra sagrada, sorprendió á los timoratos con sus conferencias científicas acerca de la neurosis, de la melancolía, de algunas notas morfológicas de los delincuentes, de la psicología criminal, de las anomalías de la voluntad y de la inteligencia. Salir así tan atrevidamente de la rutina, dejar el machaqueo de textos bíblicos, alejarse de las declamaciones furibundas contra los disidentes, fué escándalo inaudito, horrendo crimen. Alarmados muchos curas, invadieron la casa del reformador y estudioso párroco, le calumniaron, le amenazaron, y el prelado, en premio, le mandó le-

jos de la capital, á un olvidado pueblo, que será todo lo productivo que se quiera ; pero en el cual difundir la ciencia es imposible.

ESTOS infusorios de convento, en vez de predicar la higiene moral y privada, el remedio para la degeneración pública, el alcoholismo, la vagancia, se desatan en improperios contra los que, como el Dr. Terán, saben más que ellos : maldicen la lectura tanto de periódicos que esparcen luz y verdad en los hogares como de libros reudentores que están prohibidos ; abominan el teatro, siembran el rencor entre los fieles, el sentimiento de venganza contra los que siguen la filosofía moderna y positiva. A curas de este jaez, tiene razón Montalvo de abofetearles é inmortalizarles con el ridículo y la ironía. Denos pláticas sociales como las del Dr. Alejandro Mateus, satirizadoras de nuestras costumbres, y no sermones furibundos y desmadejados como los del presbítero Játiva y otros de igual fuste.

CUANDO no ha mucho aparecieron las primeras publicaciones liberales que ni de balde las querían recibir de las agencias: *El Tren*, *El Pichincha*, como me pusiese á leer las *noticias del cable* en cierta casa solariega, en la que no entraba *felo* de periódico, una apergaminada beata de las que por quítame esas pajas arman sarracina, católica desafortada y á la antigua, se abalanzó contra mí y, furiosa, me arrebató el diario para pedacearlo. Verla, y asir del cogote á un santo viejo de palo, el primero que al alcance de mi mano hallé en la mesa repleta de cachivaches, todo fue uno. O me devuelve el periódico liberal ó le machaco al apollillado santo, cara de mengue, contra las piedras. De poco no se muere la ojizaina energúmena ; pero, aunque estropeada, rescaté la prenda prohibida.

VERDAD es que — tras cruentos é inauditos esfuerzos — estos ejemplares antediluvianos van desapareciendo de ciertas clases sociales, sin que de nada se asusten ya en el fondo, aunque, por cálculo y mojjatería, hagan alharacas ; pero cuánto falta que desbrozar, con todo, entre la mayoría de creyentes infecundos, de mollera cerrada como un puño, en particular en aldeas y aduarcas. Este año, sin ir más lejos, he visto jugar carnaval en los templos á algunos pelucones de conocida intolerancia, y ponerles como chupa de dómine á los clérigos en las calles, con lluvia de cascarones, papel picado, polvo-de arroz y otros mejunjes, sin acordarse de la caridad

evangélica ni de que los sacerdotes son superiores á los ángeles. Pero clupan en la sombra aún ciertos vampiros de sacristía que hallaréis hasta entre gente increíble.

DESPUÉS de tan escandaloso carnaval, vino la cuaresma, que va pasando inadvertida para la mayoría. En una ú otra forma, las bulas hacen su agosto sólo entre cierta gente que no es de las más cultas é ilustradas. El ayuno descrito por Montalvo no es en el siglo XX la fiel escena que á diario se repite. Ya al teatro acude la sociedad aun en las noches de la semana mayor, cosa antes inusitada por sacrílega. La burla de Montalvo, volteriana en aquellos tiempos, ha dado frutos.

PERO todavía quedan en pie muchos ídolos

¡ OH, la dentera de ciertos gremios, porque los dioses, cuajados antes de garamantitas, se van! Grotescos talismanes, amuletos cómicos, que ganguean de achacosos y decrépitos, atacados de hemiplejía, van cayendo para no levantarse más, tal es la obra desacreditada de los mismos encargados de guardarlos y hacerlos reverenciar. Ciertos añejos libros místicos, de esos que como el «Examinatorio del padre Mazo» indignan á Montalvo, al reimprimirse hoy, llevan irreverentes lardones ó aditamentos que saben á amarga ironía contra una doctrina caduca, que chochea.

EL Ecuador reholla á algunas viejas reliquias, de las que, cuando nadie les oye, se ríen los que á diario las manosean y comercian con su recomendada eficacia.

CIERTO cura del pueblito de Pasa me decía francamente, con mueca sardónica y casuística, señalando con su índice á un cazurro *San Fernando*, de apolillada madera, caballero en un deshuesado rocinante, lanzón en mano (el santo no el jamelgo) con unos calzones de cuero de chivo: «Este mamarracho me ha enriquecido. Cada fiesta me produce mil sueres por lo menos. Vea Ud. ese ojo del bendito San Fernando, que antes era tuerto: es ojo de oro. Le puso una devota que sanó de la vista á fuerza de colirios y jaropes».

EN Conocoto descubrí una virgen-tortuga: era de palo-balsa; su hopalanda esponjada y con cien arrugas. La virgen, como las mandolinas, aovada por detrás, sacaba unas mugrientas manecitas y otros piece-

bitos de tal jaez, que le daban toda la configuración del anfibio galápagó. Se la botaba contra las piedras y rebotaba como pelota. Este ídolo grotesco lenificaba á los indios-fieras.

OTROS cachivaches mendicantes proporcionan todavía mucho dinero, que dan los memos.

EN Pomasqui existe un cristo que recuerda al reno ó rangífero. Este especie de ciervo de astas muy ramosas es mina para los que gobiernan títeres. ¡Oh, cornamenta productiva!

AL cura de Saquisilí ó qué se yo, casi le asesinan los indios, porque hizo retocar á una virgen molondrona, que tenía trazas de mozcorra por lo sucio, feo y desgreñado de su cuerpo y vestimenta. (1).

(1) Léase esta extraña solicitud de algunos vecinos de un pueblito de la Provincia de Bolívar, capital Guaranda, dirigida al Obispo de Riobamba y que han publicado diarios quiteños como *El Tiempo*, *La Unión Liberal* en la sección *Revelaciones*. Dice así, aunque en lenguaje bárbaro:

“ Ilustrísimo y Reverendísimo Sr. Obispo de Riobamba

Los infrascriptos vecinos de la parroquia La Magdalena en la provincia Bolívar, ante S. S.ª Illma. con el mayor respeto exponemos

El Sr. Párroco del lugar, D. Félix Abad Avilés, pretextando orden secreta de S. S.ª Illma. el día lunes veinte del mes actual ha hecho separar á fuerza de barra de la roca en que nació la efigie de la Santísima Virgen de la Natividad del Guaico, rompiéndola en más de veinte pedazos, así como también destruyendo otras efigies de angelitos que estaban naciendo al pie de dicha efigie. Así mismo ha destruido todo el tabernáculo que costó mucho dinero y el altar mayor para destruirlos después á cosas que no son de veneración pública, y la madera de la Capilla á la construcción de una fábrica de destilación de aguardientes

Como el pueblo todo tiene santa veneración y profundo acatamiento á Nuestra Señora del Guaico, patrona y protectora nuestra, cuyos espléndidos milagros datan de más de trescientos años, algunos de los cuales están publicados por el Sr. Corregidor de ese entonces, D. Fernando Antonio Echeandía en el año de mil setecientos setenta y seis; rogamos á S. S.ª Illma. ordenéis que la efigie sea reconstruida y colocada en el lugar que la misma Santísima Virgen eligió para ser venerada por los devotos y los creyentes no sólo de nuestra parroquia, sino de todas partes del orbe católico. Si en las festividades del ocho de Setiembre de cada año se hubieran cometido desórdenes, quizá provenientes del alcoholismo, sería suficiente evitar esos desórdenes y escándalos, valiéndose de las autoridades civiles, y nosotros los del pueblo, ofrecemos ayudar en tan benéfica obra.

La población se encuentra resentidísima é indignada contra el ridículo procedimiento del Dr. Avilés, quien hasta para el fiel cumplimiento de sus deberes como Párroco, usa revólver y foete, como pueden atestiguarlo las víctimas de sus atropellos, Pedro Vergara, Belisario Nájera y Delia Angulo. Con tal motivo, suplicamos á S. S.ª Illma. el cambio de cura, con un sacerdote que no hostilice ni maltrate á los feligreses, seguro de que S. S.ª Illma. tendréis un pueblo dócil á vuestros mandatos.

La Magdalena, Febrero 24 de 1911.

Moisés García, Manuel Vargas Aguila, S. Alejandro Coronel, Eulogio Estrada, Y. G. Escorza, Joaquín Velasco, Segundo Nicolás Navarro, Joaquín Sánchez, Julián Garófalo, Miguel Verdesoto, Félix Mendoza, José Cobos, Benigno Mayorga, Abel Angulo, Rufino Angulo, Angelo Moya, Delfín García, Rafael S. García, Nicanor Riera, Agustín Peña, Miguel Mariño, Celso Castillo, Juan Núñez, Antonio Velasco, Juan P. Carrera, Jesús D. Vargas, Juan M. Valverde, Gabriel I. Peña, Manuel Camacho”.

EN San Agustín hay un cristo amaratado, tumefacto, sanguinolento, un indio hirsuto, especie de Buda deforme, que da miedo. ; Cómo le besan los pies las beatas y le hacen mil zalemas al sonido de los centavos !

EL capítulo de Montalvo, *Las sagradas imágenes*, no ha pasado de moda en muchos pueblos de la América latina. Esta exacta pintura social no tiene nada de exageración, para quienes hayan recorrido las poblaciones de indios y chagras, embrutecidas tanto celebrar fiestas religiosas y pasear á hombros por calles y plazas á figuras repugnantes, á las que atribuyen curaciones repentinas y milagros absurdos. El padre saleciano Guido fingía creer en tales patrañas, y á presencia de sus alumnos de la Tola, barrio de Quito, hundía de cabeza en su baúl á un San Antonio, atado fuertemente como á un galeote. El prisionero no salía de las profundidades del baúl ni se libertaba de las ligaduras hasta que no hiciera el milagro : conseguir dinero. Sabedoras las beatas y las estúpidas viejas ricas del conflicto del santo, enviaban gordas sumas de sueres, que el judío de don Bosco se embolsaba sonriendo. Oigamos á Montalvo lo que presenció bajando el Guáitara, en Colombia : « Nos quedamos en Iles en la puerta de una tienda ; y en tanto que obscurecía, fuimos á ver al otro lado de la plaza cómo unos indios sacristanes estaban disponiendo y componiendo los personajes de la procesión del día siguiente. « Fidel ! gritó uno de ellos, ya hiciste tu judío ? Traéme la cabeza de San Pedro. Vino la cabeza de San Pedro. El sacristán, con desenfado y denuedo, la embonó en un palo ; y como zangolotease, la echó á rodar, y dijo : « Esta no está buena ; traéme la de San Antonio ! » La cabeza de San Antonio sirvió para hacer el esbirro que debía meterle la lanza en el costado á Jesús Nazareno ; pues en daca esas pajas el palo estaba con brazos, piernas, pantalón y casaquín colorado.

« POR estrafalaria que fuera mi imaginación, ¿ piensan ustedes que se me pudieran ocurrir estas cosas ? Son simples recuerdos de viaje : las he visto con estos ojos que se han de volver tierra. *Quod vidimus et audimus testamur*. Cuando me sucede ver una procesión, no puedo olvidar ese épico « Fidel ! ya hiciste tu judío ? » Yo también estoy haciendo mi judío : diga el padre Ordóñez si está saliendo parecido. Al mío no le he puesto la cabeza de San Pedro, ni la de San Antonio, sino la de San Ignacio : no me falta sino el pantalón colorado y la lanza en la mano.

«ENTRAMOS á la sacristía á ver ese parque de cabezas; ni nos hubiera sido posible reprimir esta curiosidad. Allí estaban, en un rincón, amontonadas como cocos, ó como balas de cañón de plaza fuerte; y así servirían para hacer San Pedros como para formar judíos. ¡Oh, si, no postrarse ante *las sagradas imágenes* es cosa de raro atrevimiento!

«SABIDO es en esos países de poca ley el terror que la leva infunde en la gente del pueblo, y más en la del campo. La leva, que por allá dicen *recluta*, ese bárbaro é infame abuso de la fuerza con el cual se arranca de su hogar al pobre, el hombre de bien, el útil, y se le lleva maniatado á morir en una revolución, ó á servir en un cuartel á palos y azotes. La recluta es el espanto de los hijos de la aldea, los campesinos, quienes se tiran por cualquier despeñadero, antes que caer en manos de los esbirros. Una noche, en el pueblo de Baños, esa memorable parroquia que quizá no han olvidado los lectores de los «Siete Tratados», estaba en procesión la gente á lo largo de una calle que llaman el Calvario: más de veinte santos, en sus andas, á hombros de los más devotos, andaban por allí á paso lento, seguidos de su cura, su buen cura, que iba cantando con una cuarta de boca, acompañado de su maestro de capilla. Recluta! señores, recluta! gritó un hombre, viniendo á todo correr de vuelta encontrada. Al otro día el cura con un piquete de viejas de infantería estaba recogiendo los miembros de los santos, de los cuales no había uno solo entero. Cabezas, piernas, brazos, todo entraba en el costal; y cuando se hubo concluido la cosecha, volvió la gente á la iglesia con seis burros cargados de santos muertos. El domingo el cura predicó y excomulgó á los *chagras* que tan mala obra habían hecho; y dijo que primero debían haberse dejado coger y amarrar, que echar de sobre sí *las sagradas imágenes*. Pero la gente no le creyó; y cuantas veces volvió la recluta, volvieron los *chagras* á tirar los santos y huir á los montes. La ira del cura se encendía tanto más, cuanto que los puercos, que pacen libremente por las calles en esos pueblos de pocas ceremonias, habían osado toda la noche en el botín de guerra, y roto las casullas de los santos y las nagnas de las santas, para gran enojo del síndico, quien no pudo reponer en cuatro años tan grave deterioro. Si piensa el señor obispo que esta es otra invención mía, puede enviar á Baños una comisión eclesiástica investigadora; y los males del pueblo le harán ver cuán de veras sucedió lo que yo digo. Reverendo padre fray



Vicente Sáenz de Viteri, como á él le gustaba llamarse, era el cura en ese tiempo : aunque él no lo podrá ya certificar, porque para descanso de sus feligreses y purificación de la tierra, Dios nuestro señor tuvo á bien alzarlo ahora veinte años cumplidos.

«Si los clérigos hicieran de *las sagradas imágenes* un uso parco, razonable, aun se les pudiera tolerar ; pero ese tráfico inmoderado, indecente, no es posible que nos cause respeto, por ciegos, tontos y fanáticos que seamos, como no seamos también pícaros que nos perdemos de vista. La fiesta de San Juan, en mi lugar, era la ruina de un hombre pobre : vendía el infeliz el caballo, la mula y la mitad de las tierritas que había heredado de sus padres, á efecto de hacer la fiesta. Y él no la había pedido : el cura, un día del año, sube al púlpito y lee la lista de los priostes del siguiente. Personas había que gastaban cuatrocientos pesos en *la fiesta de San Juan*, desvaneciéndose en huracanes de incienso, bosques de pebetes, oropeles para los maderos benditos, polvoradas formidables, *chicha dulce*, roscas en montones y torres, y crecidos derechos para el cura, amén de los cien pesos del sermón. No sé si permanecen con todo su vigor estas tristes costumbres ; porque en Francia, gracias á Dios, estoy libre del cura, el obispo, los santos de palo y las viejas devotas. »

LA mina es inagotable, como también infinita la estupidez humana, muralla de la China que resiste formidables cañoneos como los del *Libro de las Verdades* de Juan Montalvo.

EN buena hora propaguen el bien y multiplíquense sacerdotes de la santidad y méritos del grande y venerable Juan Stappers. De lo íntimo de mi alma se levanta una fervorosa voz de gratitud para este incomparable educador, humilde padre lazarista, cuya memoria está ligada á los mejores días de mi infancia. ; Cómo se destacaba esa radiosa figura de alba cabeza y rostro severo, en los actos solemnes que presidía como superior del Seminario Menor de Quito ! Este virtuosísimo holandés supo sembrar, en una generación vigorosa que está dando buenos frutos, la semilla de la honradez, y abrió en las tempraneras mentes juveniles los horizontes del estudio y del amor á la lectura. Alto, erguido, magestuoso, convertíase en un niño, sonriente é ingenuo, en las recreaciones infantiles, cuando, á la cabeza de un batallón de muchachos, solía marchar, tocando la trompeta á la usan-

za de Amstendam y simulando este instrumento con sus puños puestos sobre la boca. Otras veces anudaba su tradicional pañuelo y, convertido en vieja, perseguía á la turba bulliciosa que asida de su sotana parecía un corro de nietezuelos; ó y á refería cuentos maravillosos como brotados de los labios del danés Hans Cristian Andersen, los que, en la bujeta de mis lejanos recuerdos, confúndense con los encantos de *Las níl y una noches*. ¡Cuánto edificaba ver al austero anciano en oración, al caer de la tarde ó es altas horas de la noche, al pie del fondoso sauce de la cripta del Seminario, detrás de la diminuta capilla del bosque!

VENGAN, vengan al Ecuador padres Stappers, catonianos pedagogos, y redímmanos de mal.

X



¡OH, vosotros, complacientes optimistas, que soñáis con la prosperidad de las naciones, poned una partícula del idolatrado *yo*, la piedrecilla de vuestro sacrificio, para levantar, sobre la mísera tierra, el montículo moral hasta convertirlo en montaña excelsa; contribuid, siquiera con un granito de arena de la ciencia, á fin de lastrar al pobre pueblo de la gran patria universal, que descarrila, que resbala dolorosamente, fuera de las paralelas de hierro del deber y de la virtud.

Los señores ministros de los diversos cultos, con un poquito de estuante amor á las almas, pueden muy bien practicar la caridad que no tiene colores políticos ni fronteras y el desasimiento que no espera recompensa, á fin de mejorar á los míseros representantes de la ignorancia, sobre todo entre las razas desvalidas, en especial la india, que gimen, que vegetan en el más grosero fetiquismo, como lo prueban sus bacanales religiosas. Sacar á esas castas degeneradas del vergonzoso atraso, del aniquilamiento moral que las apollilla, es humano y es patriótico, para que, allende las fronteras, no pinten al Ecuador como único patrimonio del clero, tierra retarda-

triz, que se tira de rodillas ante cualquier fantasmón, por abusivo y necio que sea, de hábito talar; y no se compare á la República con una segunda Manila pintada sombríamente por Rizal. (2)

(2) *Noli me tangere* - El país de los frailes por José Rizal - A propósito, en el libro de publicación reciente "Jorge Corredor Latorre - L'Église Romaine dans l'Amérique Latine - Paris V. Giard & E. Briere - Libraires - Editeurs - 16, Rue Soufflot et Rue Foulquier, 12 - 1920" he hallado el siguiente capítulo, del que con rubor publico unas líneas, porque, desde el título, es humillante para el Ecuador. Copio textualmente: - Chapitre XIV. - La République du Sacré-Coeur - Dans le train qui fait le trajet de New-York à la Californie, je voyageais il y a quelques années, avec un prêtre espagnol qui se rendait à San-Francisco et de là dans l'Amérique du Sud. Quelques instants après avoir engagé la conversation avec moi, il me dit:

- La vie, monsieur, est devenue très difficile pour les serviteurs de l'Église en Europe.

- Probablement, lui dis-je, parce qu'il y a trop de serviteurs de l'Église en Europe.

- Non, je crois que la vraie raison est qu'il n'y a pas assez de fidèles. La foi se perd malheureusement dans ces pays où les mauvais esprits prêchent continuellement l'impiété.

Le pauvre abbé croyait m'avoir donné une réponse négative et il n'avait fait que confirmer mon opinion.

- Oui, reprit-il, les temps sont très durs pour nous, nous sommes forcés d'émigrer, de quitter les nôtres, pour aller vivre dans les pays où la bonne semence donne de beaux fruits.

- Et où allez vous, monsieur?

- Je vais à l'Équateur; voilà un pays qui nous est fidèle. C'est dommage qu'il soit si pauvre et si arriéré.

- Mais il est pauvre et arriéré, précisément parce qu'il vous est trop fidèle.

Je n'eus pas le temps d'entendre la réponse de ce bon ministre de l'Église, le train s'était arrêté à la station où je devais le quitter.

Il y en a par centaines, comme ce prêtre espagnol, qui émigrent d'Europe pour aller vivre dans ces terres américaines où "la bonne semence donne de beaux fruits", et comme lui il y en a beaucoup qui donnent leur préférence paternelle à l'Équateur ou à la Colombie, les pays américains qui ont le malheur de posséder la meilleure réputation dans les cercles catholiques du Vieux Continent.

L'Équateur est la République du Sacré-Coeur, la meilleure conquête du clérisme en Amérique. Cette nation américaine a eu un président, qui, au dire des historiens ecclésiastiques, mérite d'être canonisé par Rome.

On pourrait ajouter, si quelques Équatoriens hardis n'avaient pas commencé à éveiller la liberté dans ce pays, que l'âme équatorienne est une âme de prêtre.

LA REPÚBLICA DEL SAGRADO CORAZÓN. - En el tren que va de New York á California viajaba, hace algunos años, con un sacerdote español que se dirigía á San Francisco para, de ahí, pasar á la América del Sur. - Unos instantes después de haber entablado la conversación, me dijo: "La vida, señor, se ha hecho muy difícil en Europa para los servidores de la Iglesia. - Probablemente, contestéle, será porque en Europa el número de servidores de la Iglesia es muy reducido. - No, pienso que el verdadero motivo es que no hay bastantes fieles; la fe se pierde, desgraciadamente, en esos países, en los cuales predicando de continuo, la impudicia de los espíritus malignos

"El pobre abate creía haberme dado una respuesta negativa y no había hecho sino confirmar mi opinión. - Sí, repuso, difíciles son los tiempos para nosotros, nos vemos obligados á emigrar á abandonar á los nuestros para ir á vivir en aquellos países donde la buena semilla produce todavía hermosos frutos.

- ¿Y á dónde va Ud., señor? - Voy al Ecuador. Este país, si, nos es fiel, de sentir es que sea tan pobre y tan atrasado. - Pero es pobre y atrasado precisamente porque es demasiado fiel. - No tuve tiempo de oír la respuesta de ese buen ministro de la Iglesia. - El tren se había detenido en la estación en la que debíamos separarnos.

"Por centenares se cuentan los sacerdotes que, como éste, emigran de Europa para ir á vivir en esas tierras americanas donde "la buena semilla produce todavía hermosos frutos", y como él hay muchos que dan su paternal preferencia al Ecuador ó Colombia, países americanos que tienen la desgracia de gozar de la mejor reputación en los círculos católicos del Viejo Continente.

"El Ecuador, República del Sagrado Corazón, es la mejor conquista del clericalismo en América. Esta nación americana tuvo un Presidente que, según testimonio de los historiadores ecclésiásticos, merece ser canonizado por Roma. Si algunos ecuatorianos atrevidos no hubieran principiado á despertar la libertad en ese país, podríamos añadir que el alma ecuatoriana es un alma de sacerdote."

Si esto se afirma en nuestros días, no obstante la inmensa labor de Montaleo y de todos los que pusieron en acción sus ideas, imagínase lo que habrá sido el Ecuador y lo que se habría podido decir de él antes de la magna lucha de ese apóstol y de su discípulo de discípulos que le secundaron.

TODAVÍA hay remedio para las sociedades que no están cayéndose de su peso por la decrepitud y de tanto desgastadas y corrompidas. Al contrario, á pesar de nuestras tristezas internas y externas, de nuestra supina inopia y del resto de barbarie que nos sonroja, enorgullezcámonos de que el Ecuador — campo virgen y apto para las proficuas fecundaciones — no se halle relativamente degenerado ni de que los vicios vayan multiplicándose por generación espontánea. Cada nación es dueña de su suerte ó, como quieren los modernos antropólogos, entre ellos Lacassagne, las sociedades tienen los crímenes á que son merecedoras. No estamos, pues, encarcerados hasta la médula, ni la veste de la patria se ha entrapado tanto que no pueda limpiarse.

CUANDO la sociedad ahogue á esos plathelintos morales que viven á su costilla y en su interior, como parásitos de la peor especie que por serie de metamorfosis llegan hasta el crimen, entonces la ruda polémica será inoficiosa. Mientras tanto, es un deber atacar la triquinosis de la intransigencia, destructora como esos despreciables gusanos entozoos que se enquistan en los mejores cerebros y en los músculos más sanos.

— SEÑOR, no tengo donde vivir, me decía un pobre padre de familia, con amargo dejo de despecho. — No pagaré Ud. cumplidamente el arriendo, le observaba. — ¿Qué sería de mí si tal sucediera? — Entonces, ¿á qué obedece el aislamiento en que le dejan? — A mis ideas, señor. En lo demás doy buen ejemplo, ni por las noches salgo, ni me trasnocho, ni me ensereno, ni riño, ni debo á los tenderos, ni me confieso, ni murmuro de nadie. Muchas veces me han pedido certificado del confesor, me han suplicado que entre á ejercicios, que me convierta. ¿En qué me voy á convertir, señor? — Alguna otra causa habrá, hombre ¿Ud. es casado? ¿Cumple Ud. con sus deberes de padre de familia? — Con todos, señor. Mi esposa es un ángel, mis niños ni al patio, ni al zaguán siquiera salen; aquí encerraditos viven. Todo lo que gano es para los míos; pero se quejan los dueños de casa de que no oigo misa, de que escribo contra los frailes, de que no tengo la imagen de cualquier santo en mis habitaciones.

OTRO día el dueño de una imprenta, con mucho sigilo, murmuraba á mi oído; «Le suplico que dore la plá-

dora ; no puedo editar su folleto tal como lo ha traído, porque el que me ha arrendado el local es un viejo fanático y me pedirá al momento las piezas.»—Pero Ud. no es el culpable ; yo firmo lo que escribo y cargo con todos los pecados — No puedo, señor, pues el dueño de casa me tiene advertido que no publique nada contra el catolicismo y sus ministros ni nada que se aparte del dogma. Desesperado voy á otra imprenta, y, poco más ó menos, la misma canción. — Pero, mire Ud., qué perjuicio le va á acarrear mi publicación, si Ud. manda en la empresa y es suya exclusivamente. — Sí ; pero se desacredita el negocio ¿ no ve Ud. que me llevo con todos y precisamente los que más me ocupan son los intolerantes ? Vea Ud. cuánto me han pagado por estas novenas, por la impresión de esas gruesas de estampas y por las oraciones de aquellas fotografías místicas. Corro á otros talleres tipográficos y allí sale el opúsculo, pero sin el *pie de imprenta*, como cosa vedada, de contrabando, mala : el nombre de la empresa se ha sustituido con el del tipógrafo- ; Cuánto miedo, cuanta pordiosera conveniencia !

SIGUIENDO con inquebrantable fe la trocha que en medio de tanta maleza social abrió Montalvo ; fructificando con valor y tesón su herencia, seríamos dignos de las virtudes y de las reformas que racionalmente nos aconsejó, una vez que ni epilépticos ni dipsómanos, ni degenerados, ni locos abundan en estos físicamente sanos pueblos que dan materia prima apta para el bien. Todos, todos, con gran amor á la humanidad y preferentemente á la patria ecuatoriana, contribuyamos con los datos de la experiencia, con un tibio rayo de luz, con algún testimonio de sanción, siquiera con un lento procedimiento curativo para crear lo que, para remedio de las morbosidades sociales, nos falta : un sabio Código Penal, á fin de evitar y corregir delincuencias y sentar las bases de la moralidad pública. Seamos severos como Juan Montalvo.

EL hizo testamento solemne, abierto de preferencia para el mundo hispano-americano, y escrito en impecable forma ; lo otorgó especialmente para redención del Ecuador. Testigo es la nación de que Montalvo llenó las diligencias legales y ratificó las luminosas designaciones puntualizadas en sus obras. Leamos en alta voz su testamento filosófico y literario, publíquemoslo por todas partes, á fin de que los ciegos de entendimiento vean

claro; los sordos de conveniencia oigan, á satisfacción, voces racionales y máximas de bien; los mudos por ignorancia ó cobardía hablen la verdad; los que á causa de sus desaforadas y locas acciones se hallan en interdicción, recobren la libertad y los derechos del ciudadano; todos estos testigos inhábiles vuelvan á ser dignos de la civilización. Por último, los que hablando la meliflica lengua en que Montalvo escribió su testamento no lo quieren entender, léanlo y reléanlo con fe, para que al fin sea obvio á todos, y todos seamos los asignatarios de esa cuantiosa testamentaria: personas ciertas, determinadas, naturales. Montalvo dictó una asignación condicional—la de practicar siempre el bien:—cumplámosla, como leales herederos para ser dignos de la cuantiosa fortuna del que, como Sócrates, tuvo por patria al mundo y se llamó *El Cosmopolita* y *El Regenerador*.





LUIS VARGAS TORRES

L valor es alimento de almas grandes. El carácter es signo de almas fuertes. Una y otra virtud se dan la mano. El que mira á esta simpática pareja, que se confunde en abrazo estrecho, no podrá menos de bendecirla. Los toques de carácter gustan y arrebatan siempre.

LA debilidad es moneda que circula diariamente. El muelle es voz que tardará mucho en apagarse de la superficie de la tierra. ¡Quién sabe cuánto durará su lúgubre eco! En millares de corazones tiene su asiento la pálida figurilla de la cobardía, fuente de tantas desgracias y vergüenzas.

El hombre que, rompiendo por todo, rechaza la corriente abrumadora y no rinde parias á la preocupación, pesadilla de los cobardes; el hombre que no quema su incienso en el altar del temor y ante el ídolo de la conveniencia; ese varón sin vacilaciones, es un héroe. Y el heroísmo es dón de pocos, aureola que brilla sólo en la cabeza de los escogidos.

LA vulgaridad es medrosa, por esto es fanática. Las multitudes participan del terror, por esto son supersticiosas. Los cultos disparatados y la adoración á

objetos repugnantes han nacido del terror. Pueblos asombrados miran al cocodrilo espantable y se prosternan temblorosos ante él; ven los ojos relumbrantes del gato, y le declaran animal sagrado. Tribus sin espíritu contemplan la sangrienta vislumbre del rayo y se arrodillan temblando en muda adoración.

EL miedo, el miedo maldito les impulsa. De aquí tomaron forma las religiones, groseras unas, poéticas otras, del paganismo; de aquí los actos risibles de los demás credos. Tiembla la tierra, y les tiembla también el corazón á los cobardes: no pueden resistir más, y prorrumpen en oraciones y desafortados rezos.

Y si esto es así en diversos momentos de la vida, cuando apenas ésta se cree amenazada, ¿qué no será al borde mismo de la tumba? La imagen de la muerte hace tiritar á la mayoría de los mortales.

POR esto, quien sabe morir con valor, tiene, para mí, la recomendación del esfuerzo de la voluntad.

ESTUDIANDO los últimos momentos del Coronel Vargas Torres, se ve que murió como un espartano, sin doblegarse nunca: siempre de pie. Hé aquí un rasgo culminante, una nota que pinta al hombre, es decir, al espíritu animoso.

CUANDO el rebaño de los farsantes se aumenta en el país de la creencia, cuando los desleales abandonan su doctrina, cuando desertar de las filas es común, cuando los mediadores se contentan con fingir y se avienen á practicar ceremonias encontradas y viven de cara al sol, flotando entre dos aguas, qué ejemplo saludable, qué lección tan elocuente es la muerte de un adalid de corazón que no claudica en la postrer etapa.

EN la aurora ó en el ocaso de la existencia, tarde ó temprano, pero el viaje al sepulcro es irremediable. Nadie se exceptúa de atravesar el puente de la muerte. Pero el atravesarlo sereno, con paso firme, es cualidad rara; por esto aquella jornada es fecunda en enseñanzas. Luis Vargas Torres la puso en práctica con el estoicismo del convencido.

JÓVENES, abrid los ojos y mirad bien esta página brillante, escrita por el indomable esmeraldeño, joven también como vosotros, que caminó á la eternidad en brazos de su profunda convicción y de su heroísmo.

JÓVENES, fijaos en este inmenso triunfo moral, y tenedlo presente para retemplar vuestras almas, que quizá desde antes de este retesamiento moral, y sobre todo después de él, estuvieron aprendiendo á ser leales.

EL carácter, el carácter - la joya más preciada de cuantas lucen en el espíritu - sea la égida que os guarde. El hombre sin carácter corre á su perdición: es frágil nave sin piloto, delicado vehículo sin un sér inteligente que le dirija. Llevado por las olas de la pasión, se precipita en el abismo. Cogido en la corriente del placer, marcha á su ruina.

EN alas de la tentación que en él se ceba, va, de escándalo en escándalo, á la degradación final. ¡ Oh, el carácter! el gran conquistador del mundo!

VENTUROSO el que lo posee: puede abrirse paso, salir del vulgo, subir progresivamente, llegar á la cima de la inmortalidad.

PARA el hombre de carácter no hay murallas: las salta con brío; para el hombre de carácter no hay cadenas: las rompe lleno de coraje; para el hombre de carácter no existe la amenaza de la muerte: la desafía, yendo de frente á encontrarla sin titubear un solo instante.

LA vida es perpetua lucha. Los que nacieron para combatir, llevan el sello invisible de la constancia en su frente. Y, combatiendo sin quebrantar un punto, arriban al trono de los genios. Estos son los escogidos, éstos son los varones del propio esfuerzo, los que no conocieron en el valle de miserias una palabra de estímulo, sino la voz de su voluntad de hierro que les gritaba: « ¡ ayúdate, ayúdate siempre á ti mismo: no te fíes de nadie, mide tus fuerzas, multiplícalas, y vencerás! » De aquí que se hallen á un nivel distinto del vulgo. No son comprendidos; por esto el necio les desprecia, el envidioso les hiere y el ignorante quiere darles muerte: su vida es el blanco del odio. Distingúeos, y seréis aborrecidos por los reptiles. No faltan sierpes que rastrean, silbando con ira al pie de los que algo valen.

Esto aconteció con Vargas Torres, víctima de la intransigencia de un puñado de ambiciosos. ¿ Hasta cuándo la idea tendrá como túmulo sublime el patíbulo, y el ideal, como única corona, la de espinas, que sangró las sienas de Jesús?

EL carácter, como una brújula segura, guió á Colón por las infinitas llanuras del mar desconocido, en busca de tierras nuevas.

EL carácter aconsejó á Cortés quemar las naves y quedarse, rodeado de enemigos, combatiendo con denuedo, sin más esperanza que vender cara la vida. El éxito sonríe á los subidos caracteres en la esfera material algunas veces; pero siempre en la moral, porque les salva del naufragio de su honor. El Coronel Luis Vargas Torres no se puso de rodillas en la triste mañana del 20 de Marzo de 1887, en la que fué fusilado; no se puso de rodillas en los instantes inmediatos á su muerte, á pesar de haberle intimado el verdugo, queriendo degradarlo: respetó su dignidad hasta el último sublime momento.

JOVEN guerrero, militar que desde niño esgrimió su espada en favor de la libertad, supo entrar resuelto en el seno misterioso de la nada, erguido y sereno, saludando en la hora postrera á sus compañeros de infortunio, á quienes el tiranuelo, por un refinamiento de crueldad, había ordenado que presenciasen esa inicua ejecución. De pie, sin consentir que lo vendaran, retó á los soldados para que concluyeran de una vez con la sangrienta escena.

SU cadáver no fue enterrado en la necrópolis. El furor fanático se extiende al otro lado del sepulcro: era disidente y no podía reposar en un cementerio. Numerosas son las muestras de impiedad con los muertos de que ha hecho gala la intransigencia sectaria. ¡Oh, caridad cristiana! ¡Oh, perpetuo mito, fuente del engaño y de la simonía, de la ostentación y del negocio! ¿Cuándo te albergarás en el corazón de los que toman el nombre de Cristo para escarnecerte? ¿Cuándo brillarás en la tierra de quebranto para alivio del desvalido, para socorro del huérfano, para consuelo del que padece tribulación, para remedio del necesitado? ¿Cuándo serás un verdadero mitigativo del hombre, bálsamo que se derrame sin economía desde la cuna hasta la fosa, ungiendo á los vivos y perfumando á los muertos?

EL despotismo se había encaramado en el poder. La libertad, pobre nostálgica, sufría los horrores del ostracismo y de la opresión. Los que la habían defendido se encontraban lejos, esparcidos por los cuatro vientos, al impulso de la ola de la tiranía ú ocultos de su furor, descansando de tantas fatigas sin triunfo, y desalentados al mirar la desventura de la patria,

COMO todos eran esbirros, abandonaron el cadáver de Vargas Torres: los chacales no entienden de la filantropía ni del respeto á los que mueren.

EN cambio, sólo un hombre piadoso, entre las nieblas de la tarde, allá en la tétrica quebrada llamada *Suñay-guaico* llena de espantables tradiciones y de consejas espeluznantes - en medio del silencio imponente de la naturaleza - arrodillado sobre la apartada y escarnciada tumba de ese mártir adolescente, lloraba, poseído de despecho, de profunda angustia y de amargo desaliento: esa figura recomendable que no olvidaba la memoria de un genuino correligionario, ese corazón que sentía sinceramente por el adalid de la libertad, en medio del desencadenado huracán del servilismo que todo lo había viciado, era Aparicio Ortega, el rebelde convencido.

GRAZNABAN los buhos, los cuervos revoloteaban contentos, las lechuzas del templo se alegraban de la ignorancia y de la noche que cubrían la República, el luto de la libertad guardado era por contados seres, el ambiente se impregnaba del olor de la mandrágora, olor de placer y de orgía, flores fétidas; todo era siniestro y amenazante en el fúnebre imperio de las tinieblas: la aurora de la libertad no alumbraba á la patria todavía.

VARGAS TORRES esc ribió pocas horas antes de ser fusilado un opúsculo ó testamento político: «Al Borde de Tumba,» que concluye así: «Sé que todos mis compañeros de infortunio están tristes y desesperados con la terrible noticia de mi próxima muerte: yo los recuerdo, y el dolor despedaza mi corazón; que no desmayen en su sagrado propósito de salvar á la Patria, y en la eternidad los recordaré con gusto. ¡Quiera Dios que el calor de mi sangre, que se derramará en el patíbulo, enardezca el corazón de los buenos ciudadanos y salven á nuestro pueblo!».

SE cumplió su profecía. Ocho años más tarde, triunfaba la Democracia y se alzaba con ella, limpia de toda mancha, la bandera nacional tremolada por la Libertad.

YA es tiempo de que el bronce perpetúe la imagen del ínclito Coronel Vargas Torres, como la geografía lo ha perpetuado en un puerto de su provincia - Esmeraldas, é inscriba en su pedestal de granito, para contraste eterno, estas dos fechas:

20 de Marzo de 1887,
5 de Junio de 1895;

es decir, el crepúsculo y la aurora, la fecha dolorosa que nos recuerda su muerte, día en que la libertad gimió la ausencia de uno de sus más impertérritos defensores, y la hora de las reparaciones, cuando el pueblo, rugiendo como un león herido, se irguió para recuperar sus derechos.

AL evocar á Vargas Torres, acuden también á la fantasía nombres de héroes que siguieron su escuela y recibieron el bautismo de sangre, como los de Amador Viteri, Nicolás Infante, Leopoldo González, Monteverde y cien combatientes más.

Y al admirar su valor, viene á la memoria las décimas del poeta errabundo, de Nicolás Augusto González, que cantó el poema final del victimado, su épico fin, de este modo :

“Cual Rolando en Roncesvalles,
Vargas Torres, nuestro hermano
luchando contra el tirano
cayó en los andinos valles.
¡ Musa ! tu dolor no acalles.
Hunde en el polvo la frente
y solloza, fieramente
por el joven cabal'ero
por el liberal sincero,
por el noble combatiente.

¡ Noble, sí ! Sus convicciones
al cadalso le llevaron
y su valor presenciaron
con asombro estas naciones ;
él dirigió los cañones
de los rifles á su pecho,
él sin rabia ni despecho
exclamó : ¿ Mi vida quieren ?
¡ Tómenla ! ¡ Que nunca mueren
la libertad y el derecho !

Y serena y arrogante,
cuando lo hirieron las balas
tendió, cantando, las alas
aquella alma de gigante.
¡ Mudo el sayón un instante
á sí mismo dióse honor ;
y ante tan raro valor
que no se olvida jamás,
América un crimen más
presenció en el Ecuador !

Fue mártir, sin mancha alguna
de la liberal idea
en el club, en la nelea,
en la prensa, en la tribuna ;
de su sangre en la laguna
su corta vida admiramos ;
y su suplicio envidiamos,
llorándole en este templo
donde servirá de ejemplo
á los que tanto le amamos”.



EL DOCTOR APARICIO ORTEGA

MUNDIOSE en el misterio de la tumba, el 17 de febrero de 1910, este pensador genial, periodista valeroso que se encaró audazmente contra la tiranía, en varias publicaciones festivas y de combate, y libró las batallas de la ciencia económica y jurídica en las revistas que él creó, como *El Foro* y *El Caucho*, y en sus importantes obras inéditas, aunque inconclusas todas, como *Otro Inmortal*, en la que se propuso encomiar á Pedro Carbo. Nació en Guayaquil y se educó en Quito. Trabajó también en diarios de ese puerto como *La Nación* y el *Diario de Avisos*. Por dos ocasiones — la última en vísperas de su muerte — fue llamado al servicio activo de las armas con el grado de Teniente Coronel.

EN la Sociedad Científico-Literaria Cervantes, el 4 de julio de 1906, desarrolló una importante conferencia acerca de la doctrina Mouroe.

SUS ideas salieron de los límites de la vulgaridad.

HE aquí lo que decía en otra solemne ocasión :

«CORAZÓN é inteligencia, en relámpagos de felicidad como éstos (la inauguración del monumento á los

próceres del 10 de Agosto de 1809), sobre la atmósfera, sobre el éter, rasgándolos se elevan; en sus potentes y brillantes facultades van llevando, para ofrecerle á Dios, la esencia fortificante y sagrada de estas creaciones jurídicas: Familia, Patria, Nacionalidad! El hombre al nacer recibe de la Naturaleza los elementos necesarios para el desarrollo de la vida; pero Dios dejó á los propios esfuerzos humanos el formar familia y darse patria. Por esto llamo creaciones jurídicas, invenciones del Derecho estas grandiosas manifestaciones ó elaboraciones de la vida nacional ó civilizada, que decimos Patria y Familia. El Derecho es esencialmente humano; no hay Derecho Divino. Yo, el Universo; tú, hogar, familia, patria, mundo internacional. Te doy la vida; empero á tí te corresponde desbastarla, purificarla, hermosearla, hasta que tu obra sea siquiera pálido reflejo de la mía. — ¿No sería éste el lenguaje de Dios para con el hombre futuro, el que llevaba en su concepción inefable? Ve: unidad y armonía en donde quiera, por doquiera que gires, levantes ó hundas tu mirada. En la organización de la Familia, en la del Estado, en la de la Nación, y aun en la inmensidad de la vida internacional, busca estos dos elementos esenciales de orden y progreso: unidad y armonía. Un solo Jefe de familia y armonía entre todos los miembros de ésta. La potestad de este Jefe no es absoluta ni vitalicia, menos hereditaria. En la dilatación de la Familia ó sea en la formación del Estado, por lo mismo que los lazos entre las familias no son tan estrechos como los que unen á una sola familia, el Poder con limitaciones mayores por todos aspectos, hasta llegar á este grado de perfectibilidad social y política: Federación y Autonomía en el regazo de la más alta y honrada Democracia. »

¿GENIO? Desde las aulas del colegio fue el primer alumno: todas sus justas científicas y literarias obtuvieron siempre excepcional nota sobresaliente. ¡Cuán ruidosos éxitos en sus torneos intelectuales! En su grado de bachiller, renunció el restrictivo programa, sujetándose á prueba amplia y extraordinaria. Como abogado, fueron brillantes sus exámenes, cuando tantos otros, tras sudores de agonía, se reciben con habas negras, para ir después, muy orondos, á deshonrar la toga y alborotar el cotarro.

ERA temible en sus defensas, y por eso más de una vez se le apellidó el doctor *Candelas*. Lo malo es que á veces no reparaba en la calidad de las armas y se valía de todas.

DIPUTADO heroico, atrevióse solo, en uno como circo de leones, á zaherir á la temible fiera, en desesperadas luchas parlamentarias, como un apóstol del dogma liberal, que rayaba en mártir.

EN la batalladora y múltiple actuación del doctor Aparicio Ortega, tres hechos admiro; por ellos hondamente me conmuevo, y silencio, con humanitaria prudencia, sus flaquezas de hombre. ¿Quién no las tiene? Sólo que algunos saben ocultarlas astuta é hipócritamente, bajo la hopalanda del jesuíta. Cierto: Ortega no supo la ciencia del vivir ni se curó del respeto social.

LOS tres rasgos son: sus lágrimas quemantes y su duelo sublime ante la América por el temprano fallecimiento del excelso maestro, Montalvo, con la sagrada promesa de conservar sin mancha su escuela política y literaria; sus rugientes gemidos, hosco y solitario, entre las breñas de la fúnebre «Supayguaico», por el prematuro fin del luchador Vargas Torres, fusilado sombríamente y enterrado en fangosa quebrada; y, por último, el haber, en calles y paseos públicos, en el foro ecuatoriano y en el ágora tumultuaria, hecho justicia y reconocido, no sé si de buena fe, los méritos del gran espíritu despótico, García Moreno, exceptuando sus tiranías.

ENTRE las leyendas indias, recuerdo una, fundada en la caridad universal. Memorable héroe, después de ascender fatigosamente al Himalaya, llega hasta el dintel del cielo, no repuesto aún de sus mil trabajos y dolores. Todos los que le siguen ó sucumben, ó, desanimados por las arduas dificultades de la ascensión, no continúan adelante. Para colmo, hasta su mujer se desalienta; y sólo un fiel perro, jadeante, acompaña á su amo, como único amigo en sus derrotas é infortunios, ó en sus triunfos. Abrese el cielo para el héroe, mas no para el can; pero este hombre justo y abnegado no quiere entrar á la morada de la divinidad y de la dicha si su perro, testigo de sus penas, queda afuera. Los dioses, conmovidos por tal generosidad, dan entrada al animal.

EN la difícil pendiente de la existencia y casi en el ocaso de su ancianidad, esto le sucedió á Aparicio Ortega: todos le abandonaron, la sociedad le maldijo, sus amigos le volvieron la espalda. Sólo le ha acompañado

un leal mastín: su genio, altísimo numen, como el demonio del hijo del escultor Sofronisco. ¿Se abrirán para él las puertas de la inmortalidad?..... Si él supo ser probo, sí.

VIVIÓ en adverso medio ambiente, de todo en todo hostil. Sus cobardes enemigos cierta ocasión, en plena plaza principal y formando satánica chacota, le bañaron en una pila. La sociedad, que le aisló como un apestando, casi le corrompió con su mal ejemplo y falta de estímulo. El, de inteligencia clara, con luminosas ejecutorias, pospuesto; arriba la mediocridad triunfante; el éxito que va subiendo como pompa de jabón, y ascendiendo en alas de la nulidad y de la fortuna. Todas las medianías en lo alto; él, verdadero talento, bajo, muy bajo.

POR esto tuvo Ortega frases lapidarias, hechos raros y anécdotas agresivas, cual las de Arquíloco. Era su obsesión servir gratis á la patria. Trabajó algunas memorias de Estado. Andan por ahí festivos é irónicos documentos en los que pide que le nombren hasta ministro, sin renumeración alguna: la ironía es matadora.

FUE genial en todo ¿Por qué no reaccionó en su moral?

QUIZÁS sus oraciones, en el silencio de su alma lacerada por los tráfugas políticos, fueron como la de Sócrates: «Gran Dios, danos lo que nos conviene, ora os lo pedimos, ora no; alejad de nosotros cuanto pueda dañarnos, aun cuando os lo pidamos» Pero para los magnates y para gran parte de la sociedad, manejó el acero de Juvenal: «Pésese á Aníbal. ¿Cuántas libras de ceniza hay en aquel capitán? . . . » Hubo Aristófanes, hubo Melitos; pero nadie puso en duda el clarísimo talento de Ortega y su bien cortada pluma, herencia del «Cosmopolita». «América de Duelo es el único panegírico que, sin embargo de afearle varios lunares, merece salvar los límites de la ecuatoriana tierra y llevar á nuestros hermanos de Hispano-América la noticia de que no hemos permanecido indiferentes ante la muerte del más conocido, tal vez, de nuestros compatriotas. Deshonra para los que escudados con el ejemplo del protagonista del «Buscapié» no han acertado á seguir ni de lejos las huellas del que tan de cerca siguió las del famoso Manco de Lepanto. Pero, justicia obliga, Aparicio Ortega, mal que les pese á muchos, se ha manifestado en

esta vez no indigno del maestro. « América de Duelo » es magnífica muestra de cómo el estilo de escritor distinguido puede de otro ingenio recibir idéntica vida y colorido ». (1)

TAL vez, por los azares de la suerte, no fue capaz de levantar á sus enemigos sobre sus hombros y dejarlos á cubierto del acosamiento de sus vencedores, como Sócrates hizo con Jenofonte en la batalla de Delión; pero es constante el fanatismo de admiración, quizá por llevar la contraria á los políticos militantes, á su inmenso enemigo en ideas, el colosal García Moreno.

BLANCO de la burla, del desprecio, del destierro y de la cruel persecución, Ortega, como en paulatina degeneración senil, fue perdiendo el nervio y cohesión del atildado y fervoroso escritor de mejores tiempos; pero el fuego de sus inteligentísimos ojos no se apagó sino con la muerte. Su sordera, causa de escéptica sonrisa en los más, le sobrevino por una tortura política: permaneció, en las tenebrosidades de la policía, suspendido largas horas de los pies, hasta que la sangre aglomerada en la cabeza hizo fracasar los tímpanos. « El escribir forja cerrojos. ¿ A dónde se ha de llevar el pensamiento sino á un calabozo, ? » pregunta Víctor Hugo en su magno libro « Guillermo Shakespere, » en cuya primera página se lee como dedicatoria muy sugestiva: « Digo á Inglaterra la verdad; sin embargo, como tierra ilustre y libre, la admiro, y como asilo, la amo ».

ORTEGA, liberal de convicción, ha sucumbido no como jefe, sino cual soldado raso, en la miseria y en la oscuridad, como la arena del desierto que se pisotea y confunde. ¡ Oh, gran familia del progreso! descubríos respetuosa, como una hada de luto y pensativa, ante los despojos del hombre de carácter, incommovible en su credo, que no ha flaqueado ni ante el incubo trágico de la muerte y del olvido. Pasa Ortega á la historia contemporánea á manera del sultán que soportase la pedrea de eunucos, hasta cuando los pórticos árabes de la justicia se levanten sobre su sarcófago, como un monumento impercedero. Hasta entonces, duerma en paz, cual en el fondo de las profundas aguas del Leteo, este titánico naufrago de la vida.

(1) Víctor L. Vivar - De los panegíricos en honra de Montalvo. (Véase libro de juicio crítico de los escritos que en el Ecuador se han dedicado á la memoria de aquel escritor.)





IBARRA

IGNORO si Ibarra habrá celebrado, en la época colonial, el segundo centenario de su nacimiento; pero lo que el Ecuador no olvida es que, sesenta y dos años más tarde, tremenda convulsión terráquea la destruyó. Después, á impulsos del progreso, conmemorará su palingenesia de entre las ruinas. En 1906 festejó el centenario número tres de su fundación, con cantos melodiosos á la paz, al trabajo y á la industria, en medio de su clásico aislamiento.

CADA centuria es algo menos que una línea del gran libro que se llama historia de los pueblos.

LENTAMENTE fórmanse éstos, cual las capas geológicas del globo, á través de profundas convulsiones, de extrañas vicisitudes, de porfiados combates: toda una odisea de lágrimas y desalientos para ir, á la postre, arribando á las costas ansiadas del progreso. De los tiempos prehistóricos—verdadera vía láctea de mitos

borrosos y de períodos de neblina — pasan los pueblos, mediante una lenta evolución, á escribir los primeros renglones respetados por los años, á lucir las primeras estrellas con propio resplandor, ajeno á la luz fugitiva, á la fábula que propagan los vates primitivos, esos como aedas de obscuras y bárbaras embriologías literarias. La filogenia de los pueblos va acrecentándose, hasta que la humanidad pensadora la recoge con sed de investigarlo todo, sin olvidar las tradiciones, los cantos guerreros, los anales perdurables, el proceso, en fin, de su desenvolvimiento intelectual.

«LA gran importancia de la historia de la evolución para la inteligencia científica del mundo de los animales y de las plantas, es tan generalmente reconocida desde hace algunas decenas de años, que sin ella es imposible dar un paso algo seguro en la morfología orgánica, en la ciencia de las formas. No obstante esto, por la expresión «historia de la evolución», no se ha comprendido casi nunca más que un fragmento de esta ciencia, es decir, la evolución de los individuos organizados, lo que se llama habitualmente embriología, y que mejor designada estaría bajo la expresión más apropiada y más comprensiva de ontogenia.»

TAL es la génesis de las colectividades y de las razas, tanto de los arianos como de los turianos.

ASÍ fueron surgiendo, en la redondez del mundo, los egipcios, los iberos, los pelasgos, los helenos, todos los productos étnicos que poblaron la tierra y prepararon el camino á las futuras civilizaciones y descendencias.

CONSEQUENTE con esta misma ley se desarrolló el pueblo ibarreño. Ibarra, la noble ciudad de Ibarra, con gozo cantó el himno del tercer centenario de su fundación, que es como decir — en la aritmética de la humanidad que cuenta por siglos — el aniversario tercero de su nacimiento.

¿QUÉ historia inmortal puede referir en su infancia, asentada algo menos que sobre una base pliocena? ¿Ha trazado ya algunas páginas gloriosas en el libro de sus fastos memorables, esta «villa de horca y cuchillo», fundada en 1606 por D. Cristóbal de Troya, «hijo de

uno de los más acaudalados vecinos de Quito, llamado D. Alonso», y por encargo del Presidente Miguel de Ibarra?

PUEBLO niño, que estuvo paro en sus tareas, el más nuevo de todos los de la República del Ecuador, este generoso pueblo de ayer no más, posee su historia de tristes y trágicas notas, capaz de condensarse en una elegía digna de Calimaco; fue acocotado por la adversidad: en esta fecunda escuela vigorizó su carácter y mejoró sus costumbres. Aludo al tremendo terremoto, porque con solo esta palabra doy á conocer la importancia del pueblo ibarreño. Los corazones sensibles no han olvidado el luctuoso acontecimiento de 1868, horrenda y total catástrofe que abrió, con ímpetu furioso, el seno de la tierra y garramó íntegramente la energía y la vida de un pueblo que de señoero convirtiósse en algo como un aduar improvisado, con cuatro covachas á tres kilómetros de la derruída Ibarra, en la improvisada población «La Esperanza.»

TAL fué la melancólica y aterradora suerte de la célebre creación del patricio don Miguel de Ibarra. El grande edificio empezado destruyósse por completo. Los que en él habitaban, ó fueron sepultados sin remedio por el cataclismo ó el pánico les arrojó lejos, como las airadas olas del mar dispersan los despojos de los náufragos ó disgregan á los miembros de una misma familia y los arrastran á playas ignoradas, quizás á solitarias islas del océano.

¡QUÉ lúgubre cuadro!

APENAS lo he recordado para recalcar que Ibarra es metrópoli nueva, la más nueva de la patria. Con todo, amortiguado el golpe formidable, va escribiendo su historia con claridad que derraman los hombres ilustres, los cerebros que meditaron levantando en alto la antorcha de la idea y el lábaro de la virtud, como Pedro Moncayo, Teodoro Gómez de la Torre y Mariauo Acosta, el virtuoso, que admirarfa á los hagiógrafos. Este humilde canónigo que, en frase de un célebre pensador liberal «aparece, en último análisis, como una mezcla admiran-

da de un yankee y un anacoreta > prestó grandes servicios á la Ibarra del horrendo terremoto. (1)

UN pueblo que hace más de cuarenta años volvió á empezar la obra derribada, apartando los escombros del sendero; un pueblo que renació de entre sus cenizas, dispuesto otra vez á librar la batalla de su mejoramiento, escarmentado en la desgracia y con ánimo sereno, es pueblo de esperanzas halagadoras.

EL alma, este gran fenómeno de la naturaleza, se alegra cuando ve las demostraciones del mágico por excelencia, el movimiento, que es vida, luz y calor; extraordinaria trinidad que reina en el hogar ibarreño no enlutado ya y vivifica á la risueña ciudad que se congratula con el nombre de su fundador.

IBARRA, mansión poética, merecida capital de una provincia que cuenta con tersos lagos como el San Pablo, de límpidas ondas, Yaguarcocha de sangrientas tradiciones, Cuicocha de leyenda zoológica; á orillas de los cuales Virgilio habría cantado, en exámetros sonoros, la tranquilidad sugestiva de sus aguas, deja admirar sus dilatadas campiñas de eterno verdor y tonos suaves, propios de un idilio de Teócrito; su augusto Cotacachi de nieves perpetuas y su respetable Imbabura; sus riquezas naturales, su fértil suelo donde prosperan los variados productos aun de opuestas zonas agrícolas; la brillante vestidura del paisaje; todo lo que el viajero anota y el poeta rima; Ibarra, la hermosa virgen, apacible, seductora, que parece haber salido de la paleta del Ticiano, rey del claro-oscuro, está llamada á espléndido porvenir. Abriga la encumbrada aspiración de incorporarse ventajosamente entre las más cultas ciudades, porque cuenta con fuentes de riqueza de admirable espontaneidad. Mañana será, con vías de comunicación y ferrocarriles, el emporio del comercio, el jardín del arte y de la beneficencia para los que de suyo han dado

(1) El Dr. Mariano Acosta nació en un pobre arrabal de Ibarra el 28 de marzo de 1840. Doña Antonia Yépez Vásquez fue su madre y el honrado arriero Manuel Acosta Grijalva -que muchas veces dormía tirado en las piedras de un corredor y al descubierta, en sus viajes de ínfimo comercio desde el Chota-su padre. Por su carácter se levantó desde la negra oscuridad y la pobreza. Fue bedel en el Colegio Seminario de San Luis de Quito y Profesor en el Colegio Seminario San Diego de Ibarra. Disciplinó su carácter y dió ejemplo como sacerdote ejemplar que pensaba, no en matar, sino en morir por los demás, en sacrificarse en aras del bien.

sus hijos, como Cifuentes, Sánchez, Albuja, Troya, Chávez, Cerón, muestras que enorgullecen.

VIVA allí perennemente el grupo de estetas, surjan la pintura y la música, embriague la diosa poesía, broten los magnánimos sentimientos, prosperen las industrias, y su rumbo será cada día más halagador, en especial con abnegados educadores como José Nicolás Vacas y Luis Wandemberg.

PRUEBA elocuente de laboriosidad y de generoso vuelo del espíritu dió en 1906 Ibarra al abrir su exposición artística é industrial, estimulando los positivos bienes que á sus moradores acarreará la constancia en el trabajo, en la diaria iniciativa, en el esfuerzo individual, á fin de que el progreso levante su glorioso estandarte, y la holganza y el marasmo paguen eternamente con las setenas.

ADMIRABLES son los contrastes de la naturaleza en la región imbabureña: hace lujo de sorpresas y de cuadros de infinita variedad.

EL viajero que, dejando á sus espaldas Quito, atraviesa la estéril *Josefina*, paraje de profunda melancolía, más que melancolía, desesperante tristeza y de aridez como el Sahara; paraje que fatiga la vista con el juego interminable de cerros de idéntica perspectiva; y después de cruzar el callejón interminable de Malchinguí, recto como una cervatana, que da grima y mata de cansancio, penetra en los abismo de verdura del páramo de Mojanda, en el que sus dos tristemente bellas lagunas evocan las leyendas escandinavas ó las pinturas de Osían; este asombrado viajero siente inmenso bienestar y alegría cuando vislumbra Otavalo, de risueña y variada perspectiva, que va aumentando sus notas de belleza, como en un ensueño, hasta llegar á la patria de Ramón Viescas. Hasta entonces, ya ha olvidado la angustiada impresión del paso del *Guallabamba* y los múltiples zigzags de la infecunda *Providencia*.

IDEAL es la decoración que la artista naturaleza ha pintado en Ibarra. Después de tantos cerros blanquecinos y de tantas montañas de negro verdor, asoma la campiña sonriente, de tonos suaves, de praderas que con su galanura hacen revivir á la esperanza que agonizaba, ora con la fúnebre idea de la muerte del reino vegetal en

Malchingú, ora abrumada ante la grandiosa é intrincada arborescencia del frío *Mojanda*.

IBARRA es lo apacible: cuadro en el que la vista se recrea y descansa. Lo sublimemente monótono desaparece para dar campo á la más encantadora variedad. Vallecitos en los que parece que cantara el verde, al són de dulcísima orquestación, todas las notas de una gama de colorido delicioso: desde el verdinegro, que es la sombra del marco, ó el tono más grave, hasta el verde clarísimo, delicado, que se esfuma para convertirse en amarillo; desde el miraje de crespas montaña, hasta la pradera de caña de azúcar en su madurez; desde el verde del limonero, hasta el del mágico café, es riquísima la escala que recorre este matiz de lozanía y esperanza.

IBARRA es punto poético, morada para los dioses del silencio que gustan de alfombras mullidas y vistosas, que meditan á la sombra de cúspides gigantes; pero también que se aduermen en diminutos retiros de vida patriarcal. ¡Cuán fértiles los antiguos terrenos del español Antonio Cordero, de los indios de Caranqui y de doña Juana Atahualpa, nieta del Inca y madre de Gonzalo de Carvajal!

ENTRE huertos frondosos de eterno verdor, reclinada de uno y otro lado en las grandes faldas del Imbabura y Cotacachi, se halla la ciudad de Ibarra, en la extensa llanura que se forma de la dilatación de esas montañas.

VISTA de la altura, parece un tablero de ajedrez, por el plano en que está asentada y por la perfecta delineación de sus calles, en las que resaltan algunos amplios edificios públicos como el Colegio Nacional, enriquecido con la filantropía del historiador Pedro Moncayo, el magnífico Hospital de amplios pabellones, la Casa de Gobierno, la Municipalidad, etc.

No he presenciado atardeceres de tintas más variadas que desde la altura de Yuracruz, solitaria cima á la que el esfuerzo humano ha llevado muestras de su industria y su pujanza. Ante cuadro tan maravilloso, el hombre, á pesar de su pequeñez, quiere prorrumpir en cánticos, pero sus palabras son pobres para dar colorido á lo que ve desde la cúspide que domina á Ibarra, la reina del vergel imbabureño, en el que las flores fe-

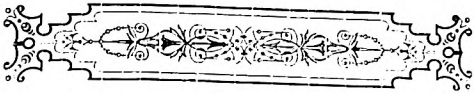
meninas, como dijo un humilde bardo, tienen espíritu de ángel y aliento de violeta. (1)

(1) De la revista *Pájaros Nuevos* de Nicaragua, reproduzco esta composición que, ante la magnitud del cuadro desplegado por la naturaleza, escribió como un estímulo al trabajo en la hacienda de los Sres. Atanacio, Rodrigo y Jaime Zaldumbide.

UNA TARDE EN YURACRUZ

Composición dedicada a los jóvenes Zaldumbide que, en la Tierra, que lloraron vida y progreso a la cima de un monte antes inaccesible y solitario.

¡Belleza infinita, explosión de luz!
 ¡Qué cielo, qué cuadros los de Yuracruz!
 La mente se ofusca, la vista se pierde
 en mares y abismos: azul, blanco, verde,
 matices de arco iris y tonos sobrios.
 Se enervan del hombre los débiles nervios
 con tantos paisajes y tal lontananza.
 Si el verbo declina, le sobra esperanza
 si absorto emudece, el alma gozosa,
 pequeño se mira y no halla una olea
 capaz de lo inmenso que quiere decir
 un mundo secreto que siente bullir.
 Preludia la tarde un himno de fuego:
 el sol majestuoso, con pompa y sociego,
 dirige su orquesta de notas triunfales.
 Poetas, pintores, no hay notas iguales
 cual lámina inmensa de acero bruñido.
 Yaguavcocha riela su oleaje dorado,
 en tanto que Febo, de espléndida grana,
 inunda a las nubes de gloria pagana,
 de blanco las viste ó azules las ojea,
 les da bellas formas, su faz las refleja,
 recorre para ellas la gama de luz.
 ¡Qué canto, qué música los de Yuracruz!
 El astro rechina su angusta cabeza
 y en torno derrama sublime grandeza:
 ya mantos púrpúreos, ya tul de colores,
 ya polvo dorado, ya mil resplandores.
 Cubre el Cotacachi su cúpula airosa
 con fajas de cirrus, su mole azulosa
 Imbabura vela con gasa fugaz,
 el Mojanda triste, oculta su faz,
 envuelto en las nieblas de la lejanía,
 con tintes brumosos de melancolía,
 el Chota se esfuma, y en velos sutiles,
 apenas asoma el distante Chile,
 cuando el sol se oculta detrás de los montes
 cambiando el concierto de los horizontes
 en gigante acorde de notas distintas.
 ¡Qué final, qué escena, qué cuadro, qué tintas!
 Regios funerales el cielo presiente
 para el sol que expira allá en Occidente.
 La histórica Ibarra, con tierna armonía,
 endechas entona porque muere el día,
 y envuelta en crespones de calma sagrada
 al fin se adormece la virgen callada,
 en tanto se queja, al morir la luz,
 la tórtola triste desde Yuracruz,
 y apenas murmura, con acento blando
 perdido en el fondo, el río Taguando.
 La noche despliega su ingente capuz,
 es otro el paisaje y es otra la luz.
 Absorto el espíritu con tanta grandeza,
 principia el poema de su honda tristeza,
 una, fuerzas le infunde la noble esperanza
 Al rudo trabajo altivo se lanza,
 despeja el bosqueje y se abre camino,
 poblando los montes audaz peregrino,
 con obras de genio que cantan la vida
 en cumbres escuetas do el cóndor anda.
 ¡Progreso y labor cambian el agrio Yuracruz
 en regio minarete de industrias y de luz!



POR LA DAMA

CON una tersura que encanta, se ha publicado en Guayaquil la composición que obtuvo el primer premio, lira de oro, en el concurso literario que en la Capital de la República del Ecuador se promovió para celebrar el Centenario de la Independencia de Colombia.

LA dama laureada en el torneo olímpico fue una niña de alma blanca, estudiosa y buena, que en sus ojos soñadores expresa cuanto de idealidad y de belleza guarda su tierno corazón; la vencedora fue la señorita guayaquileña María Piedad Castillo, excelente chiquilla, como con adorable franqueza la llamó ese titán del periodismo, siempre vencedor en la inatacable dialéctica, el injustamente tratado Manuel J. Calle. Esta poetisa de veinte años posee un corazoncito de patriota y un pensamiento de heroína, que laten con brío en sus romances dedicados á los « Cazadores del Guayas » y á los patrios de Quito. ¡Cuán sublime el dialogismo de *El Abanderado*, y cuán espontáneas rimas *A Quito en el centenario de la independencia!* La cuna del primer grito de emancipación en el Nuevo Mundo, la generosa ciudad denominada « Luz de América », recibió una dulce caricia de aquella almita angelical que sabe aplaudir los

grandes sacrificios, amar los ideales libres y regeneradores y transparentar así las nítidas imágenes que consagra, con afectuosos contentos, á Quito:

Salud, ciudad hermosa,
del Ecuador delicia.
¡oh Quito, cuna augusta
de redención y dicha!
Vayan á tí en las alas
del céfiro mis rimas,
fecunda madre de héroes
que á un mundo dieron vida
Viajera entusiasmada,
cuál rápida avecula
quisiera alzar el vuelo
y trasponiendo cimas,
llegar cabe tus muros
que sangre fertiliza
para soñar despierta
con la epopeya antigua,
y oír en alta noche
el llanto de las vietnoas
que en generosa lucha
tras de asechanza impía
rindieron la jornada
en trágica caída
y el humo de los libres
que ardiendo en santas iras
lograron rescatarte
del yugo en que gemías
mezclado con el choque
de espadas diamantinas
sobre la erguida cumbre
del inmortal Peloncha

SIMPÁTICA rival de Píndaro fue la bella Corina, y no sabemos que el poeta de los epinicios y ditirambos haya empuñado torpe lanzón para encararse y herir furioso á la dama griega disputadora de su gloria. Si tal hubiera intentado, la posteridad le maldeciría.

EN buena hora que seamos derrotados por hermosas contrincantes, y no por murciélagos que huyen de la luz. Cuando el bello sexo nos disputa la palma, caballerosamente debemos ceder el puesto, como nobles paladines que con fervor acostumbran recitar una oración de luces y de flores al pie de su dama.

LA hidalguía española, que en tortuosa calle ó en palenque cerrado se sacrifica por una mujer, cualquiera que ésta sea, y hace relucir en la punta de su espada el honor de ella, por desconocida que resulte, no se cultiva en pechos donde cardos y ortigas son las mejores plantas, sino en aquéllos en los cuales valor, desprendimiento, caballerosidad son lirios frescos y aromosos.

DON Quijote es bello símbolo: se tira de rodillas, al pie del trono de idealidades de la fantasía, ante la señora de sus pensamientos, por más que sea sencilla aldeana ó para siempre ignorada Dulcinea.

GRANDES países los que rinden parias á la mujer y no le disputan á regañadientes, como las verduleras del mercado, un ramo de laurel.

INNOBLE y vergonzoso sería, tratándose de la alígera fama, ir locamente en busca de ella, arrojando puñados de cieno á todo lo que nos corta el paso, hasta á una legión de virginales criaturas.

POR la sonrisa de una dama, de conciencia con fulguraciones de sol, casta y simpática como un serafín, daríamos de buen grado todas las liras de oro que por la victoria del trovero bohemio y cantor de la mujer nos adjudicasen los dioses que forman la comitiva de Apolo.

¿QUÉ otra cosa vienen á ser los juegos florales sino la apología de la mujer, de la reina de la fiesta que coloca una flor en la pechera del laureado vate?

ESA flor natural, obsequiada por la mano de una dama, vale más que cien liras de oro trabajadas por Vulcano, en la fragua quizás de la envidia y de la desesperación.

HONOR, inmortal honor á una dama, tratada descomedidamente por un mal caballero, es la institución de la orden de la Jarretiera.

CIEN codos bajo tierra nos sepultaríamos antes que arrancar, con garras de tigre y con voracidad de buitre, el botín que la esbelta adversaria conquistó en buena lid, y si no lo hubiera conquistado por pelear á nuestro lado, le cederíamos las coronas á fuer de galantes.

ESTAS ideas nos ha inspirado el diáfano romance de la niña María Piedad Castillo que, con gusto, volvemos á leer en honor á Colombia.

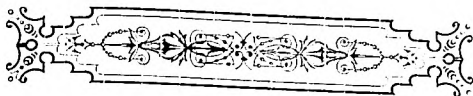
A orillas del Pacífico,
sobre su rubia arena,
como gaviota blanca
que hacia los mares vuela,
una Nación heroica
que hizo temblar la tierra,
ante el fragor excelso
de su contienda homérica,
se alza radiante y libre,
como ninguna bella!

VERSOS fáciles, sencillos, reveladoras de la bondadosa alma de la autora. Como albas palomitas, vuelan los heptasílabos del romance. Adelante, niña!; adelante con vuestras magníficas versiones del francés, aun de temas científicos, y con vuestros alados versos que hablan de patria y de ternuras á los endurecidos corazones!

NADA os importe que todavía se acostumbren luchas de boxeadores, arremetidas de muerte entre negros y brutales gigantes, pugilato de fieras en dos pies. Estos bárbaros galadiadores, sí, de una puñada podrían usurparos la lira de oro y aun con ella la vida.

PERO Píndaro no abofetea á Corina.





ALMA AZUAYA

I

MOS poetas son necesarios: pulen los sentimientos, mejoran las costumbres, reflejan bellamente su época, perpetúan la tradición, fomentan el cultivo de la estética. Ellos limpian la borra del corazón y levantan los ojos de la mísera humanidad á regiones de luz, de paz, de bien, que todo esto comprende el arte. ¡Benditos sean los poetas! Las naciones se honran guardándolos en su seno y disputándose su cuna. Mímenlos con amor, porque representan la cultura del pueblo y son uno como espejo social en el que se reproduce el alma de las generaciones. La naturaleza del país, el sabor de la tierra, el paisaje propio, el aire nacional viven en ellos.

VENID poetas sanos, verdaderos poetas, no de papel de oro, á enfervorizar los espíritus, á curar las heridas sociales, á civilizarnos. El enfermo, á un hospital; pero los enfermizos no son vates.

ALGUNOS poetas de esa como Arcadia ecuatoriana, la ciudad de Cuenca, interpretan fielmente el estado tranquilo de los moradores de aquel hermoso valle que besan el Yanuncay, el Machángara y el Paute, y sólo hallan amables.

“las flores que brotan las vegas azuayas,
las blancas palomas, las garzas morenas
que cantan que vuelan allá”

EN tan apacible reducto viven aquellos santos varones, casi olvidados del mundo, extraños á las luchas del siglo, moviendo el incensario ante los altares de la Virgen, murmurando fervorosas plegarias, leyendo devotamente la *Imitación de Cristo* por las feraces riberas del Tomebamba ó por las patriarcales alquerías. Sus costumbres son sencillas: tienen la obsesión del cielo, la blanda pasión de un amor infantil, lleno de inocentes aleteos de ilusión y de arrullos como de querubes; conversaciones castas, idilios con emanaciones de madrese-lvas y de azucenas; sueños venturosos y hasta pesadillas suaves, con paradoja y todo. Ya se figuran que, «á la pálida lumbre de un candil» y en el interior de la casa de un molino, canta tristemente la tahonera en presencia de sus hijos harapientos, al són del bailoteo del trigo en la tolva y el crujir del mollejón; ya se antojan que, entre sollozos, conversan con Dios y le agradecen por el dón de la muerte; ya que la novia ha volado al empfreo desde el nicho del cementerio.

SI, como dice Víctor Hugo, el escritor, quiéralo ó no, se transparenta en sus libros, pintados de cuerpo entero están en sus poesías varios de los dóciles y virtuosos bardos de Cuenca, que parecen vivir en una isla solitaria como la de Robinson Crusoe, en una época como la dorada, en la que no se conocía ni el mío ni el tuyo, en un solemne monasterio, poético y callado, como el que inspiró un poemita á Campoamor. Envidiable es el círculo pequeñito de sus ideas, y la reducida meta de sus aspiraciones más envidiable todavía: la bienaventuranza á todas horas, el amor á los santos, los rezos continuos, la afición á las avecillas y á las florecicas, los temas eucarísticos, la fiesta de los sábados de mayo, la apoteosis de María, la veneración al Santísimo Sacramento, las salves, las avemarías, los villancicos, las cantigas, la tertulia con los gorriones y las golondrinas y el permanente pensamiento de la eternidad, con los novísimos del alma.

Y nadie lleva mejor, sobre el pavés de cruzado medioeval, estas creencias, que el tierno vate Miguel Moreno. Profunda piedad y honrada melancolía me han traído las ingenuas páginas de su «Libro del Corazón». Su autor ha sufrido mucho: respeto su dolor, le compadezco desde el fondo de mi alma y hago votos porque vuelva á encontrar su perdida felicidad. Conmueven sus francas expresiones, y ante la llorosa imagen de las cuitas de Moreno, el sentimiento humanitario brota á raudales, como manantial de cariño y conmiseración.

Oigámosle, con la vista baja y en santo recogimiento : « Había yo encontrado la felicidad, si tal pudiera llamarse lo frágil y perecedero : la encontré en el amor de mi esposa, y en la ternura de mis hijos. Para hacerme comprender que no está aquí la ventura, Dios comenzó la obra de mi redención : me quitó á tres de mis hijos, luego á mi amada compañera cuya muerte fue como la mía misma, y á mi padre, el venerado maestro de mi vida ; y me los quitó en breve tiempo, sin duda por caridad, para abreviar los días de martirio, compendiar el dolor en un solo trance supremo y demostrar cómo puede vivir aún el árbol herido por el rayo ».

EN presencia de tantos infortunios y tanta sinceridad ; oh, pobre poeta, cruelmente martirizado ! cómo profanar tu tristeza con el frío análisis gramatical y literario ! Tus dolores nacen del corazón : eres verídico, eres bueno, eres campechanamente devoto, eres un hombre primitivo con algo de mártir y algo de ardiente confesor. Tus ascetismos de varón doliente y resignado, de Job torturado moralmente, se reflejan en tu demarcada fisonomía, en tus reveladoras ojeras, en el aire de simpática simplicidad que te acompaña, ¡ oh, poeta sin artificio, sin malas tentaciones, sin malicia !, ¡ oh amante honrado !, ¡ oh padre seráfico, resignado con tu fe de carbonero, conforme cristianamente con tu vacío hogar patriarcal !

EN otro tiempo figurarías con ventaja en el año de maravillas que escribió el P. Juan Croisset ; habrías ido, descalzo y con ceniza en la cabeza, como sublime penitente, á postraros ante el vacío sepulcro de Jesús ; tendrías, angelical y manso ermitaño del pesar, tu cabaña en el desierto, tu rebaño en una feliz pradera y tu fiel perro que, como á Roque, te trajese pan, no del castillo de Gotardo, sino de la granja campesina que tiene en sus atalayas : la heredad paterna de la llorada Dorita en la rústica iglesia

en que un sábado de mayo
al lucir alba risueña,
como dos gotas en una.

te uniste á ella.

DE tu psicología se saca en limpio tu inmensa devoción religiosa que llena de unción á las almas creyentes y de respeto, por tu sinceridad, á todos. Aunque infantil, toleramos que la Virgen del Río sonrís porque se casa Dorita, y miramos sin asomo de irreverente crítica tus frecuentes conversaciones con la Virgen de Dolores y



con los ángeles del cielo. Encarnas el alma religiosa azuaya que Remigio Crespo Toral la condujo con placidez hasta el idilio en « Mi Poema », poético brote de un corazón honrado, piadoso y henchido de fe, honda y sentida. No se opone que otras águilas hayan cantado á Bolívar en sus postrimerías, á Sucre, á Rocafuerte ni á profanas cosas, ya que, en lo general, temas obligados son los ensueños y lirios para la Virgen; las consideraciones acerca de María y la América en la que reina; la explosión de galas primaverales para la Madre de Mayo; los trinos de la avecilla extranjera « Argentina » posada en la crucecilla de la torre de la aldea para morir el primero de junio; las devociones á destajo; los interrogantes á la *Mater Pauperum*; las rimas becquerianas con asunto místico; las flores por centenares recogidas en el jardín de la que califican de *consolatrix afflictorum*. Y no es sólo inspiración para niños, primicias de la adolescencia, el sobado argumento mariano; hasta los viejos desempolvan las enmohecidas arpas y descuelgan las rotas liras para entonar endechas de la laya.

El sabio humilde y callado Francisco Febres Cordero — que rindió la última jornada de la vida en Barcelona, en febrero de 1910 — que colaboró con la abnegación de un mártir, en la instrucción primaria, fue también un « poeta de lira melancólica y devota » y un místico académico.

TAN desprovistos de ornamentación se ostentan, en su fondo y forma, las estrofas y romances del « Libro del Corazón » que el expurgamiento preceptivo y artístico sería inútil. La poesía va vestida con exagerada sencillez, hasta en su ropaje métrico: versos, en su mayor parte, de arte menor y rima imperfecta. Su mérito tal vez está en esto: en la excesiva naturalidad, en la nimia llaneza. Páginas de blanca intención, que no mancharon los demonios de la soberbia, de la avaricia y del amor impuro, fulgen buenas y limpias, santificadas por el dolor, empapadas en la nota elegíaca que solloza dentro del hogar. Ni Leviatán, ni Mamón, ni Asmodes se atreverían á empañar con su hálito ponzoñoso los ideales tranquilos del poeta. Jamás sus labios se mancharon con cantar vedado ni las ninfas idalias y las pecadoras de Magdalo turbaron la conciencia del asceta que se empeñó en demostrar, de acuerdo con estos versos,

“ Que si en el cielo equiparados brillan
Los nombres de CREYENTE y de CUENCAO ”

CUENTAN que Boissonade ponía al pie de sus artículos la omega, finalizadora letra del alfabeto helénico, y los publicaba humildemente en la última plana del periódico oficial. Capaz de otro tanto, por su infinita modestia, es Miguel Moreno, que nada ambiciona sino el bien, dentro del escorzo de su católico pensar, chapado á la antigua, que conserva muchas poesías inéditas que siendo el alfa en importancia, las cree postreras, dando paso á las pretensiones de tantos *dandies y cododés* literarios, que entre soponcios y gorigoris, como si estuvieran empecatados, invocan al mismísimo mengue poético, con versos tan abominables que no están en mollar, y que más bien deberían triturarse sin misericordia, ó recibir el enjalbiego del sentido común.



ESTAS impresiones me había sugerido la lectura del melancólico «Libro del Corazón», que guarda muchos encantos.

ALGO dí á conocer al público en su oportunidad, felicitando á la cuna del poeta. Ahora le doy el pésame y encierro mis palabras en orla negra, porque el sentimental vate pagó el postrer tributo el 30 de agosto de 1910, de trágica manera, ahogado en un poso de su heredad, á la margen del cual le llevó la morbosidad febril de su pecho atribulado por tantos infortunios que minaron su benefactora existencia.

SUBIÓ ya con fatigosos pasos el último repecho del calvario de la vida el martirizado poeta Miguel Moreno, hombre bueno á carta cabal, muy laborioso, médico de misión caritativa que, con ingenua bondad, desparramó obras de beneficencia por la florida y extensa llanura de «Paucar-bamba», católico á macha martillo, alma honrada, constructora de templos, como la de un cruzado y paladín antiguo; timorato y modesto maestro de la juventud, padre de familia modelo. Escribió muchísimos versos, que no todos se han condensado, con metódica selección, en libros. Sufrió grandes dolores, orfandad y ausencia de seres queridos, angustia que se

transparenta en sus quejumbrosos romances, que tienen algunos los encantos y dulces palideces de las alboradas de mayo, que evocan otros, con piedad de anacoreta, á María, nombre « más puro que los pétalos de un lirio », que abundan unos cuantos en leyendas medioevales de la Virgen, en prinicias literarias á la misma, en asonantados recuerdos al ángel de la guarda, á la cruz de los zagales, á los pastoriles cuadros de Belén. Con razón el gigante bardo Remigio Crespo Toral, fraternalmente, le bautizó de santo.

MORENO refleja el alma azuaya, mística y profundamente poética á su modo, en medio á veces de los prosaísmos del verso machacón y de la redundancia de los florilegios sagrados; casta no obstante los vientos protervos del siglo y las salacidades de la provocativa moda; adorablemente ignorada, en su mayoría, de tantos problemas sociales, en plena invasión de ciencia y de curiosidad mundanas. Cantó lo inofensivo, lejos, muy lejos del pecado.

LA ciudad de Gil Ramírez Dávalos, una como Bética ecuatoriana, que rememora á la capital de Castilla la nueva, donde fue Guarda Mayor don Andrés Hurtado de Mendoza, es patria de claros ingenios que honrarían el ágora y el foro y han mundificado la cátedra sagrada. Los talentos allí forman legión: la bella literatura y el arte en general tienen fervorosos predicantes. Testigos y elocuentes refrendarios son los cien libros y folletos que de allí han salido, y las obras maestras que brotaron de las canteras de mármol rosado de Sayausí y Machángara y del alblsimo de Tarqui. Fluye en Cuenca muy clara, como sus abundantes aguas, la inteligencia, rica en bellas concepciones, como sus minas del Zamora, y en gracias, como las suaves remansos del Tomebamba que muestra su tersura por las florestas del Egido.

SOLANOS, Borreros, Proaños, Cuevas, Malos, Borjas, Corderos, Peraltas, Rendones, Arízagas, Vázques, Calles, Crespos, Aguirres, Montovelles, Muñoces, Corrales, Córdovas y otras plantas de robusta savia intelectual oriundas son de la ática Cuenca, que ejemplifica, en la historia ecuatoriana, este justo dictado helénico, pero no á la manera del gran Juliano que intentó revivir la muerta grandeza pagana.

ALLÍ floreció, con honores de catedrático y formando escuela, Miguel Moreno. Tuvo procedimiento

literario propio, sin reflejo de extraños países, belleza con marca local, forma netamente suya, nacionalizada inspiración, pensamientos de su exclusivo cerebro, no del ajeno. Su estado de ánimo era de constante hambre y sed de justicia. Su ciencia mental, su franca convicción, el objeto de su vida, se explican con una sola palabra: tristeza. Lo que pensaba en su corazón, eso era en el exterior Miguel Moreno. Para este enfermo del alma, para este piadoso desalentado, para este horizonte de continua tempestad, convenía un rayo de sol, una alegría en el hogar, un robustecimiento del carácter, una psicoterapia especial, el tratamiento de un alópata delicado que le infundiese alegría.

TODOS te comprendían y, sintiendo tu honda emoción, te compadecían. Quizás en esto consiste el arte supremo: en la naturalidad y el sentimiento; en vaciarse en el alma del lector, sin esfuerzos ni afectaciones. ¿Por qué no fue otro, más en consonancia con el moderno batallar, el concepto que tuviste de la existencia? Cuestión de temperamento. Tal vez fue mejor así, para no incurrir en las vulgaridades de la duda, en los reveces sociales de la decepción, en el convencionalismo que desvirtúa la personalidad, en la mentira que bordea hermosuras de efímera consistencia.

FUISTE verdadero, aunque no hayas sido artista revolucionario; fuiste el alma de una época proba que ya no volverá!

HOY hay nuevos rumbos, nuevas tendencias estéticas y nuevas lágrimas. «La América española, dice Manuel Ugarte, esta pidiendo artes y artistas, no sólo porque los navíos emprendedores necesitan pilotos de porvenir, sino porque la belleza nace con la civilización y es, por así decirlo, un complemento de ella. Pero nuestro arte será libre, sano, audaz y joveu como la tierra en que ve la luz. No se trata de añadir, como prendida en un alfiler, una orla de oro á la túnica de la raza victoriosa, sino de bordar sobre la carne misma las galas de que debemos envanecernos. La belleza no puede ser una cosa trasplantada y exótica, sino un brote nacional y espontáneo, una raíz hecha flor».

TENGAMOS literatura nacional, no olvidemos nuestras nobles tradiciones, oremos siempre en el altar de la honradez, no lloremos mucho, sino mas bien trabajemos apercebidos á la lucha; y glorifiquemos á nuestros poetas, sobretudoo á los que sufrieron y sembraron incansable y desinteresadamente el bien como Miguel Moreno.

II

TRANQUILO y feliz debe de sentirse el hombre que, sin gallofeear dichas y placeres que se esfuman, aun cuando ve aglomerarse la nieve de los arduos inviernos de la vida, multiplicarse las canas adquiridas tras acerba y madura experiencia y crecer las arrugas formadas por los sufrimientos, se considera aún niño por el modo de inadvertir la decepción terrenal, se juzga tímido galopillo de María y discurre como tal, limpio de manos.

COMO una grata momería, ejecutada inconscientemente, consideramos los prístinos ensayos literarios de mejores tiempos, juguetillos que la reflexión ó el incesante bregar arrinconan para dar paso á más útiles tareas; por esto, después nos reímos de los balbuceos poéticos y del garrapatear baladí; procedemos de muy distinta manera, con la fría reflexión, á pesar de reconocer que la inocencia es tesoro codiciado. Todo tiene su época. Pero en la edad proecta pensar todavía como adolescentes, rara virtud es que molifica el espíritu. Quizá esta privilegiada venturanza, libre de los abrojos del vicio, obedezca á la idiosincracia de la dócil criatura, al patriarcal medio ambiente, á una mística obsesión que todo lo mundano desecha, como acontece con los bardos del Azuay, que, en ocasiones ejercitan su fecundo ingenio en nimiedades cándidamente encantadoras, propias de la beatitud imponderable de los que, huyendo del trá-fago social, habitaron en el yermo, al modo del solitario Pafnucio que ilustró con su austeridad los desiertos de la Tebaida que circundan á Heráclea.

A propósito, una anécdota mística. Como inquiriese cierta ocasión este discípulo de Macario á qué santo se parecía, contestóle tenue y misteriosa voz que á un músico que canturreaba por allí, cerca de Heráclea. Púsose con asombro á averiguar por el desconocido artista, y le indicaron que dejaba oír su voz en una taberna para regocijo de los bebedores. Pafnucio, cada vez más curioso, conferenció con él, y no tardó en saber que era un miserable, que había sido temible ladrón y bandido abrumado de aborrecimiento. En el colmo del estupor, pensad, le decía el ejemplar ermitaño, qué acción buena habéis hecho en tu vida. Acordóse el criminal que una noche había arrancado con valor á una virgen

de las garras de sus compañeros salteadores para devolverla, intocada, inmediatamente al monasterio; y que otra ocasión, hallando á una afligida y bellísima mujer que se había desorientado en el desierto por huir de sus perseguidores, encarnizados contra ella á causa de la defraudación de su esposo al tesoro, la consoló, proporcionándole alimento y además 300 piezas de plata para que pudiese salvar á su familia.

TAL el mágico canto de las almas, la poesía. Si hasta á los protervos es capaz de inspirar hechos grandes é impulsarlos al bien, alzándoles del fango del delito para que escuchen la armonía de las esferas, ¿cuánto más á los de sano corazón, á los modernos Pafnucios, cultivadores casi por costumbre de acciones laudables?

ALBOREABA apenas la versificación castellana, cuando ya aparecieron, junto con los trovadores heraldos de la poesía popular, los romances religiosos y las cantigas á María, que después fueron extendiéndose, del período del infortunado rey Alfonso X al pontífice lírico Luis de León, desde el fecundo Lope de Vega al deslumbrador José Zorrilla, el de la leyenda *Margarita la Tornera*, inspirada quizá en un episodio del *Quijote* apócrifo. Antiguo y frecuentadísimo ha sido el tema, difícil por lo mismo de revestirse con las galas de la novedad. ¡Qué de hinchadas metáforas, de afectadas exclamaciones, de soporíferas tautologías se han puesto en verso, fatigando á las Musas en el anhelo de forzar el común argumento! Así, lo místico se ha vuelto epigramático, como puede verse en los disparatorios métricos, no de locos como Simón José Cera, sino de acreditados bardos nacionales.

DE aquí que la inspiración conquense, nacida en idéntica fuente, de cuyas aguas han bebido todos, sea de tomarse en cuenta por el hábil empeño de los místicos escritores de imprimir originalidad y fluidez á lo que en la hora actual es pobre, manoseado y empalagoso: las redundancias rimadas á la noble hija de la tribu de Judá. Los predecesores azuayos en este género dejaron pálida estela que se fue tornando más luminosa, gracias á los que, siguiendo esas huellas, procuraron ampliar el camino, suavizar el sendero y dejarlo como no trillado.

No obstante las numerosas producciones de la naturaleza de los *Sábados de Mayo*, la lira de la *mejor comarca* continua dejándonos oír sus sonoras pulsaciones en tal sentido, con inagotable numen, con vena ina-

cabable, como se observa no solamente en el citado tomo de poesías compuesto en sus mejores tiempos por Miguel Moreno y Honorato Vásquez — en el que singulariza cada uno con su firma los trabajos literarios que le pertenece —, sino en cuanto versificador joven, con la leche todavía de la preceptiva retórica en los labios, se presenta en el estadio de las letras.

HERMANOS desde la infancia se denominan cariñosamente aquellos maestros; amigos que fueron inseparables, unos en la creencia, que la confiesan en el proemio, en colaboración, de los *Sábados de Mayo*, al referirse al íntimo pensamiento que informa á la poesía de sus coterráneos y á la condición propia de las variadas estrofas del bello libro, del cual con amor dicen: «El público acogió bondadoso esos versos, y la generación de adolescentes que nos seguía en el Colegio y en el Liceo de la Juventud, en hermosos ensayos que hacían predecir los triunfos que luego ha cosechado en distintos géneros de literatura, nos atestiguaba su simpatía con la índole regional casera de nuestros versos. Ingenua, modesta, religiosa como nuestra vida de hogar, plácida con la plenitud de esa vida sana y fiel á sus tradiciones, robusta con el brío que al alma da el amor de lo bueno y de lo bello, vigorosa para el diario combate de la vida, porque sabe que ella se nutre con la inmortalidad de la esperanza; así es la poesía de nuestros jóvenes amigos azuayos, quienes, venidos después de nosotros por el sendero de las letras, han llegado y seguirán avanzando á donde nosotros no hemos podido llegar.»

Los que educaron á la juventud azuaya, y quienes todavía la educan, infundieronla de antaño, desde las primeras horas del aula — y no cesan de infundirla en escuelas, colegios y universidades — aliento místico, que arranca de muy lejos, y que se ha transparentado en los deberes del alumno y en cuanto vagido literario se ha dejado oír en el periodismo. Obligados tributos de este jaez son los que, revolviendo viejos papeles, se encuentran con los nombres al pie, ya del gigante lírico don Luis Cordero, acreedor á justos lauros en vida, como Petrarca, Quintana y Zorrilla, ya de Miguel Angel Corral, Joaquín Fernández Córdova, Manuel Salcedo, Antonio Marchán, Julio Matovelle, Miguel Moreno, Honorato Vásquez, Remigio Crespo Toral, quienes han compuesto, en diversas formas y con ricas imágenes, durante largos años del fatigoso existir, coplas melancólicas y diatérmanas, abrasadas al rojo blanco de la

veneración á las divinidades, henchidas de prolongados suspiros por el cielo, labores de tal modo estimadas por gran parte de la República pensadora que á estas poesías se las ha llamado «una página de oro en la historia de la literatura ecuatoriana.»

BUENA fe y sacro anhelo las abona, por más que en la presente éra de transición y de positivismo no encarnen todas la genuina belleza ni el progreso nacionales. Quizá el siglo considera á este ideal muy inocente, defectuoso por exceso de mansedumbre, para que á cada momento pueda ser humano, real y vivido, por sentimental y cristiano que parezca. En un tris está del ameneramiento, si notamos que entre las selvas y á orilla de los ríos, por calles, plazas y cementerios anda la Virgen, y por donde quiera los reinos de la naturaleza han nostalgia del cielo, como lo manifiesta el erudito Honorato Vásquez con su cálido estro.

UN notable crítico le juzga así: «Hermano de Moreno por el sentimiento, hermano por el ideal que informa sus composiciones, Honorato Vásquez se distingue, ante todo, por su tendencia mística y por la perfección del concepto, la artística disposición del poema y la corrección de la frase.» Y después de concienzudo análisis, añade: «La nota elegíaca es la predominante en las composiciones de Vásquez. Pero es su tristeza una tristeza sana, la del que sigue la senda del dolor amando el dolor, considerándolo necesario como sacrificio expiatorio.»

EL entusiasta elogio de los *Sábados de Mayo* termina como férvido sermón. El padre *Stein*, que calza muchos puntos en eso del lirismo majestuoso y clásico, sigue moviendo de semejante modo los afectos: «Y que la *Santa Virgen*, á estos sus heraldos de la poesía *Mariana* en el Ecuador, concediéndoles la renovación de la primavera, haga que canten *veinte años después*, juntando á las ternezas de su idilio, que hoy sale á nueva luz, la alegría de pasadas venturanzas. Todavía la *Virgen* de su barrio (*Morenica del Rosario*), la de su casa, la de sus hogares, recibirá adelfas y cipreces á los poetas que la coronaron de lirios en los distantes sábados de su poética adolescencia.»

PROSAICA y sin calor, ante tales anhelos, resulta la plática de San Juan Crisóstomo que marcha por vía algo parecida: «Nada impide á una mujer, teniendo la

rueca ó tejiendo su tela, elevar el pensamiento al cielo é invocar á Dios con fervor; nada impide á un hombre, mientras acude á la plaza pública ó va de viaje, orar atentamente; otro, sentado en su tienda, cosiendo el cuero, puede también ofrecer su alma al Maestro; el esclavo en el mercado, en su ir y venir, en la cocina, (si no puede ir á la iglesia) es libre de elevar ardiente plegaria: el lugar nunca avergüenza á Dios. . . . ». Reemplácese los nombres de *Dios* y *Maestro* con *María*, y se tendrá, en sustancia, la misma doctrina de *Stein*, para el barrio, la plaza, el mercado, el hogar.

EL misticismo es tolerable y toca á todas las épocas; seduce á veces si el alma tiene sed de lo desconocido, sea una divinidad, sea el ignoto ideal; es consolador en algunos estados psicológicos, cuando no hay ni asomo de hipocresía. El hombre tiende á lo misterioso, á lo incomprendido, y cuando se ve incapaz de aplacar tanta sed, recurre al misticismo que tiene múltiples fases, variadísimas formas, desde la aniquiladora de los *yoghis* de la India, hasta la espiritualmente erótica de Teresa de Jesús. Cabe en el marco de todas las creencias y de todos los pueblos, pues su vida emocional es infinita: aun los irreligiosos pueden ser místicos á su modo.

POR esto el alma se abre á las ensoñaciones del pasado y siente el hálito aromoso y embriagador de mejores tiempos, cuando recorre las nítidas páginas, evocadoras de distantes alboradas, de los bardos Moreno y Vásquez y se recoge á recitar temblorosamente sus romances menores y sus fáciles bordones, sin embargo de la sombra de machaqueo y del vago prosaísmo que alguna vez de la misma falta de artificio se desprende.

¡CÓMO no enternecerse y sentir húmeda la pupila, cual ante casta é inefable declaración amorosa, con las escenas que calmadamente desarrollan estos envidiables y virginales corazones? Abriendo las muelles y brillantes hojas de la infancia, salpicadas del purísimo rocío de la fe y acariciadas por la brisa de la devoción, hablan así, como si todavía fueran pequeñuelos, de las exquisitas esencias de rosas y violetas del tradicional Mayo: «Era la mañana de un sábado de este hermoso mes. Muchos años hace, dos amigos penetrábamos, niños, en un templo, en cuyo ambiente se respiraban los perfumes del incienso, el silvestre olor de la retama y el romero, y el delicado aroma de las madre selvas, jazmines y claveles. En el altar mayor de la iglesia ardían

delante de una imagen de *María* algunos cirios, cuyo lánguido chispear alternaba con las suaves y casi imperceptibles voces de los fieles, que elevaban su oración á la Reina de los ángeles. Avanzamos al altar, llevando un ramo de flores; mas la Virgen estaba en un sitio muy alto, para que nosotros, pequeñuelos, pudiéramos estampar un beso en sus pies y depositar nuestros pobres dones en los floreros. — Así fue que, arrodillados, le elevamos nuestra oración, y después de dejar las flores en el suelo, salimos del templo. Cuando regresamos por la tarde, ya una mano compasiva había levantado nuestros ramos y colocádoles en un florero ».

RECOGIDOS en el alcázar interior, en el que, como un jardín abandonado, cizañas y cardos ahogaron á las débiles plantas, y aleteo de pasionales murciélagos ahuyentaron al colibrí de la credulidad, los escépticos se conmueven todavía ante aquella humilde y espontánea confesión, que raya en idolatrada quimera. Al contemplar tan tierno cuadro, descorriendo el velo de la llorada lejanía, he recordado los sosegados días de la infancia, las horas del masculleo de *Fabiola*, que me conducía al país de arcanos de las catacumbas; todas las portentosas lecturas de la época feliz; las leyendas de *Lourdes* con los éxtasis pastoriles de la enfermiza *Bernardita*; los eucólogos de los colegios seminarios, las variadas alegorías de *María*, personificada en el cromo y en el yeso; las frases que murmuraban á mi oído personas queridas ó autoridades venerandas, sacadas de los padres de la Iglesia como *San Bernardo* que se ponía á temblar sólo ante la idea de hablar de la Virgen é intentaba quemarse previamente los labios y purificar su lengua, cual nuevo *Isaías*, aunque fuese con un carbón convertido en ascua, tomándola de la más alta grada de un altar tal vez semejante al que los simpáticos chiquillos *Moreno* y *Vásquez* no pudieron alcanzar ni de puntillas con su lozano ramillete. Y he refrescado también el sinnúmero de símbolos y símiles con que perifrásticamente se llamaba á *María*, desde sol, luna, estrella de los mares, aurora de esperanza, hasta madre *pulquérrima* y consolatriz, asilo, arca, gozo, abogada, torre de marfil y esposa sin mancha, con más las analogías bíblicas y decires antonómicos de *Judit*, *Ester*, *Abigail*, *Aza*, *Abizag*; una leñanta lauretana, en fin, con ripios y todo, en el afán de este culto de hiperdulfa.

¡OH, mil veces dichosos los ejemplares varones á quienes, al través de las tormentas de la existencia, de

sus ruines codicias y de los escandalosos huracanes iconoclastas, les sigue pareciendo alegres los postreros sábados de Mayo, todavía galanos para la vista y para el alma, halagüeños en lo físico y en lo moral; días en los cuales las niñas y las aves ensayan melodiosos gorjeos que anuncian á María! Beato cuencano aquel que no sólo rememora tan dulces cosas, sino que en la fría vejez las ejecuta, ayer como hoy, aquí como

Allá, cuando en *tu* valle,
ardiendo de entusiasmo
corría en pos de flores,
para adornar cantando
la *Virgen de la Peña*
los sábados de Mayo

El arrobador poeta de Hontiveros, Juan de la Cruz, no despreciaría tanta ternura y sensibilidad, que parecen salidas de sus propias canciones ó brotadas de la *Noche obscura del alma*, sumergida en la delitable contemplación de lo absoluto, cuando desde las soledades del convento de Ubeda viajaba por místicas regiones, sin acordarse de las dolencias del cuerpo.

PERO en medio de tales delicias y efusiones, se barrunta — ¡oh, censurable suspicacia del mármoleo crítico! — algún asomo de pobreza de ideas, cierto recalco de un mismo procedimiento. Casi no hay una límpida pieza literaria de los *Sábados de Mayo* que no se enamore de las hermosuras vegetales, desde las azucenas, los rosados amancayes, los lirios, las diminutas orquídeas de los valles del Tomebamba, como la flor del mosquito, hasta la viola tricolor enviada á Clorinda en cambio de un pensamiento, las ramas de trébol, las hojas que brotan y mueren, los rosales y las gramas no amarillentas sino verdes, sin huella de profano pie, de las que sería exacto decir que «cual en panteón solitario está el gramal». Tal vez no vemos deslizarse una sólo página que no evoque á las niñas, á los cielos, á las aves, desde las solitarias torcaces y garzas del alisar hasta el travieso *quinde*, y, en medio de todo, el sonoro nombre de María y su radiosa imagen llenando la inmensidad de la naturaleza.

Y el lirio y la azucena,
las rosas y los nardos
se ostentan primorosos
los sábados de Mayo:
y el tímido arroyuelo,
las brisas de los campos,
las niñas y las aves
ensayan dulces cantos

No anoto esta prodigalidad como defecto capital, sino que dejo constancia de lo que es característico en tan apreciables autores. Así en la poesía *Efluvios* hallaréis lo mismo :

¡Oh! cuán hermosa es la tierra
con las flores y las niñas!
por ambas cantan las aves
por ambas cantan las brisas
¡Vida del suelo las flores,
vida del alma las niñas!
¡Oh! cuán hermosas del cielo
las bóvedas infinitas!

Y en la siguiente composición *A María* del insigne publicista Sr. Dr. Honorato Vásquez, el de la pasmosa defensa de la patria ante el derecho y la legalidad, saboreo también idénticos manjares :

Si no hay flores, Señora,
cuando el estío abraza,
siquiera hay hojas secas
caídas en la grama.

EN la que va á continuación, siempre pedazos del firmamento y aves de paso : cielo de tu mirada, ave errante que lucha con el destino ; alegorías que no son ingratas y vuelven á menudo.

DE la deliciosa poesía *La Flor de la Montaña* se puede formar un vistoso y perfumado manojito para la «Reina de los querubes». La intitulada *Hija de María* tiene igualmente su eden y sus niñas, es decir, lo que atrae y tonifica.

Amante corazón, que lates tierno:
si por las niñas ruegas al Eterno
ruega por mí también.

EL idílico poema *Amor de un ángel*, delicado en sus pensamientos, suave en sus imágenes, fácil y variadísimo en su versificación, es algo digno del emíreo, un amor castísimo, señuelo de serafín, imposible, santamente irrealizable. Rebose en frases tiernas para Eloísa, dulzuras que encumbran al joven á la cima de otros mundos más perfectos, cariños infantiles que agitan blandamente las fibras de la pérvida entraña y las purifican y afinan.

Amor mío de mi vida,
casto ensueño,
manojito de claveles
entreabiertos.

¿HAY algo más tierno, hay algo más merecedor de afecto, de simpatía y de llamarse sabroso madrigal, nítido poema del alma? Nada importa, ante lo inefable de la frase y del santo amor, que sombras melancólicas de sauces, lloros infantiles y prosas ingenuas alguna vez empañen tanto primor.

Si tu primero te mueres,
yo he de seguirte..... ¡Ay!, entonces,
allá, en la mansión celeste
renacerá el amor nuestro
para siempre, para siempre

SÓLO bardos que con profunda y ardorosa convicción creen, como Miguel Moreno, que el poeta debe hacer con su lira coro á lo eterno de los cielos, son capaces de producciones que, no obstante lo sobado del tema, les sacan airosos.

No se han cansado las avecillas de agitar sus blancas alas y en bandadas revuelan en *Las tres auroras*.

LA odita anacreóntica, por la nota local, tiene un sí es no es de prosaica, como se puede ver:

Contempla aquí este nido
y mira en él un ave
un *quindicillo* tierno
que ansioso el pico entreabre
¿Qué dice este esqueleto?

DE la lejanía arriban «las golondrinas viajeras vagando sobre las cruces», en la composición *La Virgen del Cementerio* que nos inunda de cielos.

¡CÓMO resaltan la bondad del temperamento y la paciencia del justo en el precioso juguetito ¡*Ro, ro!*, gracioso, cándido y delicado, que borra con su lectura la dureza humana y hace olvidar las horas de la desesperada lucha pasional!

GUSTAN, deleitan las poesías que en los *Sábados de Mayo* conservan el sabor de la dolora y la delicadeza del madrigal, por más que sea una irreverencia bautizar los místicos y frescos brotes con nombres profanos.

FILIGRANA de prolijo engaste salida de las blandas manos de Campoamor es la poesía *Sombras de Honorato Vásquez*, que encierra y deja admirar los quilates de una legítima joya.

PLEGARIA genuinamente del pueblo, grito de la humildad cristiana, elevación á las alturas de la fe, pu-

ra y desinteresada, súplica de una alma pobre deleitablemente ignorante, hondas frases de la credulidad campesina encierran la *Oración de la Huérfana*, real y familiar recurso deprecativo, que resume las amarguras de la soledad y del infortunio.

EL escogido poeta Remigio Crespo Toral mezcla sus efusiones místicas con las de sus entrañables amigos de los *Sábados de Mayo*, y franquea la intercalación de *La Virgen de la Escuela*, en la que también nos recrean los niños, las flores, los pájaros y el cielo.

ABRAZAR estrechamente á Miguel Moreno es poco después de la lectura de los *Cantares de Elina*, bellos por su sencillez, por su ternura, por ese no sé qué de cautivador y fácil, en el que se descubre al poeta y se exclama ; *Es él!*, esto es, el lírico «de corazón ardiente, que sueña con las sílfides y vive del amor.»

SE caracteriza más la musa popular en el triste *Yaraví* de acentos que recuerdan el propio terruño.

NUNCA se halla más confirmada la sentencia inspirada en los *Proverbios* de Salomón—que alude á las palabras del sabio, del prudente y del bueno, contraponiéndolas á las del necio:—«de la abundancia del corazón habla la boca», que en el libro los *Sábados de Mayo*. A cada paso, como en *Bodas que matan*, los buenos consejos y las frases de piedad para las

Niñas, frescos ramilletes
de nacientes rosas blancas.

LA poesía ; *Cantaba, pero calló!* me ha recordado la popularísima *Aures* del célebre antioqueño Gregorio Gutiérrez González.

PROFUNDAMENTE sentida es la composición *Perdón de Madre*, que penetra á lo íntimo de las entrañas, para desgarrarlas á fuerza de dolor. Con sublime acierto exclama el poeta : « ¡ La madre siempre perdona ! No puede ser más honda y filosófica la conclusión, que tiene marcado dejo campoamorino y estoy en un tris de agregar que hasta pesimista á lo Heine.

¡ Y apagóse el cirio, y luego
la doliente voz calló !
¿ Qué fué de Julia ? Lo saben
tan sólo su madre y Dios.



No pensaba con más profundidad y finura Becquer en algunas de sus rimas, como *Alguna vez la encuentro por el mundo y pasa junto á mí*, y la otra *Asomaba á sus ojos una lágrima y á mi labio una frase de perdón*.

PARA mayor abundamiento de la sinceridad que revela el alma de Moreno, que ha permanecido pura al través de los años y los vaivenes de su aciaga suerte, la afectuosa poesía *Cantamos* habla como el principio de la obra, siempre con albura de conciencia. No ha cambiado el bardo á pesar de los cuatro lustros transcurridos. *Años después*, Miguel murmura modestamente á Honorato:

¡ Amigo, la Santa Virgen
con creces nos ha pagado
esas flores y esas rimas
de los Sábados de Mayo!

CÚBRESE el corazón de luto al final del místico libro. ¡ Cuántos padeceres para el atribulado vate! Rudos golpes de la fortuna, sepulcros abiertos, lágrimas, tristes aventuras capaces de agotar el valor y la paciencia del más resignado cuenta Moreno á Agustín Cueva V. en su de veras *Flor de mi pena*, evocadora de un enjambre de cuitas y á propósito para un raudal de lágrimas.

III

REFIEREN del místico Juan Gaspar Lavater, llamado por algunos el *Fenelón de Helvecia*, que á pie juntillas creía en los prodigios de los taumaturgos y en las artes malignas de los hechiceros. Esto no le impedía sumergirse en prolongados éxtasis religiosos y practicar el bien con actividad y unción caritativas, como en las sangrientas revueltas Suizas y sobre todo en la toma de Zurich por Masena, jornada en la que animosamente socorrió á los heridos, recibiendo en premio traidora bala, hija del fanatismo, que le ocasionó largos sufrimientos y por último la muerte. Lavater, entre otras cosas, compuso sus *Cánticos sagrados* y sus *Sermones*, en alguno de los cuales trata seriamente de la existencia del demonio. Estaba convencido de haber descubierto una

ciencia — la Fisiognomía — por medio de la cual se imaginaba conocer el carácter del hombre revelado en sus rasgos exteriores.

Si el procedimiento aplicásemos á algunos poetas místicos del Azuay, hallaríamos transparentado en el semblante la bondad del alma, la credulidad, cual la de Lavater, en el diablo y los milagros y la disposición para ejercitar la caridad como Miguel Moreno, en el magisterio, en las luchas intestinas y en el ostracismo.

CADA pueblo marca con sus costumbres y distintivos étnicos á sus místicos: el sello nacional está tomando cuerpo en ellos. Así en los alemanes el ideal que les es peculiar les vuelve sibilinos, partidarios de englobaciones metafísicas, aun en los modernos ascéticos como el pesimista Arturo Shopenhauer, que sentó el principio de que el mundo es su representación, y que creyó que la virtud verdadera brotaba del conocimiento intuitivo que hace ver en el extraño el mismo ser que en el propio, que la moralidad se apoya en la persuasión de que el mundo es malo, la vida un padecer no interrumpido y es infecunda la individualidad. Los ingleses, en armonía con la rigidez de sus hábitos, con la veneración á la ley, se distinguen por su pietismo, son ritualistas. Los españoles son vehementes, apasionados, espiritualmente voluptuosos, conforme á la ardencia de su sangre y á su tradicional caballeridad.

AQUÍ viene de molde la cálida optación de Leopoldo Alas, que ojalá, por nobles depuraciones, pusieran en práctica las sociedades socialíneas: «¡Oh! sí; hablemos mucho de religión, cada cual como la entienda; de la piedad antigua española, herencia de todos; y ya que por los pueblos de más cultura audan corrientes de idealismo renovado y depurado; ya que la filosofía y la historia se juntan para reconocer, una vez más, que el mundo es mucho más misterioso de lo que puede parecer á ciertos boticarios, y que el pensamiento y el corazón de los antepasados valieron mucho más de lo que opinan los asiduos lectores de *Las Ruinas de Palmira* (de las que se han hecho mil ediciones modernas, con variantes); ya que se habla de nueva metafísica y hasta de palingsesías de la poesía de los poetas proféticos y hierofantas, acordémonos los españoles de que en esa tradición de los idealismos consoladores y vivificantes tenemos nosotros nuestra gran leyenda: recojamos del fondo de nuestra historia el pensamiento primordial de nuestra



vida de siglos, y volvamos con él á esa vida nueva que todo nos anuncia, haciéndolo servir, con las transformaciones que en nuestro espíritu han realizado los elementos nuevos de la ciencia y del arte, en la gran colaboración que se nos pide en este *sursum corda* que por todas partes se anhela.

« PERO. . . , no nos engañemos. Nada de esto es popular todavía ; según algunos partidarios de tales resurrecciones, no lo será nunca, ni debe serlo. Yo creo que sí debe llegar á ser patrimonio de todos, ó de los más, por lo menos, esta anhelada restauración progresiva de la vida ideal, que hoy muchos no pueden comprender más que como una reacción vulgar, hermana de otras cien veces vencidas. Lo indudable es que, hoy por hoy, esta tendencia cuasi-mística á la comunión de las almas separadas por dogmas y unidades por hilos invisibles, de sincera piedad, recatada y hasta casi casi vergonzante ; esta tendencia á efusiones de inefable caridad que van como efluvios, de campo á campo, de campamento á campamento, se pudiera decir, como iban los amores de moras y cristianos, en las leyendas de nuestro poema heroico de siete siglos ; estos presentimientos de aurora, que se vaticina por los estremecimientos de muchas almas, que son como aves que aguardan en vela y con ansia la luz del día, no son signos generales del tiempo, no son fruto que ahora se recoge de antigua siembra ; y el que hoy, desde uno ú otro partido, confesión, sistema, escuela, ó lo que sea, da un paso en este camino de concordia, bien puede contar con que no trabaja para el *gran público*, y necesita caudal de propios consuelos, motivos íntimos de satisfacción, que compensen la frialdad ambiente, la indiferencia con que el coro *mudo* acoge las estrofas de esos cánticos, sin acordarse de contestar con antistrofas, épicos ni cosa parecida ».

LOS hispano-americanos, como hijos de esta casta invencible, de la española, rica en glóbulos rojos, son también volubles, ardientes, súbitamente fervorosos y ái rato indiferentes y glaciales ; teóricos los más de ellos, que desacreditan con sus hechos la bondad de sus vocablos, cuando del misticismo en acción se trata.

MUY pocos, como los de la escuela de Moreno, unen el idealismo del bien á la realidad. Los demás son pura palabrería, una especie de *panmarianismo* y nada más. Les falta además fundamentos filosóficos, porque ni la escolástica han saludado á conciencia. Este misticismo de pega es matador : acusa enfermedad de la mente y de

la voluntad. Zalamerías devotas, pero orfandad de buenas obras. La ausencia de sinceridad está revelándose en ellos y del estado de su alma, que quieren trasparentarla, resulta marcada mojigatería, por esto no hay calor en sus poesías ni verdadero sentimiento, pues no han sido primero vividas.

ESTE florilegio decadente en sus afectos encierra muchos peligros para la juventud, porque la acostumbra á ser falsa, á deslumbrarse y conmoverse con el primor de la santa charla, que, en el terreno de la realidad, es nula y hasta contraproducente, pues lo efectivo de su vida no es tan purificador como la apariencia de sus versos.

No le suceda lo que el joven filósofo alemán, en otro sentido y aplicando á la indeleble imagen de la ciencia, cuenta del pescador irlandés que abandonó remos y timón por estarse embebido en la contemplación de la aurora boreal, sin precaverse de contrarrestar la corriente que le arrastraba. «Las ondas le precipitaron en el abismo, pero él continuaba con los ojos siempre fijos en la aurora, cuyos rayos rosados le iluminaban las pupilas, hasta el punto en que el espíritu del abismo lo unió á sí y lo encerró en un nicho de hielo; pero en los ojos del pescador se había grabado indeleblemente la aurora boreal». (1). Tal la juventud entregada sólo á la alucinación y al misticismo: se dejará sumergir por las marejadas de la vida y su prosaica evidencia.

CON un poco de filosofía, la enfermedad mística curaríase de raíz y la moral de los jóvenes sería más humana. La lectura de las diversas escuelas filosóficas perfecciona el espíritu: no se queden los místicos *marianos* pegados sólo al escolasticismo.

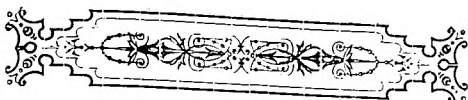
«KANT, como anota R. Falckemberg, comienza su obra ética purificando el templo: todo lo que en la moral había arraigado de impuro, la aspiración al placer, el llamado interés bien entendido, lo arroja del lugar sagrado. Hasta entonces, los sistemas de moral, todos y cada uno rinden culto á un *eudemonismo*, manifiesto ó encubierto, grosero ó delicado. Eudemonista es toda teoría moral que dice que la virtud debe ejercitarse por la felicidad que procura. Esta preocupación debe arrancarse de raíz: la felicidad y la virtud nada tienen de común; el *deber* y la *inclinación* se oponen entre sí. Cumplir su deber quiere decir: obedecer en absoluto al precepto de la razón, sin consideración al propio bien.

(1) *Luchar en vano*, por Enrique Sienkiewicz.

La bondad moral consiste en aspirar, no á la felicidad, sino á ser digno de ella».

¿CUÁL es la moral de muchos poetas que cantan á María? La idea mística no es digna de censura ni pretendo desaprobala, desde que la libertad de creencias puede imprimir forma artística á todo y el sentimiento arrancar notas de infinita cadencia para conmover todos los ánimos. Además, la noción del misticismo, por los recónditos caminos de lo intuitivo que nos lleva á la mansión del éxtasis y de los iluminados, por el procedimiento de absorción en las profundidades del espíritu, es siempre antigua y siempre nueva. «Elementos místicos se hallan en casi todos los grandes filósofos; y toda concepción genial no adquirida por elaboración de conceptos, cae bajo el capítulo de la mística, en el amplio sentido»

Y en este siglo ateo, cansado de su labor mercantilista y de los refinamientos de placer; lleno de soberbia por sus creaciones colosales que han pulverizado á los calumniadores de la ciencia que predicaron su fracaso; en esta loca centuria que está asombrada de su atrevimiento y poderío, que ha llegado á construir dínamos de veinte mil kilovoltios, locomotoras eléctricas de increíble volar y motores de pasmosa fuerza eléctrica que aprovecha la industria del acero, plantas generatrices que se sirven de los gases de los hornos de explosión, gigantescos hogares eléctricos para la elaboración de abonos artificiales, quizá el misticismo es la reacción lógica, sobre todo para quienes suspiran por la calma, por la meditación que les conduzca hasta el ascetismo, y tal vez, con exageración, al antropomorfismo. Mientras unos producen vida y calor materiales; otros ansían fecundar sus espíritus, estudiar á los que de la contemplativa gustaron, cual Marcelino Gutiérrez, que analizó á Fray Luis de León y se entró por los campos del *Misticismo ortodoxo*. Pero que los poetas místicos no caigan en la negación de la vida; que en la poesía mística se derrame á raudales la belleza, la sinceridad y el sentimiento, como mares de consuelo y Amazonas de altruísimismo—si el inmodesto término pasa—que ponderen la gratitud de la filantrópica vida, para los que, con reconocimiento de lo que es el bien, lo practicaron, cual Miguel Moreno, el del *Libro del Corazón* y los *Sábados de Mayo*, dulces fantasías que encumbran á nimbadas regiones idealistas el alma azuaya, sistemáticamente católica y, como tal, poco hospitalaria con el ajeno pensar.



SOSA

FUE un personaje singular.

LOS estudiantes de Quito lo han visto en dibujos de lápiz, de carbón, de pluma y de brocha gorda, que algunos de sus hábiles discípulos de entonces hacían circular á hurtadillas para regocijo de toda la clase. Aun sobre los bancos del colegio, burla burlando, grababan, á cor-taplumas, el perfil característico del célebre jesuíta de tradicional memoria.

ERA ente raro, rarísimo.

TENÍA la catadura y rostro de esos sabios de leyenda que por lo regular se miran en los libros de cuentos: alto, seco, arrugado, pómulos hundidos, nariz de pico de cigüeña, esqueleto grande, ojos chicos, aire de perenne descontento, sotana alta y bonete inclinado á la derecha. Desgarbado al andar, sus pasos descompasados y fuertes y el movimiento casi giratorio de la cabeza, hacían que se le reconociera aun de espaldas y á la distancia.

EN la obra del fantástico Julio Verne, intitulada *Viaje al Centro de la Tierra*, hay cierta ilustración que representa á un viejo científico, Otto Lidenbrock,

anticuario de profesión y maestro de lenguas *fallecidas*, que diría, hablando del latín y sánscrito, Roberto Sosa, el eterno bibliotecario de los jesuitas—para todo se alcanzó—que fruncía más de lo ordinario el ceño cuando la llave del salón de lectura que alguna vez prestaba á sus compañeros no la suspendían del mismo clavo en el cual ordenadamente la colocaba, sin equivocarse jamás de sitio, no obstante las idénticas y cabezudas piezas de hierro que en hilera había.

A ese tipo excéntrico asemejábase el enemigo de la filología y de la literatura, el inmortal Padre Sosa, hombre de virtudes austeras, el más desabrido de los catedráticos y un pozo de ciencia, sobre todo en matemáticas superiores. Le encantaba lo más abstruso. Para él, por ejemplo, eran fáciles estos problemas:

«¿ CUÁNTOS metros cúbicos de oxígeno se obtienen por la descomposición completa de 10 kilogramos de clorato de potasio?—¿ Cuántos gramos de oxígeno se producen por la calcinación de 113 gramos de peróxido de manganeso? »—O bien estos de física:—«¿Cuál será en Quito, la longitud del péndulo si cada oscilación dura siete segundos?—¿Cuál es el radio de una bala de hierro colado de 20 kilogramos, si el peso específico de la fundación es de 6,12?—¿ Cuántos golpes sencillos de émbolo se necesitan para reducir de la presión de m. 0.76 á 0.002, el aire que está debajo del recipiente de la máquina neumática si vale 10 litros el volúmen de éste y 1 el de cada cuerpo de bomba?—¿Cuál es la profundidad del agua de un pozo si una piedra que cae en él tarda 3 segundos en dejar percibir el sonido que ella produce al encontrar el agua y si el sonido recorre 337 metros por segundo?

PERO estos problemas eran tortas y pan pintado para él, ocurrencias de principiantes que apenas han saludado los elementos de química y física, escandalosas copias de Feliú y Ganot.

EL griego Ctsias, médico de la corte de Persia (comienzos del siglo IV) cuenta que Jerjes mandó abrir la tumba de Belo, que la halló en ataúd de vidrio casi totalmente lleno de aceite. En una inscripción contigua, había esta amenaza: «¡Ay del que viole esta tumba y no acabe de llenarla inmediatamente!»—Jerjes mandó echar en ella dicho líquido, mas no se llenó el ataúd.

SOSA no habría descansado hasta hallar la solución de este enigma, tal era su tenacidad científica. Al fin habría dado en el clavo, descubriendo que debía efectuarse aquel prodigio con un sifón, en el que se hace el vacío tan luego como se eleva el nivel de la vasija sobre la horizontal trazada por la parte superior de la curvatura del tubo. En efecto, en Egipto usaban el sifón desde la dinastía décimoctava.

IDEARON también los antiguos, inverso al problema de Belo, otro: una vasija que continuaba siempre llena, aunque se le sacase mucha agua. Era la vasija misteriosa de Herón de Alejandría.

SOSA nos explicaba después, al tratarse de la fuerza elástica del aire y de la presión atmosférica, tanto la fuente de Herón como la intermitente, que se había dado mañana de hacerlas construir de hoja de lata, aunque resultaban algo primitivas.

JAMÁS se lo vió reír. Muy serio en la enseñanza, dictaba sus clases de pie y con una magistralidad característica. Tan parco y profundo era en sus explicaciones, que se volvían cansadas y misteriosas para sus discípulos, cuando en especial trataba de álgebra, trigonometría, problemas sobre el descenso de los cuerpos, leyes del péndulo, fórmulas de los lentes, nomenclaturas y combinaciones químicas, etcétera. Otra vez quiso asfixiar á una rata en el aparato de Otto Guerick y Hawksebee, pero el animalito no murió. Púsose entonces á dar razones acerca de la máquina neumática y hasta nos dijo que, á causa del enrarecimiento del aire, jamás puede dar este aparato un vacío absoluto, pese á Babinet.

SI no le entendían poníase más serio, arrugaba el entrecejo, entornaba los ojos y elevaba su mente á concepciones tan metafísicas que nos parecían un rompe cabezas, por el círculo vicioso de palabras del que pocas veces salía, en su afán de aclarar sus lucubraciones.

POR la altura de su abstruso concepto, parecía vivir en un campanario, como si dijera en la torre de su convento, á la que subía todos los días cinco minutos antes del meridiano á contemplar de hito en hito el reloj solar que había construido y por el que regulaba los demás con ideal precisión.

OTRO día, analizando el *distribuidor Watt*, que es el perfeccionamiento de los vasos maravillosos de torniquete antiguos, estaba tan grave como una momia, hosco hasta recordar un nombre: era el de Besson, que aplicaba el *distribuidor* á un tonel provisto de divisiones que daban á beneplácito diferentes líquidos por un mismo orificio.

SI alguno se reía, la reprimenda acre venía al instante, llena de movimientos de cabeza, en señal de disgusto, y de un fruncimiento tal del rostro que enseñaba hasta los dientes, provocando así más la hilaridad.

A veces sus ragos oratorios—retórica solemne—consistían en dar vueltas á una llave en su descarnado índice. Como los originales insultos que soltaba nos volvían más risueños, el Padre Sosa se enredaba en su repertorio de vocablos que era un encanto: no había para los alumnos mejor diversión que presenciar ni en las pantomimas de circo.

TEMIBLE en los exámenes, por la precisión que exigía en las respuestas y la concisión de sus difíciles preguntas. En trances tan apretados, solía acordarse de los disgustos que durante el año le ocasionaban sus discípulos y, sin consideración alguna, les lanzaba verdades como un templo y hacía alusiones matadoras.

SÓLO una ocasión se le vió sonreír. Sin duda avergonzado de esta única flaqueza, tapaba con mucha frecuencia su boca y nariz con las falanjes de sus dedos cadavéricos, extendiéndoles desde el lagrimal á la quijada.

FUE en una lección de física la casi jovial escena. Explicaba los prodigios de la electricidad y las diferentes clases de telégrafos.

EN un segundo de entusiasmo científico, ocurriósele transmitir señales desde su gabinete donde tenía un aparatito de su invención parecido á los de cuadrante de Froment. Sosa hizo funcionar el manipulador, pero el receptor permaneció insensible sólo un instante.

—No se mueve, le gritábamos.

—Sí se mueve, contestaba; fíjense en la aguja.

Y en esta porfía entre maestro y discípulos, se sonrió por primera vez, orgulloso de su mecanismo de relo-

jería que á fuerza de contracción había logrado simplificar; risa latebrosa, fugaz, imperceptible, verdadero acontecimiento para los colegiales porcionistas.

SALVO este pecado venial contra la seriedad, las generaciones que oyeron de sus labios palabras de ciencia y rectitud, no se acuerdan haberle visto jamás risueño. Su singular semblante esópico repelía toda tentación de risa en él; pero provocaba la de los demás.

—HOMBRE, hombre,—aquí el apellido del alumno desaplicado—usted se porta como esas basuras que llevadas por el viento andan para ahí dándose vueltas por la calle. Esto no está bien, hombre. Tal era su símil sacramental. Su elegancia en el estilo: la epanadiplosis secamente empleada, ó la repetición quijano por adorno sino por redundancia de sabio machacador.

—OTRO día dice al joven Bracamontes:

—HOMBRE, Bracamontes, ¿por qué no ha venido á clases?

—Porque estuve enfermo?

—HOMBRE, eso no es suficiente, Bracamontes. ¿Qué más hubo?

—DESEMBARAZÓ mi mamá.

—HOMBRE, Bracamontes, tampoco eso es suficiente. A uno que va á clase con una flor en el ojal:

—HOMBRE, eso de convertirse en macetero ambulante no está bien, hombre.

EL Padre Sosa, consagrado en cuerpo y alma á la ciencia y al profesorado, no vivía sino para esta doble misión. Aun enfermo iba á dictar sus clases, sordo á toda considerada insinuación acerca de que cuidara de su salud. En su celda estudiaba siempre de pie, como si se hallase explicando en el aula. Cierta ocasión, desarrollando sus clases—en Quito—dióle un síncope en el estrado y cayó sin sentido. Lleváronle á su lecho y le desnudaron para meterle dentro de las frazadas, pues sábanas no hubo. ¡Cuál su indignación cuando recobró el sentido, al verse en cama! Era la primera vez que se había acostado. Dormía siempre sentado en un sillón y sin desvestirse jamás. ¡Suplicio propio de un santo! . . .

SAGRADA para él la noción del deber. Primero eran sus obligaciones que la vida misma, de la que, en su austera filosofía, se formaba el concepto más raro.

OTRA infausta vez avisáronle, durante su cotidiano magisterio, que habían traído desde Pifo el cadáver de su anciano padre. Sin inmutarse un punto, continuó su tarea, después de la cual bajó á contemplar ese querido cuerpo inerte. Sin derramar una lágrima, con pasmosa indolencia, con la mayor impavidez del mundo, dijo, poniéndose el consabido dedo en la nariz :

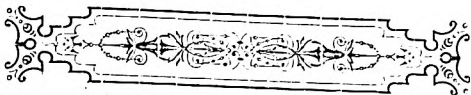
SON cosas muy naturales, son cosas muy naturales.

UNA hora más tarde, proseguía sus labores de costumbre.

EL padre Sosa falleció de pie en una de las salas del Colegio de Riobamba, á edad muy avanzada, en el ejercicio de sus funciones científicas, explicando la última lección á sus alumnos: desplomóse en su presencia ese cuerpo flacucho, —que parecía un sueño, una sombra, algo transparente y espiritual— como cae el centinela, fiel á su consigna, después de haber librado hasta el último instante la batalla, sin abandonar su puesto ni retroceder un palmo. Y, asombraos, este áspero monolito poetizaba de tarde en tarde, acogíendose al género festivo. Dejó unos versos jocosos ¡oh paradoja!, en los que censuraba los modismos y quichuismos de la gente del pueblo, el castellano bárbaro del vulgo de Quito. ¡Abrazo de lo sublime con lo cómico!

MÁS de tres generaciones, á las que instruyó, le recuerdan con cariño. Varón genial, de carácter de hierro y marmórea seriedad, se ha grabado en la memoria de millares de alumnos que desfilaron delante de esa como caricatura de la impasibilidad, que parecía desafiar al tiempo. Inconmovible y del mismo aspecto siempre, cual si los años no hubieran dejado huella alguna sobre su cabeza, vió pasar á centenares de mozalbetes, sus discípulos, que, lanzados á las luchas de la vida, caían en la jornada ó se dispersaban, según los rumbos de la suerte.

Así los viajeros del desierto desfilan ante la inmutable esfinge.



EN LA TUMBA DEL DOCTOR YEROVI

SEÑORES :

↓
↓
NOS hallamos en presencia de una realidad abrumadora : ante los inolvidables restos del que fué Sr. Dr. D. Agustín Leonidas Yerovi, ilustre ciudadano quiteño, que recibió el bautismo del saber en el célebre Colegio de la Unión !

¿ QUÉ decir en tan angustiosos momentos ?

LA mente se ofusca al meditar en este inesperado y triste suceso que, de una manera repentina, segó la vida del médico y periodista festivo, en la tarde del 14 de enero de 1903.

AYER no más el magnánimo confidente é ilustre biógrafo de Montalvo acariciaba dulces ilusiones en pro de la juventud confiada á su cuidado ; ayer no más se desvivía por mejorar un plantel nacional al que debemos dedicar nuestro cariño y mirar como á un santuario de futuros sacerdocios y de lejanos ministerios salvadores, que vendrán arrullados por vientos de innovación y de

progreso: el Instituto Mejía, rudamente combatido por los enemigos de la luz, que ven tremendo peligro para sus maquinaciones tenebrosas en que la juventud se eduque con altivez y franqueza y aprenda á conocer á los genios infamados por el sectarismo.

¿Y hoy? Hoy el velo misterioso de la tumba se ha descorrido sobre una existencia por mil títulos preciosa.

AL derramar, profunda y respetuosamente, una lágrima á la memoria del Dr. Yerovi, no me empeñaré en trazar sus notas morales más resonantes, ni, á modo de una ligera biografía, consignaré rasgos salientes de su vida; no intentaré ponderar al distinguido ciudadano, al patriota esclarecido, al literato concienzudo, porque, para esto, faltarían las extensas páginas de un libro y porque, además, de un confín á otro de la República, es conocida su fructífera labor, ya como representante del pueblo en épocas de borrascas políticas, ya como Ministro de Hacienda en circunstancias muy difíciles para la Patria, ya como genuino propagador de las glorias de ésta, ya como escritor de costumbres, en sus artículos «El Hombre llama», «Los Sesudos», «El Político Mosca», «Elogios Fúnebres»; ya coplero festivo en el periodiquillo «El Gorrión»; ya temible colaborador político contra la tiranía garciana en la publicación de combate «La Nueva Era»; ya estadista sabedor de problemas económicos, tales como sus apreciaciones rentísticas para el año 1890 y su juicio acerca del ferrocarril del Sur; ya, en fin, como novelador de ensayos antropológicos en su obrita inédita «Insanos no reclusos»; nada de esto me detendré á analizar con cariño en estas tristes horas de angustia del alma nacional.

No; otra es la misión que traigo. Vengo en nombre del *Círculo de Instrucción Libre del Pichincha*, cuyos sentimientos se me ha encargado interprete aunque sea pálidamente—á depositar las violetas del recuerdo sobre el cenotafio del entusiasta socio honorario y colaborador, del verdadero modelo, en la esfera de la altiva enseñanza y de la escuela doctrinaria, para un grupo de jóvenes que admiraban su obra, como la de un liberal sin tacha; para una corporación que seguía la ruidosa estela de quien era soldado firme, convencido de sus ideales civilizadores. Como un rito venerando, recibe la obación de dolor del *Círculo de Instrucción Libre del Pichincha*; recibe la corona de la gratitud, más du-

radera y más lozana que el laurel y la yedra, que os ofrenda, con el alma entristecida por tu ausencia repentina, cuando, más que nunca, la juventud necesitaba de tus lecciones, de tus luces, de tu energía moral en el terreno del credo, y de tu presencia en las difíciles luchas del pensamiento que va en pos de la verdad, pasando por sobre todas las preocupaciones y rasgando las sombras que ora un deplorable atavismo, ora el medio ambiente, ora la falta de ilustración, ora el temor, hacen del hombre racional y libre un paria ignorante atado al carro de las intransigencias y de la estrechez de miras.

Adiós final, eterno adiós te damos en este melancólico sitio, pero queda tu nombre grabado en nuestros pechos con caracteres que no se borrarán.

CUANDO se desborda el sentimiento, cuando habla el corazón, todas las demás consideraciones se posponen, porque, ante la sinceridad y ante el afecto, la elocuencia es impotente y las manifestaciones de pesar inexplicables.

LA patria enlutada su bandera, el libro pone crespones en su portada, la ciencia viste de negro, la lira enmudece y la pluma se paraliza en señal de duelo por tu temprana partida.

¡ Político honrado, apóstol del magisterio, poeta y escritor notable, duerme tranquilo el sueño de los venturosos ; pues bajo un peso irremediable y á la postre, como dijo el Maestro *Cosmopolita*, al que cual ingenuo filántropo acompañaste en los sublimes últimos instantes, « nadie puede llamarse feliz sino el día de la muerte » !

Sí ; porque entónces el que es grande y virtuoso, como tu lo fuiste, pasa á la galería de los inmortales.

¡ DESCANSA en paz, egregio defensor del pueblo, noble amigo de la juventud !

¡ DESCANSA en paz !





LA VIEJA CAMPANA



[RECUERDOS DE LA INFANCIA]

CON lenta badajada, como notas que el viento trae de mundos apartados, ya resuena la vieja campana, la misma que en épocas distantes y felices hacía palpar más de un corazón infantil, con sentimientos encontrados: de tristeza pasajera, unos; de envidiable ventura, otros; de inexplicable behetría los demás, cual si algún burlón zahorí murmurara al oído cosas alarmantes que están por venir, que no aupan al espíritu sino más bien lo abaten.

TAN, tan, tan, cada golpe aviva un recuerdo infantil que estaba casi muerto en la mente, porque ese apagado repicar, cual la música más sentida, es sugestivo y despierta las adormiladas escenas de la niñez que perfuman delicadamente el alma, como si cayera sobre ella una lluvia de rosas, las rosas de la ilusión; de lirios, los lirios de la ingenuidad; de albas azucenas, las azucenas de la inocencia; flores que, marchitas hace tiempo, no nos han dejado sino un vago aroma de estancia vacía, en la que antes hubo muchos ramilletes, ó de jardín abandonado, en el que, desapareciendo las mejores plantas, sólo crece un herbazal.

SENDA deliciosa aquella que hoy está sembrada de los acerados rampojos del dolor. Dulce niñez, purísima gota de rocío no aheleada todavía.

CUANDO se trataba del asueto mensual, saltaban los niños de alegría al tañido de ese roto bronce de sordas y melancólicas resonancias que, desafiando la incuria de las estaciones, colgaba de un trozo de viga á la entrada del ancho patio de recreo, como mudo y respetable testigo del desfile de las tropas infantiles—futuros soldados de la patria que rumbos tan opuestos seguirían en las batallas del mañana,—que iban musitando con habilidad, pues disimulaban el movimiento de los labios con la mano. Cuando esa metálica lengua tartamuda anunciaba algún paseo excepcional, alguna recreación improvisada, un premio de aplicación, ¡oh, qué contento producía el inarmónico repiqueteo! Mas si era presagio de algún castigo, de cualquier brusca interrupción de las distracciones de costumbre, de la severa publicación mensual del hipercrítico que calificaba el estudio, la aplicación, el aprovechamiento, la conducta, ¡ay! el maltratado esquiloncito afligía mucho.

TAN, tan, tan, graves campanadas de tres en tres y á regulares intervalos, repercutían en el interior de la capilla, cuando el inolvidable y majestuoso holandés Juan Stappers, con voz sonora de anciano vigoroso, rezaba el *Angellus* pausadamente. Arrodillados, casi un centenar de niños le seguíamos con fervor gentilico. Y ese canto que labios puros entonaban y mentes soñarreras aprendieron, era algo como la omnisciencia de edad tan feliz que se figura saberlo todo no conociendo nada, que se imagina no ignorar nada, desconociéndolo todo circunstanciadamente. ¡Cuán dichosos, engabanados en la fe, jesuseamos que es un contento! Los cefirillos del candor quintesenciado nos rodean, impidiendo que la duda haga sus esguinces y la curiosidad científica, tentadora bayadera, preludie sus danzas delante de nosotros. Hay adorable vacuidad en el cerebro, y en el corazón religiosa algarabía, libre de la murria y la desesperanza. Con cariño recuerdo al venerable maestro de Amsterdán que jugaba como un chiquillo con sus discípulos, sin perder, con todo, el carácter de superior. Tarareaba los aires marciales de su hermosa tierra y, poniéndose á la cabeza del regimiento infantil, lo hacía marchar por los corredores y galpones, desde los que se veía la vieja campana, suspendida del pedazo de madero, á la entrada del área de recreo. De pronto, tan, tan, tan repicaba

con tristeza, suspendiendo el regocijo, porque era menester disciplinariamente reanudar las fastidiosas labores y la lección que requería más constancia.

PERO nunca comprendíamos mejor las impresiones de amargura que el emollecido esquilón despertaba, que cuando era completo el goce de la libertad. Desde la Alameda, por ejemplo, sus ecos atormentaban el alma: parecía desfilarse ante aquélla, cual las vistas de un cinematógrafo, toda la odisea de la vida colegial, que, por triste que entonces se nos antoje, es un poema de páginas seductoras y estrofas vibrantes que no se repite jamás; poema que forma la apología de la inocencia, del contento y la esperanza, á quienes no tocó todavía con sus alas el fatídico arcángel de la desgracia que

*"Hace temblar el corazón de espanto
del que delira entre ilusión y amor"*

AL escuchar esa tradicional campana en vacaciones, recordábamos las horas grises del encierro que dicen los modernistas, los disgustos caseros y las venganzas fugitivas que germinaban á impulsos pequeñísimos, el rigorismo no explicado á la sazón, toda una larga historia, en fin, que sin los atractivos que anhela el niño aprisionado, se nos presentaba deslustrada.

¡HA transcurrido tanto tiempo!

HOY sueñas para mí, no es barrumbada, como una dulce sinfonía, como una música antigua y querida que con gozo había anhelado oír otra vez, cual si Paderewski, el célebre pianista ruso, te tocara. ¿Disparate un viejo esquilón repicado por famoso artista? Sea. Pero tus ondas vienen á mí como armonía deliciosa que me traslada á mundos de venturanza que no volverán; tu tañido deja en el alma extrañas sensaciones que no acierto á consignar en la débil hoja de papel ni menos transmitirlas al lector, si alguno tiene estos desgarbados pero sinceros renglones.

A tu evocación, vieja campana, revive el mundo infantil, y se alza, como en las leyendas orientales, la mole del Seminario Menor convertida en un palacio de sorpresas olvidadas, de cuadros disolventes, de escenas indescriptibles que el recuerdo trae de los lejanos jardines de la primavera de la vida.

¡Oh, calicifloras aromáticas de la niñez, que os agrandáis con la distancia!

EL primer año de humanidades dura prisión es que nos sabía á hiel á los internos, á los rebeldes y mimados *cachifos* y los textos nos parecían ingratos. Sin embargo ahora hasta los destellos borrosos de aquellos pasados días, son auroras boreales: todo resurge con nostalgia de una patria á la que nunca se torna.

¡QUÉ de vallas insuperables, de lecciones que pesaban como una montaña, de latinajos difíciles, con declinaciones que eran el *de aquí no pasaréis* para algunos estudiantes!

HASTA los dichos de insignificante valor y las frases chocarreras cobran importancia y simpatía porque pertenecen á otra época.

Quis vel qui que este jumento no sale de aquí, tarareaban tradicionalmente los *patriarcas* de la clase, nombre que recibían los alumnos que habían repetido un mismo curso, á causa de las negras votaciones en sus exámenes ó del *cuatro* triplicado.

Y venían las excepciones rebeldes á la memoria:

*Sicubi, siquis, siquando,
Tibicen, viperá, ubique.*

UNA larga lista de nombres cortos y raros que atormentaban al niño más aplicado.

DESPUÉS los preceptos del retórico *Miguel*, hasta en verso:

"Todo nombre de varón,
Propio de viento, de mes
Y río, masculino es
Por su significación"

EL sabio y bondadoso lazarista Stappers cantaba estas lecciones con un sonsonete agradable y poníase á veces los puños en la boca á modo de trompeta ó marcaba el compás con el pie. No sé si esta música conozca la pedagogía moderna que ha revolucionado las reformas del suizo Enrique Pestalozzi, pero era eficaz para la impresionable imaginación infantil.

Así es como ha quedado indeleble esta canción gramatical:

*Bonus, mellior, optimus;
Mallus, peior, pessimus;
Mognus, major, maximus, etc*

OBRAS amenas leídas ayer, se olvidan al instante; pero rarezas y pequeñeces aprendidas ó sucedidas hace veinte años, se recuerdan con facilidad. No sé si esta aberración de la memoria constituya una regla; pero anoto lo que me ha pasado.

AQUELLAS citas han acudido espontáneas, cuando pertenecen á remotos tiempos, y otras que debieran estar frescas, ya son rebeldes, y es empresa heroica para mí tenerlas en mientes. No he olvidado fútiles lecturas de la niñez y capítulos escolares.

PUEDEN pecar por su escritura, porque no quiero consultar las añejas fuentes, libros inolvidables que ¡ay! ya no poseo.

SON recuerdos ingenuos y ahí se quedan.

POR último, los clásicos: Cicerón con sus soberbios discursos que se nos autojaban una barbaridad; Virgilio con su *Eneida*, Ovidio con sus *Elegías*, Horacio con sus *Preceptos* y *Odas*, etc., rebullían en mi mente.

SE daban la mano el *Humano capiti* con *Nullus argento colorest avaris*, y entonces la campana, llamando á desembuchar tales latines, era insufrible.

HOY, hasta para repetir cien veces la lección, sería muy grata.

¡QUÉ de cuadros se han descrito al escuchar ese tan, tan, tan, de la vieja campana desde la Alameda, en una tarde serena y silenciosa que paseaba en unión de tres concoleas de aquel tiempo!

NOS detuvimos á oirla con atención indescriptible y suspiro involuntario salió de nuestros pechos.

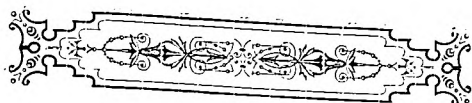
SÍ, ayer no más, fuimos estudiantes internos, ayer no más nos parece, y sin embargo, hanse deslizado tantos años. Ya no nos llama la vieja campana que no ha variado de sonido, á pesar de las inclemencias del tiempo y el diario manoseo; pero hemos cambiado nosotros, decía á mis amigos. Distintos de lo que fuimos, las amarguras de la existencia van dejando huellas profundas en el alma, arrugas dolorosas en las faz y lágrimas secretas que caen como plomo derretido sobre el frío corazón. El espíritu es más noble que la materia; con todo, en unión de ésta, ha cambiado radicalmente; se ha desmejorado,

observan los años ; se ha abatido, expone el recuerdo ; se ha manchado, agrega la conciencia. ¿ Por qué entonces ese pequeño y débil instrumento de metal no ha perdido ni la voz, y el niño de ayer ha enronquecido la suya ? ¿ Por qué la vieja campana conserva su ánima broncónea y la hace vibrar lo mismo que antes, y nosotros, caros colegas, hemos alterado la prístina vibración de la nuestra con las impuras mezclas del infortunio, del desengaño y de lo prohibido ? ¡ Lo prohibido ! Cuántas cosas rematamos no debiendo hacerlas ó cuántas otras que correspondiéndonos ejecutarlas no las acometemos, prefiriendo las contrarias. Siempre lo prohibido está tentando al hombre desde la primitiva leyenda de la manzana del paraíso ; y alzando en todo el engaño su estandarte para triunfar en la lucha por la existencia. Examinad los actos más sencillos de la humanidad : en el fondo hallaréis algún engaño, más ó menos disimulado, con uno ú otro nombre, pero engaño al fin. ¿ Es la decepción ley natural en la brega por la vida ? Hasta en lo más santo y en el tabernáculo mismo de la moral, la falsificación asoma como el eterno fantasma de la tierra. Trato social y político, prevenciones contra el enemigo, comercio, cumplidos corteses envuelven siquiera una mentira, es decir, adulteramiento. ¿ Qué es sino decepción aparentar lo que no somos, proclamar el bien llevando en lo interior el mal ? ¿ Qué es sino engaño presentarse como árbitro supremo el hombre susceptible de errores y flaquezas, poner cátedra de sabiduría para que los demás le crean como á ente infalible y omnisciente ? ¿ Qué es sino engaño alabar lo que no merece ó vituperar lo que algo vale ?

EL instinto de conservación, ley poderosa, se basa sobre el egoísmo. Primero es el yo que nadie. Fatalmente el principio exclusivista se cumple. ¿ Y qué es el egoísmo sino el máximo engaño de uno mismo, el supremo ardid ? ¿ Acaso lo que anhelamos sin merecerlo quizá tocaría de justicia á seres más capaces á quienes juzgamos inferiores ?

¡ AH !, vieja campana, que me recordáis los engaños de que no me daba cuenta, pero dulces trampas de la infancia, ¿ por qué no me volvéis á ellos que son preferibles á las crueles prestidigitaciones posteriores que constituyen la brutal realidad de la vida ?

TAN, tan, tan. Estos golpes ¿ son de la querida campana que oí en mi niñez ó pertenecen á la conciencia, á mi conciencia honrada todavía, que se subleva y protesta de la iniquidad reinante ?



EL HAMBRE

HE AQUI EL ENEMIGO

(CUADRO SOCIAL)

Y OSOTROS los que ignoráis los dramas sangrientos que en el fondo de la buharda oscuramente se desencadenan; los que jamás os habéis imaginado la tragedia esquiliana de aquella madre de familia que en el húmedo sotabanco escucha aterrada el incesante repiqueteo de sus pequeñuelos astrosos y de pocas chichas que, en todos los tonos, desde la plegaria hasta el tímido rugido, piden pan, pan, pan, no podéis tal vez derramar lágrimas sanantes en el seno del humilde, obscuro, pobre rebaño social, víctima de la anemia y de la garra famélica. Con sardónica sonrisa y ademán memistofélico asoma el agiotista ó el prendero sin caridad, golpea su bolsillo de las treinta monedas y pregunta con Perogrullo: pero, hijos de Dios, ¿por qué no trabajan ustedes; por qué no comen; por qué no se alimentan?

¿Y las industrias? ¿Y los víveres? ¿Dónde están? Que se abran los graneros, que surja un segundo

Moisés, se duela de la muchedumbre y la conduzca á la tierra prometida ; que se dicten leyes agrarias como en la antigua Roma ; que florezca una moderna Bauclaire. ¿ Ideas socialistas ? Me inspiro en el progreso y en la caridad. ¿ Será socialista el quiteño valetudinario, padre de numerosos párvulos, que, tras andanzas y vergüenzas, llega sudoroso á su desmantelada madriguera con minúsculo envoltorio, algo como una joya escondida en un girón de periódico : un relieve de pan mosqueado y duro ? Cinco, diez centavos le ha costado la rara mercancía que, estrujada en un puño, apenas puede mitigar la voraz gazuza del más infantil de sus descendientes.

EL pordiosero de levita no conoce ya aquella grajea laborada en molde, que de tan reducida va quedando microscópica. La huérfana del arrabal sueña con el maná de la servidumbre, la harina de cebada, alimento de acélilas y hoy artículo de lujo. El pobre pueblo no puede dentellear la carne, porque esta diminuta drupa, fruto disputado, es artículo de pompa culinaria. El populacho miserable no come ni siquiera el pan de los menesterosos de Irlanda : la patata, porque cuesta las economías de un mes, la escasa arroba de este bulbo. Las papas suben suben hasta las nubes, por mandato del Altísimo y trujamán abarrotero.

REPLETAS están las trojes y covachas, esperando quizás que la ganancia sea más positiva, que el hambriento se deje cortar un brazo por un puñado de maíz, extraer una muela, como en el espeluznante relato de Fantina, por una haba, por una hostia de harina morena. El artesano necesitado que no se atreve á suicidarse, maneja su grampa, por ver si en el arroyo logra minar un desperdicio que le nutra ; el ruin empleado se postra ante el Nobestán de su amo, que le esquilma y chicotea, con despotismo de aristócrata metálico.

LA prosaica elegía se prolonga desconsoladamente : en el entremiso no se aprieta un solo queso ; en la compotera no halláis nada que endulce el suplico del ayuno cuaresmal ; en el sibil, con divisiones más reducidas que las que separa el carozo de la granada, ni vestigio de comestibles ; los restos de bazofia suspiran por la manteca ; en el hogar no hay lumbre.

SEÑOR Presidente del ilustre Ayuntamiento : — Una legión de vencidos por el tirano del estómago no os impetran bienmesabes sino pan negro y bazo, pero gran-

de: una turba de honrados mendicantes no solicita viandas delicadas sino un puñado de colibes para ofrendarlo en el templo doméstico: no quiere aristocrático champañá ni matador ajenjo ni cigarros, sino un litro de leche pura, un perulero de agua fresca, un haz de leña. Ordenad, valerosa, eficazmente que en los mercados públicos no salgan á remate los víveres ni se los lleve el mejor postor, con extorsiones irritantes. Los centavos son del pueblo: que compre con ellos, á coste y costas, en la balanza de la justicia. No haya monopolios. Algún avariento hacendado lucra con el sudor del infeliz, y sólo el indio ó el comerciante al por menor, parte débil, es el único blanco de la inquina policial. Equidad desde arriba, desde las testas coronadas por la ciega fortuna.

PONEOS, señor presidente, en lugar del mugriento marguero de las quebradas, del peón que suda el hopo en los talleres, del esclavo oficinista, más mísero que el yuguero indiano, de la anciana que pierde la vista en el bastidor y la almohadilla, de la costurera semi lujosa que conquista la tisis ante la orladura del pañolón ó la máquina de coser, y, sobre todo, reemplazad á ese año cristiano, á ese calvario, á ese martirologio, á ese vía crucis que se denomina madre menesterosa y, entonces, con el pañuelo en los ojos y la santa ira en el pecho, volveos un legislador salomónico y remediad el hambre. Después se os bendicirá, se os premiará con la corona obsidional de la gratitud, por haber puesto remedio al estado de sitio de la población. No creáis que el enemigo es invencible. No es un milagro multiplicar los cereales. Hasta Nerón hacía traer viveres de Ostia, repletaba los graneros para la plebe de Roma, que se arrastraba por el Suburra y lloraba calladamente en las entrañas de las catacumbas.

SUELEN desarrollarse dramas terribles, obliteraciones de lo que hay más sagrado—el honor—en el fondo de tantos hogares menesterosos, de los cuales el sentimiento pudibundo y la honradez huyen, cubriéndose el rostro y ahogado sus gemidos, en busca de un poco de pan para acallar los gritos de la voraz entraña. Por dioseras de botinas de charol y traje de seda, limosneros de levita son más desgraciados que los infelices que, con lágrimas en los ojos, gallofean por las calles. Estos siquiera no son víctimas del rango y de las tiránicas apariencias que tantos sudores cuestan en la comedia social, que, del ridículo, les impulsa al crimen y al desesperado suicidio. Los repiqueteos del estómago

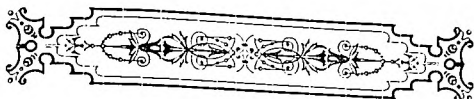
son otros tantos poemas de dolor que por el mundo van cantando las tristezas de la lidia por el pan.

¿Qué el cuadro es exagerado?

.....

No piensan igual un limpia-botas que su sacra real majestad el emperador del petróleo, ni el hermano Panchito de la mínima orden franciscana que el Hércules del acero. Flotan en atmósferas de distinta densidad. En los palacios de Niza y en las playas de Biarritz son fábulas de mal tono las cadavéricas escenas de la India habreada. Andrés Carnegie y J. Pierpón Morgán no se hallan en potencia de creer con viva fe en las privaciones de esos reyes de la necesidad, los maestros de escuela, por ejemplo, que se convierten ¡ ay ! en pantópodos (léase *todo patas*) al olor del imposible puchero.





INFANTILES

CARTA LITERARIA

Quito, á 18 de Septiembre de 1910.

Al Sr. Dn. Eduardo Valenzuela Olivos.

Santiago de Chile.

Recordado amigo :

M

U candoroso libro de poesías, *Infantiles*, cual humilde lebrillo con cobertera que encerrase rica esencia, despide, al destaparlo, ó más bien dicho al leerlo, el suave aroma de mejores días, los de la niñez, en los cuales la *servienta de la casa* refiere tanta conseja inane

que deja á los pequeños ensimismados,
con los ojos abiertos, mirando ansiosos
si parece un brujo detrás de un árbol.
Y los cuentos se siguen unos á otros,
y la luna contempla desde el espacio
que los niños protestan cuando son cortos,
y que ríen y gozan cuando son largos.

Cuando á veces el viento sopla con fuerza
y agita en los cordeles algunos trapos,

los niños se acurrucan y temerosos
creen ver algún muerto que está penando.

COMO se refrescan, con el beso de las aguas, las ovas que estaban á punto de morir en la orilla, así revive el tumefacto corazón y estalla en llanto al volver á las dulces confidencias con el amigo distante, porque

parece que al contar nuestras desgracias
sentimos menos dura nuestra suerte,
y un poco más liviana nuestra carga. . . .
¿No llorar? Ah. . . . felices los que pueden
vivir ajenos á la pena amarga,
sin llevar un volcán en el cerebro,
y un libro de recuerdos en el alma.

CON páginas de él has formado *Infantiles*, que con sus cuadros del hogar y sus cosas de albura, de adorable simplicidad, me traen á la memoria apaciblemente al buen viejo Juan de Dios Peza. Lo doméstico en su plena sencillez y hasta en sus detalles de cocina adquieren tinte poético, cuando la ternura se hermana con el sentido de lo bello y de lo sentimental.

SIN enjuagatorios del estilo ni frases ditirámbicas, suelen, con modestia de Trueba, gustarnos las descripciones de las costumbres del pueblo chileno, la mesa del obrero, los manjares que en el hogar se ven, los cuadros caseros, tan caseros como las salazones, las frituras de sopaipilla, los pestiños, los colodras de hipocrás, las grajeas de humilde pasta, los potrillos de malvasía y moscatel, los cestos de ciruelas claudias y nísperos que en la *Alameda de las Delicias* se enfilan en navidad.

DE tu *Noches lejanas* transcribo estos versos :

Se acerca la Pascua
y rápidamente mi mente recuerda
las mil emociones que experimentamos
en aquellas otras lindas *Noches Buenas*,
cuando nuestros padres iban con nosotros
á dar un paseo por la amplia Alameda,
toda iluminada, llena de faroles,
poblada de ventas ;
donde se escuchaban á la vez los gritos
de los vendedores :

- *Maduritas brevas*. . . .
- *Duraznitos priscos ! Clavetes y albahacas*. . . .
Rico ponche en leche !

Mientras las vihuelas
vibraban en manos de alegres muchachas,
que, con voz entera,
lanzaban al aire sentidas tonatas,
ó en medio de aplausos, briosas zamacuecas.

PARECE que mi fantasía reproduce las escenas populares, que miro los morillos del hogar, el tanganyillo que sostiene, sobre combustible de madera borne, la olla de carbonada ó la cáscara de calabaza y la bombilla para el mate, los *pisos* (chilenismo que equivale á asiento bajo de esparto) asegurados con unos como toletes de hierro; todo lo desmantelado, lo pobre, lo que pinta al pueblo: sus modismos, su dialecto apropiado - á veces jerga incomprensible, - las incorrecciones de lenguaje del huaso y del roto chilenos, cual imitas en *Cosas del Campo* y en la composición *En las Minas*:

Sentado en el suelo,
junto á un pobre rancho,
estaba Luciano, aquel inquilino
que yo conociera cuando era muchacho.

- ¿Cómo te va chico?
¿En qué estás pensando?

Y él alzó la vista, se sacó el sombrero;
y - *Bien, patroncito*, dijo con trabajo.

- ¿Sabe en lo que pienso?
- ¿En qué?
- Que es mu malo

que Dios dé á los pobres corazón, si sabe
que es pa que se pasen la vía llorando. . . .

- Pero ¡qué! ¿tú sufres?
Dime, ¿qué ha pasado?

Tú sabes que hacía muchísimo tiempo
que yo no venía de nuevo á estos campos.

- Qué si yo he sufrido?
¡Harto, patrón harto!

¿Pa qué le interesa conocer mis penas,
si á naiden le importa que viva llorando?

- ¿Eres egoísta?
Cuéntalas, Luciano

Y con naturalidad refiere sus tristezas. Juana, «esa guainoncita requete lluda», de ojos negros y picaronazos

á quien quería «hartazo», pues le había visto desde chiquilla crecer á su lado y con la que había salido al cerro, fue llevada por el patrón á Santiago. Luciano «andaba de ojotas, de manta y chupalla como hijo del campo», en tanto que Juana «andaba orgullosa, como señorita, vestía é raso». A los pocos meses que su padre el «ño Pancho» preguntaba al patrón por ella, éste, encogiéndose de hombros

«Quién sabe ónde - le ijo - se ha queao».

AHORA oigamos sus penas al viejo minero :

- «Pus, ñor, el paire de ese chiquillito,
era un tal Ño Peiro,
mozo bien formáo, güeno pal trabajo,
güeno para el cateo.

Se vino á las minas. . . . ¿ De ónde ?
. . . . Quien sabe !

los que trabajamos, patroncito, en esto
no se sabe nunca de ónde venimos,
ni pa ónde vamos, ni ónde moriremos.

Se casó con una moza bien plantá
y tuvo ese chico. Pasaba contento
y de vez en cuando, tomaba sus tragos,
-que tomar un trago no es nengún defeuto.

Y dey. . . . como siempre
bajaba á la mina, aentro. . . . muy aentro. . . .
se metió una tarde, siguiendo una veta
de ese oro mardito, que inventó el infierno.

. . . . Le tocó la mala !

Se errumbó el cerro. . . .

y ey queó aplastáo. . . . sepultáo en vía. . . .
Pobrecito Peiro !

Ey queó enterráo. . . . ¡ quien iba á sacarlo !
Por eso es que siempre viene el pequeñuelo
cuando la campana toca la salsa
á ver si su taita viene á arle besos.

Por eso lo llama ;
porque el poblecito no sabe que ha muerto.
Cree que ha queáo ormío, y no sabe
que pa eternamente. . . . se queó urmiendo. . . .

TE hablé de chilenismos. Abundas en ellos, como el de los *pisos* á que aludí.

Una noche de luna. Los pequeñuelos han llevado los pisos al primer patio. . . . El mayor-un chicuelo muy travieso-de siete años, se sienta en una silla; mientras Julia-de cinco- sobre un piso se acomoda con gran coquetería. . . . Y el chiquitín, dejando el silabario, se sienta sobre un piso, y animoso se retuerce un bigote imaginario. Amigo del *Guardián*, el can sumiso, que lo acompaña á corretear al cerro, siempre trata, subiéndose en un piso, de montar á caballo sobre el perro. . . .

¿QUÉ has hecho muchos marros en tus versos? ¿Qué son bastante incorrectos y algunos muy prosaicos? ¿Y eso qué? Rebasas en ingenuidad, en sentimiento, en pasajes realmente infantiles que hacen olvidar la doblez del mundo y la gravedad de las ideas. Tu libro es sincero, sano, inofensivo, apreciado consocio de la Academia literaria *Eduardo de la Barra*, á la que tu afectuosa dedicatoria me transporta en alas del recuerdo. Yá lo confiesas en el curioso prólogo, que sólo te abona la llaneza en tus versos. «Sé, dices, que no visten ropaje elegante, ni tienen formas nuevas, ni halagan el oído con cadencias musicales. Al contrario, pecan de pobres, de desarrapados, de ingenuos, y en muchos, las rimas asonante y consonante se mezclan lastimosamente». Así es la verdad; pero, con todo, tú los quieres mucho y yo también les consagro mi cariño. Son travesura de tu alma sin reveses; son revelación de tus inocentes y leales pensamientos, incapaces de mentira. Los enemigos de la verdad tienen sus cenachos repletos de sofismas y con ellos tan caninamente arman cada sellisca que tiembla el misterio. Pero contra la grito, contra las tinieblas, contra el engaño, hay un arma sencilla: la del corazón honrado, como el que dictó tus versos. En la composicioncita *¿Cómo es la vida?* das consejos con tanto candor y espontaneidad que, sin quererlo, me acuerdo de los fáciles octosílabos de Manuel Reina:

A la amistad bien probada
visítala cada día:
la senda no frecuentada
malezas y espinas cría.

Los envidiosos podrán
 al bueno en la sombra hundir ;
 pero las nubes se van,
 y el astro vuelve á lucir.
 En las horas angustiosas
 piensa en tu madre querida :
 la cruz ornada de rosas
 es símbolo de la vida.

Sé con el pobre, indulgente ;
 huye del amigo infiel,
 y venera toda frente
 coronada de laurel.

AHORA tus máximas, en naturales endecasílabos :

No te fíes jamás de amigos locos,
 que nunca te han de dar un buen consejo ;
 nunca mires el traje en la persona,
 que muchas veces es un pobre, un genio.
 Cuando te hagan un mal, siempre perdona
 y serás respetado como bueno.

POBRES viandas, dijiste, pero sin tasto son las tuyas. Las saboreo, porque son sanas, preparadas por modesto chirumen y no artificiosamente escogidas á modo de candil, cual suele la gente que se fina por moralizarse. Adagios y frases populares como las tuyas equipolentes al lenguaje de payos y zafios ; miniaturas y ensueños adorables de la niñez, con aspiraciones, juegos y muñecas propios de la envidiable edad, serán, en todo tiempo, la biblia de los desvalidos, de los humildes, de los de puro corazón, comentada, no por mazoretas redi-vivos, sino por bardos sin artificio, nobles de espíritu.

TE abraza y felicita tu invariable amigo,

ALEJANDRO ANDRADE COELLO.





ANTE LOS MARTIRES DE AGOSTO

EN EL PRIMER CENTENARIO DEL GRITO DE
INDEPENDENCIA AMERICANA

Y BIEN ya estáis ahí, después de una centuria, ¡oh, glorias de la patria!, abuelos de nuestros abuelos, padres de nuestros padres, perpetuados en duro granito que desafia las destemplanzas del tiempo, en mármol impasible que se ríe de los años, y en bronce resistente que sólo á la maquinación humana no pone escudo, ya que nada de lo material contra ella puede rebelarse.

CIEN años ha, que con homéricas trompetas lanzásteis el primer grito de libertad, á la faz de la América Española, dando noble ejemplo de altivez; y ese grito fué como la cólera de Aquiles que repercutió por todo el campamento americano, apercibiéndolo para la épica lucha, digna de ser cantada por los Hesíodos del porvenir, ya que los gladiadores de uno y otro bando fueron semidioses.

¡VIVID para siempre, sombras augustas, inmortalizadas, antes que en túmulos gigantes, en la memoria del pueblo agradecido! ¿Quién no conoce vuestros sencillos nombres? ¿Quién no os ha saludado, año tras año, en todas las fechas clásicas del hogar americano? ¿Quién

no sabe de vuestros legendarios sacrificios y de vuestras hazañas de epopeya helénica?

NIÑOS, en medio de los plácidos ensueños de una edad que es el paraíso de la tierra, oímos de boca de maestros nacionales algo como fábula oriental, en la que se refería que habían peleado leones iberos y águilas andinas; jóvenes, entre las doradas ilusiones que como suave caricia suele traer la juguetona deidad Eros, escucáhnos de labios de tribunos de respeto el culto á los que nos dieron patria, como progenitores de la independencia nacional; viejos, con la nieve de los años y el pesado bagaje quizá de amargos desencantos, inculcaremos, con todo, á las nacientes generaciones el sincero amor á los immaculados dioses de la patria, á los que la libertaron y engrandecieron, sin ambiciones, cobardías ni bajezas. Padres conscriptos: en el hogar, al dulce sôn del arrullo maternal, aprendimos á quererlos; en la escuela, en medio de juguetes y peonzas, de cuadernos y libros y tareas que la inteligencia infantil ve como ciencia incomprendible, á admirarlos, y en la vida pública, á pesar de los reveses y fenofas que ensombrecen el camino, á respetarlos, ilustres corazones de abuegación y alteza de miras. Y á cada momento, empapados en las páginas sangrientas de la historia, que es la muda maestra de los siglos, el raudal de la gratitud popular quiere desbordarse, como un Nilo de afectos y recuerdos, en viva demostración de que jamás os hemos olvidado, nobles próceres.

EN horas de luto general, cuando la madre común llora sus inesperadas desventuras y la conciencia pública parece como que, á los empellones de la corrupción y del engaño, se hunde en el báratro del crimen, ¡oh, cómo alienta la invocación á los mejores! Incontaminados y excelsos hijos de la patria, salve!

PERO vuestra remembranza ha sido muchas veces cual elocuente reprensión. Comparando los tiempos, tal vez en momentos de cruel perplejidad, nos hemos avergonzado de la impotencia de las actuales generaciones pegadas servilmente al interés; del apocamiento que nos mata y de la cobardía que nos pierde: con miedo cervical palidecemos y temblamos ante el ídolo ruin de la ignorancia, ante el movimiento imperceptible del crótalo de la hipocresía, ante el oro fangoso que ensucia el alma de los codiciosos, ante el pigmeo de barro y el coturno ridículo del magnate.

¡OH, mejores días aquellos en los cuales con honor y regocijo se moría por la patria!

HOY, presas de negros infortunios y de hondo desaliento, parecemos cadáveres ambulantes que en vano buscamos la tumba de las muertas energías, del insepulto sacrificio, del honor cuasi enterrado. Si no hay esperanza de palingenesia en la costa lejana del ideal, sepultémonos para siempre en el profundo osario de los ilotas y vencidos; dejemos, con mansedumbre y repugnante sonrisa de idiotas, que la opresión nos eche paladas de tierra, que el terror, como un peñasco, nos apisione, y así seguiremos durmiendo el sueño sepulcral de nuestra indolencia.

¡OH, quién nos diera rechazar la vergonzosa idea de que nos sentimos menguados, blancos de la afrenta é impotentes!

¿QUÉ derecho tenemos á la triunfal vida en el concierto de las naciones, así raquíticos, así faltos de vivificadora sabia nacional, así desconocedores de la belleza de sus paisajes, de la sublimidad de sus montañas, de la riqueza de sus minas, de la fecundidad de sus tierras, de la ubérrima esperanza de sus selvas orientales?

¡OH, juventud, ¿oís el armonioso himno del primer grito de la Independencia Americana? Levantad entonces, levantad la radiosa frente, limpiad el polvo del camino y seguid la luminosa senda que trazaron los mártires de la libertad

Y bien, ya estáis ahí, después de un siglo de difícil marcha, erguidos en soberbio monumento, antiguos y esforzados moradores de Quito: Morales, Quiroga, Salillas, Riofrío, Ascázubi, todos, todos, heroicos iniciadores, víctima de saludable resonancia.

CON inexplicable emoción os miramos, con religioso respeto nos inclinamos ante el ara de la patria, con fe de humildes ciudadanos arrodillados estamos, llorando con el alma, para deciros con toda la energía y sinceridad que hay en nuestro sér, en el majestuoso santuario de la verdad: si por ventura vuestros sacrificios fueron estériles, si por ventura vuestros ideales fracasaron en el naufragio pasional, si vuestra doctrina fué semilla derramada en árido desierto, si vuestro grito sublime de independencia produce carcajada atronadora y sarcás-

tica, si todavía no somos dignos de llamarnos vuestros descendientes, bajad de esa granítica columna, desprended del alto y armonioso pedestal, abandonad ese artístico túmulo, idos, idos, cual salió de las ruinas de Troya el padre Eneas cargado de sus penates, idos de esta tierra desgraciada, abrasada por las más viles y ardientes pasiones; marchaos cubiertos el rostro, cual vírgenes heridas de pudor: no merecéis, no, padres venerandos, esa estatua, esa apoteosis, esos himnos sacrílegos, esos irónicos monumentos; protestad y alejaos con solemne paso. ¡Ah, todo lo merecéis, porque fuisteis dignos, heroicos immaculados! ¡Cómo pudieran figuras de igual talla presentaros la ofrenda, á manera del águila caudal que se acerca á la cúspide más alta de la montaña sagrada, ó como la esbelta palmera saluda á la pirámide; pero nosotros. . . . gusanillos, escarabajos, briznas!

No, amados é ilustres compatriotas; no, figuras colosales; no, patricios sin mácula, bendecidnos y quedaos para ejemplo de los buenos y eterna reprensión de los proterbos. No os partáis: aquí, destrozados el corazón de pena, continuad inspirándonos patriotismo; grabad el deber y el honor con diamante en nuestros corazones; esperad otra época más feliz y recibid la genuina veneración de los que todavía creemos que no pasasteis por la historia de América como una vana sombra.

FUISTEIS lealas á carta cabal: ahora, si no estamos rodeados de traidores, al menos la fidelidad no es una virtud universal; fuisteis honrados hasta la exajeración: ahora, si no cunden los ladrones y salteadores de caminos, al menos la integridad no es flor que brota en todos los jardines; fuisteis desprendidos hasta el martirio: ahora, si la desapoderada ambición, esta sed de lucro no mata de hipocondría, al menos puede citarse como caso no muy aislado de enfermedad. ¡Basta de parangón, porque es profanaros!

Y bien, ya estáis allí, erectos sobre pilastras suntuosas de granito, escuchando los raudales de armonía del pueblo agradecido, ¡oh, glorias de la patria! ¿Qué pensáis de la nación ecuatoriana, qué de Quito, Luz de América, al mirarnos desde aquellas alturas? Gigantes sois y podeis darnos lecciones con saludable franqueza.

HABLAD, padres inmortales!



BOMBO

MERA la estación de las grandes lluvias. Había pasado el carnaval. La cuaresma llegaba á la mitad de su carrera. El poblacho conventual, triste y monótono, dejaba oír el lúgubre gemido de las campanas, frío y desconsolador. Las calles, húmedas y semioscuras, parecían presagiar luto, despedida de seres que se van, quejas comprimidas, clamores apagados de moribundos, agonías inexplicables. Ronco esquilón, desde una torre céntrica y muy elevada, tocaba á muerto, y su eco fatal retumbaba en el pobre villaje. Todo estaba impregnado de cierta melancolía, de algo que cansa y oprime el corazón. ¡ Cien veces el mismo cuadro desarrollado ante nuestra vista, cien veces idéntico estado de cosas, cien veces aquel ruido quejumbroso ! ¿ Qué falta ? Animación, alegría, cambio, mudanza, comercio, contraste, en una palabra, vida. Extrañamos el rumor de las ciudades populosas, la marejada de gente, de trajín, de movimiento.

MAX. Nordau se ríe de los sentimentalistas que suspiran de nostalgia por las viejas ciudades históricas, obra de siglos, empolvadas, incómodas, agrietadas, que dizque son emporio de hermosura, y exclama : « ¡ Qué la

calle moderna no es bella! » . . . Pero si esto simplemente es una blasfemia! Nunca ni en ninguna parte ha sido más bella que en la gran ciudad contemporánea.

« EL gigantismo de las construcciones, la variedad de los estilos, que, aunque indigentes y sin gusto cuando se les considera individualmente, se rehabilitan por la abundancia y diversidad de sus formas y ofrecen un conjunto magnífico; los carteles alegres, muchas veces tolerablemente viciosos; los avisos luminosos y multicolores sobre los balcones y las azoteas; los escaparates ricos y agradables; los pintarrajados kioscos de diarios; las columnas de avisos de espectáculos; los chalets de refrescos, de floristas y de otros géneros; el encanto mágico de las iluminaciones más intensas; la miscelánea del tráfico por los medios de locomoción más variados en cuanto á formas y velocidad; todo esto constituye un cuadro allado del cual parecerían incoloras é insípidas Babilonia y la Tebas de las Cien Puertas, la Roma de los Césares y la Florencia de los Güelfos, la Palmira de los Seleucidos y la Nuremberg de la Reforma. » (1)

PENSANDO en esto, cerramos maquinalmente los ojos, y, al nuevo toque de la campana, figurásenos que siluetas desencajadas se pasean, que asistimos á escenas espectrales, á quejidos de los que marchan al sepulcro eutropélico.

¡ CUÁNTO nos impresiona en un pueblo chico y sedentario el tañido agónico, la lenta badajada de la campana que anuncia defunción reciente! Al momento, instintivamente se nos ocurre preguntar con algo de susto: ¿quién habrá fallecido? Creemos, desde luego, que es algún pariente, alguien que nos interesa, siquiera un conocido.

EN los grandes centros no es lo mismo. En los pequeños, todos damos razón de todos, estrechamente venimos á formar parte de la comunidad, de la familia reducida; somos hasta de confianza, cual connotados.

-¿ SABES quién ha muerto?, responden: ese jovencito que vivía como quien sube por allá, que estaba empleado en tal casa de comercio, que vestía pardesús plovero á rayas diagonales y sombrero de copa, que pasaba

(1) Max Nordau.—Crítica Contemporánea,

infaliblemente á las seis por la calle equis llevando, bajo el brazo, una cartera de abogado, que no cambiaba jamás su pantalón azul marino á cuadros.

- ¡ AH! sí, yá recuerdo. ¿ No es el que fue nuestro condiscípulo en la escuela? Éspérate, yo sabía su nombre. . . .

DIÁLOGOS como éstos son comunes. Maquinalmente, deploramos su temprana partida, compadeciendo á los deudos.

UNA tarde que había abonanzado, encontréme con Gasal, joven médico, que cantaba regular, apasionado por la música, de carácter expansivo. Tarareaba de continuo aires de Rigoletto del Barbero de Sevilla, de Gioconda y de Cavallería Rusticana.

- ¿ CÓMO estás, Eustorgio Gasal?, le dije estrechándole la mano.

- BIEN, Alejandro, alias Voltaire. ¿ Qué te haces por aquí? preguntóme.

- PASEANDO, para aprovechar estos cortos intervalos de sol. ¿ Y tú?

- ESPERO que venga el sastre Chiriboga, á fin de ver cómo anda el corte de mi uniforme militar.

- ¿ MILITAR tú? ¿ Desde cuándo? ¡ Qué sorpresa! Esto es muy curioso. ¿ Qué grado tienes?

- SARGENTO mayor. ¿ Por qué te admiras? Otros, de lance, son hasta coroneles. Me han nombrado cirujano de uno de los planteles militares. Tenemos obligación de uniformarnos... y de paño verde. Yá se me cumple el plazo. Parece que voy á salir disfrazado. Felizmente, sólo una visita, por la mañana, es reglamentaria. Iré á caballo y cuando pueda en coche, hasta acostumbrarme. Es una molestia, porque me veré obligado á desvestirme cotidianamente para tornar á mi traje común.

- ME debes regalar tu fotografía. Será muy divertido publicar, en « La Ilustración Militar » por ejemplo, tu retrato de jefe. Eres bajo de estatura y

- ¿ TE burlas de mí? E estás muy festivo, en tanto que yo estos días he sufrido mucho con la muerte de Cedar.

- LA he sentido mucho. Se fue para siempre nuestro querido *Bombo*, como le llamábamos en el colegio. Los apodos de la infancia pasan á ser nombres cariñosos en el trato familiar. Mi condiscípulo desde primer curso de humanidades, en el Seminario, los años nos separaron después y tomamos distinto rumbo.

- ¡ QUÉ robusto y que gordo era ! Tal vez por esto le decían *Bombo*. Fui su amigo íntimo. Le acompañé hasta que exhaló el último suspiro.

- POBRE amigo. Siempre supe estimarle. Estos tiempos nos encontrábamos de tarde en tarde. He escrito un artículo necrológico que pienso publicar. ¡ Cuánto me ha dolido su muerte !

- ¿ QUÉ periódico diriges ahora ?

- NINGUNO, pero colaboro en algunos, como « El Ecuador », donde probablemente saldrán esas pocas líneas á la memoria de Cedar.

- ¿ TE has fijado en la intemperancia de la prensa ?

- DA vergüenza pensar en el tiempo que se pierde lastimosamente al leer tanto insulto.

- TODAVÍA no nos anima un espíritu práctico.

- SOMOS utopistas : todo lo queremos de pronto excelente y de lo contrario reventamos con mil truenos.

- ¡ CUÁNTO pesimismo de algunos en su ansia de que el progreso nos venga en aeroplano !

- DOBLEMOS la hoja. Me hablabas de Cedar. Sigue con los detalles de sus dolencias.

- AH ! mas tú no sabes lo que padeció. En el raudal torrente de la vida nos vamos acercando á la muerte traidora. CON mil privaciones y dolores, construimos un placer, acariciamos un quimérico castillo que pronto se convierte en cascote, como todas las cosas de este mundo. Nuestra ilusión se marchita, nuestra fe desfallece, nuestra juventud se aleja, nuestro amor se convierte en planta deshojada por el cierzo, nuestros queridos amigos, como Cedar, se van. Cuántos escombros en el palacio de nuestras ensueños, cuántas bellas cosas derribadas de repente. En esta peregrinación terrenal, con cuántas ideas tristes tropezamos al hablar de la muerte, que no sabemos si nos lleva á una perpetua ruina ó á una reconstrucción interminable « que cambia de formas pero nunca muere », como dijo el poeta del *Nocturno* que me has oído cantar. ¡ Oh, decepción sombría de la exist-

tencia que nos presenta por único epílogo el sepulcro ! La leyenda bíblica dice que somos masa de lodo : á él torramos, con rumbo á él caminamos bajo tierra, viaje que tocó ya á Cedar. Mira, continuemos paseando por dentro de estos portales y te contaré todo lo que he visto, las tristes escenas de que fui testigo. Cuando distingas que esté abierta la sastrería de la esquina, me avisas. ¿ Oyes ?

- PERFECTAMENTE.

- CEDAR sufría del hígado. Hace cuatro años, cuando estudiaba anatomía, fue operado por el cirujano Bacello, de un absceso hepático. Tuvo éxito el tratamiento. Después de meses de cama, Cedar salvó, gracias á su energía y robustez ; mas no le sirvió de experiencia su larga enfermedad y continuó abusando de su salud, hasta que, cuatro meses ha, recayó. Era un bárbaro. Todavía con el trócar, fuese á la campaña del Norte, en la ambulancia, como ayudante de los cirujanos. No pelearon, pudiendo hacerlo y vencer. No sé qué pasó, ni sé hasta dónde dominó la sugestión del miedo. Total : depusieron las armas como mansas ovejas, se dejaron engañar y regresaron indefensos y á pie, dispersos cual en la peor de las derrotas, pasando por parajes malsanos como Guallabamba.

CEDAR corrió la misma suerte de sus compañeros. Con tres luegos volvió donde los suyos, no sin pasar penosas aventuras y empobrecer su salud. Vivía en la más desesperante indigencia. Su mujercita, un ángel de bondad y hermosura, carecía de recursos tanto como él, y no se quejaba, porque sus suegros le galleaban que cada palo aguante su vela.

- ¿ CUÁNTOS años hacía que se casó ?

- LOS mismos que has estado ausente de la patria : cuatro. Jóvenes ambos y sin dinero, la vida les era muy amarga. En el fondo del oscuro hogar había dolores y disgustos á manta de Dios, llevados con santa resignación por su esposa, que fue modelo de mujeres. Interim, Cedar sentíase peor. Resolvió dejarse operar. La junta médica, reunida á duras penas, fue de ese parecer.

- ¿ ASISTISTE tú ?

- DE los primeros ; ni debías preguntarme. Para proceder, necesitábase cumquibus. Cedar, en términos sentidos, escribió á su padre pidiéndole algunos reales, manifestándole la angustiosa situación en que se halla-

ba. La respuesta fue terrible, como dada á un ñiquiña-que ; inverosímil, desde luego, en este hombre honrado que trabajó sin descansar. Díjole que el también se encontraba á los umbrales de la muerte ; que lo que el hijo deseaba es que se muriese pronto para, huérfano y libre, cargar de una vez con la herencia de la madre y con la suya ; que se arreglara como pudiese ; que le negaba el derecho de reclamarle un solo centavo.

-¿ Y es persona piadosa ? ¡ Qué mundo !

- PERTENECE á varias congregaciones, comulga con frecuencia, es de la Tercera Orden de San Francisco de Asís, de la Congregación del Rosario, etc. Pero ¿ qué importa esto ? Así son muchos : sin caridad, duros de corazón cuando se alude á su fortuna. Atacar sus economías es profanamiento. Al fin, después de reiteradas súplicas y laudable diligencia de parte de su esposa, Cedar fue operado por el Dr. Rodezno, quien se portó con desprendimiento, pero no volvió más. En vano busqué á las reputaciones médicas que habían aprovechado, por no decir explotado, la mina del carácter servicial de Cedar ; que habían sido amigos cuando él les era útil y podía acompañarles á las visitas médicas, á las operaciones peligrosas, graves casos de cirugía ; que le quitaron el tiempo en comisiones de diverso género ; que le apartaron del cumplimiento de sus deberes ; que le hicieron tunar y le espiritaron con el alcohol ; en vano busqué á los falsos amigos que le alejaron del hogar y le enseñaron á beber. Nadie fue á su casa, nadie se prestó con filantropía, nadie se acordó del que tantas veces les había sirvido y á quién llamaban querido amigo, hermano de profesión. Y él, que se desvivía por todos, fue olvidado cuando ya era inservible, cuando estaba más pobre que nunca y al borde del sepulcro. Yá no podía divertirles con sus sinfonías y serenatas arrebatadoras. Fue un verdadero artista, un genio musical.

- USTEDES, los médicos, les dicen melómanos. Para mí era un genio.

- CEDAR no era un enfermo filarmónico ; no.

- ME habían contado que últimamente se volvió epiléptico y que cuando se entregaba á sus ejercicios musicales, concluía por enloquecerse. Jamás me constó esto.

- FALSO. Dominaba el bandolín y la guitarra, arrancando de estos dulces instrumentos notas que llegaban al corazón, armonías de encanto irresistible, obras serias, trozos de ópera, música ligera, yaravíes, aires populares, tonatas quiteñas, cuanto él quería.

- SÓLO pocas ocasiones pude aplaudir su habilidad. Entonces comenzaba su carrera.

- ¡QUÉ vocación tan admirable! El artista, el músico espontáneo eclipsaba al médico en potencia propinqua.

- CONTINÚA con tu enfermo.

- AL fin, al ver que carecía de auxilios profesionales, le dije: «Aun cuando soy novicio en la medicina, pues acabo de graduarme, yo te recetaré, querido amigo, y te acompañaré hasta última hora». Me dió las gracias.

- ¿CUÁNDO rendiste tu último grado?

- Hace recientemente dos meses que soy médico. - Voy experimentando los azares de la profesión y el celo vivo de algunos compañeros. ¿Vas á creer que me da pena de algunas nulidades que tanto crédito y campanillas gastan? En la junta médica, un célebre charlatán fue del parecer, para ponderar sus audacias quirúrgicas, de extraerle el hígado y arreglarlo todo por suturas.

- ¿Quién fue ese bárbaro?

- Es mi secreto profesional: el milagro, menos el santo. Ahora tú no puedes imaginarte los caprichos de la suerte. Hay corrientes de moda. Se necesita *lata*.

- YA que viene al caso, explícame ¿por qué son tan adoradores de Baco los Galenos?

- No todos, y menos entre los jóvenes médicos llegados de Europa. Algunos antiguos, sí, descuidaban al paciente por pulsar al Sr. Alcohol. Pero no me desvíes del asunto.

- PROSIGUE.

- PIDIÓ mi primera receta para leerla. Después, dirigió una mirada de inteligencia á su esposa. ¡Qué mirada aquélla! Parecía interrogar á esa hermosa criatura: «¿Con qué compramos los medicamentos? ¿Dónde está el dinero para las drogas de ese tonel sin fondo, la botica?» ¡Cuánta angustia ví pintada en su semblante! Su mujercita salió de la pieza del enfermo llorando con desesperación. Entonces me acerqué á Cedar, y con débil y entrecortada voz, le hablé así: «Haces mal en no tener confianza: soy tu compañero que de veras te estima. Creo que no posees lo necesario para gastos de botica. Voy á dirigir una tarjetita á la droguería «El Comercio,» á fin de que despachen

por mi cuenta todas las recetas que sean para tí. » Alegróse su rostro y me agradeció con lágrimas. Estaba resuelto el costoso problema de las medicinas. En adelante, en todos los formularios ponía entre paréntesis «para Cedar.» Me trasladé á su casa y estuve junto á su lecho hasta que expiró.

-POBRE amigo. ¡Qué mundo tan ingrato!

-ESPÉRA. Esto no es todo. Voy á contarte más tristezas todavía. Su fiel mujercita, bella y virtuosa, resignada como una mártir, se hallaba fuera de cuenta, ó andaba anidando, como dice mi amigo literato. Chez. Carecía, además, de gente de servicio. Ella en persona atendía al enfermo. Después de darle la pócima, iba á la cocina á prepararle el alimento. Enfermera y criada, confidente y cocinera, todo á la vez . . . ¡Cuánta abnegación! Y encima de todo, pesando como una montaña, la indigencia, fiel guardián siempre en vela á las puertas de ese hogar. Las dolencias continuaban y el paciente iba agravándose. Al día siguiente, me pidió Cedar con insistencia que le hiciera el favor de llamar á su íntimo amigo, el sentimental poeta Manuel Chez. Lo encontré ocupado en sus tareas del reciente magisterio que le absorbían algunas horas; pero vino al momento. Al ver á Cedar le rodeó los brazos al cuello, le murmuró algo en silencio y ambos quedaron confundidos en un abrazo, gimiendo en el lecho del dolor. Sin duda le contó su amarga situación. El inteligente Chez no es rico. Nombrado profesor de Literatura en un establecimiento de instrucción pública, ese día había recibido su primera soldada, la bicoca de noventa sures, de los que la mitad le dejó debajo de la almohada, para los gastos más premiosos. Acto de desprendimiento semejante es digno de mencionarse, en medio de la atmósfera de olvido, miseria y soledad que rodeaban al moribundo. Sólo cuatro amigos le acompañamos en los fatales instantes de su agonía: su esposa, el poeta Chez, el joven farmacéutico Barba y yo. Fue imposible atacar la interminable y atroz diarrea que le consumía. Tal acontece con los hepáticos de gravedad; pero en algunos se consigue detenerla. Esto le va á matar, decía para mi pañosa; pero el enfermo no perdía la esperanza. ¡Oh, qué triste ver luchar á la juventud con la muerte! Cedar amaba la vida. Sus 24 años se revelaban contra los despiadados ataques del sepulcro. Su naturaleza de artista sentía hondamente dejar á los seres queridos. Derramaba lágrimas sin consuelo. ¡Cuán desesperante es oír llorar á un hombre! Gemía como un niño, sin poder

resignarse con la idea de la muerte. Era preciso que testara. Me resolví á insinuarle en términos convenientes. « Ya sabes, le dije, que estas enfermedades tienen sus sorpresas. Por lo mismo, es urgente precaverlo todo. Házlo por tu santa esposa y por tu futuro hijo. Tú, nada posees ; pero eres acreedor á la herencia de tu madre. Hay que asegurar esos bienes para evitar dificultades y pleitos. Tu hermana te pondría obstáculos : tu mismo padre no ha querido entregarlos hasta aquí. Preveamos con tiempo lo que pudiera acontecer. » Se sometió al fin, y quedó arreglado este asunto, para gestionar ante los tribunales lo que su madre le había dejado.

- DIME, Gasal, ¿ se daba cuenta de todo el enfermo ?

- COMPLETAMENTE. No perdió un instante la razón. El día que agonizó, hizo llamar á sus suegros, y en presencia de su esposa y de los tres amigos que no le abandonámos, habló así, con admirable lucidez y profunda pena, mezclando sus palabras con llanto copioso :

« Yo he sido ingrato, dijo. Llevo á la tumba el remordimiento de haber tratado pésimamente á mi esposa. Os he llamado para que me perdonéis. Vosotros, leales compañeros, sed testigos de este último trance. Pido á mis suegros, los únicos padres que he tenido en mi infancia - porque no he conocido á otros verdaderamente tales - que cuiden, que traten con caridad á mi esposa é hijo. . . . Quiero despedirme de vosotros, llevando, como único alivio, como final consuelo, vuestro perdón. Bendecidme, suegros míos, únicos padres de este desgraciado. Y tú, esposa de mi alma, angelical criatura, que me amas al través de todo, perdóname la vida de perros con que he amargado tu existencia. Lo reconozco, he sido muy malo. »

No pudo continuar á causa de su debilidad ; le atacó un delirio. Tan delgado y rígido estaba que parecía un lución. ¡ Qué cuadro aquél ! Todos llorábamos. Su mujer le besó en la frente.

- ESTO es enternecedor ; esto es horrible. ¿ Y su familia ? ¿ Y su padre, el de la carta grosera que decía que antes son sus dientes que sus parientes ?

HUÉRFANO de madre quedó muy niño. Su padre, viejo de duro corazón, ha vejetado en un mismo empleo: contador de almacén durante cuarenta años, con pobre renta en casa rica. No sabe apreciar su trabajo y vive conforme y fiel donde primero empezó. Al presente está

en cama. Algunos días lleva de enfermedad. Si mejora y sabe el fallecimiento de su hijo, caerá muerto por los torcedores de conciencia.

- DE qué adolece ?

- DE afección cardíaca, incurable, por lo común, en avanzada edad. También su hermano mayor padecía del mismo mal.

- AH ! sí; ¿ qué es de don Pancho ?

- DICEN que andaba por Valparaíso; pero no se ha vuelto á saber de él. Una hermana viuda vino á ver al enfermo sólo el último día de su vida. Esta era toda su familia. La de su mujer, sus suegros, le trataron bien, fueron efectivamente sus padres por la abnegación y el cariño.

- SU hermana ¿ fué en la hora postrera ? Bonito amor fraternal.

- MEJOR hubiera sido que no fuese, porque, en tranques tan supremos, provocó un escándalo. Subió la escalera llorando á gritos. Lo primero que hizo fue increpar á la esposa del hermano agonizante, echarle en cara que por ella, por su falta de atención, se moría Cedar; injusticia tamaña que nos dejó helados. La retiraron inmediatamente del aposento para que el moribundo no sufriera más; pero debió oír todo, cuando, llamando con débil voz á su esposa, le murmuró :

« No sólo yo, bienhechora mía, que tanto te he hecho padecer, que no te he dado un día de felicidad en este mundo, aumento tus sinsabores, sino que vienen de la calle gentes que no te aprecian á hacerte sufrir más, sin motivo alguno. Perdóname y perdónales. »

EN seguida refrescó tántos recuerdos de su matrimonio. La noche de *Inocentes* en que se conocieron. El baile de máscaras. Su luna de miel en la Magdalena. La primera tormenta doméstica al mes de casados. La fiesta del primogénito. Los nuevos disgustos por intolerancias religiosas. La amenaza de un *juicio de alimentos*. El abrazo de paz en la cuaresma. Los ruegos para que entrase á los ejercicios espirituales de San Diego; un kaleidoscopio, al fin, de alegrías y tristezas, de entusiasmo y de enfriamiento, de arco iris y de nubes de tempestad, todo brevemente, incoherentemente recordado, con palabras fatigosas y débil acento, como una sonata en tiple, de las que solía componer ó ejecutaba en las postrimerías de los bailes y diversiones.

TRITURABA el corazón oírle quejarse con los dolores. Se transformó, se puso inconocible: pálido como un difunto, flaco en extremo. Era un cadáver, con los ojos abiertos y opacos, la nariz perfilada, la piel del rostro pegada á la calavera. Fue un mártir. Bueno por temperamento, sano de corazón, de dulce carácter, su excesiva bondad le perdió. Muy condescendiente con sus amigos, jamás pudo negarles un favor. Descuidaba sus obligaciones del hogar por servirles. Murió olvidado de todos, sin más acompañantes que un reducido número de deudos de parte de su esposa y un grupo de amigos, tres apenas.

-POBRE *Bombo*. ¡Qué mundo! ¡Qué glacial y falsa amistad!

-YÁ puedes dar á tu necrología un tinte más sentimental con lo que te he contado. Fue víctima de los sufrimientos. El descanso eterno ha sido un triunfo para él. El porvenir se le presentaba sombrío, el pasado habíale sido muy doloroso. ¿Qué asomo de felicidad para una existencia así?

-MIENTRAS tanto, su ejemplar esposa es digna de profundo respeto, de inmensa lástima y de gran admiración.

-DICES bien. Me ha maravillado su amor y sacrificio.

-LLEGÓ la hora de despedirnos. Ahí tienes la sastretería «*La Elegancia*» abierta.

-DE veras. Adiós, querido amigo. No olvides la lección de filosofía práctica que te he dado.

A la mañana siguiente, los periódicos le prodigaban epítetos sonoros, comentando, erróneamente los más, la noble conducta de su consorte y calumniándola algunos, quizá por falta de información.

El diario *El Arte* registraba este meloso artículo necrológico:

«ANTONIO B. Cedar.—¡Feliz tú que ya duermes el sueño eterno! Dejaste de penar, y después de pronta pero difícil jornada — cinco lustros apenas — abandonaste un mundo tan pérfido y tan glacial, donde sólo se abren las desconsoladoras flores invernales del sufrimiento, que no fueron besadas nunca por el rocío de la felicidad

ni calentadas por el sol de la esperanza. Joven, en vísperas de coronar tu altruista carrera para alivio de la humanidad que padece, la Parca te estrechó entre sus brazos macilentos y cubrió tu pálido rostro, en el que el dolor había dejado su imborrable huella, con la blanca toca de los muertos. Y te fuiste al país del misterio, después de larga y martirizadora enfermedad que con porfiado embate fue socavando tu existencia, como el gigante monolito que es vencido por el mar, que á diario le azota con furiosa constancia.

MUCHO has sufrido, justo es que descanses ; oh, recordado condiscípulo ! que reflejas en mi alma los tibios rayos, casi apagados ya, de la vida de colegio ; de los quietos y venturosos días de internado, cuando no piensa úno todavía en los sinsabores y dificultades que la lucha por la existencia trae más tarde. ¡Quién fuese visionario y pudiera, al través de las fugitivas ilusiones, leer el porvenir como un libro de fáciles caracteres !

NACISTE para aliviar los sinsabores del cuerpo y del alma, con la bondad que te era ingénita. Médico por la práctica y artista á la vez, al par que curabas las enfermedades, hacías sonreír al espíritu con las dulces notas de tu música espontánea y genial, en tanto que tu sensible pecho lloraba tal vez fútimas desventuras y recónditas remembranzas.

ANTE las efusiones del arte, el espíritu sigila sus dolores, silenciarlo. ¡Quién no se siente mejor en los suaves instantes de sibaritismo espiritual ? En el corazón de la bestia humana hace hendiduras muy finas la sierra de trasdós del mal. Sólo la belleza nos pule y perfecciona. La estética musical ennoblece piadosamente hasta á los más abyectos. Es Teletusa que se acompaña con la vihuela para cantar coplas delante de Mor-samor ó Miguel de Zulheros y Tiburcio de Simahonda.

¡QUÉ armonías las que arrancabas del violín ! El instrumento se queja, canta.

Es una canción traidora,
es una canción doliente
con armonías sin fin
que se eleva evocadora
como la nota gimiante
de un violín. " - (1)

(1) Alfonso Hernández Catá.

¿Y la guitarra? No se oyó igual sino en Andalucía, predilecta del vate, quien

*Amor tus balcones llenos de muletas
y las coplas tristes con que tus portas
pulsan la guitarra y hacen el amor*

¡Qué ecos los que en la tibieza de las íntimas tertulias quedaban unas veces quejándose, otras sonando alegremente en el ronco instrumento venido de España, hermano acaso del que ensalzó Salvador Rueda en rítmicas estrofas. Suavemente rasgueada por tu hábil y delicada mano, la rumorosa guitarra ¡oh, cómo sollozaba! ¡oh, cómo reía! bajo las aterciopeladas colgaduras de los saloncitos de confianza, en esas especiales penumbras de las noches de luna que convidan á conservar la ventana entreabierta para que penetren los rayos melancólicos. ¡Oh, cómo acentuabas sus notas con dúctil, flexible runrún, queriendo imitar el canto triste, la tonata nacional, siguiendo las ondulaciones del piano que se alzaban y á ratos languidecían, pura y tímidamente, cual las voces de la princesita de tu hogar! Y ante el esplendor de la naturaleza, en las tardes de los campos, me parecía todavía que

*Bajo la parra
que da sombra á la escena que me imagino,
resonan los acordes de tu guitarra*

¡CUÁNTAS cosas expresaba la que sabía de los cálidos cielos de España, de las serias pavanas que bailaron nuestros graves abuelos, del ceremonioso minué, de la zambra morisca, de las nobles leyendas de amor de esa tierra mora y latina, de las arrebatadoras serenatas quiteñas de otros tiempos más felices, de sus bailes populares, de sus pasillos suigéneris! Mas ya se han roto las cuerdas de tu noble corazón, el tiple está mudo y el hogar entristecido.

FELIZ tú, caro amigo, inolvidable compañero de la infancia, que ya duermes el sueño eterno, del que más de una vez te enamoraste!

¡CUÁNTAS veces, en medio del gélido sudor de la agonía, entre las punzadas de tu cruel y prolongada enfermedad, entre los paroxismos, remedos de la muerte,

cuando parecía que tu sangre se congelaba en las venas,
en el terrible trance que cura todos los atencadores
infortunios, prorrumpirías en las quejas de Lázaro:

« ¡dáme, Señor, lo que ganado había:
la gloria de estar muerto! »

FIN DEL TOMO PRIMERO

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Prólogo	III XII
Don Pedro Vicente Maldonado (Conferencia)	I
Mejía en las Cortes de Cádiz (Algunas consideraciones acerca de oratoria)	13
La Batalla del Pichincha (Conferencia)	65
El Culto á los grandes hombres	91
Olmedo	97
Don Juan Montalvo—Su retrato	121
“ “ “ Muerte de Montalvo	124
“ “ “ Obra póstuma	132
“ “ “ La herencia de Montalvo	145
Luis Vargas Torres	209
El doctor Aparicio Ortega	215
Ibarra	221
Por la dama	229
Alma azuaya	233
Sosa	255
En la tumba del doctor Leonidas A. Yero	261
La vieja campana (Recuerdos de la infancia)	265
El hambre, he aquí el enemigo (Cuadro social)	271
Infantil— Carta literaria	275
Ante los mártires de Agosto — En el primer Centenario del Grito de Independencia Americana	281
Bombo	285

